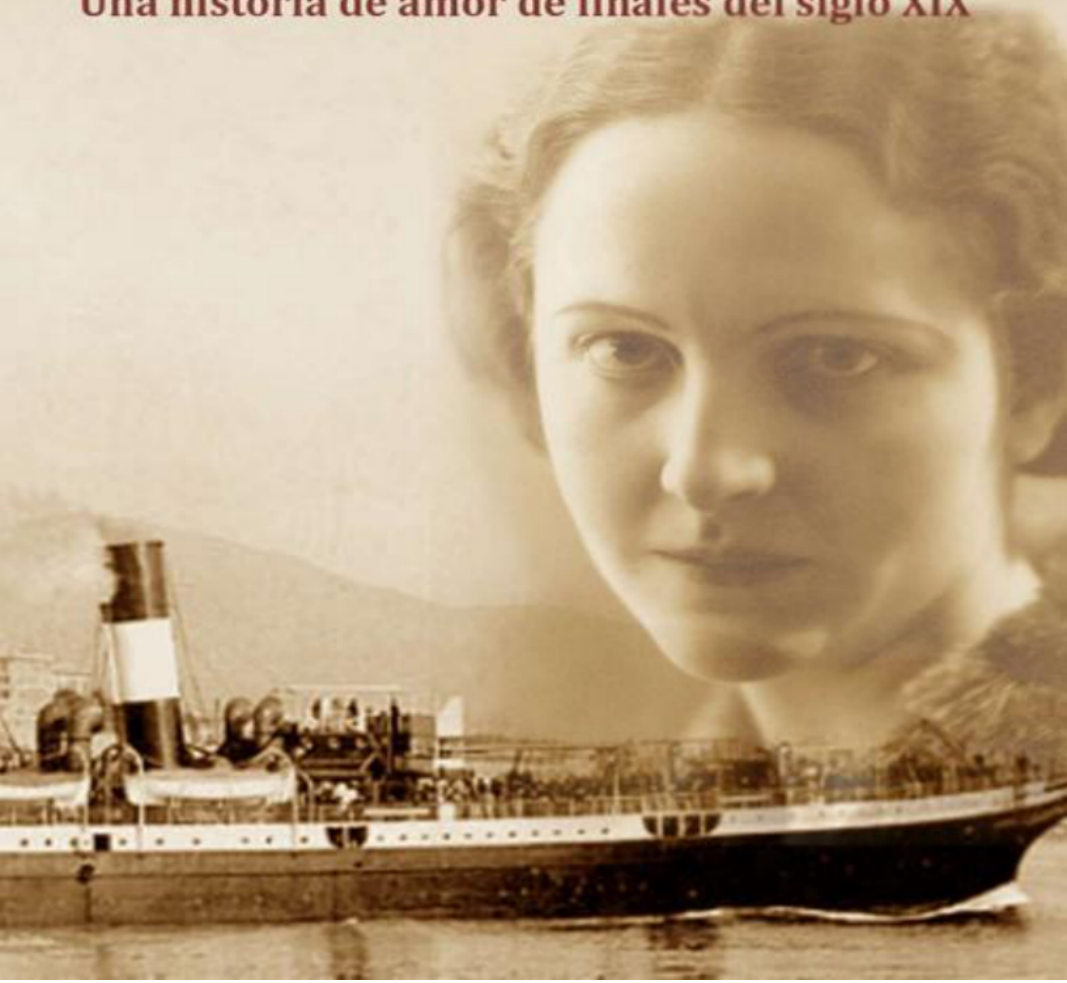
Gabriella Germana Macellari Solazzi

El coraje de vivir

Una historia de amor de finales del siglo XIX



Gabriella Germana Macellari Solazzi

El coraje de vivir

Una historia de amor de finales del siglo XIX

Porto Civitanova - Via Aprutina Superiore

A mis hijos Claudio y Laura Cristina,
A mis raíces

¡Oh yo! ¡Ay vida!

¡Oh yo! ¡Ay vida! De estas preguntas recurrentes,
de las interminables procesiones de infieles,
de ciudades llenas de tontos,
de mí mismo que siempre me reprocho,
(¿Por qué quién más tonto que yo, quién más infiel?)
de ojos que en vano anhelan la luz, de las metas mezquinas,
de la batalla siempre renovada,
de los malos resultados de todo,
de las sórdidas muchedumbres jadeantes que veo a mi alrededor,
de los años inútiles y vacíos después de todo, entrelacé con el resto,
la pregunta, ¡ay! Tan triste, recurrente
¿Qué tiene de bueno todo esto, oh yo, oh vida?
Respuesta:
Que estás aquí - que la vida existe, y la identidad,
Que el espectáculo poderoso continúa,
y puedes contribuir a ello con un verso.

Walt Withman, *"Hojas de hierba"*

Presentación

Este libro de Gabriella Germana Macellari Solazzi es el resultado de una larga investigación histórica e iconográfica que duró varios años. Al mismo tiempo, el volumen también se presenta como una dolorosa novela de emigración.

Los protagonistas de esta narración son los dos jóvenes esposos de Civitanova, Luigia y Nicola, con el pequeño Dante, nacido del matrimonio de ellos.

En 1887 Nicola decidió dejar Porto Civitanova, dejando a Luigia y su hijo para viajar rumbo a Argentina, país codiciado en aquellos años por millones de italianos en busca de un futuro mejor para ellos y sus hijos. Dos años más tarde Luigia se uniría a su marido Nicola, haciendo el camino sola y mostrando esa valentía de vivir a la que alude el título del libro.

El regreso a Porto Civitanova se habría producido en marzo de 1892 tras una serie de hechos que habían tenido como trasfondo los barrios portuarios de Buenos Aires y en particular el Puerto de Ensenada.

El autor llevó a cabo la investigación sobre las condiciones económicas, sociales e incluso de salud, de ambas ciudades (Porto Civitanova y Buenos Aires) en las últimas décadas del siglo XIX con gran rigor, apoyándolas con un aparato imponente de imágenes compuestas de tarjetas postales de la época y otra fotografías.

El propósito de una contextualización tan amplia y escrupulosa de las historias de los protagonistas es sumergir a los lectores en las condiciones concretas, y muchas veces dolorosas, de la vida en esos años difíciles.

Las fases de la emigración, tan bien descritas por el autor, parecen pertenecer a la vida de los emigrantes de todos los tiempos: la elección de partir provocada por la miseria y la falta de perspectivas, el conmovedor abandono de familiares y amigos, el temor por el largo viaje a realizar en condiciones duras y peligrosas, la llegada y la esperanza de un bienestar que no siempre llega, el deseo de reencontrarse con esposa e hijos, en algunos casos volver a casa.

Como toda novela histórica, "El coraje de vivir", al narrar hechos que pertenecen al pasado, incita a los lectores a cuestionar el presente y las innumerables historias de emigración, similares a la de Nicola y Luigia, que se desarrollan hoy en todos los rincones de la tierra.

Profesor de instituto
Pier Luigi Cavalieri

Como novela histórica, que alterna manzonianamente lo verdadero y lo probable, sin ceder nunca a lo fantástico o lo arbitrario, a través de "El coraje de vivir", el de la bisabuela Luigia, el autor recuerda y exalta, sin caer en el énfasis y en la retórica, el valor de tantas mujeres, hombres y niños, que entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX cruzó el Océano Atlántico.

Era un viaje largo e incómodo, a veces peligroso, para llegar a la tierra prometida, la ilimitada Argentina, donde les esperaba un trabajo duro y, si tenían suerte, la ilusión de prosperidad que no se encontraba en casa.

El afán de precisión en la documentación y en la ambientación histórica se combina con la ternura y sensibilidad con la que el autor describe y acompaña, en sus relatos, al protagonista y a los distintos personajes, en una feliz síntesis de realismo irreal, alcanzando a veces alturas de identificación humana, como en el episodio de la muerte del pequeño Giulio, en el que se escucha el eco de la sublime escena de Cecilia en el "Promessi Sposi", de Manzoni.

Surge un trozo de vida que narra, especialmente a través de la descripción detallada de los viajes al extranjero, la fortaleza de la mente, pero también la sordidez de las condiciones en que se redujeron muchos migrantes pobres de esa época: un cuadro que conduce inevitablemente a la reflexión sobre la situación de muchos otros migrantes, de hoy en día y de siempre.

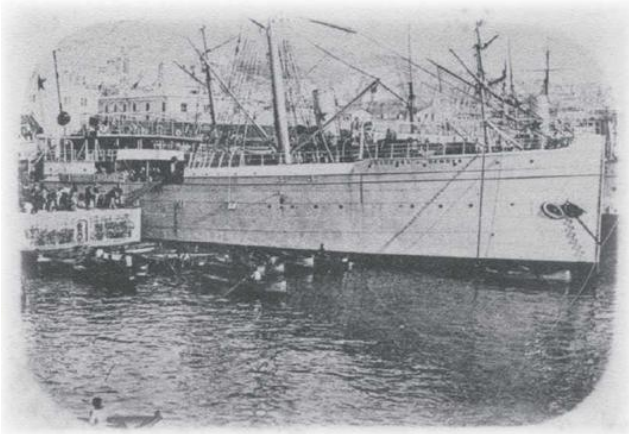
Andrea Rebichini

Profesor del Instituto de Educación Superior

A raíz de la ola emocional de mi investigación anterior, que produjo "Siempre... por la vida", nace esta historia de vida de mis bisabuelos.
Escudriñar otras vidas que de alguna manera pertenecen a la tuya es la curiosidad que emociona a la investigación.
En lo posible me he ceñido a los relatos familiares, los documentos conservados a lo largo del tiempo y a los extraídos del Archivo Parroquial, Archivo Municipal, Archivo Histórico y Estatal.
Para mayor documentación y para recordar mejor las condiciones y la vida de aquellos tiempos, también fui a la Argentina: a Buenos Aires, La Plata y Ensenada, en esos mismos lugares por donde pasaron y vivieron mis héroes durante dos años, más o menos.
Una vez que reconstruí el hilo conductor de la historia, traté de ser completamente fiel a las realidades de aquellos tiempos, tanto en Italia como en Argentina.
Realmente aprecio aquellas personas que, con arte incuestionable, consiguen escribir con la imaginación sobre personas, hechos, lugares e historias contadas, pero, en los límites de lo posible me negué a concebir con la imaginación y, cuando me encontré con lagunas de narración, me he basado en las deducciones que ofrecen los materiales históricos.
Espero que el lector quiera usar la benevolencia donde no he podido hacer justicia a la objetividad de los entornos y a la confiabilidad real de la vida cotidiana.

Gabriella Germana Macellari Solazzi

Marzo de 1892
El regreso a Italia



Vapor "Duquesa de Génova"

Línea: Génova - Nápoles - Palermo - Las Palmas - Buenos Aires
Lanzado en 1884. Demolido en 1906.

Estos vapores viajaban a 12 millas por hora, por una duración que podía variar de 28 a 30 días, a veces incluso más.
Eran vapores utilizados para transportar migrantes, en su mayoría agricultores, que iban a Argentina a ganar 300 liras en tres meses, viajando 40 días. Eran albañiles, obreros no especializados, comerciantes, pescadores, carpinteros, zapateros, sastres, religiosos, a menudo familias enteras.
El equipaje no debía exceder los 100 kg de peso y un volumen de medio cubo como máximo; canastos y cestos que contenían comestibles de todo tipo, pañuelos hinchados y anudados, maletas de lona o cartón, atados y amarrados con sogas.
El equipaje, una vez desinfectado con vaporización de ácido fénico, venía identificado con etiquetas con el nombre, apellido y destino.

domingo, 20 de marzo de 1892

Noche en el vapor

El sonido repetido de la campana avisaba a los viajeros la hora de la cena.

Por instinto, Luigia miró a su alrededor, en busca de su hijo.

Dante no estaba allí, pero también faltaba su tío Massimo, por lo que pensó que debía estar con él, en otra parte.

Incluso los gemelos la mantenían ansiosa. De los dos, el pequeño Nicola empeoraba cada hora más.

Durante días, hasta el tío Massimo había intentado tomarlo en sus brazos, mecerlo, alimentarlo con la leche que había a bordo, pero nada había ayudado a calmarlo.

Nicolino, como muchos otros niños, respiraba mal, tosía constantemente y lloraba cada vez más a menudo.

Estaba desconsolada y este estado de cosas no hacía más que aumentar las penas, los malestares, y el dolor que llevaba dentro.

Con su mente repasó los meses anteriores y pensó en lo que había sucedido.

El pequeño Nicola llevaba el nombre de su padre y su padre ya no estaba allí.

Una enfermedad lenta pero inexorable lo había llevado a la muerte recientemente, a la edad de treinta y dos años, solo seis años después de su matrimonio.

Ella, por amor, por entrega, le había dedicado este hijo, le había puesto su nombre, para no perder su memoria.

Luigia rezó a Dios para que al menos guardara la vida de su hijito,

pero la fiebre no bajaba, su respiración era dificultosa y su sueño irregular.
Las comidas también eran una preocupación. Lo alimentaba de su pecho, al igual que Silvio, pero Nicolino comía cada vez menos.
En la cara y en el cuerpo habían aparecido muchas pequeñas manchas rosadas. El médico del barco ya había examinado al bebé y le había diagnosticado, además de sarampión, una infección pulmonar persistente y progresiva.
Y por otro lado, ¿cómo podría haber mejorado, permaneciendo la mayor parte del día y toda la noche en un dormitorio, que albergaba a unas cuatrocientas personas entre mujeres, niños y bebés, a una temperatura insoportable?
Pero lo peor no era el calor agobiante: era el aire irrespirable, húmedo y asqueroso, y el hedor insoportable de la suciedad que llevaba mucho tiempo estancada, en un ambiente sin posibilidad de intercambio de aire y superpoblado de la humanidad más heterogénea.
El hedor de los dormitorios, masculinos y femeninos, era tal que las bocanadas subían desde la escotilla hasta el torreón del barco.

A las 19.30 todos los jefes de los grupos llegaron a la puerta de la cocina para recibir alimentos para todos los integrantes.
El grupo del que formaba parte Luigia era de seis personas formado por su familia y una pareja.
El marido de la pareja, un hombrecillo anciano y por lo general taciturno, cuya única vanidad era un espeso bigote que le caía sobre los labios, hacía de jefe del grupo.
A pesar de su avanzada edad, siempre aparecía entre los primeros, con sus otros compañeros, en la puerta de la cocina. El cocinero le entregaba, como a los otros, en tazones y terrinas, la comida para todos los integrantes del grupo.

No se podía decir que la comida era buena, pero aunque muchos se quejaban, otros la apreciaban de todos modos, porque para ellos era una forma de no morir de hambre.
Los alimentos variaban mucho en calidad entre las empresas de navegación, sino también según el cocinero y todo el personal encargado de preparar la comida.
Massimo y su hermana Luigia con sus hijos, como todos los demás de la tercera clase, comían en la cubierta, si hacía buen tiempo. En cambio, lo consumían en los dormitorios si llovía o si había viento o tormenta.
¡Qué pena ver comer a los emigrantes!
Comían *"de rodillas, agazapados de mil maneras, en alto, bajo, en todas las cornisas y en todos los huecos, con los platos en mano, entre las piernas y entre los pies, con la cabeza cubierta con pañuelos, delantales, sombreros de papel, faldas arremangadas, incluso de canastos, para resguardarse del sol abrasador1*[1]", como tantos pobres.
Los jefes de los grupos estaban en constante movimiento para llevar el pan, repartir los tazones y recoger los desechos en la basura.
Lo más humillante aún era verlos comer entre la suciedad acumulada en la cubierta del vapor, donde se arrojaba y derramaba basura de todo tipo.
Después de la comida, cada uno de ellos se ponía a lavar las vajillas y cubiertos, en agua fría, obviamente, porque no había agua caliente, ni tampoco jabón.
Al llegar a su destino, los ayudantes de cocina recogían lo que se le había entregado al inicio del viaje y si algo faltaba o estaba quebrado, había que reembolsarlo debidamente.

1 - E. De Amicis, *Sull'Oceano, Il dormitorio femminile*, Garzanti, Milano 1996.

Por suerte, la navegación ya estaba llegando a su fin, y pronto todo esto para ellos habría sido solo un recuerdo triste y lejano.

Después de la confusión y el movimiento de la hora de la cena, el *Duchessa di Genova* volvió a caer en el aburrimiento, acompañado por el melancólico sonido del océano.
Todo el vapor parecía sumergido de nuevo en un estado de entumecimiento: un montón de humanidad dormida sobre una extensión infinita de agua.
El silencio y la inactividad invitaban entonces a la meditación. Cada uno volvía a encerrarse en sí mismo.
Sobre las olas, entonces, viajaban los pensamientos y el tiempo se llenaba de recuerdos, esperanzas, remordimientos del pasado y temores del futuro.

Botes pequeños [lancette] en el mar

La herramienta de trabajo del pescador era la lanceta, una pequeña embarcación con una sola vela, grande y de forma triangular, con el casco y el fondo planos, para facilitar la retirada a tierra.
Cada bote podía distinguirse de los demás por los colores y por los símbolos dibujados en ello.
Las velas podían ser de color amarillo oscuro, rojo ladrillo, negras con figuras geométricas, círculos, triángulos, rombos u otros.
Los pescadores partían en sus lancette llevando consigo pan empapado en agua y vinagre porque el pescado les habría proporcionado el alimento.
A veces traían sobras de la cena: unos huevos duros, una rodaja de salami o mortadela y verduras cocidas.

La edad del desencanto

Las sombras invitaban a la privacidad.
Las voces se hicieron más bajas. Los pensamientos se agolpaban en la mente, mezclados con el llanto casi ininterrumpido del bebé Nicola.
Pero, en la oscuridad, cuando todo alrededor era silencio y el único ruido que acompañaba el lento pasar de las horas, era el del mar, del viento o de las olas rompiendo en las paredes del vapor, ... entonces esos pensamientos tomaban forma y recordaban personas y períodos de la vida vivida.
Los recuerdos de Luigia, en ese silencio discontinuo, eran como una serie de imágenes que abarcaban años y años de vida.
Era Nicola, su marido, esa silueta de niño que ahora confusamente reconocía en su memoria, y con quien jugaba junto a otros: Giovanni, Maria, Rosa, Alberto...
En este recuerdo, Luigia podía aún escuchar su joven voz bromista, los pasos rápidos y jadeantes.
Eran todos de la misma edad, más o menos. Eran los niños que vivían en la misma calle que él. Estaban jugando al escondite. Luigia podía escuchar los gritos en el aire y las risas de ese juego infantil.
Después le vino a la mente otra imagen, cuando Nicola era un poco más grande.
Ella había entrado en la iglesia y, al buscar un lugar entre los bancos, se había acercado a él.
Él también había venido con su madre a la misa.
Luigia aún conservaba en sus ojos la sonrisa con la que Nicola la había mirado y la había invitado a sentarse a su lado.
Quién sabe, tal vez esa fue la primera chispa de ese sentimiento de

amor que no la dejaría nunca más.
Pero aún eran niños; en cambio, ahora el recuerdo de él de joven adulto emergía abrumadoramente.
Era el año 1879. Luigia tenía diecinueve años y él, Nicola, veinte. Ahora estaban en Piazza XX Settembre.
Ese día había el mercado. El aire era claro, el cielo limpio.
Todo parecía brillar bajo sus ojos jóvenes y había una gran sensación de ligereza en su interior.
Nicola estaba hablando, sonriendo, con dos de sus compañeros, pero ella no los recordaba sino como dos formas indistintas. Esa sonrisa, por otro lado, esa confianza casual suya, la había capturado.
Eran las primeras pasiones de la juventud y eran espontáneas y apasionantes.
"Buenos días Luigia", la saludó con una expresión casi de admiración.
Ella había respondido con una simple sonrisa, pero había seguido mirándolo mientras estuvo frente a sus ojos y había notado en él, o eso creía que era, una nota de interés. Y así había vuelto a suceder, después.
Entonces, con aquellas miradas implícitas y prolongadas, había comenzado a soñar, a fantasear con él.
Algo había cambiado desde entonces.
El día, la noche, las horas de soledad y de compañía ya no eran las mismas. El pensamiento de él reinaba supremo en su mente; incluso las pequeñas acciones diarias estaban llenas de su presencia.
¡Qué dulzura era esta, en los días que se sigueron rápidamente! ¿Qué era esta energía interior incontenible, esta fuerza que no podía disciplinar?
La mañana había tomado un sabor diferente; había otra expectativa en el aire, una especie de alegría y complacencia, juntas.
Y por la noche, en la oscuridad que rodeaba su cama, siempre le aparecía la imagen de Nicola, detrás de los párpados cerrados.
¡Quién sabe si a él también le estaba pasando lo mismo, si estaba

experimentando las mismas emociones, o si era todo suyo, este sentimiento tan cautivador y tan molesto!
Ahora, sin embargo, otra imagen le había llegado imperiosa y había ahuyentado a todas las demás.
Era el año 1880 y no había pasado más de un año desde las primeras sonrisas implícitas.
Volvió a verse, sentada a la mesa, y aún sentía esa punzada de angustia, que le atenazaba el estómago, cuando de pronto, mientras almorzaba con su padre, los dos hermanos y las tres hermanas, su madre María se sentó a la mesa y dirigiéndose a su marido, salió diciendo:
"Peppe, ¿escuchaste la noticia?".
"¿De qué noticias estás hablando?".
"Del hijo de Carolina, Nicola. Nicola se fue de viaje ".
"¿Qué estás diciendo? Hablé con Pasquale hace no más de una semana. No mencionó nada de eso. ¿Cuándo se fue? ".
"¡Ayer! Carolina estaba destruida. Me dijo que Nicola se había enterado de un trabajo a bordo de un vapor, el San Martino, creo que se llame así. Se fue ayer por la mañana. Y lo más terrible es que Nicola le ha prometido que le escribiría a menudo, pero que no podía decirle cuándo volvería".
"Evidentemente ya había tomado esta decisión hace mucho tiempo", comentó su padre.
A Luigia se le cayó la cuchara de su mano. Había caído en una especie de bloqueo emocional, aturdida, casi paralizada por el dolor. No podía mover un solo músculo, no tenía la fuerza para decir una sola palabra. A pesar de la ruido que estaban haciendo los hermanos y hermanas, no escuchó otros sonidos a excepción de esa palabra que su madre había pronunciado, y que resonaba latiendo en su mente.

... partió! ... partió, pero por qué ... ¿y para dónde?, se preguntó. ¡Nadie le había dicho nada, ni una sola indiscreción de sus amigos! Pero sí, tenía que ser así, reflexionaba, ya se sentía un hombre y llevaba tiempo madurando un cambio en su vida.
Por otro lado, no había muchas oportunidades de trabajo aquí en el pueblo. Tenía que encontrar su camino, incluso a costa de alejarse con su familia.
Quizás había aprendido de otros, con más experiencia que él, de esta oportunidad diferente y había tomado su decisión...
Fue una decisión importante: cruzar el océano, trabajar e investigar el mundo juntos, escudriñar otras vidas, dejar amigos y seres queridos.
... y ella también....
¿Y ahora?
Ahora Luigia tendría que borrar todas las fantasías, los deseos, las expectativas, las esperanzas, los intentos de encontrarlo; debería haber silenciado de una vez por todas, esa alegría, esa jovialidad que se había apoderado de ella y que solía acompañarla durante todo el día, esa sensación de alegría despreocupada, esa actitud juguetona.
Ese momento había sido como despertar de un sueño espléndido y encontrarse en una dura realidad, como presa de una dualidad incontrovertible, sintiéndose dividida y desgarrada entre el ardiente deseo de querer volver a soñar y la necesidad de encontrar de inmediato la fuerza para reaccionar y para oponerse a esta última novedad inesperada, que simplemente no se resignaba a tener que aceptar.
Pero no había otra salida.

Los días siguientes transcurrieron lentamente y con gran dificultad. Con el pasar del tiempo, Luigia trató de resignarse, de aceptar la situación..

Pero el recuerdo de esos tiernos días, esas cálidas emociones internas quemaban dentro de ella.
Trató en todo momento de silenciar su memoria, imponiéndose otros intereses, dedicándose a la costura, a la lectura, al aseo de la casa, ayudando a su madre en la cocina y en las actividades habituales del hogar.
Pero Nicola siempre permanecía ahí, en su mente, y seguía viviendo dentro de ella.
Él era su referencia constante y no podía olvidar esas miradas mutuas y sus ojos, que al encontrarse con él la seguían hasta desaparecer de su horizonte.
¿Cómo podría deshacerse de él por completo?
Hubo ocasiones, es cierto, cuando ella tenía una mente libre y se sentía satisfecha con un trabajo exitoso, un día en la agradable compañía de sus amigas, de un paseo a orilla del mar con su madre en algunas mañanas claras y frías y con un cielo iluminado por un hermoso sol abierto, compras hechas con su madre y sus hermanas en Piazza XX Settembre en un día de mercado.
Otros jóvenes de su edad la rodeaban, amigos de la infancia que vivían en la misma calle. Los veía casi todos los días. Estaban creciendo con ella, se habían convertido en hombres, pero aún eran compañeros de juegos en su imaginación y ninguno de ellos lograba llamar su atención.
Quizás, pensaba, era precisamente porque Nicola nunca se había ido realmente.
En una consideración más cercana, a pesar de su falta, él siempre estaba en su corazón, en su mente, en su alma.
De vez en cuando preguntaba y lograba tener noticias de Nicola de su madre Carolina, o de manera casual de sus amigos.
Ella permanecía en silencio y absorbía cada palabra, casi como si cada una de ellas pudiera decir más, contar más sobre él y sobre la

vida que había conocido andando por el mar o en otras tierras.

La vida en el pueblo era siempre la misma.
Los días se sucedían. Luego los días se convirtieron en meses y los meses lentamente se convirtieron en años.

Martes, 16 de diciembre de 1884

El regreso de Nicolás

Fue un martes.

Luigia recuerda bien el aire festivo de ese día.

La Navidad aún no estaba tan cerca, pero los preparativos lo anunciaban y la gente ya había entrado en el espíritu navideño.

Fue una Navidad pobre, caracterizada por la sencillez y el rigor, una Navidad rígida y sobria.

La gente deambulaba por las calles, bien protegida en sus abrigos y pensamientos.

De repente, apareció Nicola.

Casi parecía un extranjero entre esa gente que paseaba por las calles del pueblo.

Él la sorprendió ese día, mientras iba de compras. Quedó impresionada por su presencia, inmóvil, incrédula de verlo caminar y charlar con sus amigos cerca del Caffè Nettuno.

Había regresado, entonces, tan inesperadamente como inesperadamente se había ido. ... eso no lo podía entender.

Ahora era como si el tiempo se hubiera detenido, era como si Nicola nunca se hubiera ido.

Luigia se detuvo.

Ella no quitó los ojos de él esta vez, y Nicola lo notó. Notó su mirada insistente y significativa.

Nicola luego se armó de valor, le sonrió y se le acercó, dejando a sus amigos en el medio de la conversación.

Luigia se sorprendió, no esperaba nada de eso. Estaba desprevenida, confundida y feliz.

“Buenos días Luigia", y mientras lo decía se quitó el sombrero de la cabeza. "Soy Nicola, ¿me reconoces?"
"Sí claro, por supuesto", había balbuceado, casi tropezando con las palabras. "¿Cómo estás?"
"Bien, estoy bien, volví anoche".
"¿Y planeas irte de nuevo?" ahora se había atrevido a decir, en broma, cuando en realidad habría querido retractarse de sus palabras.
“No, no, ahora me quedo”, se rio abiertamente, y tú, ¿cómo estás?”.
"Como siempre. No ha cambiado mucho desde que te fuiste".
"Pues entonces, nos vemos en los próximos días, ¿de acuerdo?", dijo sonriendo Nicola.
"Sí, sí", se apresuró ella a responder, como para recordarle a él que ahora tenía que mantener ese compromiso y no volver a desaparecer.

Fue una Navidad mágica la de 1884, o al menos lo fue para ella y también para Nicola, que siguió siendo celebrada durante días y días por amigos y familiares.
El padre Pasquale no era hombre de muchas palabras, pero su mirada dejaba entender toda su felicidad.
Es inútil hablar de la alegría de la madre Carolina, un verdadero júbilo por el regreso de este amado hijo.
Estaba radiante. Fue la Navidad más festiva, tan repentina e inesperada.
El sábado siguiente Carolina se fue al mercado. Compró carnes, verduras, huevos, harina, vino y frutas de temporada. Gastó casi una fortuna, pero estaba radiante de felicidad.
Inmediatamente se puso manos a la obra para preparar una cena navideña doblemente festiva. Invitó a algunos familiares y amigos de la familia: Peppe y Maria Fulgenzi con sus hijos Massimo, Nicola, Elvira, Agata y ella misma.

Luigia esperó con ansia ese día. Lo esperó como un niño está esperando un regalo, que sabe que está a punto de llegar pero no sabe cómo será, con la misma expectativa, el mismo deseo.
Contó los días que faltaban; preparó su vestido más hermoso; dio otra forma a su cabello; abrió la puerta del tocador y comprobó que todavía tenía el maquillaje y el pintalabios.
Las había escondido convenientemente de los ojos de su madre que no aprobaba estas cosas.
"¡Ella es tan joven!" María dijo de su hija, "no le queda bien a su edad, ¡un pintalabios!"
Pero Luigia no escuchó sus palabras. Ella solo escuchaba su corazón, que parecía haber vuelto a latir imperiosamente desde que Nicola había reaparecido en su vida.
El vestido para ocasiones especiales, un bonito peinado y un poco de pintalabios la habrían hecho lucir más segura, más atractiva, más mujer.
Quería su atención, toda para ella.
Oh, sí, por supuesto, sabía que Nicola la notaría. Sus ojos brillaban cuando se encontraban. Su mirada era más atenta, consciente.
Luigia también quería indagar en su corazón, adivinar sus pensamientos, le hubiera gustado orientarlos y verlo radiante de satisfacción.

Y ese día finalmente llegó.
Era el 25 de diciembre de 1884 y era jueves.
Ella y sus padres llegaron a la casa de los Solazzi un poco tarde. Culpa de la madre María, que había horneado la rosquilla a las 12.00 horas, sin prever que tardaría cuarenta minutos o más en cocerse en el punto justo. Entonces, llevada por la urgencia, apenas la sacó, la envolvió cuidadosamente.

Se había preparado a toda prisa, había ordenado la cocina, había llamado a su marido y a sus hijos para salir todos juntos y no había hecho caso a los labios de Luigia,... dulcemente coloreados.

Todo salió según lo planeado.
Tocaron a la puerta de los amigos Solazzi y fue el mismo Nicola que se fue a abrir.
Primero le dio la bienvenida a María y ella se dirijo directamente a la cocina, para saludar a Carolina y entregarle su pastel de Navidad, aún humeante.
Mientras tanto Nicola procedió con los honores de la casa. Dio la bienvenida a Peppe y luego a Massimo, Agata, Nicola, Elvira y finalmente a ella, que entretanto lo había observado atentamente.
Al verla, los ojos de Nicola se iluminaron, mientras Luigia reflexionaba sobre los cambios que ese lapso de cuatro años había producido en él. Sus gestos eran diferentes, su forma de relacionarse, las palabras que elegía, ... había madurado.
El tiempo lo había hecho hombre. Generaba seguridad ahora.
La apariencia física también había cambiado. Ya no era el niño que recordaba.
Sus hombros se habían ensanchado, sus brazos eran más fuertes y su voz era firme y confiada. Se había convertido en un adulto.

Después de las cortesías, el padre Pasquale fue invitado a sentarse en la cabecera de la mesa y la madre Carolina se sentó a su lado.
Nicola, el cumpleañero, se sentó en la otra punta de la mesa. Los demás, con sus tíos y primos, se sentaron al azar. El tiempo pasó desapercibido, entre un plato y otro, una risa y otra, la alegría, los temas de discusión y las consideraciones sobre la bondad de la

comida. Había un aire de buen humor y jovialidad.
A menudo los ojos de Luigia se encontraban con los de Nicola y había breves momentos de silencio a su alrededor.
Los ruidos se desvanecían y de repente ella se encontraba inmersa en una gran burbuja de aire. Las voces se apagaban, las imágenes de personas y cosas perdían su contorno.
El rostro y la sonrisa de Nicola dominaban sus ojos, y el único sonido que quedaba, extendiéndose por la habitación, era el latido repetido de su corazón.

Vida marinera

La pesca en el mar agitado es sin duda una de las más rentables, pero también puede resultar muy peligrosa para quienes viven de actividades relacionadas con el mar. Es el viento el que mueve el mar, y el mar embravecido forma la corriente. La corriente mueve las algas, que junto con el viento y el mar embravecido pueden convertirse en una fuerza devastadora.

Domingo, 28 de diciembre de 1884

La declaración

El aire festivo de aquella Navidad de 1884, sin embargo, no pudo ocultar las dificultades de una vida difícil de sobrellevar. Italia se había establecido recientemente como reino unificado y se basaba principalmente en una economía rural.
La situación agraria atravesaba, en aquellos años, graves problemas de productividad, limpieza y desinfestación, que requerían soluciones urgentes, tanto de carácter técnico-instrumental, como de carácter legal. Estos fueron los años en los que pesaba una grave crisis agraria, que inevitablemente condicionaba la vida de hombres y mujeres, en todos los ámbitos, ya sea doméstico, laboral, social, industrial o rural.

La firme voluntad de progreso de la población portuaria se vio contrarrestada por la escasez de trabajo. No hace falta decir que, en Porto Civitanova, la mayor parte de la vida estaba estrechamente relacionada con las actividades marineras y los pequeños comercios. Las mujeres, en particular, fueron las más expuestas a los sacrificios que las duras condiciones de vida imponían.
"*En Civitanova Alta, los trabajos de las mujeres eran manuales, eventuales o estacionales. Eran planchadoras, costureras, lavanderas y no faltaba el trabajo en el campo, conveniente para los aparceros, que usaban el trabajo de las mujeres, a cambio de comida, o de un salario modesto, o de aceite, harina o madera, en vez de dinero*"[2].
En Porto Civitanova, sin embargo, como se puede imaginar, la

2 - Frenquelli, Tiziana, *Donne di terra, donne di mare, il lavoro invisibile tra 800 e 900*, Edizioni Simple, Macerata 2011.

vida era principalmente marinera, aunque surgían numerosas actividades comerciales.
Las mujeres hacían todo lo posible para mantener a la familia. Incansables, a pesar de las dificultades, estaban dispuestas a reinventarse cada nuevo día: se convertían en posaderas, costureras, tejedoras, panaderas, jardineras, pescaderas, floristas, lavanderas, planchadoras, encuestadoras, lecheras, camiseras, enfermeras, comadronas, etc.
Cualquier actividad comercial se desarrollaba para sostener los escasos ingresos de la familia.
Cada día, de manera diferente, pero no menos que los hombres, les tocaba a ellas hacer frente a los problemas cotidianos y llegar a fin de mes con el difícil presupuesto de la familia, a menudo numerosa.
Bien lo sabía Luigia, que observaba a su madre María en las tareas del hogar.
Observaba su laboriosidad en las actividades domésticas y cuando, junto con las demás mujeres, esperando ansiosas en la orilla del mar, esperaba que la barca de pesca de su marido apareciera en el horizonte del agua.
En ese momento las velas de los lejanos barcos de pesca comenzaron a tomar forma en la línea entre el cielo y el mar.
Regresaban y como tantas figuritas rojas y amarillas se acercaban a la playa, uno tras otro, hasta que el clamor de las voces de los pescadores llegaba claro a los que esperaban en la playa.
Entonces, aquel montón de llamadas indistintas se convertía en el único grito rítmico de quienes arrastraban la barca a la orilla.
Entonces su madre, junto con las otras mujeres, se acercaba a la orilla, lista para girar la pértiga alrededor del cabrestante para sacar el bote del agua.

Luigia admiraba a su madre. De ella, admiraba el coraje de nunca rendirse, a pesar de todo, a pesar de las severas dificultades y los muchos sacrificios, por sus hijos, por su hombre, por su familia.
La observaba mientras participaba con energía en la operación de descargar el pescado; ella la observaba mientras su madre trabajaba junto con lo demás hombres sin quejarse nunca. Estimaba su determinación y fuerza para idear, todos los días, nuevos medios para alimentar a su familia, para llevar a cabo su vida, y la de sus seres queridos: una vida simple, pobre, pero digna.
Muchas veces Luigia había reflexionado sobre la vida de su madre, pero no conseguía imaginarla joven, sonriente y llena de expectativas. A menudo se preguntaba cómo habían sido ella y su padre en el momento de su juventud, durante el periodo de su compromiso y luego durante el tiempo de su matrimonio.
Se hacía muchas preguntas, pero todas quedaban sin respuesta. Imposible recuperar esos días, incluso en la fantasía.
Una cosa era segura: su admiración por su madre se convertiría en emulación.
A pesar de las dificultades, la de sus padres fue una unión hermosa. ¿Y ella? ¿Habría podido llevar una vida tan digna como la de ellos? ¿Y Nicolás? ¿Qué pensaba Nicola de todo esto? ¿Había renunciado a su vida de navegante o seguía alimentando ese anhelo de conocimiento que lo había llevado a tierras lejanas durante cuatro largos años?
Nicola se había apoderado de su corazón. Se veían todos los días.
Como todos los domingos, por la mañana Luigia se vestía con más esmero para ir a la misa con su madre.
Los hombres generalmente esperaban fuera de la iglesia, mostrando una evidente incredulidad, pero al mismo tiempo exigiendo a sus mujeres una práctica religiosa habitual y constante.

La tarea de una mujer era la de unirse en oración llos domingos, cuidar de los niños, dedicarse a las actividades del hogar y ayudar a los maridos en lo posible.
La función religiosa era vivida por ellos como un deber, un rito consolidado, más que como un momento de recogimiento espiritual.
Toda mujer temerosa de Dios participaba conscientemente de esa función.
Fuera de la iglesia, la plaza rebosaba de vida. Los domingos eran, entonces, días diferentes de los demás. Por el tiempo de unas horas, la gente olvidaba un poco de los problemas cotidianos, estos parecían más moderados o al menos más lentos. Era un momento de respiro, un descanso de las agobiantes preocupaciones diarias.
Para Luigia debió ser un domingo extraordinario, el del 28 de diciembre. La función había terminado y Nicola la esperaba a la salida con su padre Giuseppe.
Sus labios se abrieron en una inevitable y alegre sonrisa cuando lo vio. No sintió el frío penetrante, fue el sol tímido que se impuso mientras bajaba los dos escalones de la iglesia.
Se detuvieron un rato a conversar con conocidos y amigos, fuera del atrio de la iglesia, como de costumbre. Entonces Nicola acompañó a Luigia a casa, seguidos de lejos por sus padres. Comenzaron a hablar de esto y aquello, pero cuando se acercaron a la casa, el tono de Nicola de repente se mostró agitado, torpe y las palabras trepidantes traicionaban una cierta impaciencia, como de alguien que, habiendo meditado durante mucho tiempo, había llegado finalmente a una conclusión y por lo tanto se sentía satisfecho con la decisión tomada, pero ya no podía contener lo que tenía en mente.
"Escucha Luigia, … tal vez el tiempo que hemos pasado juntos desde que regresé es corto, … somos jóvenes, es verdad, yo tengo 25 años, tú tienes 24, el trabajo no paga mucho… talvez vas a juzgar como

apurado lo que estoy a punto de pedirte, pero quiero hacerlo de todos modos ... bueno, quería preguntarte, yo quiero preguntarte, si estás de acuerdo ... ... "
"... Luigia... ¿quieres casarte conmigo?"
Como agua de manantial después de una sed larga y sufrida, las palabras de Nicola cayeron dulcemente en el corazón de Luigia.
Estaba feliz y encantada. No podía creerlo, ¡así que era verdad!
¿Eran para ella las palabras que escuchaba?
¿las palabras que todas las chicas espera escuchar?
Por lo tanto, sus expectativas se estaban convirtiendo en realidad.
Luchó por no lanzar sus brazos alrededor de él, ahora estaban frente a la casa y sus padres estaban allí, a poca distancia, ahora.
Le habría gustado contestarle de inmediato, confirmar ese pedido, pero no había tiempo, no era el momento, no era el caso ahora, ...y su felicidad tuvo que implosionar.
Se miraron a los ojos por un breve instante, pero les pareció que el mundo había dejado de girar, que el tiempo se había detenido y que, de todo lo demás, sólo quedaba su deseo.
Los sacó del hechizo Giuseppe, que mientras tanto se había unido a ellos, informándoles que las dos familias se reunirían para cenar la última noche del año . Ambos estaban encantados.
Se despidieron y aún se demoraron en una última mirada de comprensión.

Iglesia de los Santos Pietro y Marone

La iglesia, construida entre 1841 y 1853, tiene forma neoclásica y fue durante mucho tiempo la única parroquia de Porto Civitanova.
Se llama iglesia de los Ss. Pietro y Marone, porque las estatuas de los dos santos están colocadas en la fachada. En el interior, sobre el altar mayor, se encuentra un valioso cuadro que representa a la Virgen de la Merced.

Interior de la iglesia.

Miércoles, 31 de diciembre de 1884

El compromiso

Nicola se vistió con más esmero que de costumbre y se presentó puntual a las nueve y media de la noche en casa de Luigia. Ella lo había estado esperando con ansias, mirando su reloj innumerables veces. Ya había comenzado a prepararse una hora antes. Sólo se lo había confiado a su madre. Y quizás la madre se lo habría contado también a su padre Giuseppe.

Lo habían discutido muchas veces, ella y Nicola, y habían acordado que no habría mejor ocasión que esta. Las familias ya habían decidido reunirse a cenar para celebrar juntos el nuevo año. Estaban en el lugar correcto y en el momento correcto para comunicar su espléndida decisión.

Esto era un momento de inflexión decisivo en su vida; ambos eran conscientes de eso. Inevitable hacer un balance del tiempo pasado: amistad, encuentros, sorpresas, sonrisas, amor, momentos robados, esperanzas, pequeños trucos para encontrarse, la obligación de separar en la noche y el deseo de reunirse en la mañana, los imprevistos, las satisfacciones, la resiliencia; momentos vividos saboreando cada pequeño latido, con determinación, con ganas y con alegría.

¡El gran momento había llegado!

Los preparativos para la cena de nochevieja habían sido desafiantes.

Ella y sus hermanas habían trabajado con mamá durante tres días para organizar esta cena tan importante.

El mantel para ocasiones especiales lucía los doce vasos y otros tantos platos, acompañados de la relativa cubertería.

El pan y el vino ya estaban repartidos en la mesa.

A las nueve y media de la noche del 31 de diciembre, según lo acordado, los Solazzi tocaron a la puerta.
Fue ella quien corrió a abrir y dar la bienvenida a los invitados. Saludó a todos, pero con los ojos buscó primero a Nicola. En el aire fue una sucesión de palabras alegres. Mil sensaciones se mezclaron magistralmente en un fluir lento y potente. Ese ambiente festivo presagiaba un cambio que solo ellos dos podían reconocer como tal.
La cena fue un crescendo de platos exquisitos y apetitosos, pero los dos chicos estaban demasiado emocionados para poder apreciar la calidad de la comida.
El frustingo era el pastel de Navidad que tradicionalmente cerraba la cena, pero que se serviría más tarde, cerca de la medianoche, junto con pasas y lentejas, que representaban tradicionalmente un deseo de mejora económica.
En este interludio de tiempo, Nicola se armó de valor, dirigió una mirada cómplice hacia Luigia, se levantó de su silla y atrajo la atención de todos.
Así fue que, tras un breve preámbulo, pidió oficialmente a Giuseppe permiso para casarse con su hija.
Obviamente Luigia seguía de cerca y con atención los gestos y expresiones de su padre para adivinar por la mímica de su rostro, las emociones e intenciones que fluían en su corazón.
Al pedido de Nicola, Giuseppe se quedó silencioso por unos momentos, como si estuviera evaluando la situación. Luigia, al ver vacilar a su padre, entró en pánico.
Hubo unos momentos interminables en los que no pudo dar una sola respuesta a los miles de porqué que le venían a la cabeza.
Y Nicola también se encontró desorientado. No estaba preparado para este silencio incomprensible, no podía captar su significado. En breve, sin embargo, las arrugas del rostro de Giuseppe se desdobla-

ron y dejaron percibir un aire condescendiente.
"Eres un buen chico", le dijo. "Estoy seguro de que podrás honrarte en la vida y espero que te des cuenta de las responsabilidades que te esperan.
Es una promesa que hacéis a vosotros mismos, que implica placeres, pero también obligaciones. Los tiempos son difíciles, el trabajo aún más duro, pero si estás contento con esta decisión, entonces está bien también para mí. Tienes mi bendición".
Cuando vio su aprobación en la sonrisa de su padre, la ansiedad de Luigia se disolvió en menos de unos segundos.
El ambiente era doblemente festivo cuando Giuseppe anunció a todos el compromiso de su hija.
Ese año acabó en alegría, sin embargo, dejando atrás la conciencia de la grave situación económica de los últimos meses y de los crecientes problemas sociales, políticos y administrativos para el futuro.

La crisis

En este período, el maíz se convirtió en el único alimento para el sustento de la familia, en muchos campos, especialmente en el norte. Se dispara la propagación de la pelagra, excepto en el sur, donde apenas se cultiva maíz.
Los campesinos rara vez buscaban atención médica.
A menudo confundida con la lepra, la enfermedad traía síntomas devastadores: cambios en la piel, especialmente en las manos, la cara y el cuello; primero la piel se ponía de color rojo oscuro y luego se descamaba, con signos de debilitamiento en los miembros inferiores, pérdida de peso y desequilibrios psíquicos severos. La única respuesta de las clases dominantes, a la propagación de la enfermedad, fue el aumento en la construcción de asilos, el último hogar en el que encontraron refugio los pelagrosos, en los últimos momentos de su fase terminal.
Sólo mucho tiempo después se descubrirá la verdadera causa: una fuerte carencia de ácido nicotínico, muy escaso en el maíz; por lo tanto, es una enfermedad de desnutrición.

Martes, 6 de enero de 1885

La crisis agraria en Italia

En esos años, la empresa había progresado muy rápidamente. Pero el fuerte crecimiento industrial, aunque lento en comparación con otros estados europeos, fue acompañado por una grave crisis agrícola que exigió una acción legislativa inmediata.

En el clima de unificación, con el fin de promover intervenciones colectivas y salvaguardar los intereses y aspectos sociales, nació en este período la llamada *Cuestión Social*. La agricultura era la principal fuente de la economía italiana. Por ello era urgente poner mano a un reglamento de *Ley Rural*.

La población campesina estaba prácticamente abandonada a sí misma, sin concesiones ni subsidios particulares, sin los cuales se habría visto reducida, en definitiva, al colapso.

Se hizo irrenunciable y urgente la necesidad de una codificación agraria para unificar las regulaciones preexistentes, para resolver los problemas urgentes de la higiene pública y las condiciones de salud de los pantanos, la deforestación, el abandono de los cursos de agua, la contaminación del aire y de las áreas poco saludables y pantanosas[3].

Se inició entonces una discusión en el Parlamento para obtener compromisos concretos del gobierno a favor de las clases campesinas, que sin embargo no condujo a la adopción de nuevas leyes de política agraria.

Todo esto afectaba mucho al territorio de la ciudad alta, donde el

3 - P.L. Cavalieri, *Le condizioni igienico-sanitarie di Porto Civitanova nell'ultimo decennio dell'Ottocento*, in "Civitanova. Immagini e storie", n. 11.

trabajo y la vida eran esencialmente agrícolas.
Las tierras se extendían por todo el territorio, incluso en haciendas de propiedad de los condes Graziani, Conti y Frisciotti.
También estaba la finca de la administración Bonaparte, que contaba con hasta 100 terrenos.
El marqués Paolo Ricci también era terrateniente cuando en 1880 se convirtió en miembro del Parlamento por el colegio de Recanati. Había tratado de favorecer y preservar políticas agrícolas adecuadas al territorio. Él mismo era la expresión y punto de referencia de los campesinos de la ciudad alta.
El 15 de julio de cada año se realizaba una feria de mercancías y ganado.
Los campesinos del interior eran llamados vagabundos, o trabajadores desempleados.
En Porto Civitanova, en cambio, el comercio y el sustento se basaban principalmente en la pesca.
Y gracias también "a dos vías de comunicación muy importantes que la atravesaban: la carretera de la costa, llamada Vía Aprutina y la vía férrea Bolonia-Pescara, inaugurada en 1863" [4], las iniciativas comerciales y empresariales habían tenido un desarrollo notable. También hubo una empresa de aceite de oliva, una fábrica de hielo, un molino, una fábrica de vidrio, tiendas de telas, cafés y otros puntos de venta comerciales. Sin embargo, a pesar del fervor de las iniciativas, el nuevo año amenazaba la economía de las familias de los Portesi y las de la Ciudad Alta.
Para Luigia y Nicola, por el contrario, era un comienzo lleno de buenas expectativas.
Para ellos estos eran días llenos de planificación.

---

4 - P.L. Cavalieri, "*L'emigrazione all'estero tra Otto e Novecento: il caso di Civitanova Marche*", in E. Sori, *Le Marche fuori dalle Marche*, Quaderni monografici di 'Proposte e ricerche', n.24/2, pag 8.

¡Cuánta emoción! Un mundo totalmente nuevo se había abierto ante los ojos de Luigia.
El consentimiento de su padre había puesto en marcha su imaginación y la conciencia de que sus sueños estaban tomando forma.
Estaba en el colmo de la felicidad. Ahora a Nicola se le permitió entrar a la casa todas las noches para hablar con ella, reír, bromear y discutir nuevos propósitos de vida.
Cuando Nicola fue a visitarla el 4 de enero, con sus padres, le trajo un anillo como regalo. Era un anillo de cobre simple y modesto. Era su anillo de compromiso y su nombre estaba grabado en el interior del anillo. Ese día fijaron la fecha de la boda.

Las familias se pusieron de acuerdo sobre los aportes. La familia de Luigia traería como dote artículos de primera necesidad y personales: sábanas y toallas de algodón y lino, cortinas, centros de mesa, almohadas y más. La familia de Nicola se habría encargado de los muebles necesarios.
Cada mañana ahora tenía una cara diferente a la habitual para ella. Había tantos pensamientos que llenaban su mente. Uno, el más urgente y apremiante, era por los preparativos de la ceremonia y por la nueva vida que la esperaba.
La distancia sufrida en esos años había acelerado este deseo de unión y de alguna manera el matrimonio era también una forma de exorcizarlo. Ahora era el momento realizar las esperanzas pasadas y la primera cosa en que pensaba una joven novia era de preparar el ajuar.
Con el tiempo, su madre ya se había hecho cargo parcialmente de esta eventualidad. En el armario de su habitación había recogido y guardado convenientemente la ropa blanca que compraba de vez en cuando, para Luigia por esta ocasión.

Se lo había mostrado con satisfacción, porque tantos sacrificios le habían costado aquellos rollos de tela y lino para las sábanas, fundas de almohadas y toallas, que ella misma había tejido con sus manos. Durante meses y meses, en las horas que le quedaban del día, con hilo de lana y un ganchillo, se sentaba a trabajar cerca de la chimenea en invierno o en verano, en la vereda afuera de la puerta de su casa, en compañía de otras mujeres. Había terminado de tejer dos mantas, para su futuro como mujer, esposa y madre, y ella estaba orgullosa de esta premura.
Había cosido telas de algodón con una máquina de pedales, había confeccionado sábanas y toallas de lino, donde, con hilo y aguja, había bordado las iniciales L F, del nombre de Luigia. La única recompensa que esperaba ahora era una hermosa sonrisa en los labios de su hija.

Luigia y Nicola estaban radiantes de alegría por la decisión que habían tomado. Fueron momentos de fervor, de emoción.
La mente estaba proyectada hacia un futuro de esperanza y nuevas emociones. Se sentían fuertes: nada podía interponerse en su camino. La energía de aquellos momentos no permitía pausa alguna en sus decisiones.
El 8 de enero de 1885, Nicola inició los trámites matrimoniales.
Acudió a la Oficina del Estado Civil del Municipio de residencia para firmar un documento con los datos personales de los cónyuges y pedir cita para la promesa de matrimonio. Habría sido la Oficina a buscar toda la documentación necesaria, tras la cual, el mismo empleado se habría puesto en contacto con los novios para fijar con ellos la fecha del juramento.
Y así fue.
Le hicieron saber que para cada uno de ellos se necesitaba un testigo

y uno de los padres, ambos con documento de identidad vigente. Los testigos de lo civil podrían ser los mismos de la ceremonia religiosa.
La publicación, con los datos de los cónyuges y el lugar donde se iban a casar, estaría expuesta durante ocho días en la puerta de la casa municipal. Todo esto, por supuesto, tenía la función de poner en conocimiento de todos, la intención de los novios de contraer matrimonio, para que cualquiera que tuviera interés, pudiera oponerse.
Una vez completadas las publicaciones, después de cuatro días, Nicola y Luigia obtuvieron el *nulla osta* para la boda.
Ambos estaban llenos de una sensación de fervor, como si quisieran quemar los días.
La "autorización" para el matrimonio estaba ahora en sus manos.
El matrimonio se celebraría dentro de 180 días. Por lo contrario, los certificados perderían toda validez.
Nicola se dirigió de pronto donde el párroco, Don Vincenzo Ciccaleni, quien lo tranquilizó, luego de verificar los certificados municipales. Pero le dijo que, además de los documentos para el matrimonio civil, se necesitaban otros tres certificados para el religioso: el certificado de bautismo. lo de la confirmación y lo de estado libre.
Ambos trabajaron en esta dirección.
Estos preparativos eran emocionantes. Estaban tan felices que casi se habían embarcado en una carrera contra el tiempo. Cuando estaba en casa, Luigia pasaba horas preparando el ajuar. Observaba sus manos moverse hábilmente entre las muselinas blancas. Usaba hábilmente la aguja o el ganchillo y admiraba con satisfacción cada avance en sus obras femeninas.
Su padre había autorizado a Nicola a ir a su casa y acompañar a toda la familia en las salidas de los domingos. Y luego, por la noche, ella

esperaba fantaseando que Nicola tocaria a la puerta con los habituales tres golpes concordados, que lo anunciaban.
En ese periodo los padres estaban discutiendo extensamente la cuestión de la dote, el ropero y la alianza.

Los preparativos se arrollaban rápido y con alegría, cuando un día el párroco llamó a Nicola a la rectoría para comunicaciones importantes.
Él le informó que todos los papeles estaban en orden, excepto uno.
Pero Nicola no se preocupó mucho. Inmediatamente pensó en un malentendido, un obstáculo sin demasiada importancia, un pequeño obstáculo que se resolvería rápido y sin mucha dificultad.
Sin embargo, se emocionó cuando don Vincenzo le dijo que ese documento era muy importante y que su falta impediría irremediablemente la boda.
Esa noche, cuando Nicola tocó a la puerta de Luigia, su decepción era clara.
Explicó con calma y desesperación que para ella todos los certificados estaban en orden, mientras que, para él el "certificado libre" no podía ser producido por la parroquia porque durante los cuatro años anteriores, desde el mes de diciembre de 1880 hasta diciembre de 1884, resultaba haber "residido en navegación extranjera".
¿Cómo podría el párroco estar persuadido de su condición de libre, cómo podría certificar que él, en estos cuatro años, no tenía ni había tenido vínculos matrimoniales en otro país?
Le dijo a Luigia las palabras textuales de Don Vincenzo: "Es un documento indispensable, Nicola. Es absolutamente esencial y vinculante. No puedo celebrar el rito religioso, en su defecto, pero no se desanimen, tengan fe, hablaré con el Vicario General. Encontrare-

mos una solución, ya verás…", había tratado de consolarlo el sacerdote cuando vio la decepción y el desconcierto en sus ojos.
También a Luigia se le había derrumbado el mundo por encima. Fue como una bofetada golpeada violentamente en la cara. El vacío, el silencio más ensordecedor había ocupado el lugar de la excitación con la que, hasta ese momento, había fantaseado una nueva vida, llena de esperanza y de nuevas emociones. No hubo palabras, gestos, intenciones para remediar. No había salida.
Se despidieron con tristeza esa noche. Luigia se sentó a cenar con sus padres, como de costumbre, pero no escuchó una sola palabra de la charla habitual que nunca fallaba en la mesa por la noche.
Se puso a llorar en el silencio de su habitación.

La Catedral de Fermo

El arzobispo de Fermo era Amilcare Malagola, nacido en Módena el 24 de diciembre de 1840 y ordenado sacerdote en 1863 en Roma.
Fu obispo de Ascoli Piceno desde 1876 y luego arzobispo de Fermo desde 1877.
El Papa León XIII lo elevó al rango de cardenal en el consistorio del 16 de enero de 1893.
Fue el último arzobispo de Fermo en tener el título de cardenal.

Jueves, 8 de enero de 1885

Las dificultades y la Diócesis de Fermo

Don Vincenzo estaba más angustiado que los dos jóvenes. Eran sus feligreses. Conocía sus familias desde hacía mucho tiempo. Él fue quien les dio el sacramento del Bautismo, él quien los preparó para la Comunión y luego para la Confirmación. Eran buenos niños, gente sencilla, honesta, buena, fiel.

No podía resignarse ni podía rendirse al dominio de las cartas.

Dar un paso atrás ahora habría sido equivalente a decretar su infelicidad.

Así que, después de una noche casi sin dormir, Don Vincenzo se levantó temprano ese jueves. Se vistió a toda prisa y fue a la iglesia a celebrar la primera misa.

Al final alquiló un carruaje tirado por dos caballos y se hizo llevar a la diócesis de Fermo.

Después de casi tres horas de viaje, finalmente se encontró en presencia del Vicario General.

Habló extensamente de la cuestión de la larga ausencia de Nicola, le habló de la bondad del joven, le dijo que lo conocía desde que era un niño, que se había ido en busca de una vida mejor, todo por culpa de la grave crisis de esos años. También le habló del gran sufrimiento que había visto en sus ojos cuando él le había comunicado la complicación.

El Vicario se quedó en silencio por unos momentos. Finalmente identificó en una "admisión a juramento suplementario", la posible solución al problema.

Así que hizo que el párroco redactara una solicitud dirigida a él mismo, en la que don Vincenzo explicaba:

* * *

"A Su Excelencia Monseñor Vicario General de Fermo
Monseñor,
El señor Nicola Solazzi, hijo de Pasquale, de esta parroquia, queriendo contraer matrimonio con Luigia Fulgenzi, hija de Giuseppe, también de esta parroquia y no pudiendo probar su plena libertad de estado por el tiempo que vivió en la navegación extranjera, es decir desde el mes de diciembre 1880 hasta diciembre de 1884, se dirige a su Excelencia para pedirle de admitirlo al juramento suplementario y autorizar a mí, como su párroco, a llevarlo a conclusión.
Porto Civitanova, 8 de enero de 1885"

* * *

Y en la misma solicitud, el Vicario autorizó:

Fermo, 8 de enero de 1885

Se autoriza a la distancia de la forma habitual.
El Vicario General de la Curia de Fermo.

* * *

Es decir, Don Vincenzo explicaba la situación y al mismo tiempo pedía autorización al Vicario para admitir a Nicola a un juramento, validado por las declaraciones de lealtad de dos de sus amigos que habían sido testigos de su vida en esos cuatro años de navegación extranjera.
Durante esos años, supuestamente declararon que Nicola había permanecido en su estado, libre de vínculos matrimoniales contraídos.
Don Vincenzo volvió con gran alivio de aquella entrevista.

Al día siguiente el sacerdote llamó inmediatamente a Nicola y le explicó detalladamente la conversación que había tenido con el Vicario General en Fermo.
Fue una gran noticia para Nicola.
Después de todo, le bastaba encontrar a dos amigos que habían estado con él durante esos años.
Nicola pensó entonces en Marone y Giuseppe quienes, además de ser amigos, habían sido sus colegas de trabajo durante mucho tiempo.
Las nubes amenazantes en el horizonte de ayer, habían comenzado a disiparse, dejando espacio a una luz, tímida pero presente.

~~Fermo~~ Porto Civitanova li 18 Gennaio 1885

Io Nicola Polazzi figlio di Giuseppe
avendo stabilito di contrarre legittimo matrimonio con
Aloisia Fulginji di Giuseppe
giuro essere la pura e sincera verità e non altrimenti che dal Dicembre 1880 fino al Dicembre 1884
ho dimorato alla navigazione estera
ed in tutto detto tempo sempre sono vissuto e mantenuto nel mio pieno stato di libertà e sciolto da ogni e qualunque vincolo matrimoniale e per essere ciò la verità, così dichiaro, confermo e giuro toccando il S.º Evangelo.

In fede etc.

Polazzi Nicola
Marinaio del di detto Civitanova

El juramento de Nicola

En el año 1885 Don Vincenzo Ciccaleni era párroco a Civitanova Marche.
En falta de un documento válido, era facultad del obispo de Fermo conceder la posibilidad de recurrir a un juramento suplementario.
Extracto de los archivos de la Parroquia de San Pietro en Civitanova Marche.

Martes, 13 de enero de 1885

El juramento complementario

El 13 de enero, Nicola fue el primero en prestar juramento de la siguiente manera:

* * *

Porto Civitanova, 13 de enero de 1885

Yo, Nicola Solazzi, hijo de Pasquale, habiendo decidido contraer legítimo matrimonio con Luigia Fulgenzi, hija de Giuseppe, juro que desde diciembre de 1880 hasta diciembre de 1884, viví en la navegación exterior manteniendo mi completo estado de libertad, libre de cualquier lazo matrimonial.

Declaro eso, confirmo y juro, tocando el S.S. Evangelio, en fidem

Solazzi Nicola

V. Ciccaleni - Párroco de Porto Civitanova

* * *

Luego, el mismo día, siguió el juramento de su amigo Marone:

* * *

Mi nombre es Marone Verdini, hijo de Francesco, de Civitanova.

Vine a este examen para testificar el estado libre de Nicola Solazzi, hijo de Pasquale, que quiere casarse con Luigia Fulgenzi, hija de Giuseppe, también de este lugar, por haber sido, en pura verdad, buscado por parte del mismo.

Conozco muy bien a Nicola Solazzi por ser mi amigo y confirmo que siempre fue, hasta la fecha, libre de todo vínculo matrimonial.

Confirmo que, desde el mes de diciembre de 1880 hasta diciembre de 1884,

nunca ha contraído matrimonio con nadie y no ha tenido, ni tiene, ningún otro vínculo matrimonial.
No puede ser de otra manera, porque siempre lo he conocido como persona libre de todo vínculo matrimonial, como también era conocido y reputado por todos
En fidem.
Marone Verdini

También su amigo Joseph hizo la misma declaración.

* * *

El día 14 por la noche, después de la misa, Don Vincenzo llamó a Nicola y Luigia en la parroquia y les informó que los documentos ya estaban en regla. Todos, incluido el párroco, dieron un gran suspiro de alivio.
Lo que hasta el día anterior había aparecido como un obstáculo insuperable, ahora se reducía a un recuerdo banal.

Lunes, 19 de enero de 1885

El matrimonio

El párroco les advirtió que, a partir del día siguiente, las publicaciones religiosas debían permanecer visibles durante ocho días, en la parroquia donde se celebraría la boda.
Transcurridos los ocho días, ellos podían fijar el día de la ceremonia.
En ese momento Nicola y Luigia se miraron el uno al otro, como escrutando los pensamientos de su pareja. Después de todos los problemas burocráticos que habían tenido que resolver, esta decisión los había tomado desprevenidos.
Pero estaban seguros de una cosa: no querían esperar más.
Acordaron con sus respectivos padres y como para exorcizar otras dificultades, fijaron la fecha para el día jueves 5 de febrero, S. Agata.

A partir de entonces siguieron días intensos de gozoso fervor. Luigia disfrutaba de momentos verdaderamente felices. El ajuar estaba muy avanzado, aunque quedaban varios elementos para bordar sus iniciales.
Hasta en la casa este matrimonio trajo un soplo de vida.
Su madre se levantaba por la mañana enumerando una serie de compromisos a cumplir de cara a ese día, porque de repente, a pesar que parecía tan lejos, aquella boda se había vuelto inesperadamente cercana.
Nicola e Luigia ya no querían esperar más. Estaban ansiosos por saborear la vida matrimonial que se acercaba en el horizonte.
Por esta razón, el tiempo pasaba demasiadamente rápido.

Luigia y su madre debían pensar entonces en la casa, que tenía que ser acogedora, la dote, el lino, el vestido de la novia y sobre todo el aperitivo para los pocos miembros de la familia.
El almuerzo de boda se habría hecho con el pescado del padre de Nicola y su madre se sentía aliviada por esto.
A pesar de las dificultades económicas, los novios merecían una gran fiesta.
El evento tan esperado estaba ahora cerca y los preparativos se apresuraron hacia ese día.
A pesar de la inevitable agitación, preocupación y fervor, todo había tomado la dirección adecuada.

El horizonte estaba incandescente la mañana del 5, a las seis y media. En el aire limpio los pájaros cantaban por la mañana y se escuchaban los primeros sonidos del pueblo que se despertaba.
Al oeste, la mirada fue capturada de inmediato por el blanco de los picos más altos de los Sibillini, allá arriba, donde la nieve era casi siempre una sorpresa, por los que miraban siempre al mar.
Suaves nubes blancas se movían por el cielo. El aire era claro y templado y el día, a pesar de ser un invierno frio, se veía sereno.
Luigia vestía un sencillo vestido blanco y, junto a su padre, caminó hacia la iglesia, acompañada por la charla festiva de los familiares, detrás de ella.
De la casa al lado Nicola salió junto a su madre, seguido también por algunos familiares, invitados para la solemne ocasión. Nicola entró primero en la iglesia y vio a don Vincenzo esperándolo con su sonrisa satisfecha.
Ambos, entonces, en el altar, dieron la bienvenida a la novia, visiblemente emocionada.

Jueves, 30 de abril de 1885

Vida conyugal y dificultades

¡Amarse por fin!

¡Aquí está la nueva vida, tan anhelada, los días planeados, las esperanzas realizadas, los miedos disipados!

Había llegado el momento de poner los cimientos del amor, de conocerse y dar espacio a la reciprocidad, a la confianza recíproca.

Fueron días y meses en los que había que compartir todo: espacios, cultura familiar, sentimientos, pensamientos, trabajo, decisiones, angustias y preocupaciones.

Y este fervor de vida generó a su vez una renovada planificación diaria.

En aquellos días, la naturaleza seguía su curso y florecía, y el amor, cada día diferente y cada día más intenso, era tierno y delicado, lleno de detalles, tiempo y dedicación.

Se esparció en el aire por todos lados y se desbordó y, ... en poco tiempo se volvió materialmente fértil.

Un día, el milagro de la vida comenzó a palpitar en ella, imperceptible, silencioso, pero vigoroso.

Un pensamiento de amor se había convertido en una maravillosa concreción, un deseo que se había hecho carne.

Luigia estaba feliz. Incluso ahora, ante el mero recuerdo de esos días, sus labios se abrieron en una dulce sonrisa.

Había sido el período más rico de emociones de toda su vida y esta novedad que escondía en sí mismo, daba nuevo color y sabor a la existencia.

Estaba tan inmersa en ese mar de emociones que no se dio cuenta de los graves problemas que se acercaban y que estaban a punto de abrumarlos.
La sociedad estaba cambiando. La pobreza era inminente. La urbanización había comenzado, los negocios estaban creciendo, pero todo el contexto general estaba en crisis.
Las empresas campesinas, especialmente las más pequeñas, estaban en serias dificultades debido a la desaceleración del crecimiento de la producción.
Las causas venían de lejos.
En esos años, la agricultura estadounidense se encaminaba hacia grandes transformaciones.
Gracias a la disponibilidad de vastas llanuras y al hecho de que los propietarios de la tierra eran ellos mismos productores, eliminando así la renta de la tierra, el cultivo de cereales había alcanzado niveles de productividad muy elevados.
A esto se sumó el desarrollo de nuevos medios de comunicación y una mayor eficiencia del transporte. La red ferroviaria, sobre todo, se fue ampliando, haciendo posible llegar a pueblos aún más pequeños, antes abastecidos únicamente por servicios de caballos.
Además, el pasaje de los veleros a barcos de vapor había dado un giro decisivo al comercio y los productores americanos podían llegar al continente europeo a bajo costo y vender sus productos a precios muy competitivos.
En nuestro país, la competencia que se iba generando entre los productos nacionales y aquellos provenientes de América provocó una caída repentina de los precios. Debido a la sobreproducción, al no poder alcanzar los márgenes de ganancia, los productores locales pronto se encontraron en serios problemas.
La pobreza estaba avanzando.

Las clases campesinas fue la más perjudicada. La miseria tocaba a todos: jornaleros, pequeños propietarios, empleados y aparceros. Todo el mundo campesino estaba en malas condiciones. El analfabetismo era rampante, la gente estaba desnutrida, las casas insalubres. La única gran aspiración seguía siendo la propiedad de la tierra. Las cooperativas y asociaciones de ayuda mutua nacieron entre los trabajadores.

Cada vez era más difícil poner algo de comer en la mesa. Las porciones disminuían día atrás día.

"¡No podemos quedarnos mirando!", dijo un día el hermano de Luigia, mirando la pequeña polenta en su plato.
"No tenemos mucho dinero y necesitamos tomar precauciones. Pensé en unirme a la Sociedad de Ayuda Mutua. Al menos como socio, si pasa algo, tendré algo de ayuda. Muchos trabajadores lo están haciendo".

Para hacer frente a la crisis, eran muchas las Sociedades de Socorro Mutuo que se estaban creando en estos últimos años.
Ya en 1867, en la ciudad, existían dos Sociedades Obreras de Socorro Mutuo: una en funcionamiento en la ciudad alta, fundada por el marqués Paolo Ricci y la otra en la aldea de Porto, en aquella época poco más que un pueblo de pescadores, más tarde llamada *Sociedad Obrera de Socorro Mutuo Giuseppe Garibaldi*[5].
Estas eran asociaciones voluntarias, *formadas principalmente por trabajadores, artesanos, pequeños comerciantes, que tenían como finalidad principal de asistir a los trabajadores registrados, en caso de*

5 - P.L. Cavalieri, *La Società Operaia di Mutuo Soccorso "Giuseppe Garibaldi" di Porto Civitanova dalle origini ai giorni nostri*, Civitanova Marche, 1985.

enfermedad, mediante subsidios diarios u ocasionales.

A pesar de la expansión de la cooperación y de las asociaciones mutuas voluntarias, la situación económica de las familias seguía siendo problemática.

La falta de trabajo y consecuentemente también de alimentos para sustentarse, generaba desequilibrios y conflictos dentro del hogar.

La ansiedad, la depresión y el pesimismo eran rampantes.

Muchos eran los que dejaban a sus familias para buscar trabajo en otros lugares.

El fenómeno de la emigración estallaba.

Martes, 18 de agosto de 1885

Un bebé en camino

El lento pasar del tiempo, en los días y meses que siguieron, creó el encanto de la vida.

Aquel prodigio que Luigia guardaba en su vientre fue el principio de un cambio y también motivo de angustia y aprensión a la vez.

Una tormenta de emociones la atravesó.

A veces se sentía irritable, a menudo presa de la tristeza y la desesperación, otras veces se abría a sentimientos más positivos.

Estaba teniendo una experiencia única y emocionante.

Fue un momento mágico, pero también agotador, era difícil concentrarse en las cosas cotidianas.

Su cuerpo ya no era el único, se había transformado lentamente y en su corazón había una tormenta de emociones, tanto agradables como desagradables.

Afuera, el sol rojo arrojaba una luz cálida. La plaza era un gran escenario, aún iluminado por los últimos rayos. Incluso las carreteras principales, aunque polvorientas, estaban coloreadas con extraños reflejos dorados.

"¡Vístete, Luigia, salgamos! Esta noche hay bingo en la plaza", le dijo cariñosamente Nicola.

"No quiero ir, me siento cansada, pesada y luego, con el bebé en camino, no tenemos dinero para gastar…", repitió.

"¡Y yo, en cambio, no quiero verte triste! Sé que estás preocupada por nuestra situación, pero si salimos, te distraerás un poco. Solo te puede hacer bien...

Hoy es la fiesta del santo patrón. Puedes ir al servicio religioso, hay un espectáculo teatral y luego, después del bingo, también hay fuegos artificiales.
¡Vamos, vístete..., vamos a mostrarles a todos esta barriga que crece!".

Luigia sonrió, pero las ideas tristes seguían circulando por su mente. Este bebé en camino ya estaba cambiando su vida; y no solo su estilo de vida, sus prioridades, sino su propia forma de pensar y ver la realidad.
.... y la realidad no dejaba otro presagio que el de un futuro hecho de angustias, penurias y miseria.
Los meses que la acercaron al momento del parto transcurrieron lentamente. La naturaleza estaba siguiendo el curso previsto y avanzaba imparable, constante y firme hacia la gran meta.

Esta se anunció con una fuerte punzada en el vientre.
Instintivamente volvió la mirada hacia la ventana, como para recordar los colores, luces y sonidos que entraban desde afuera, como para registrar la vida cotidiana, que fluía distraídamente, mientras la suya estaba teniendo un cambio decisivo.
El pequeño Dante nació el día 19 de diciembre, cuando la espera de la Navidad era aún más dura que la del año anterior. El campo estaba blanco de nieve. Afuera soplaba una brisa embriagadora. Por el reflejo del sol, de la blancura de la nieve, como chorros, brotaban iridiscencias multicolores. El mar, a menudo embravecido y tormentoso, no ofrecía buenas oportunidades de pesca.
Los artículos de primera necesidad, como el trigo, el arroz, el formentone, el aceite, las habas, las alubias, las sardinas, etc., pesaban

mucho en el registro de los gastos familiares.
Las dificultades eran muchas, pero cuando Luigia miró por primera vez aquella cabecita, que no dejaba de gritar, quedó encantada.
Perdió la noción del tiempo y del espacio, y se dejó llevar por aquella pequeña maravilla.
Se olvidó de la amargura, de la angustia, de los problemas del pasado y de todos aquellos que iban surgiendo en el horizonte.
Ser madre fue algo mágico, único y profundo.
Ella lo acercó a su pecho para darle su primera leche y el contacto con él creó un vínculo especial de profundo amor.
Aquella criaturita la había hecho madre, una mujer diferente, una mujer nueva con un sentimiento intenso, único e infinito.
¡Su bebé era tan pequeño y maravilloso, en sus brazos!
Para él, el olor a leche y la voz cálida y tranquilizadora de su madre era suficiente para ser feliz.
Luigia estaba convencida de eso: nunca había experimentado un amor tan fuerte e incondicional.
Ese pequeño milagro de la vida había ampliado su capacidad de amar.
Ahora que ya no estaba en su vientre, envuelto en líquido amniótico que amortiguaba sonidos y ruidos, lo vio indefenso, asustado y buscando protección. No le preocupaban los sacrificios que se presentaban, porque sin saberlo, todos se transformaban en alegrías cotidianas. Las horas de sueño se habían reducido a fracciones de tiempo no exactamente cuantificable, pero le bastaba encontrarse con esos ojos puros e inocentes para sumergirse en ellos y sonreír.
Las horas ya no existían. El latir del tiempo no se dividía en horas sino en momentos: el de dormir, del juego, de la limpieza, del aseo y el de la comidita.

Y como no era posible controlar su propio sueño, Luigia intentaba dormir cuando su pequeño se quedaba dormido.
La naturaleza otorga a las madres sus poderes especiales: había afinado su oído, era capaz de descifrar el aliento de Dante, incluso en medio de la noche o a metros de distancia. Observó con más atención todos los movimientos y peculiaridades del pequeño cuerpo.
Su propio buen humor dependía del grado de bienestar de su hijo. Entonces, al oler el aliento, también podía comprender si no estaba bien.
¡Y qué decir de su capacidad de resistencia! Nunca imaginó que podría resistir el cansancio y al sueño durante tanto tiempo.
Sin embargo, los esfuerzos dieron sus frutos: cada día era un descubrimiento maravilloso.
Había aprendido un nuevo lenguaje hecho de "aahh,... meee,... ooohhh" ¡Y nunca imaginó que el juego más bonito y divertido sería el del cucú con una criatura de menos de un metro!
¡Ser mamá! ... una verdadera magia.

Año 1886

Problemas y privaciones

En el sector agrícola, tras años agrícolas negativos, la entrada masiva de mercancías estadounidenses en Europa, favorecida por las mejoras en el sector del transporte con la transición de la navegación a vapor, arruinó a muchos pequeños productores.

La agricultura estaba dirigida fundamentalmente a la supervivencia y subsistencia de la unidad familiar. Toda la actividad agrícola de una empresa campesina estaba dirigida, en primer lugar, a satisfacer las principales necesidades de la familia, como el pago de impuestos, alimentos y dote para las hijas.

La comida escaseaba. No se tenía lo suficiente para vivir. Faltaban los recursos monetarios necesarios para garantizar condiciones materiales de vida dignas para ellos y sus seres queridos.

La vida de los pescadores era aún más precaria que la de los campesinos.

Vivían en casas pobres, verdaderas chozas que tenían el techo a la altura de los ojos en uno o dos pisos.

A los que no tenían barca propia se les llamaba *sciabicotti*, porque se limitaban a hacer una mala pesca a la orilla del mar con una red llamada *sciabica* (jábega).

En tierra, los viejos marineros estaban siempre atentos a reparar las gastadas redes y los gritos prolongados de sus mujeres se escuchaban a menudo en las calles del pueblo, mientras vendían el pescado transportado en sus carretas, la mayoría de las veces acompañadas por sus niños descalzos y sucios.

En la venta del pescado, los pescadores a veces eran víctimas de los

mayoristas y especuladores, que les prestaban dinero, en invierno o en tiempos de dificultad, y luego les imponían precios muy bajos cuando compraban su pesca en el verano.
Por la necesidad de alimentar a las familias, obligados a salir a la pesca incluso en malas condiciones meteorológicas, se encontraban a veces, víctimas de desgracias provocadas por tormentas, que volcaban fácilmente sus pequeños botes.
Incluso si se salvaban, pero perdían su pequeño barco, los pescadores, eran reducidos a la pobreza.
Aunque la nobleza de los sentimientos innatos permanecía en la pobreza, la falta de trabajo exasperaba las almas, a veces hasta la violencia.
La pobreza también negaba la educación. Muchas familias no podían permitirse enviar a sus hijos a la escuela.
A lo mejor, los niños la frecuentaban solo por tres años, no más.
La miseria, la decadencia, la inestabilidad eran ahora un hecho. Todos aquellos que llegaban a encontrarse en estas condiciones muchas veces sólo tenían que emprender el camino de la emigración y explorar nuevas tierras, en busca de trabajo y una vida mejor.

Jueves, 14 de julio de 1887

La gran decisión

La playa estaba desierta en ese momento.
Nicola estaba sentado con las piernas cruzadas en la arena y sintió que la humedad se subía a los huesos. La penumbra coincidía bien con sus pensamientos.
El mar, azul y dócil, se extendía en una distancia infinita, separándose en el horizonte del azul pálido del cielo, con una fabulosa franja verde esmeralda.
Las nubes creaban una extraña arquitectura contra el fondo cerúleo. En la contemplación de tan espléndido espectáculo, todo invitaba a la calma y al descanso.
Todo era armonía, todo estaba en su lugar en esta pequeña playa. Las mujeres mayores y los niños no tardarían en llegar para dar la bienvenida a la llegada de los marineros, que regresaban de pescar, listos para girar el cabrestante y llevar el bote a tierra.
Primero un grito indistinto, luego una charla bulliciosa habría roto ese silencio y perturbado la quietud y la paz de esa hora de la mañana.
Y, sin embargo, a pesar de la calma y el silencio acogedor, Nicola estaba muy agitado.
La noche de insomnio había alimentado aún más las dudas y los temores.
El clima prohibitivo de la semana anterior había producido los escenarios amenazantes que se amontonaban en su mente.
Unos días antes, de hecho, una fuerte tormenta había dañado gravemente los barcos.
Todo empezó una mañana, acompañada de redondas nubes oscuras,

arrastradas por un leve viento de libeccio.
Las aguas del mar habían comenzado a chocar entre ellas, primero lentamente, luego cada vez más violentamente.
Las que golpeaban las rocas producían alternativamente un sonido a veces muy relajante, a veces fuerte y agudo, un chapoteo casi ensordecedor y amenazante.
El viento, que salió muy rápido, frío y prolongado, se sumaba a este concierto de sonidos marinos y pasaba por los rostros de las personas, aumentando la sensación de frío glacial.
De repente, dos truenos atronadores atravesaron el aire, trayendo consigo una atmósfera lúgubre y oscura.
Gotas cristalinas de lluvia comenzaron a caer más gruesas y más fuertes. Caían sobre las aguas batidas y revueltas, en tan gran cantidad que una espuma de nieve, repetidas veces, se formaba y desaparecia inmediatamente.
El pueblo, abrumado por todo ese estruendo de la naturaleza, buscaba refugio en los lugares más seguros.
El cielo, ahora turbio y oscuro amenazaba, mientras las olas, cada vez más altas, se alejaban de la playa, desprendiéndose de la orilla, rápidamente hacia el horizonte, hasta desaparecer en la distancia, para luego volver más hinchadas, llenas y impetuosas, arrastrando y abrumando a los pobres barcos, amarrados en la playa, a la espera de nuevas salidas.

Nicola miró destruido y demolido lo que quedaba de los barcos que poseía, el suyo y el de los padres de Luigia. Estaban demasiado dañados, estaban literalmente hechos pedazos, era imposible reconstituirlos. Se habría necesitado mucho dinero para encontrar piezas nuevas y repararlas.
Ya era difícil comprar la comida para alimentarse.

Este desastre había puesto la palabra "fin" a las últimas esperanzas de tranquilidad.
La imagen del pequeño Dante siempre estaba frente a sus ojos, sus risitas alegres, sus sonrisas inocentes...
Su mamá lo había amamantado durante varios meses, pero ahora el pequeño necesitaba una nutrición más sustancial.
Nicola seguía mirando los acarreos dispuestos a lo largo de la playa y se preguntaba, qué podría ofrecerle ahora,... ahora que ya no tenía su *lancetta*, irremediablemente destrozada por una tormenta furiosa y despiadada.
Había buscado repetidamente una ocupación, había sondeado la mente, examinado y analizado cuidadosamente todas las posibilidades. ¿Qué trabajo podría haber hecho, qué ocupación podría haber asegurado la tranquilidad de sus seres queridos, defenderlos de la adversidad, protegerlos, seguir adelante y vivir con dignidad?
Pero tan pronto como una solución venía a la mente, inmediatamente aparecía una dificultad que la hacía impracticable e insuficiente.
Había pensado que podría ayudar a su cuñado Massimo, que era *facocchio*. Pero, ¿qué tenía que ver un marinero como él con un oficio que sabe a carpintero y a mecánico, que construye piezas y las ensambla para hacer vagones, y cuánto tiempo llevaría a aprender ese arte, cuánto tiempo habría sido útil para Massimo, para él mismo y su familia?
El trabajo escaseaba para todos. Su mente estaba en absoluta confusión. Las ideas se perseguían y se mezclaban sin parar, en busca de un destello, una pequeña abertura que ofreciera la más mínima posibilidad de vida. ¿Podría haber sido granjero, carpintero, sastre, zapatero?

Todos los artesanos, en el campo o en el pueblo costero, veían la sus economías sucumbir al avance de la gran producción industrial.
Nicola trataba en vano de rechazar esa idea que volvía a repetirse cada vez.
Sentía que estaba cediendo, que se estaba rindiendo a la evidencia y la evidencia era que la única salida a la situación era ir a buscar trabajo a la Argentina, cruzando el mar.
Emigrar para salvarse.
De hecho, esta seguía siendo la única esperanza para sobrevivir, para él y para aquellos a quienes amaba.

Miércoles, 20 de julio de 1887

Esperanza en el extranjero

Tuvo un salto de conciencia.

No se había dado cuenta del tiempo que había pasado. Todavía estaba sumido en sus pensamientos, cuando los nostálgicos graznidos de las gaviotas y la luz del amanecer le advirtieron que la vida avanzaba, como siempre, en su carrera imparable.

Al regresar a casa, sus suaves pasos no perturbaron el sueño del pequeño Dante, pero no pasaron desapercibidos para Luigia, quien poco antes lo había buscado entre las sábanas a su lado.

"¿Dónde has estado?" ella le preguntó

"No podía dormir", respondió primero, evasivamente.

Al silencio que siguió, añadió:

"He ido a ver los barcos..."

Quizás ese era el momento de confiar en ella y decidió contarle sus pensamientos, sus inquietudes, la angustia del presente y el miedo al futuro.

Él le contó la situación que se había presentado y su temor por ella y por su pequeño hijo; que precisamente porque los amaba tanto, después de tantas soluciones buscadas y examinadas cuidadosamente, había llegado a la conclusión de que tenía que dejarlos.

... que la única salvación habría sido apoyarlos desde lejos, donde había trabajo.

Luigia se quedó en silencio.

Este momento ya estaba en el aire.

Durante mucho tiempo había temido que llegaría.

La vida se había vuelto demasiado difícil de soportar. Sabía que antes

o después ellos también, como tantos otros, tendrían que enfrentarse a esta dolorosa decisión.
La mayoría de las familias tenían uno o más parientes que tuvieron que emigrar, expulsados del desempleo y del hambre. Las remesas se utilizarían para hacer frente a las necesidades primarias y para pagar las deudas contraídas para cubrir los gastos de viaje.
Dejarlo ir significó para ella un regreso al pasado, a los fantasmas de la soledad, a la nostalgia de aquel amor arrollador.
Ni siquiera podía pensar en ello. Pero, por otro lado, no podía negar que no había otra alternativa.
"Te haré café", dijo con tristeza y tácitamente distraída. Nicola captó la tristeza de su esposa:
"¡Escucha Luigia! Sé que será un golpe duro para ti, para nuestro hijo... ¡y lo será para mí también!
Pero tú también lo entiendes, ves que no podemos llenar un plato en la mesa. Y Dante está creciendo, ¡qué le vamos a dar de comer! No podemos seguir así: con café hecho con raíces de achicoria tostadas, el pan hecho con harina de bellota, sin carne, sin verduras... y ahora sin pescado.
¡Necesitamos comer, si no queremos morir!".
Los días pasaban así: tristes y en compañía de este fantasma. Incluso Dante, que normalmente era un niño alegre y juguetón, sintió esta atmósfera pesada a su alrededor. Sus gritos festivos pasaban cada vez menos por las habitaciones, y sus juegos se habían silenciado.

Una gran parte de la población de la región Marche vivía en estas malas condiciones.
Obligados a hacer frente a la pobreza, al hambre y a las enfermedades, campesinos, carpinteros, sastres, zapateros y otros artesanos

en gran número, vendían la tierra, las casas, las joyas de la familia para comprar un billete de solo ida y emigrar en los países de ultramar.
Existía la creencia generalizada en las plazas, casas, comercios y tabernas de que en "Mérica" se podía construir una vida mejor, lejos de la miseria y la pobreza.
El destino predilecto era Argentina, donde la gente de le Marche, atraída por los testimonios de los que ya habían estado allí o por la gran publicidad engañosa que le daban los agentes de Migración, vieron la única alternativa al hambre.
Argentina era la tierra de la esperanza.
El gobierno de la República Argentina, para satisfacer una de las necesidades más urgentes de su país, que era atraer al mayor número de emigrantes europeos, para cultivar los vastos y fertiles terrenos que poseía, había creado una *Comisión Central de Inmigración*, que era encabezada por diversos agentes en varios países, entre ellos Italia.
Estos designados tenían la tarea de dar a conocer, por medio de la prensa y la correspondencia, las ventajas que encontrarían los inmigrantes, dedicándose especialmente a la agricultura u a otros oficios. Fortalecidos con todo esto, las grandes empresas navales de emigración y armadores, se valieron del trabajo de agentes de emigración, subagentes y representantes de porteadores que recorrían pueblos y zonas rurales a fin de convencer a más personas de abandonar sus paises.

Y así, de hecho, los agentes de viajes habían hablado con Nicola sobre la oportunidad de emigrar en Argentina.
La expatriación ofrecía la posibilidad de reconstruir una existencia libre de pobreza.

Muchos de esos agentes recorrían la parte alta del pueblo, las fincas y la playa.
Recorrían las plazas, los talleres de los artesanos, y las tabernas. Hablaban con los campesinos y tocaban las puertas de las cabañas de los marineros. Traían con ellos coloridos carteles, volantes y postales anunciando sus vapores como los más rápidos y donde se servían las mejores comidas, alimentos controlados y carne todos los días.
Otros, a través de agencias de intermediación, ofrecían un boleto prepago que los grandes terratenientes estadounidenses enviaban a los trabajadores, como un préstamo a pagar a lo largo de los años.

Una vida mejor por un billete

Nicola habló largo y tendido con Luigia.
Dividir a la familia era lo último que quería. Cada vez que miraba a su esposa y al pequeño Dante, sentía un dolor indescriptible en el pecho. La sola idea de separarse de él, y por un tiempo indefinido, era insoportable.
¿En qué condiciones, entonces, los dejaría? La compra del billete habría significado otras dificultades. Los habría obligado a usar todos los pocos ahorros que habían reunido con dificultad y a costa de duros sacrificios, habría significado empeñar las joyas de la familia o vender algunas propiedades.
La mente daba vueltas en círculos en busca de otra solución, pero era en vano.
Partir, dejar todo y a todos y emigrar. Esa fue la única medida que tomar.

La mente se detenía en ese único resultado.
Siguieron días en los que se alternaban momentos de abatimiento y desesperación con otros llenos de coraje y determinación.

Pero cuando sus ojos se posaban en su hijo, el corazón de Nicola desbordaba de dolor.
Sin embargo, era necesario, era por su bien; las remesas mejorarían sus vidas.
Lo repetía una y otra vez, pero no era suficiente.

Los posters

Para informar y alentar a los inseguros y dudosos, se colocaban carteles con los nombres y fechas de salida de los vapores hacia las Américas por todo el país.
La Navegación General Italiana [NGI] aparece en la ruta Sudamericana en 1884, cuando los mejores vapores del Rubattino son trasladados a La Plata.
Esta empresa nació en 1881 en Roma tras la fusión entre los dos gigantes del armamento nacional: la flota Florio con 43 vapores y la flota Rubattino con 38.

Domingo, 21 de agosto de 1887

Preparativos

No había otra opción: había que confiar.

Era bien sabido que los agentes que procuraban un boleto para "Mérica" eran figuras conocidas por su carácter comercial y lucrativo fraudulento.

Eran mediadores con rostro regateador y especulador, que ejercían sus funciones sobre la piel de una clase de emigrantes, necesitados e ignorantes.

No era raro que la estafa comenzara incluso antes de abordar el vapor.

De hecho, un gran número de personas sin escrúpulos trabajaba por las agencias de emigración que, aprovechando la desesperación y la ignorancia de la gente común, llevaba a cabo estafas reales, vendiendo mentiras y tonterías y proporcionando a menudo billetes de tren falsificados.

Estos explotadores eran capaces de engañarlos en todo: en los lugares, en las condiciones de la mano de obra, en la seguridad, en todos los aspectos, desde salir de casa hasta llegar a una tierra extranjera.

Y el gobierno no podía ni sabía cómo remediar a esta plaga.

Sucedía que el emigrante se encontraba despojado, ya a la salida, de aquellas pocas posesiones que le servirían para superar las primeras dificultades al llegar al Nuevo Mundo.

Pero la decisión ya estaba tomada y Nicola no tenía más remedio que seguir por este camino.

Para comprar ese boleto de tercera clase, se necesitó mucho dinero. Su costo era en promedio alrededor de 200 liras; alrededor de 230

para los mejores barcos, cifra que correspondía a más de 160 jornadas laborales para un trabajador agrícola.
Los precios de los camarotes de primera y segunda clase se calculaban de tal manera que el dinero pagado por los emigrantes se convertía automáticamente en pura ganancia para las navieras.

"Pensé en volver a Argentina, le dijo Nicola a Luigia, ¿qué opinas?
Hay mucha tierra y trabajo para marineros y armadores. Podemos construir allí una casa de madera y luego pintarla con los colores de nuestros barcos.
Luego, el gobierno aprobó una ley que otorga alojamiento gratuito durante cinco días en un Hotel de Inmigrantes en Buenos Aires y luego también te paga un boleto de tren para llegar a tu destino final.
Podríamos vender el cobertizo de herramientas, ¿qué dices, Luigia? Entonces podríamos cubrir los gastos de aquí a Génova, del vapor y los gastos necesarios una vez que llegue. A ti no te va a necesitar por el tiempo que yo permanezco en Argentina".
"No, no lo necesitaré: Argentina u otra tierra, me da igual. ¡Estarás lejos y te extrañaremos!
¿Estás seguro de que quieres vender el depósito? En su interior hay años de trabajo y todo lo necesario para la pesca. Sé que no tenemos nada más, pero piénsalo, ... y el depósito es tuyo de todos modos. Sabes qué hacer con eso. Nosotros, aquí en casa, solo necesitamos este techo para cobijarnos".
"No te preocupes, le respondió Nicola. Y luego tu hermano Massimo también vendrá en noviembre. Verás, cuando las cosas mejoren, podemos planear otras cosas para hacer. Te enviaré las remesas y con ellas saldaremos las deudas, devolveremos el depósito y podremos vivir mejor.

Ayúdame a preparar las cosas para llevar, ahora..."

De hecho, en 1876, pero ya estaba en vigor en la Provincia de Buenos Aires desde 1870, el gobierno argentino había aprobado una *Ley de inmigración y colonización*, una ley sobre colonización e inmigración, también conocida como *Ley Avellaneda*, que llamó a mucha gente de Italia a buscar suerte en la Argentina.
La ley dispuso que los territorios nacionales se dividieran en lotes de cuarenta mil hectáreas para asentamientos urbanos y suburbanos, ofreciendo tanto la posibilidad de cesiones de tierras gratuitas, como pagaderas a plazos a precios muy bajos.
Para los compradores, las únicas obligaciones eran las de residencia y cultivo.

La salida

Los emigrantes acudían a la entrada para abordar con sus bolsos y maletas en la mano.
Es hora de comprobar los documentos: pasaporte, billete, autorización de expatriación del Prefecto para hombres en servicio militar obligatorio, certificado de antecedentes penales, consentimiento del marido para mujeres casadas.
El último procedimiento de embarque, el más temido, era el reconocimiento médico que debía excluir todas las causas de rechazo a la llegada: enfermedades contagiosas, tuberculosis, pelagra, tracoma...
A menudo, ante la presencia de tracoma, los médicos italianos habitualmente rigurosos cedían a una mansedumbre que escondía la compasión.

Domingo, 28 de agosto de 1887

La salida

Preparar el equipaje fue lo más doloroso. Unas camisas de piel de topo, tres pares de pantalones de corte ancho a utilizar para el trabajo, ropa interior, un par de viejos zapatos cómodos, dos suéteres y una manta acolchada: éstas eran las cosas que entraban en la maleta de cartón, asegurada por una cuerda, para evitar que se abra y para desalentar a la gente con malas intenciones.

En cambio, llenaron la mochila con comida para ahuyentar el hambre, y con recuerdos familiares para permanecer, de alguna manera, aún unidos.

Nicola observaba atentamente a su esposa, quien cuidadosamente doblaba las camisas y arreglaba todo lo demás.

Había una mezcla de sentimientos, en pleno fermento, en su corazón. Se sentía agradecido por la consideración que ella le daba a hacer las maletas, pero al mismo tiempo, sentía casi una especie de rechazo a la situación: no quería que ella lo hiciera.

Se preguntaba si ella sabía que estaba planeando su separación. ¿Fue dedicación y atención, lo que metió en esa maleta o fue un consentimiento consciente a la partida, casi deliberado!?

¿¡Y por qué, entonces, ella estaba tan callada, mientras él quería gritar con toda la voz que tenía en su cuerpo, contra la mala suerte!?

Sin darse cuenta, anhelaba que esa desesperación que cruzaba su pecho también fuera de ella.

Atormentado y confundido, la abrazó, ... así..., ¡de repente! Y la apretó entre sus brazos durante mucho tiempo para fijar el recuerdo en su mente y la sensación de su cuerpo contra el suyo.

Luigia entendió y, abrazándolo, a su vez, escondió su rostro entre su cuello y su hombro.
Ella no lloró. Ella luchó contra todas las lágrimas y se armó de valor, segura de que también podría pasárselo a él.
Dentro de la maleta de cartón, ella también guardó cuidadosamente sus sueños, la esperanza de un futuro mejor y el deseo de volver a sus raíces.

A esa hora de la mañana, en vía Aprutina Inferior, las mujeres del barrio se habían reunido en la calle, frente a la casa Solazzi.
Ahora era costumbre saludar así a los que partían hacia el Nuevo Mundo, una forma de consolar a los jóvenes y animarlos. Nicola, Luigia, el pequeño y sus respectivos padres, hermanos y hermanas salieron casi todos juntos de la casa.
Mientras tanto, afuera, algunos de los amigos de Nicola se habían unido a las mujeres, todos reunidos para saludar al emigrante.
Caminaron hacia la estación del ferrocarril y allí esperarían juntos el tren.
Otros amigos ya lo estaban esperando en la estación.

EEl gran monstruo de hierro no se hizo esperar y dio aviso de su llegada con un silbido ensordecedor y prolongado que hizo saltar al pequeño Dante quien comenzó a llorar.
Mientras todos buscaban palabras de relajación, Nicola solo tenía ojos para su hijo, quien en los brazos de su madre parecía haber captado la tensión de ese momento y lo demostró con un grito liberador que Luigia no pudo detener.
Se separaron así, saludándose con los ojos.
Para ellos hablaron las miradas y un largo abrazo apasionado, que

los unía en una sola persona y que, por una fracción incalculable de-tiempo, los aisló de las multitudes y de los ruidos del resto del mundo.

Y el resto fue desarrollándose lentamente, como para conservar el mayor tiempo posible el recuerdo de aquellos momentos, en la conciencia de que ambos marcaban un final y un comienzo.
Luigia vio que él se dio la vuelta y sus pasos se alejaban de ella. El silbato del tren señaló su partida, y mientras con un brazo sostenía al niño contra sí, con la otra mano agitó el pañuelo durante largo rato para saludarlo, hasta que el último vagón desapareció definitivamente de sus ojos, al doblar la curva.
En la ruta del ferrocarril, el tren habría llegado a Ancona, siguiendo el Ferrocarril del Adriático. Luego tomaría la Vía Ferrata del Mediterráneo y se detendría, tras largas horas de viaje, en Piacenza.
Otro cambio y, pasando por Voghera, Tortona y Novi, habría llegado a Génova, Piazza Principe, inaugurada más de una década antes, en 1870.

Embarque

Génova. Es la primera imagen del nuevo muelle, aún no dotado de una estación marítima.
Vemos el embarque de los emigrantes para las "Meriche". Pobres, hacinados en el muelle, sin cobijo alguno para ellos y sus pobres cosas.
Durante las travesías, las de los emigrantes son "vidas suspendidas": han dejado una vida atrás y no saben cómo será encontrarse en el país de destino.
Hay los que no pueden embarcar porque no pasan el examen médico al embarcar, los que son estafados por los agentes de emigración y no encuentran el barco para embarcar, los que son asaltados en las posadas del puerto, los que abordan a tan viejos barcos y en tan malas condiciones que no son capaces de llegar a su destino.
Sin embargo, el nombre de Ponte Federico Guglielmo se confirma en 1889 después de la construcción de la nueva sala de pasajeros.

Miércoles, 31 de agosto de 1887

Estación Marítima de Génova

Tan pronto como se bajó del tren en Piazza Principe, en los veinte minutos que tardó en llegar a los puentes de abordaje, un espectáculo inesperado apareció en los ojos de Nicola: un increíble enjambre de personas abarrotaba los callejones y calles estrechas de Génova.

Se le acercaron para ofrecerle comida o una cama para pasar la noche, sugerirle una taberna o venderle una manta.

Los emigrantes que esperaban el embarque eran claramente reconocibles por sus rostros morenos, silenciosos, circunspectos en número predominante y eran objeto de especial interés por parte de la población local. Fue precisamente por su presencia que se desarrollaron iniciativas comerciales y de negocios. Los gerentes de trattorias, barberías, los dueños de hostales y otros servicios dirigidos a los que esperaban embarcar, se aprovechaban de los emigrantes.

Cuanto más larga era la espera, mayor era el volumen de sus negocios. Y en muchos casos se armaba una verdadera estafa contra los migrantes.

Por lo tanto, ellos eran frecuentemente explotados, burlados y expuestos al fraude y al engaño.

Sin embargo, no faltaba la adhesión y la asistencia de los religiosos ni la solidaridad de los ciudadanos.

En definitiva, Génova se presentaba como una ciudad ambivalente, a veces solidaria, otras cruel con quienes vivían y sufrían la misma pobreza.

El puerto de Génova estaba abarrotado de emigrantes que esperaban subir al vapor rumbo a América, gente pobre y desilusionada, en su mayoría campesinos, pálidos y demacrados, en una fila despatar-

rada, silenciosa y en el corazón la misma esperanza: la de salvarse del hambre y encontrar una vida mejor.
Los emigrantes llenaban el Puente Federico Guglielmo, la primera estación marítima destinada a la recepción de los pasajeros que llegaban y salían.
El puente se había construido gracias a la generosa donación de 20 millones de Raffaele De Ferrari, duque de Galliera, y con ellos también se habían iniciado los proyectos de modernización del Molo Lucedio y el atraque parcial del Molo Nuovo.

De esta forma el puerto quedó finalmente protegido de los temporales de los vientos sirocco y libeccio, y tenía estructuras portuarias a la altura de las necesidades industriales de la época.
La era de los veleros había terminado y comenzaba la era de los barcos de vapor, del hierro y del cemento.

En medio de toda esta ola de modernidad, Nicola, con la maleta de cartón y el saco al hombro, buscaba su vapor en el horizonte.
El Perseo era un vapor de dos chimeneas, armado con tres mástiles y velas auxiliares, lanzado recientemente y en servicio en la línea Génova - Río de Janeiro - Montevideo - Buenos Aires.
Antes de embarcar, todos los viajeros debían presentarse ante un delegado de la Jefatura de Policía para el control de pasaportes.

Nicola observaba con atención cada detalle que se anunciaba en sus ojos. El embarque estaba a punto de comenzar y había una gran fila de personas esperando para poner los pies en las traviesas del puente.
Un poco más adelante, una mujer, presumiblemente de la misma

edad que Luigia, sostenía de la mano a una niña de unos diez años y en sus regazos a un niño de la edad de Dante.
El corazón, ante este pensamiento, saltó. Estaba ausente en sus pensamientos y tuvo un momento de nostalgia.
Lo devolvieron a la realidad los gritos enloquecidos de un hombre gritando que alguien le había robado su saco con la comida. El pobre hombre estaba desesperado. Con las manos en la cabeza repetía que no tenía nada más y que esas provisiones le tendrían que servir los primeros días en Buenos Aires.
Mientras tanto, el embarque había comenzado y con ella una procesión de miseria, compuesta por ancianos vestidos con harapos y mujeres cansadas y esqueléticas, intercalada cada cierto tiempo por elegantes caballeros y damas con grandes sombreros de plumas, mientras, en todo este alboroto, se podía oír el ruido sordo de la grúa de vapor que cargaba a bordo cajas y baúles.

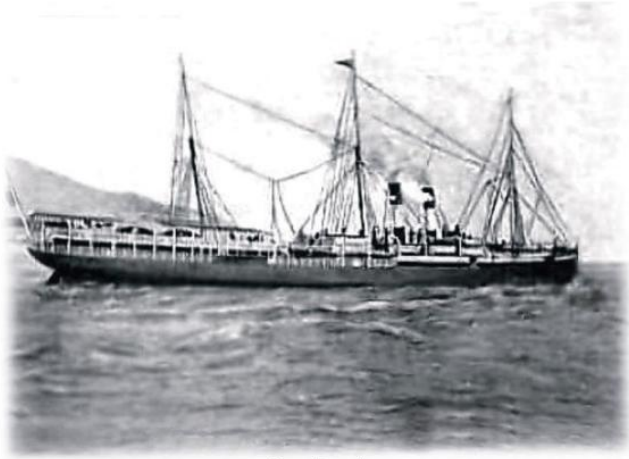
Frente a él, en la fila, estaba toda una familia de campesinos, todos sucios y con aspecto miserable. El extremo estado de delgadez de padres e hijos dejaba imaginar los largos períodos de hambre y desnutrición que los precedieron. Se distinguían por su cara de color rojo oscuro y el hombre, en particular, tenía las manos completamente escamosas. Antes de embarcar era obligatorio un reconocimiento médico, que imponían las navieras, para evitar embarcar enfermos que luego serían rechazados en el puerto de destino. Nicola no oía las palabras, pero imaginó lo que había sucedido cuando el hombre, gritando y gesticulando con una furia fuera de lugar, salió de la visita maldiciendo al médico, que le había diagnosticado síntomas avanzados de pelagra.
No paraba de insultar a los oficiales y guardias de aduanas que rechazaron sus intentos de subir la escalera y maldijo a todos los que

lo rodeaban que no querían ayudarlo.

Después de la visita obligatoria, Nicola finalmente dejó atrás el muelle y subió al puente móvil.
Fue un poco como separarse de sí mismo, dejar su historia en el suelo para comenzar otra, ir hacia una nueva vida, nuevas experiencias, nuevas oportunidades.
Pero el pensamiento rápido como un rayo de su bebé le dio una punzada insoportable y lo catapultó de regreso al vapor.
No, no iba hacia una nueva vida, se estaba separando de la suya.
Observó con curiosidad la costumbre de muchos de los que iban acompañados al vapor de llevar una madeja de hilo de lana. Quien salía sujetaba el extremo del hilo, mientras que la madeja permanecía en manos del familiar en el suelo. La partida del vapor habría cortado ese hilo.
Como todos los demás emigrantes, Nicola fue dirigido a las cubiertas inferiores, donde se ubicaban los dormitorios. El *barcarizzo*, por otro lado, estaba reservado para pasajeros y tripulantes de primera y segunda clase.
Respetando la cola, él también se encontró frente a una mesa, detrás de la cual estaba sentado el comisario.
Éste, provistos de bolígrafo y registro, tenía la tarea de controlar pasaportes y billetes, en los que también estaba escrito el número de litera, y de formar grupos de seis, llamados *ranci*.
Luego escribió los nombres en una hoja de papel e instruyó al mayor de cada grupo para que fuera con esa hoja a recoger la comida en la cocina para todos a la hora del desayuno, almuerzo y cena.
Nicola se unió a un grupo formado por una familia de cuatro: Luigi, su esposa María y dos niños de cinco y siete años y un hombre llamado Arnaldo, anciano, pero todavía vigoroso. Después de unas

horas, que parecieron interminables, por fin se escucharon anuncios que marcaban el final de las operaciones de embarque.
Fueron los marineros de proa y popa quienes ordenaron a los que no eran pasajeros que salieran del vapor.
En el suelo, cada vez, se repetía la misma escena. Hombres, mujeres y niños acompañaban con emoción la salida del vapor que dejaba el muelle y se llevaba por meses, probablemente años y quién sabe, tal vez para siempre, un amigo, un padre, un hijo u otro trozo importante de vida.

El "Perseo"



Vapor "Perseo"

Línea: Génova - Río De Janeiro - Montevideo - Buenos Aires. Lanzado en 1883. Comenzado para demolición en 1908.

Para los emigrantes generalmente se abrían las puertas de la tercera clase, una verdadera carnicería de gente abarrotada. Las literas de los emigrantes se formaban en dos o tres pasillos y recibían aire mayoritariamente por las escotillas. La altura mínima de los pasillos era de un metro con cincuenta centímetros.
En los dormitorios así instalados eran comunes las enfermedades, especialmente las bronquiales y respiratorias.
Como no había refectorios, la comida se consumía en las literas o en la cubierta.
Entre los pocos entretenimientos había el bingo, los juegos de cartas y la música tocada con el acordeón.

Jueves, 1 de septiembre de 1887

El "Perseo" en ruta a Argentina

El gran cetáceo se movió. El largo viaje hacia la tierra de la esperanza y del trabajo había comenzado.
A bordo, los hombres y los niños varones de siete años en adelante fueron separados de las mujeres y todos fueron enviados a sus dormitorios.
Nicola caminó hacia las incómodas escaleras que bajaban a la bodega y, mientras bajaba podía sentir un olor nauseabundo que subía desde el fondo.

Era el hedor insoportable que cientos y miles de migrantes sucios sin posibilidad de lavarse ni de cambiarse habían dejado.
Sí, ni de cambiarse, porque en los dormitorios podían traer un bulto, un saco o una caja de ropita y víveres. Todo lo demás: ropa, camisas, efectos personales... iba al maletero que muchas veces permanecía cerrado hasta la llegada.
Se quedaron así, con la misma ropa puesta, muchas veces mojados por la lluvia y la solución salina, a veces manchados de comida, orina o vómito. La oscuridad estaba iluminada por las luces de aceite.
Y no había aseos para mil quinientos viajeros de tercera clase, hacinados en espacios demasiado estrechos e incómodos para tal multitud de pasajeros.

Nicola se detuvo en la escotilla que daba al dormitorio masculino y se preguntó cómo podía dormir y permanecer durante todo el viaje, en un lugar similar y en esas condiciones.
No se vislumbraba el espacio destinado al dormitorio.

En la semioscuridad vio la silueta indistinta de unas cuantas personas, una multitud confusa en movimiento.
Su primera sensación fue una sensación de asquerosa repugnancia.
Toda la bodega, húmeda, mal iluminada y mal ventilada, estaba ocupada por tres filas de literas.
El hedor era insoportable.
Él apenas pudo encontrar su número.
Se sentó allí, desilusionado y amargado, mirando a su alrededor mientras otros viajeros buscaban sus asientos.
Tomó coraje, había esperado encontrar situaciones de viaje aceptables con respecto a experiencias pasadas. El agente de viajes había hablado de condiciones mucho mejores.
Se dijo a sí mismo que, después de todo, ya había experimentado estas sensaciones en sus viajes anteriores y, como estas habían pasado, también se olvidarían rápidamente.
Lo importante era mantener viva la memoria de sus seres queridos y hacer fortuna para asegurarles un futuro mejor.
Aunque lentamente, los días de viaje pasarían.
Colocó su saco a su lado, se acostó y trató de descansar, a pesar del bullicio y los gritos constantes de otros que todavía estaban en proceso de acomodarse.
No tuvo éxito.
El recuerdo de los afectos dejados atrás era abrumador. Detrás de los párpados cerrados, ahora aparecía el rostro sonriente del hijo, ahora los ojos preocupados de su esposa y poco a poco las miradas del padre, la madre, y de los amigos más cercanos.
Toda la actividad del pensamiento se había detenido. Ahora todo lo que quedaba era esperar. La vida se había tomado un descanso, un largo descanso de treinta días o quizás más.

Abrió los ojos al sonido de la campana que marcaba el inicio de las operaciones de la cena. Consultó su reloj de bolsillo y se dirigió hacia las cocinas. Allí encontró a Arnaldo, el mayor del grupo donde estaba incluido Nicola.

Él, como jefe, ya estaba en la fila con sus otros compañeros para recoger la comida, el pan y el vino para los seis miembros de su grupo.

Arnaldo viajaba solo, como él. Iba a Buenos Aires a vivir allí con su hijo. En el bolsillo interior de su chaqueta, como reliquias, como una pieza más de su vida, guardaba, además del pasaporte, la carta con la que su hijo lo invitaba a quedarse con él, y la solicitud de desembarcar con el relativo permiso otorgado.

Con orgullo se los mostró a Nicola e inmediatamente se los guardó en el bolsillo para asegurarse de no desperdiciarlos o, peor aún, perderlos.

Para hacerlo viajar a Argentina, explicó que Augusto, su hijo, había tenido que lidiar mucho con documentos, debido a que la legislación argentina sobre la emigración no permitía el desembarque de los pasajeros mayores de sesenta años de edad, en los puertos del estado de América del Sur.

Y que, para obviar esta prohibición, su hijo, ya residente en Buenos Aires, había tenido que solicitar por escrito a la *Dirección General de Inmigración* la obtención de un permiso de residencia para él. En su solicitud tuvo que asegurar a las autoridades argentinas que él mismo se haría cargo de cuidar a su padre, y que solventaría cualquier gestión con sus fondos personales.

Arnaldo retiró la comida para todo el grupo.

La pequeña familia se instaló para comer en un rincón del puente. El clima relativamente templado lo permitía.

Alternativamente, la gente se podía acomodar en las literas, pero allí

abajo, en los dormitorios, el aire era irrespirable y la disposición era incómoda.
Solo se hacía inevitable con el mal tiempo.
Esta pequeña familia venía de la parte campestre de la Basilicata. Él, Luigi, era alto y delgado, con la cara engrosada y bronceada por la larga exposición al sol.
A pesar de esta apariencia, sus movimientos y su voz mostraban un vigor aún juvenil.
Su mujer, con el pelo escondido por un pañuelo anudado de bajo de la barbilla, mantenía su mirada vuelta hacia abajo, taciturna, y continuaba a cuidar de los dos niños que no se alejaban de ella, asustados por esa gran masa de agua que parecía amenazar a su alrededor, a poca distancia.
Cuando dos años antes se enteraron de que el gobierno argentino había decidido conceder gratuitamente veinticinco hectáreas de tierra a las familias, con la única obligación de residir y cultivar la tierra, decidieron sin duda de vender la mula, la viña y la casa para comprar los boletos y partir.

Arnaldo les repartió las ollas de hojalata llenas de sopa, pan y vino para los adultos.
Todos comieron sentados en el puente con las piernas cruzadas, con los tazones entre las rodillas.
El viento soplaba levemente en ese rincón resguardado y agitaba repetidamente un mechón de cabello que se había escapado del control del pañuelo de la joven madre, demasiado ocupada alimentando a sus hijos para cuidarse a sí misma.

Migrantes a bordo

Los poetas populares del sur de Italia llaman al momento de la partida del emigrante "spartenza", o sea, separación, para indicar una separación violenta y dolorosa. Durante el viaje, sin embargo, los emigrantes a menudo no tenían mucho tiempo para la maravilla, el aburrimiento o la nostalgia: los problemas principales eran el mareo, la indiferencia y abusos de la tripulación, el miedo de naufragios, las enfermedades contagiosas y la posibilidad de desembarcar en un país distinto al previsto. Los italianos carecían de una protección efectiva de la ley y las especulaciones de las navieras podían convertir la travesía transoceánica en una experiencia de alto riesgo. El transporte de emigrantes fue un gran problema para la Marina Mercantil italiana.

Domingo, 4 de septiembre de 1887

La vida, flotando entre el agua y el cielo

El vapor había navegado durante varias horas y se deslizaba suavemente sobre el agua.

Muchos se habían reunido en la proa para admirar una visión hasta ahora desconocida: el barco gigantesco cortaba el agua del mar y la dividía, abriendo un pasaje hacia el infinito, en un conjunto de sonidos compuesto por las olas y las bocanadas de viento: ... los instrumentos musicales de la poderosa orquesta de la Naturaleza.

De todos los rumores y el estruendo de las horas anteriores no quedaba más que el ruido regular de los motores a bordo.

Saliendo al mar abierto, era como si el Perseo hubiera entrado tácitamente en un lugar de respeto, que imponía silencio y deferencia.

Muchos preferían quedarse en cubierta, incómodos, en el frío, pero al aire libre, porque en ese gran dormitorio era difícil respirar.

Tres filas de literas se alineaban en las paredes laterales y otras tantas ocupaban la parte central, dejando muy poco espacio para el paso.

Eran muchas, demasiadas, las vidas que se habían detenido allí. Los colchones estaban sucios y malolientes, convertidos en camas para perros.

Cientos y cientos de hombres y hasta niños de siete años en adelante dormían juntos, sucios y sin poder lavarse, en ese lugar húmedo, mal ventilado y mal iluminado. La tenue luz de las lámparas de aceite daba forma a sombras inquietantes y amenazantes, que el más pequeño reflejo convertía inevitablemente en presagios ominosos.

El silencio venía interrumpido repetidamente por toses y gemidos,

había los que roncaban, otros lloraban, los que hablaban en el sueño o se agitaban por toda la noche.
Nicola ya había vivido esta experiencia en los años previos a su boda, pero esta vez fue diferente.
La nostalgia por las personas que amaba era tan penetrante que sentía crecerla en su interior.
Una vaga inquietud tomó posesión de su alma. Una imagen borrosa y confusa nació en la mente. Luego, lentamente, los contornos se delinearon gradualmente.
Su angustia tenía el rostro de Luigia y de su hijo, quien, sonriendo, tendía sus manitas para que lo tomara en sus brazos.
En medio de más de ochocientos hombres en el dormitorio masculino, era un hombre solitario.
Fue una noche completamente sin dormir.
Las horas habían pasado lentas y atormentadas por el balanceo del vapor y el ruido de la sala de máquinas.

A las ocho de la mañana el repetido repique de la campana avisaba a la tercera clase que se podía desayunar.
Se tomaba café, acompañado solo de dos rebanadas de pan o bizcochos o unas galletas.
El vapor había llegado al Golfo de León, una gran ensenada en el sur de Francia, que se extiende desde Tolón hasta la frontera española, uno de los puntos de navegación más traicioneros del mar Mediterráneo. Debido a la fuerte oscilación provocada por las olas y el viento, Nicola volvió al dormitorio y sentándose en su cama, comenzó a mojar su pan en el café. Vio a Arnaldo, no muy lejos, que ya había terminado de comer.
No hubo rastro de la pequeña familia de Basilicata, que evidentemente estaba agazapada en un rincón de la cubierta.

Y ahora sólo quedaba esperar, abandonado a los recuerdos y con ansiedad por el futuro.
Su compañero de viaje más molesto era el tiempo y su flujo perezoso y somnoliento.
Los ruidos eran siempre los mismos: la música del mar, el silbido del viento, el tictac de la lluvia, el zambullirse de los delfines, el ruido de los motores a bordo.
Hasta las imágenes eran todas iguales, cada nuevo día.
Pero lo que más lo asustaba era una vaga sensación de incomodidad que recorría su cuerpo y su mente, era sentirse solo con sus pensamientos, era ese miedo subyacente que quedaba detrás de todas sus intuiciones.
Se estaba dejando abrazar por el silencio y esto lo habría llevado al aislamiento, a la melancolía, al abandono.
Pensó, entonces, que esos días le serían útiles porque le ofrecerían una pausa para la meditación, le permitirían organizar mejor su próxima vida.
Lo hacía por Luigia y su bebé. Era por ellos que estaba lidiando con todo esto. Era para ellos que buscaba otro trabajo, una casa en otra tierra, tal vez hostil, en medio de otras personas, de otra lengua, de otra cultura ... era siempre para el mismo sueño: el de una vida tranquilla.
Y entonces, tuvo que empezar a luchar contra estos sentimientos negativos, reorganizar sus ideas y unir fuerzas.
Solo así podría volver a abrazar en paz a sus seres queridos.

Cabo Spartel

Promontorio en Marruecos a unos 300 metros sobre el nivel del mar, a la entrada del Estrecho de Gibraltar, 12 km al oeste de Tánger.
Las costas del norte de África, especialmente en el lado del Atlántico, nunca se habían considerado seguras, debido a las fuertes corrientes y acantilados sin puertos naturales.
Los numerosos naufragios de embarcaciones de todas las nacionalidades eran prueba de este peligro. En 1849, el cónsul estadounidense en Tánger sugirió que un buque de guerra patrullara el Estrecho de Gibraltar y la costa marroquí para ayudar a los náufragos allí.
El hecho de que Cabo Spartel se encuentra a más de 30 millas de Gibraltar y de que los buques que entran en el Mediterráneo o el Atlántico podrían ser vistos a simple vista desde este punto particular de la costa marroquí, llevó el cónsul inglés a Tánger, señor Drummond Hay, a proponer, el 27 de abril de 1852, la construcción allí de un faro.

jueves, 8 de septiembre de 1887

En ruta hacia el Océano Atlántico

El vapor seguía su curso. Estaba cruzando el Estrecho de Gibraltar, entre España y Marruecos y tras poco más de treinta kilómetros, rodeaba el promontorio del cabo Spartel.

La niebla se había despejado y el edificio del Faro, blanco, regular, con altas palmeras a su alrededor, dominaba la escena.

Toda la tercera clase había subido a cubierta y desde la proa admiraba el estrecho entre las dos tierras, cuyo paso anunciaba la entrada del vapor en el inmenso Océano Atlántico.

Para muchos que nunca habían visto el mar, era un espectáculo que tendrían en los ojos para toda la vida.

En cubierta, sucios y vestidos con harapos, con rostros tristes en medio de montones de mantas, jóvenes, niñas, hombres y mujeres con niños agarrados a sus rodillas o envueltos en sus brazos, en silencio admiraban, asombrados y extasiados, esa gran extensión de agua, que llegaba al horizonte.

El abandono y el desconcierto habían ocupado el lugar del coraje y del entusiasmo con que habían abordado.

En ese momento se le acercó un joven de unos treinta años, alto y de complexión delgada. Le dijo que lo había oído hablar con el viejo Arnaldo y que había entendido por la cadencia y la forma de expresarse que él también debía venir de la Región Marche.

Como si le hubiera golpeado un rayo de sol, Nicola se volvió hacia él y lo miró fijamente a los ojos, como a buscar en ellos algún parecido o alguna relación con su tierra de origen.

Se presentó con el nombre de Alberto Grassi, de Porto Recanati y llegó a decir que pretendía irse a trabajar a Ensenada, cerca de La Plata.
Había oído que allí se estaba construyendo el ferrocarril, que conectaría los dos lugares. Y también se habló de la construcción del puerto que ya estaba en marcha. En fin, había muchas oportunidades de trabajo en esa ciudadela. Valía la pena considerar las diferentes oportunidades.
Se conocieron y Alberto también le presentó a su amigo y compatriota, Antonio Gamberini, con quien se había marchado con la intención de dar un cambio de vida.

Siguieron noches de insomnio e inquietud y días llenos de pensamientos tristes y desconcierto.
Por otro lado, sin embargo, sintió una absoluta libertad del alma. La paz, el ocio y la meditación, juntos con el aire claro, el sublime espectáculo, y la conciencia de irse hacia un nuevo mundo y nueva vida les daban coraje y, a pesar de la tristeza de la que estaba invadido, estaba surgiendo en él una nueva energía.
A la hora del almuerzo se reunían, así como a la hora de la cena y del desayuno.
La lentitud de los últimos días se había acelerado ligeramente.

Martes, 13 de septiembre de 1887

Los días en el "Perseo"

Suspendido, acunado entre el agua y el aire: así se sentía Nicola. La impresión que sentía al pisar la cubierta del vapor no era como la de caminar por la calle o deambular por las habitaciones de la casa o pasear por un camino rural.

Sobre ese tablón, la conciencia del contacto, más o menos cercano, con la profundidad del abismo marino, generaba en él una especie de vaguedad interior, una sensación de indeterminación, de angustia molesta. En el castillo central fue atraído por los sonidos rítmicos de las palabras, pronunciadas en voz alta, en rápida secuencia por dos emigrantes que jugaban a la morra.

El juego era una de las mejores formas de pasar el tiempo y calmar la impaciencia para finalmente concluir esta experiencia de ociosidad e imaginación.

Un grupo de lombardos estaba sentado en círculo y jugaba a las cartas, mientras otros, en torno a la taberna, sorbían una copa de ron o una taza de café, con el comprobante debidamente firmado por el inspector.

Mientras a le pasajeros de primera clase se les permitía visitar las áreas de tercera clase, los oficiales se aseguraban que los emigrantes permanecieran entre los dormitorios y la proa.

Cansado de la parada y de la monotonía cotidiana, eludiendo el control, una mañana, Nicola se fue sigilosamente hacia la aleta de popa, una especie de mirador sobre el mar, y allí encontró algunos pasajeros de primera clase, cómodamente sentados en sillas, con los ojos cerrados y la cara orientada al sol. Otros estaban absortos en la lectura y ni siquiera levantaron la vista.

Una mujer en particular llamó su atención; llevaba un vestido holgado de color marrón claro, en honor a la gran luz que el sol, ese día, derramaba generosamente a su alrededor.
Era una chica de pelo castaño, recogido hacia atrás por una banda azul, rostro ovalado, dulce y regular, ojos grandes y oscuros.
Por un momento, Nicola vio los ojos de Luigia en el rostro de esa mujer.
Cómo le habría gustado que Luigia estuviera en ese vestido en ese momento; habría querido regalarle la alegría de usarlo, aunque solo fuera por breves minutos.
¡Él bien podría haberse ahogado en sus ojos brillantes de satisfacción!
Bajó la escalera de hierro y llegó a la que muchos habían dado el nombre de "piazzetta", un espacio en el lado izquierdo del vapor, entre el castillo central y el alcázar de popa.
Aquí, al abrigo de los vientos alisios, que soplaban con fuerza, las damas de primera y segunda clase se dedicaban a la lectura, bordar, tejer, al ganchillo o incluso a la más preciada charla.
Le parecía que se encontraba en otro mundo, un mundo de ricos, tan diferente al que estaba acostumbrado, que incluso le hizo cuestionar su existencia. De repente fue sorprendido por pequeños gritos de alegría. Volvió la mirada y vio niños saltando sobre el juego de la campana.
¡Cómo no pensar en la risa de su pequeño!
Un niño, al lado de su madre, estaba ocupado en dibujar y colorear. Otros dos, en cambio, más o menos alrededor de los seis o siete años, jugaban juntos inventando una batalla con soldaditos de plomo.
Sus risas cristalinas distaban mucho del dolor y de la miseria de tantos niños en el otro extremo, en la proa del barco.

Junto a la despensa de la segunda clase había un grupo de personas de la Región Liguria que estaban disfrutando del medio litro de vino que el comisario había concedido y Nicola se paró para escuchar sus discursos.
Hablaban de comercio y de la conveniencia de emigrar, teniendo en cuenta que el trabajo sería pesado, pero rentable. Un repentino balanceo del vapor fue la primera señal del cambio de clima.
Con la esperanza de no encontrarse con ningún oficial, Nicola regresó corriendo a los espacios reservados para los emigrantes.
En poco tiempo el cielo se oscureció. Las nubes se espesaron sobre su cabeza y sintió que el aire cálido le acariciaba la cara. Al salir de la zona templada, el último soplo de los vientos alisios fue súbitamente reemplazado por una gran masa de vapores, que el calor del ecuador levantaba del océano sobre toda la zona intertropical.
El Perseo entraba en la región de las brumas, de los aguaceros y de la melancolía.

La zona tórrida

Se caracteriza porque los días y las noches son ambos cercanos a las 12 horas durante todo el año.
Esto se debe a que los rayos del sol siempre son casi perpendiculares al suelo, lo que da como resultado, un clima bastante constante durante todo el año.

Viernes, 16 de septiembre de 1887

La zona tórrida

Se despertó empapado en sudor.

Buscó el reloj debajo de la almohada. Todavía era demasiado temprano para subir a cubierta. Aún faltaban dos horas para el desayuno, pero el aire estaba desgastado, lleno de humedad e irrespirable, allá abajo.

Era inútil tratar de dormir de nuevo. Si por a caso lo conseguía, volvería a tener sueños incomprensibles, sin relación entre ellos.

Imágenes arrugadas y bizarras se habrían recurrido sin un orden lógico, acompañadas por ese sentimiento de pérdida que nunca lo había abandonado, desde que dejó la tierra.

Sin darse cuenta, se encontró subiendo los estrechos escalones de hierro que conducían al puente.

Tan caliente e insoportable como era, el aire libre habría sido menos fétido y nauseabundo.

Sobre el suelo de madera del barco, había un poco de todo quedado allí desde los días anteriores: migas de pan, trozos de papel, cáscaras de manzana, restos de comida.

A pesar del aire libre de la mañana temprano, la temperatura ya era alta. Se preguntó cómo las mujeres podían estar dentro de su dormitorio, que estaba ubicado cerca de la sala de máquinas.

Sabía que allí había a una temperatura constante de 32 grados.

Considerando que ya no podía conciliar el sueño, empezó a dirigirse en esa dirección, hacia el corazón del vapor, con la intención de echar un vistazo al interior.

En un pequeño pasillo de cubierta, casi invisible a ojos curiosos, vio a dos hombres, sentados en dos sillas plegables, semidesnudos y negros de hollín.

Uno de ellos, al sentir su presencia, se dio la vuelta y lo miró.
Por un momento, Nicola aflojó el paso, sorprendido por sus ojos ardientes y su frente arrugada, como alguien que necesita desesperadamente recuperarse y tomar aire.
Decidido a bajar, abrió la puerta de hierro y lo que vio frente a él fue un espectáculo que llevaría consigo hasta el final de sus días.
Como una cueva inesperada que se abre a las entrañas de la tierra, Nicola se encontró en la entrada de un enorme agujero lúgubre, con paredes enteramente cubiertas con estrechas escaleras de hierro, intercaladas con otras tantas rejillas horizontales, que permitían llegar a las calderas de abajo o al puente superior.
En el centro, colgaban desde arriba grandes cadenas, tan largas como la profundidad de la cueva, destinadas a levantar y mover las pesadas cantidades de carbón que debían alimentar seis enormes calderas.
Abajo, muchos fogoneros lanzaban continuamente paladas y paladas de carbón al fuego caliente de treinta y seis bocas insaciables.
Cada día, el monstruo codicioso devoraba cien toneladas de carbón.
Todos los hombres, chorreando sudor, se turnaban en el trabajo infernal de la altísima fragua ciclópea y se daban órdenes en voz alta para vencer el ruido ensordecedor, producido también por el soplar de los seis gigantescos cuernos de viento que mantenían vivas las llamas.
Como luciérnagas revoloteando en la oscuridad, creando destellos intermitentes, muchos hombres desaparecían y reaparecían en otros puntos de las escaleras, sólo visibles por la suave luz de las lámparas de aceite.
Todos: oficiales, maquinistas, fogoneros se dedicaban a alimentar, revisar, engrasar émbolos, balancines, turbinas, manivelas, bombas de aire y todo lo necesario para el funcionamiento constante del coloso.

Domingo, 18 de septiembre de 1887

El Trópico de Cáncer

El viento se había calmado y todos estaban en cubierta. Había un aire caliente y sofocante. Nicola podía escuchar voces animadas que venían de la escotilla del dormitorio masculino. Estaba claro que esta no era una conversación tranquila, sino una discusión realmente acalorada.

No podía entender las palabras, era un dialecto indescifrable.

El vapor parecía un mundo en miniatura donde los idiomas se confundían y las personas no podían entenderse. Lombardos, sicilianos, piamonteses, napolitanos y otros de todas partes de Italia, hablaban una lengua a menudo incomprensible, como los franceses, los chilenos, los españoles o los ingleses.

De repente un hombre, vestido con pantalones hasta la rodilla, camisa, oscuros chaleco y un pañuelo rojo atado alrededor de su cuello, corrió fuera de la escotilla del dormitorio, seguido poco después por otro, vestido igual, con los dientes apretados en un tornillo de banco y armado con un cuchillo que empuñaba con la mano derecha.

La discusión había degenerado en choque y luego en una furiosa pelea. Nicola sólo pudo deducir que la pelea se había originado por una mirada que uno de los contendientes había dirigido a la mujer del otro.

El hombre del cuchillo ya había alcanzado a su adversario, quien, ceñido al cuello por el brazo izquierdo del rival, tenía en el rostro una expresión de evidente sufrimiento.

Providencial fue la intervención de dos oficiales de navío que los separaron, evitando así lo peor.

Ambos fueron conducidos por el comisario quien ordenó su inmediata detención y custodia en la celda.

La irascibilidad era sólo uno de los resultados de la alta temperatura.

El decimoquinto día de viaje trajo consigo algo insólito: sopló un viento tórrido que poco a poco se hizo más y más ardiente. Cualquier cosa que tocara estaba lo suficientemente caliente como para causar quemaduras graves.

Nicola no sufría particularmente por el calor, pero la situación estaba llegando al límite de la resistencia.

El barómetro marcaba 38 grados en el exterior. Salir de la escotilla del dormitorio era como abrir la puerta de un horno.

En el dormitorio, la temperatura era intolerable. El aire era irrespirable y dormir era realmente imposible.

En estas condiciones, cualquier acción se hacía difícil, si no imposible. El calor también obligaba a la mente a cerrarse a cualquier razonamiento.

Todo el vapor había entrado en un estado de silenciosa inquietud. Los pasajeros intentaban limitar cualquier movimiento a lo estrictamente necesario, por temor a que esto también pudiera agravar la ya crítica situación.

Lo más preocupante era el hecho de que con el aumento de la temperatura ambiental aumentaban los signos de malestar.

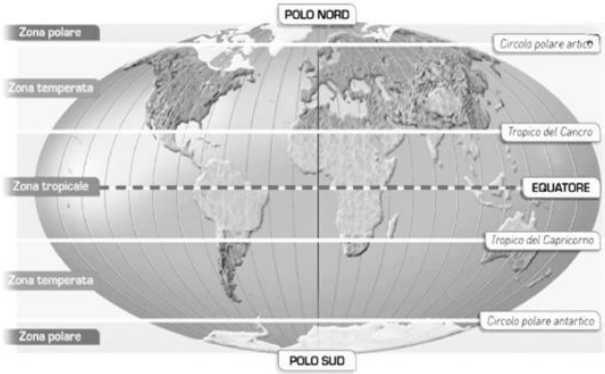
El calor excesivo tuvo efectos negativos en la convivencia a bordo.

En la tercera clase, en particular, la gente estaba mal dispuesta e intolerante a cualquier solicitud. Las hostilidades y el comportamiento agresivo aumentaban.

Lo ocurrido en las ultimas cuarenta y ocho horas de viaje complicaba la vida al Comisario de bordo, que constantemente era llamado

a juzgar y dirimir cuestiones, incluso las más insignificantes e inevitables disputas.
A los 40 grados, las condiciones ambientales se habían vuelto tan insoportables que un poco era suficiente para desatar furiosas disputas, altercados y peleas violentas.
El vapor partió para cruzar el Ecuador, pasando del Trópico de Cáncer al de Capricornio.
El día y la noche tenían la misma duración y la temperatura era siempre alta. El riesgo de huracanes, tifones, aguaceros y corrientes marinas era siempre latente.

El sol caía perpendicularmente sobre la franja plomiza de agua. Nicola sintió el absurdo deseo de escapar.
Miró hacia el océano hasta el horizonte.
Parecía que Dios había creado solo eso: nada más que un cielo lechoso, sol blanco, luz, nubes negras amenazadoras, aire caliente y un mar de plomo. El paso de las horas también se había ralentizado.
Lo único que permaneció intacto era la nostalgia de las personas y los lugares que recordaban su infancia y juventud.
Una vez más, por enésima vez, se preguntó si había otra solución, otra forma de encontrar el dinero para sobrevivir, para salvarse del hambre, para escapar de la muerte y aún permanecer en esta vida.
El calor se apoderó de sus pensamientos y él volvió a la ardiente realidad del vapor.



El clima ecuatorial

El clima tropical o ecuatorial es el clima presente en las zonas tórridas, entre los Trópicos y el Ecuador. Tiene un alto nivel de humedad que puede convertirse en tormentas eléctricas.
Las temperaturas están entre las más altas de la tierra.
Los vientos alisios soplan entre la faja tropical y el ecuador. Soplan del NE al SO en el hemisferio norte y del SE al NO en el hemisferio sur.
Las primeras travesías oceánicas siguieron la dirección de los vientos alisios.
Por este motivo, en inglés se les llama "Tradewinds", vientos alisios.

Lunes, 19 de septiembre de 1887

El Ecuador

El pasaje del Ecuador ponía a todos en grande agitación. En la imaginación de quienes lo cruzaba por primera vez había las más extrañas expectativas: había quienes esperaban ver el horizonte ensancharse exageradamente, quienes esperaban avistar cachalotes, peces insólitos y anormales, pólipos con mil tentáculos, medusas muy peligrosas o peleas de pez espada y los que temían olas tan gigantescas que podrían haber sumergido el Perseo de un solo golpe.
A medida que nos acercábamos al Ecuador, a la altura de las Antillas y las Azores, había quien hablaba del Mar de los Sargazos como una de las zonas más peligrosas para cruzar.
Algunos hablaban de algas que allí proliferaban y ponían en serios aprietos a los barcos y vapores; tan numerosas que parecían traicioneras masas flotantes de color marrón, que emergían a la superficie, tanto que tomaban la apariencia de una pradera.
Y, siempre en la imaginación, una completa calma reinaba, donde la llama de una vela encendida no se mueve y el aire, combinado con la ausencia de brisa, atrapaba corbetas, fragatas y bergantines y los tripulantes y pasajeros murieron después de unos meses, esperando un viento favorable.
Era posible permanecer en ese mar "muerto" para siempre...
Y hubo quienes esperaban en el terror de cruzar la latitud de Gambia, diciendo que habían conocido de ciertas fuentes que un pueblo de primitivos crueles perseguiba los buques en tránsito para capturar a sus pasajeros, que acababan cocinados y comidos por individuos salvajes brutos y feroces.

Sin embargo, cuando nada de esto sucedía o nada parecía al menos acercarse a los improbables y temidos ensueños, todo se reducía a una triste decepción y muchos llegaron a la conclusión de que, después de todo, el océano era solo una gran cantidad de agua, ni más ni menos que como el mar [6].

A este punto, superadas las dificultades, al acercarse al Ecuador, muchos parecían haber superado el grueso del miedo y esto despertaba una sensación de liberación y alegría.
A estas consideraciones, el comandante sumó su aporte, ofreciendo a los viajeros la posibilidad de abrir su equipaje en bodega. Fue una gran alegría para todos los pasajeros de primera y segunda clase, pero especialmente para los pasajeros de tercera clase, quienes tuvieron la oportunidad de cambiar su ropa pobre, gastada y sudada por una más limpia.
Además, con motivo de la entrada en el hemisferio sur, el comandante había dado orden al equipaje de repartir tres litros de vino a cada ración, por lo que muchos ya anticipaban la posibilidad de darse el gusto de alguna copa más... y por qué no, incluso emborracharse.
Nicola estaba intrigado por la agitación que serpenteaba entre los pasajeros.
Después de dos semanas de navegación, transcurridas en una cotidianidad repetitiva, esta novedad del paso al hemisferio sur causaba una particular emoción en todos.
La oscuridad y el cielo lleno de nubes eran el escenario más propicio.
Como el mar de una repentina tormenta se extiende, cubre la playa y corre a ocupar todos los rincones vacíos, así, en una viva explosión de alegría, todos los mil seiscientos pasajeros del vapor convergie-

6 - E. De Amicis, Sull'oceano, *Il passaggio dell'Equatore*, Garzanti, Milano 1996

ron en cubierta y se extendieron por todos los rincones para asegurarse un trozo de cielo.
Luego la oscuridad se llenó con las luces de las bengalas, que dieron inicio a la fiesta.
En un espléndido juego de luces y colores, siguieron cohetes, velas y otros fuegos artificiales, acompañados del estruendo de la explosión y el cielo se pintó con escotillas y figuras que cautivaron los ojos y las mentes de los navegantes del Perseo.
Con la nariz arriba, el viejo Arnaldo admiraba el espectáculo, pero más lo admiraban los dos hijos de Luigi que, superado el miedo inicial de los fragores, miraban al cielo encantados y con la boca abierta.
E incluso Nicola, por unos instantes, abandonó su nostalgia, su inseparable compañera de viaje y se dejó seducir por las celebraciones y el concierto de sonidos y colores que se extendía sobre su cabeza.
El ambiente festivo, la comida especial, el vino en abundancia, la música preparada o improvisada y finalmente el espectáculo de las hogueras lograron apaciguar las hostilidades latentes entre los pasajeros de primera, de segunda y de tercera clase.
El mismo Nicola había escuchado repetidas veces a Luigi comentar sobre la arrogancia de los caballeros con los grandes bigotes, sobre las comodidades de ellos quienes eran tan solo doscientos personas, pero ocupaban más de dos tercios de los espacios destinados a los pobres, que eran más de mil quinientos.
Esta fiesta ahora había favorecido un ambiente más relajado; algunas pequeñas sonrisas aparecían en los labios y la convivencia forzada se había vuelto más tolerable.
Los fuegos artificiales, las risas, las voces, las canciones, los gritos de los niños, una comida especial y un poco más de vino aumentaron la alegría y también ayudaron a Nicola a olvidar, aunque sea por unas horas, las tristes razones que lo obligaron a ese viaje.

Brindis por el paso del Trópico de Cáncer

Las temperaturas medias de esta zona se encuentran entre las más altas del planeta provocando una fuerte evaporación del agua y un clima constantemente cálido. Solo hay dos estaciones: seca y húmeda, y a medida que te acercas al ecuador, tienden a convertirse en una sola estación cálida, con mucha humedad y lluvias abundantes.

Martes, 20 de septiembre de 1887

El viaje continúa

Mientras tanto, Alberto parecía haber hecho una amistad particular con una joven llamada Dora.

Tenía grandes ojos verdes, Dora, ojos que resaltaban en su rostro delgado.

La joven se hizo a un lado y observaba a los demás con una mirada asustada.

Venía de Arbia, un pequeño pueblo de la zona de Siena. Alberto la había notado inmediatamente por su manera tímida y taciturna.

Ella se iba a Buenos Aires con su madre.

Su hermano y su padre las había llamado para reunir a la familia y establecer su residencia en Argentina.

Las dos mujeres habían vendido todo y estaban muy preocupadas por el futuro incierto que les esperaba.

Ardía el recuerdo de la patria. Dora hablaba de su casa, de la larga avenida bordeada de cipreses que la acercaba, de las colinas llenas de viñedos y olivos, de los emocionantes atardeceres, de los paseos a caballo, de las indescriptibles sensaciones de paz interior... ¡¿Cómo podía olvidarse de todo eso...?!

Alberto escuchaba en silencio.

El mundo que ella le estaba describiendo era tan diferente al suyo. Eran dos vidas completamente diferentes, dos patrias diferentes pero igualmente seductoras.

La de Alberto estaba hecha de arena, sal, pesca, música del mar, playas interminables, lunas nostálgicas y de soles que emergen mágicamente del agua para luego esconderse en las montañas de los Apeninos.

La de Dora, en cambio, olía a los olores de la tierra, al verde de las praderas, a los extensos cultivos, al rojo de las amapolas, al azul de los acianos, al amarillo de las retamas y luego a las margaritas. y el ciclamen salvaje, y de nuevo, a los viñedos y de largas filas de cipreses.
Dora contaba, además de todo eso, de las noches de mayo, cuando junto con su madre, su abuela y las otras mujeres del pueblo, iban en marcha, después de la cena, hacia la humilde iglesia para escuchar la misa.
El mes mariano estaba lleno de recuerdos:
"¡No olvides el pañuelo de encaje, de lo contrario Don Pietro no te dejará entrar!" le decía su madre.
Todos se iban por la avenida cantando los himnos religiosos. Dora recordaba todas las canciones. De vez en cuando se detenía para intentar atrapar una pequeña luciérnaga que volaba a su lado. Pero no era tan simple, cuando pensaba que ya la tenía, abria su mano y ella había apagado su luz y ya había desaparecido.
Alberto e Dora pasaban horas y días hablando y cada vez que los veía juntos, Nicola volvía a pensar en el hogar.
Se preguntaba qué estarían haciendo sus padres, amigos, Luigia, si ellos pensaban asiduamente en él. Quién sabe si Dante recordaba los juegos que jugaban juntos y si preguntaba por su papá.
Ahora el viaje estaba llegando a su fin, pero le parecía que toda una vida había pasado entre las costas de Génova y ese océano infinito.
.

Lunes, 26 de septiembre de 1887

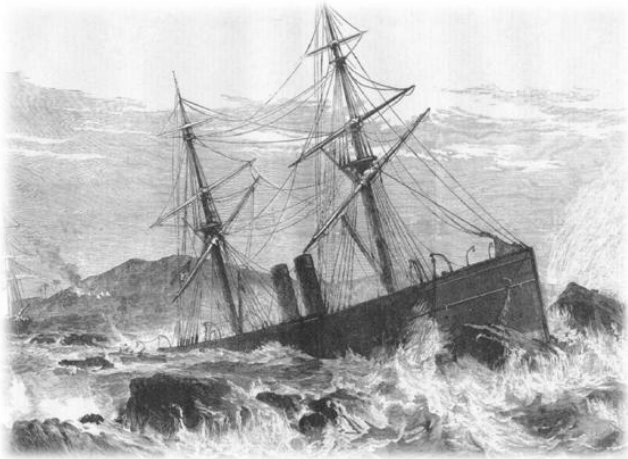
La tormenta

Todo comenzó con las olas largas.
El vapor encaraba las olas de costado y el balanceo producía una extraña sensación de vacío.
Esto lo notó una señora que, sentada cómodamente en una silla, en un rincón del alcázar de popa, ocupada en su trabajo de ganchillo, de repente no pudo enhebrar el ganchillo en el punto correcto. Entonces el capitán del vapor, con una maniobra forzada, dio la orden de hacer frente a las olas en la proa.
El cabeceo resultante provocó un desequilibrio inesperado que hizo que los marineros se tambalearan como borrachos con una desagradable sensación de náuseas.
El cielo que se oscurecía y el rugir insistente y repetitivo de las olas tempestuosas llamaron la atención de todos.
Los que estaban sentados se habían levantado; los que estaban leyendo habían cerrado el libro; quien estaba en conversación de repente se quedó en silencio, mirando hacia el horizonte.
Una ligera niebla se extendía como un velo hasta la línea del atardecer. El barómetro había bajado.
La ligera brisa que había comenzado a soplar pronto aumentó en intensidad, sugiriendo claramente una manifestación más violenta.
Las velas, transformadas en un sudario de agua, debido a los chapoteos rítmicos, fueron inmediatamente arriadas.
Hubo quien minimizaba, previendo una simple lluvia pero un relámpago repentino y el estruendo de truenos lejanos aclararon de inmediato las ideas sobre la naturaleza del fenómeno: ... se estaba gestando una tormenta.

Entonces las miradas de los navegantes se centraron todas en el comandante, en su rostro, como para entender por sus pliegues, por la actitud, por la excitación verbal, cuál era el grado de preocupación.
Y en efecto, algunos de los marineros, los oficiales superiores, los tripulantes del barco, los fogoneros, los maquinistas y los camareros se habían reunido alrededor de él, y a cada uno de ellos el comandante les repartía órdenes e instrucciones.
Los pasajeros de primera y segunda clase debían retirarse a sus vestidores. Se ordenó a los jefes de los grupos de la tercera clase que regresaran a sus respectivos dormitorios, masculino y femenino, para arreglar todos los objetos que pudieran caer o deslizarse de un punto a otro de la mesa y acostarse al suelo. De esta forma, el ángulo de cabeceo habría sido mínimo y el movimiento de oscilación más soportable.
En un abrir y cerrar de ojos, todos desaparecieron en varias direcciones. Los pasajeros de tercera clase fueron conducidos a sus dormitorios y era triste ver con qué pesar las mujeres, en busca de protección, se separaban de sus hombres.
En la cubierta, se aseguró todo el mobiliario móvil, se cerraron las escotillas y se aseguraron las puertas.
Entonces se vio a los oficiales y marineros correr más rápido que el viento, que mientras tanto, con una progresión impresionante, aumentaba rápidamente en intensidad.

Como un soplo frío que salía de los remolinos húmedos del horizonte, el pampero avanzaba y empezó a soplar de forma amenazante. Su aliento, frío y enojado, corría sobre los muebles y azotaba las velas como para advertir que todo y todos eran una cosa muy pobre, en su presencia.

El comandante se preparaba para enfrentar la tormenta, con su gran experiencia, entrecerrando los ojos y calculando la altura de las olas. Dentro de la cámara náutica, con mano experta, sostenía el timón, corrigiendo momento a momento la dirección de la proa.
El mar se hinchó, la lluvia caía a cántaros, los relámpagos se multiplicaban y los truenos se perseguían uno detrás del otro. Fueron momentos terribles, el más mínimo movimiento errado podría haber hecho que el vapor volcara. No habría sido el primer caso.
Pero el comandante ya había enfrentado varias tormentas y detrás de la severa atención con la que se disponía a conducir, el segundo oficial podía ver en su rostro, una sonrisa tensa, una señal de desafío al monstruo marino con olas de seis o siete metros de altura y la furia del viento pampero a 80 o 90 nudos.
La despiadada masa líquida, empujada por la fuerza del viento, levantaba la proa del vapor. Inmediatamente inundaba el puente con su espuma blanca para luego comenzar un lento descenso entre el surco de las dos siguientes olas.
El cabeceo en cubierta era máximo, al igual que el esfuerzo que hacía el barco para soportarlo.
En el interior del vapor, debido a la oscilación y semioscuridad, en los pasillos estrechos y tortuosos que llevaban a los vestuarios o a las salas comunes, los viajeros de primera y segunda clase se chocaban constantemente con los mamparos o entre ellos.
Algunas damas gritaban y lloraban, otras llamaban alarmadas a las camareras. Había quien se aferraban a las mesas fijas y los que se tumbaban en los sofás. Los hombres tenían cara de cadáver. La voz del mar tapaba la de los viajeros y el estruendo de las maletas y cajas que subían y bajaban al ritmo de los cabeceos.



La tormenta en el Atlántico Sur

Aunque en cantidades significativamente menores que en el Atlántico Norte, no era raro que en la ruta hacia Argentina un barco de vapor encontrara tormentas o lluvias que poner en problemas a todos los barcos que lo cruzaban.

Lunes, 26 de septiembre de 1887

En tercera clase

Acostado en las tablas del fondo del vapor, la mente de Nicola vagaba entre el océano e Italia, buscando una razón válida para vivir. Todo su ser la reclamaba con toda su fuerza. La reclamaba para sí mismo, para su pequeño Dante, para su esposa Luigia y para aquellos que, por amor, lo habían entregado al mundo. El oficial del barco había dado órdenes de apagar las luces, para evitar posibles incendios.

Eran momentos terribles. La impresión clara era la de estar ya enterrado y que cada golpe violento haría que el ataúd en el que yacía cayera hacia el fondo del océano.

Pero entonces, en la completa oscuridad, no habría sido posible predecir colisiones o defenderse de cualquier objeto que pudiera caer de las literas. Entonces, por orden del segundo oficial, las luces se volvieron a encender al mínimo.

Así, a la tenue luz de la lámpara de aceite, que, colgada del techo, se columpiaba espantosamente, por el estrépito de la voz del mar, de las olas golpeando contra los costados del vapor y del estruendoso poder del trueno, Nicola podía solo adivinar lo que estaba pasando afuera; ni la más aterradora de las imaginaciones podría haber reproducido el silbido muy agudo del viento y los relámpagos que se perseguían alternando luz y oscuridad, día y noche, en una persecución incesante.

Las notas sonoras y discordantes de las cuerdas y de los obenques tocaban una música lúgubre llena de presagios fatales.

Los gritos de terror y delirio de los navegantes superaban los ruidos de la tormenta.

Los movimientos del barco eran impredecibles: Nicola un rato sentía que se deslizaba con las piernas arriba y con la cabeza abajo para una elevación de la proa y luego después se tenía que preparar a caer con los pies hacia abajo y su cabeza hacia arriba, con. un choque tan violento que volcaba todo lo que quedaba sobre las literas: bolsos, cajitas y ropa, mientras los que lo rodeaban parecían querer vomitar hasta el alma.

No sabía cuánto había durado esto, no había tiempo para pensar. Era necesario mantener la calma y enfrentar la situación che iba a seguir. Cada sacudida traía consigo un presentimiento de muerte. En el infierno que se desató, era casi imposible recordar la calma y la tranquilidad de su hogar.

¿¡Quién sabe qué estaban haciendo sus Luigia y Dante!?

Seguramente se estaban preparando para la cena, Dante paseaba alrededor de su madre jugando con su pelota de trapo y sus padres estaban tranquilos, ajenos al revuelo que él estaba pasando.

¿Y si luego moría en el mar? No lo volverían a ver, ni siquiera tendrían un cuerpo para llorar.

En esos momentos, una ráfaga de recuerdos vino a su mente. Eran rostros, lugares, episodios de vidas pasadas, pensamientos sueltos y andrajosos, confusos y cambiantes, que desvanecían a los caprichosos movimientos de las olas.

Y pensó en los juegos de su infancia, en la ausencia de esos largos cuatro años de 1880 a 1884, en la fiesta de su regreso, en todos los momentos de ternura, de promesas de amor.

¡Oh, cómo deseaba estar con Luigia y Dante ahora, jugando con su hijo mientras su madre preparaba una pobre sopa de pan! Pobres sí, pero unidos.

En cambio, él se había embarcado abandonando todo y a todos, y ahora él estaba allí, encerrado en lo que antes era una bodega, las

luces reducidas al mínimo, sin espacio suficiente, maloliente y en compañía de otros hombres con rostros blanqueados, tristes y preocupados, a la espera, como él, de desaparecer para siempre o de sobrevivir al gran monstruo que allí afuera estaba amenazando tortura y muerte.

La tormenta había estado ocurriendo durante muchas horas, pero no podía calcular cuántas. No estaba seguro si era por el fuerte deseo de que la tormenta terminara o si realmente no era una impresión sino una realidad actual, ...el caso es que, paulatina e inesperadamente, las oscilaciones parecían más largas.

Los movimientos seguían siendo violentos, pero el terrible silbido del viento y el furioso sonido de las cuerdas parecían haber disminuido un poco y el impacto de las olas, si no en intensidad, era menos frecuente.

A este punto, Nicola intentó levantarse y a pesar de su buen pie de marinero, se tambaleó y vio delante una escena impactante: sacos de viaje de ida y vuelta, bolsas cuyos contenidos eran dispersados por todas partes, cojines y ropa en una gran confusión, cuerpos que se movían doloridos a causa del esfuerzo que hacían para mantener una posición y evitar golpear la cabeza o el costado con los catres de hierro, caras blancas y pensativas.

El estruendo del barco y del océano embravecido aún resonaban cuando el segundo oficial apareció en lo alto de la escalera y advirtió que la tormenta había pasado.

Nicola respiró aliviado y sintió el deseo inmediato de salir a cubierta. Subió la escalera a buen ritmo, a pesar de los músculos de sus piernas y brazos todavía doloridos.

Cuando llegó al aire abierto, encontró a muchos otros que habían tenido el mismo deseo.

En el cielo aún había muchos relámpagos, los truenos rugían, pero se estaban alejando. Las aguas eran negras, pero a menudo se volvían blancas de la espuma de nieve que quedaba en la cresta de las olas. Nubes negras y cargadas de lluvia se rompían aquí y allá con destellos de luz.

El vapor se columpiaba haciendo que los marineros se sintieran y parecieran borrachos buscando el equilibrio. De todos lados se oían voces delirantes, invocaciones a los santos, gemidos, sollozos de lágrimas, mujeres rezando el rosario, otras pidiendo al comendador, noticias del fraile para confesarse.

También hubo quienes no creían que la tormenta había pasado por completo y se quedaban entonces en su lugar, evaluando la amplitud de los movimientos del barco, listo para enfrentar la siguiente sacudida; y los que se jactaban de haber superado los momentos críticos con la firme convicción de que todo se resolvería sin serias dificultades.

Martes, 27 de septiembre de 1887

La voz del océano

La vida a bordo del barco volvió gradualmente a su curso normal. En primera y segunda clase, el repique de los timbres comenzó nuevamente en los pasillos, llamando la atención de los meseros. Aquí y allá había una confusión indescriptible de frazadas, sábanas, objetos varios que salían de las cajas sueltas, almohadas y más. Dentro de los camerinos, los viajeros se disponían a ordenar el revoltijo de los equipaje y objetos cotidianos.

En la tercera clase, Nicola había despertado de la tormenta en un caos indescriptible de cuerpos amontonados, brazos y piernas confundidos, quejas, hombres asustados y delirantes: una escena que nunca olvidaría.

El rugido del mar aún resonaba, las olas aún hinchadas y oscuras. El relámpago todavía iluminaba el cielo, pero los truenos se estaban alejando, llevándose consigo su poder amenazador.

Los pasajeros de la primera y segunda clase se encontraron de nuevo en los lugares habituales a popa, mientras que los de la tercera se encontraron en la proa, pero tanto en la proa como en la popa, nadie podía mantener el equilibrio.

Con sus rostros aún pálidos y sufridos, todos intentaban de mantenerse en equilibrio, pero nadie podía hacerlo excepto por unos segundos.

El "Perseo" aparecía a los ojos de todos como si todavía estuviera sumergido en esa gran masa de agua.

Todos los aparatos seguían goteando sin parar, pero habían resistido bien los embates de la tormenta.

Los marineros, el comandante y los oficiales completamente empapados y sucios, a pesar de la locuacidad habitual, pasaban entre los viajeros sin decir una palabra.

Con el rostro cansado, serio y arrugado, aún no se recuperaban de la tensión, del esfuerzo por defender el vapor del viento, de las olas de metros de altura, de la lluvia y del granizo.
La luz de la mañana, que atravesaba las nubes aún negras y amenazadoras, trajo alegría y confianza a todo el mundo. El viaje estaba llegando a su fin y la tormenta había pasado.
Aunque todavía quedaban tres días, Nicola, como todos los demás, preparaba su mente y alma para el desembarque.
Pasado el terror de la tormenta, siguieron días de calma casi de alegría.
Se olvidaron las preocupaciones, los celos, las envidias entre la tercera clase y las otras dos, los contrastes verbales y hasta el descontento que se había creado durante el viaje.
Los pasajeros lavaban su ropa sucia y arreglaban los sacos y bultos con que habían embarcado. Querían llegar al Nuevo Mundo presentándose con dignidad, orgullosos de ir a trabajar, no como mendigos.
Nicola, como muchos otros, recogió sus pocas pertenencias en el saco y se dirigió al comandante para registrarse al desembarco.
Registrarse significaba aceptar ofertas del gobierno argentino, que se encargaba de pagar los costos del desembarco a todos los inmigrantes que lo solicitaban.
Una vez desembarcado, el gobierno argentino también ofrecía comida y alojamiento durante cinco días en uno de los hoteles de inmigrantes, a cambio de cultivar la tierra o trabajar para las obras de construcción del país: ferrocarriles, carreteras, puertos y los edificios necesarios institucionales.
Nicola entonces buscó a sus amigos, Luigi, Alberto y Antonio, quienes habían también aceptado las propuestas del Gobierno. La única que no compartió la euforia del momento fue Dora. Desde el mo-

mento del desembarco, ella y Alberto podrían quedarse juntos sólo cinco días más en el hotel de los inmigrantes, después cada uno habría tomado su propio camino y sus caminos se habrían divididos.
Arnaldo también estaba muy preocupado, temía que su hijo no estaría allí a su desembarco; por eso guardaba siempre su pasaporte, la carta con la que Giuseppe lo había invitado a venir a Argentina, la solicitud de desembarco y el permiso otorgado.
Su miedo era que, si el hijo no hubiera venido, a él lo habrían enviado de regreso a Italia. Era anciano, tenía más de sesenta años y el gobierno argentino no permitía la entrada ni daba trabajo a los que ya no tenían fuerzas físicas, a menos que alguien, un familiar, se hubiera hecho cargo de él.

Río de la Plata

Este es el estuario formado por el río Uruguay y el río Paraná, un rebaje troncocónico en la costa. Tiene 290 kilómetros de largo.
El punto donde los dos ríos se encuentran tiene alrededor de 48 km de ancho, alcanzando alrededor de 220 km donde desemboca en el Océano Atlántico.
El Río de la Plata forma la parte marítima de la frontera entre Argentina y Uruguay, con los principales puertos de Buenos Aires al suroeste, Colonia del Sacramento y Montevideo al noreste, y es el delta más ancho del mundo.

jueves, 29 de septiembre de 1887

Río De La Plata

La meta estaba cerca y todos giraron la mirada hacia el oeste, hasta que alguien gritó desde la terraza del castillo central: "¡Aquí está! ... Tierra, tierra!"

A lo lejos, se podían ver dos bordes rojizos, como dos pedazos de una manta descansando sobre el agua.

Era el puerto de Montevideo. Ya no eran las aguas del Océano Atlántico, sino aquellas fangosas del Río De La Plata.

El sol se ponía. Era uno de los crepúsculos más evocadores que recordaba Nicola desde que cruzó los trópicos.

Los vapores que se elevaban del Río De La Plata y de la confluencia de los ríos que lo forman, Uruguay y Paraná, ofrecían un espectáculo impresionante.

En la parte superior, la luz restante asumía un color predominantemente rojizo que, moviéndose y uniéndose en varias formas, se desvanecía y reformaba, encendiendo la imaginación en muchas figuras, formas y estructuras que solo los sueños son capaces de plasmar.

Mientras tanto, el barco pasaba por los islotes de Lobos, Gorriti, Flores y Arquímedes.

A lo lejos se veían pequeños barcos que se dirigían hacia el Perseo.

Solo se permitió el embarque a los ocupantes de uno de ellos, eran un empleado oficial del puerto y un médico, recibidos puntualmente por el capitán y el médico del barco.

El médico montevideano se informó acerca del estado de salud

de los pasajeros mientras el empleado a proa contaba el número de los oficiales y del personal de tripulación.
En el torreón central se reunían todos los emigrantes que desembarcaban en Montevideo. Pasando frente a ellos, el médico echaba a un lado los casos sospechosos y el empleado procedía a la numeración. Muchos vestían sus mejores ropas o, en todo caso, limpias y lavadas, mientras que otros se quedaban con los mismos harapos con los que habían embarcado al principio, gastados y sucios aún más que antes.
Era un espectáculo desolador y humillante ver pasar esas almas como si fueran ganado y no gente que buscaba trabajo.
Realizadas estas prácticas, desde un pequeño vapor subieron a bordo muchas personas, amigos, familiares y conocidos de los que habrían desembarcado en Montevideo y fue conmovedor ver a todos sonreír, llamarse e intercambiar besos y abrazos, como es natural después de una larga separación.
Entonces el Perseo continuó su viaje y llegó a Buenos Aires.
En el barco se repitieron las mismas operaciones que se habían realizado en Montevideo.
Aquí también abordaron amigos y familiares de los pasajeros y Nicola vio a Arnaldo derretirse en un largo y liberador llanto cuando se botó en brazos de su hijo.

Porto Madero aún no se había completado y el Río de La Plata [7] tenía aguas poco profundas, bancos de arena en movimiento y aguas planas y lodosas. Por esta razón los barcos se vieron obligados a fondear lejos de la costa y el transbordo se efectuaba a través de

7 - Autori Vari, *Todo es historia n. 24, Rio de la Plata, Rio de la discordia*, Ed. Raúl Chaves, Belgrano, Buenos Aires, Abril de 1969

barcazas o pequeños barcos de vapor que permitían el desembarco de pasajeros, equipajes y mercancías poniendo todo en vagones de ruedas altas, tirados por caballos, que esperaban en el agua y que luego los llevaban a la playa.
Había dueños de barcazas que transbordaban a los emigrantes a precios tres o cuatro veces superiores a la tarifa establecida.
El hacinamiento de botes y carretas, el regateo del precio del transbordo, las estafas, la pérdida en el río, o el robo de equipaje, ocasionaron interminables riñas y discusiones, a las que los jueces de paz y la *Sociedad Filantrópica de Inmigración* debían tratar de encontrar una solución.

Nicola siguió a los otros inmigrantes y con Luigi, Alberto y Antonio se dirigieron al hotel de los *inmigrantes San Fernando.*

Lunes, 3 de octubre de 1887

Hotel de los Inmigrantes *San Fernando*

Este hotel, como el del *Caballito*, se abría en períodos particulares del año cuando el de *Cerrito* no era suficiente para acomodar a las grandes masas de inmigrantes.
No fueron pocos los que al desembarcar pensaban que encontrarían un mundo diferente, menos pesado que el que habían dejado, pero hubo muchos más los que, como Nicola, Luigi y Antonio, tuvieron que enfrentarse a una terrible realidad.
Una epidemia de cólera se disparaba en Buenos Aires.
Ya en 1874 este mal había hecho numerosas víctimas y los habitantes que vivían cerca del *Hotel San Fernando* había levantado numerosas protestas por la acogida de los inmigrantes.
También el *San Fernando*[8], ccomo los demás hoteles, estaba bien equipado: además del dormitorio, las cocinas, el comedor, las instalaciones sanitarias, los baños y la oficina de administración, tenía amplios espacios de reunión y buenas reservas de agua.
Dejando de lado la nostalgia y la enfermedad, la vida en el hotel de inmigrantes estaba bien organizada, pero la limpieza dejaba mucho que desear.
Nicola decidió aprovechar del servicio de correos y escribir la primera carta a Luigia para contarle el largo viaje y cómo transcurría su vida en esos primeros días argentinos. Le dijo que estaba con sus amigos Luigi y Antonio, a quienes había conocido en el vapor y que estaban alojados en el *San Fernando*, junto con otras mil ochocientas personas, que fueron despertadas muy temprano en la mañana por un guardia de seguridad para desayunar con café con leche, mate y pan recién horneado en el

8 - J. O. de Eguileor - E. Valdes, *¿Dónde durmieron nuestros abuelos? Los hotels de inmigrantes en la capital federal*, pp 125-135, Fundación Urbe, Buenos Aires 1991.

horno del hotel.
Durante la mañana las mujeres se dedicaban a las tareas del hogar, como lavar la ropa en las tinas habilitadas para este uso o cuidar a sus hijos, mientras que los hombres se dedicaban a buscar trabajo en la *Oficina de Empleo*.
En la carta Nicola rogó a Luigia que se quedara tranquila porque allí había tantas oportunidades de trabajo, que él ya había estado allí y aunque aún no había encontrado nada, confiaba en que algo habría salido a breve.
También le dijo que estaba bien, comía lo suficiente y que el almuerzo venía distribuido a hasta ochocientas personas por turno.
Un timbre avisaba de la hora del almuerzo y la gente se acercaba a la entrada del salón donde se repartía.
Un ayudante de cocina suministraba los platos, luego las personas se sentaban en las mesas y esperaban que les sirvieran.
La comida generalmente consistía en un plato de sopa abundante, estofado de carne y papas asadas o hervidas.

Los niños comían a las tres de la tarde.
Los turnos de cena comenzaban a las seis de la tarde y los dormitorios estaban abiertos a partir de las siete. Cuando llegaron al hotel, le habían dado un número que necesitaban para entrar y salir libremente para conocer un poco la ciudad.
El alojamiento era gratuito durante cinco días, por reglamento, sin embargo, si alguien estaba enfermo o aún no tenía trabajo, este plazo podía ampliarse.
Por supuesto, se olvidó de contarle sobre la epidemia de cólera en curso. No quería preocuparla.
En cambio, le preguntó sobre su pequeño Dante y sobre cómo estaba ella, como pasaba su tiempo, si pensaban en él tal como él continuamente pensaba en ellos, si Dante le preguntaba por su padre y dio rienda suelta a toda su nostalgia y amor por su familia.

Construcción del Puerto La Plata - Argentina

La excavación masiva del muelle ya perfila sus márgenes de piedra. Más de una docena de carros llenos de materiales están listos para ser arrastrados sobre tablas de madera o rieles improvisados. Mientras tanto, un grupo de trabajadores toma un desayuno ligero bajo la atenta mirada de un capataz.
La construcción del puerto se inició en enero de 1884, bajo la instancia de Juan José Dardo Rocha, gobernador de Buenos Aires.
Por la estrecha relación, natural e histórica entre las poblaciones de Ensenada y La Plata, durante todo el período de construcción, en los registros legales siempre se le denominó "Puerto de La Ensenada".
Solo unos meses después de acabar las obras, se registró como "Puerto de La Plata". Fue inaugurado el día 30 de marzo de 1890.

Jueves, 6 de octubre de 1887

La construcción del Puerto de Ensenada

Apenas dos días después, en la Oficina del Trabajo, le dijeron que había una demanda de mano de obra para terminar el Puerto de Ensenada.

Nicola aceptó de inmediato, al igual que Luigi y Antonio. Por otro lado, era un trabajo de armas, y también sabía ser carpintero y herrero. Había practicado este arte en el taller de su cuñado Massimo y ya se había distinguido por sus dotes creativas.

En tren llegó a La Plata y de allí, para llegar a Ensenada, tomó el servicio de tranvía tirado por dos caballos.

Ensenada era un pueblo modesto, escasamente poblado con casas dignas, a lo largo de calles que formaban grandes plazas. A pesar de su sobriedad, mostraba signos de actividades lentas, pero importantes.

El fundador Juan José Dardo Rocha, Gobernador de Buenos Aires, se encontró en los últimos años a hacer frente a dos obras colosales y simultáneas: la construcción de la capital La Plata y la edificación del Puerto, más ligado, este último, por razones de proximidad, a la población de Ensenada más que a la de La Plata. Esta relación era tan estrecha, tanto por razones naturales como históricas, que, en los documentos legislativos, durante todo el tiempo de los siete años que duraron las obras, se le llamó *Puerto de la Ensenada*, nombre

que fue cambiado solo posteriormente, en *Puerto de La Plata*[9]. No cabe duda que esta colosal obra jugó un papel decisivo en la transformación de Ensenada.

No solo la pobló con cientos de inmigrantes que dieron lugar a una fecunda herencia de sangre, sino que al cambiar los hogares de la población, también cambió la geografía del lugar.

Las casas se desarrollaron a lo largo de la *ribeira* y cerca de la *Plaza de la Merced*, y luego se extendieron hasta las inmediaciones del Puerto.

No se puede negar que las obras de construcción del Puerto hicieron llegar, como nunca, pasajeros y viajeros por las calles de la antigua población, aumentando diversos establecimientos comerciales y proveedores marítimos habituales.

Y, además, favoreció un notable crecimiento del trabajo, para lo que se crearon dos nuevos barrios: el tradicional de *Campamento* y el que posteriormente pobló *El Dique*.

Y finalmente, con el puerto se definió la clara separación entre Ensenada y Berisso, contribuyendo así a consolidar la distinta idiosincrasia entre las dos comunidades.

---

9 - C. A. Asnaghi, *Ensenada, una lecció nde historia, 1882-1891, Compendio de normes legales relatives al puerto*, Gobierno Municipal de Ensenada, Ensenada 1996.

Lunes, 10 de octubre de 1887

El trabajo de Nicola

A los 28 años, se puede transformar el mundo y Nicola estaba ansioso por comenzar su trabajo.
La construcción del puerto fue una obra importante, que habría cambiado no sólo la geografía del lugar sino también y sobre todo la vida de los habitantes.
No era un trabajo fácil, las únicas herramientas disponibles eran un pico, una pala y un carro, movidos por los músculos de los hombres y su voluntad infatigable[10].
Se requería buena salud, fuerza, resistencia y competencia.
Con esta ocupación Nicola había ganado nueva energía y coraje. La sola idea de poder enviar dinero a la familia le daba confianza.
Paradójicamente, le parecía que se sentía más cerca de ellos.
Sabía que sería un trabajo duro, pero también sabía que estos sacrificios eran el precio de su tranquilidad.
Era un trabajo enorme que valdría la pena de inmediato y duraría por mucho tiempo.
El gobierno le había asignado un pequeño hogar en Ensenada, donde podría establecerse. Era sólo tierra y una especie de choza destartalada. Había una necesidad de renovar.
Pero Nicola con los recursos de su juventud y la fuerza de sus brazos supo trabajar bien.
Incluso en el trabajo tuvo la oportunidad de mostrar su talento.
En la fragua del puerto mostraba cómo se puede trabajar el

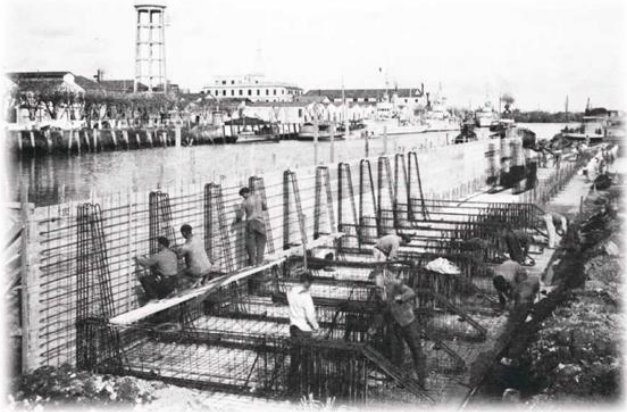
10 - C. A. Asnaghi, *Ensenada, una lección de historia, 1882-1891, A fuerza de pico y pala, una obra de Romanos,* Gobierno Municipal de Ensenada, Ensenada 1996.

hierro, creando clavos especiales para reforzar cada estructura. Al diseñar un clavo doble, se hizo conocer por el ingeniero Waldorp.
Demostró ampliamente que no existía madera ni hierro que él no supiera moldear, y así, pronto se ganó el aprecio y la confianza del ingeniero, de su capataz y la amistad de todos los demás trabajadores. Eran días particularmente positivos para él, llenos de planificación. Ya podía enviar dinero a su familia, se sentía satisfecho: poseía un pequeño terreno y una casa que se planteó reconstruir.
Y no estaría solo: en un mes llegaría Massimo, el hermano de Luigia, de quien había aprendido a forjar el hierro y tratar la madera.
Trabajaría con él en la construcción del puerto y en el poco tiempo libre transformarían aquella destartalada choza en un cómodo hogar.
Luigia, a su vez, le informó que su hermano Massimo se embarcaría en Génova en el vapor *M. Minghetti* y, previsiblemente, desembarcaría en Buenos Aires a finales de noviembre.

Nicola trabajaba como los demás en condiciones precarias.
La excavación masiva del canal ya delineaba sus bordes de piedra, realizados en forma de piragua y unidos por aleaciones de acero. Cada día, decenas y decenas de carros, llenos de material excavado, debían ser deslizados por improvisados rieles hacia los costados exteriores, para luego ser vaciados en los bordes del Canal. Y a pesar de estos rieles, muchas tablas de madera seguían también trazando caminos para las modestas carretillas.
Un canal pequeño, largo y angosto, evacuaba las aguas hacia un lado final, donde se fijaron las bitas de amarre a la pared y donde se construyeron las escaleras de piedra que debían permitir el desembarco de los pasajeros y de los barcos que en el futuro atracarían en el puerto.

A Nicola, mojado y con frío o con temperaturas muy altas, como todos los demás trabajadores, se le permitía una breve pausa para tomar un desayuno ligero.
Durante días enteros estuvo ocupado con el pico, labrando y abriendo paso a los arroyos que llenarían el canal.
Más allá de la pared, desde un tejado de la obra, se podía ver una chimenea humeante, una clara señal de que poco después, en ese cobertizo, él podría tener una comida caliente y podría descansar lo suficiente, permaneciendo en su lugar de trabajo, sin dejarse intimidar por la humedad y el frío.

Poco después, a cambio de un salario mísero, que le habría permitido a Luigia y al bebé reunirse con él desde Italia, seguiría, como los demás, enterrando todo su esfuerzo y cansancio en la fosa que estaba cavando.
El cansancio físico, la exposición a las inclemencias del tiempo, el trabajo en aquella zona insalubre y pantanosa estaba minando el estado físico de todos.
A fuerza de pico y pala, habrían sido meses de trabajo, con el sudor de la frente, el dolor de los brazos y una voluntad incansable; todo a riesgo de la salud y, a veces, incluso de la vida misma.



Construcción del Puerto de Ensenada

La construcción del puerto contó con tres arquitectos fundamentales: los socios Francisco Lavalle y Jaun Bautista Médici, directores de las obras de infraestructura y el ingeniero Juan Abel Adrián Waldorp.
Ninguno de ellos era argentino: Lavalle era uruguayo, Médici era italiano y Waldorp era holandés.
En 1882, con la construcción del Puerto de La Plata, los pueblos de Berisso y Ensenada quedaron definitivamente separados por un canal artificial. Tras la llegada de la primera oleada de colonos, formada principalmente por italianos, la villa fue poblada por una heterogénea multitud de inmigrantes.

Jueves, 1 de diciembre de 1887

El incendio

Esa mañana se despertó temprano, también a causa del pampero, que soplando impetuosamente produjo un grito escalofriante, haciendo que todos recordaran quién era.
Mientras se dirigía a trabajar, en el camino trataba de mantener el equilibrio y defenderse lo mejor que podía del aire frío y penetrante.
Mientras tanto, bajo la mísera pérgola de los almacenes del patio, la lámpara de aceite comenzaba a mecerse impulsada por el viento. Luego, la oscilación se hizo más rápida y el crujido trajo consigo un ruido siniestro.
La llama tenue y vacilante de la lámpara ofrecía una luz tenue a la puerta de la leñera, separada del carbón por una simple cerca.
De repente, una ráfaga de pampero más obstinada hizo caer la lámpara al suelo.
Pasando por debajo de la puerta, el aceite, perseguido por las llamas, recorrió el corto trecho que conducía al depósito de leña.
En cuestión de segundos, el fuego se apoderó del almacén.
A agravar la situación, si posible, fue un contenedor de aceite de lámparas que estaba posicionado en el alféizar de la ventana que se incendió inmediatamente y rompió el vidrio, haciendo aún más tenaces las llamas en el interior de la bodega.
Desde la distancia, Nicola vislumbró destellos rojos y negros y lenguas de fuego alimentadas por el viento que salían de la ventana del almacén.
Al acercarse pudo percibir el olor acre del aceite quemado en el aire.
Se dio cuenta de la gravedad de la situación y sin desanimarse comenzó a pedir ayuda a sus compañeros de trabajo que venían de lejos.
Como ellos, buscó algunos recipientes para llenarlo de agua con la incierta esperanza de apagar el fuego.

Así como un volcán lleno de magma repentinamente explota en un fuego artificial amenazando con efectos destructivos, así repentinamente, tras otra ráfaga de viento, la puerta cayó, generando una erupción de una enorme cantidad de humo mezclado con lenguas de fuego.

Nicola, que había dado unos pasos hacia el almacén, fue envuelto en el miasma denso y gris.

Golpeado por arcadas y jadeos, logró, después de unos segundos, salir de esa nube venenosa, pero los vapores venenosos se habían apoderado de las vías respiratorias.

Estaba buscando desesperadamente aire limpio, pero sus pulmones no reaccionaron.

Desde hace pocos años se había constituido la empresa de *Bomberos de la Boca*[11], bomberos voluntarios, en su mayoría italianos, que ofrecían servicio gratuito en casos de incendio.

Fueron llamados esos bomberos y pronto el fuego fue apagado.

El daño había sido limitado y la mayoría de los suministros se habían salvado, pero Nicola había sufrido un mayor empeoramiento de su salud.

En efecto, desde que servía en la fragua del puerto, cerca del depósito de carbón, sentía que sus pulmones no aceptaban ese polvo negro que traía la brisa y los vientos más fuertes como el pampero.

Y ahora este fuego definitivamente lo había comprometido.

"¡Maldito polvo de carbón!", reflexionó.

---

11 - C.A. Asnaghi, *Ensenada, una lección de historia, Un orgullo llamado Bomberos*, pp. 277-280. *"El 2 de julio de 188, para colaborar con las autoridades, nacieron los Bomberos Voluntarios de la Boca, - como se aprecia, con neta raíz itálica - que se convirtieron así en los primeros del país"*.

Miércoles, 6 de diciembre de 1887

La llegada de Máximo

Se abrazaron fuerte, como dos hermanos que no se habían visto por mucho tiempo.

Trabajar juntos llenaría el vacío que Nicola había sentido hasta ese momento.

Decidieron dedicar el domingo a la renovación de la casa. La habrían demolido parcialmente para poder dormir bajo techo.

El suelo era pantanoso y habrían empezado por los cimientos, excavando alrededor de un metro de profundidad para poner una base de piedras a modo de drenaje con fosas laterales para dejar correr el agua. Luego usarían los sobrantes de las obras del puerto para reconstruir.

Para transportar los materiales, compraron una mula y una carreta, que reparaban de noche en una choza que estaba anexa a las tres hectáreas de terreno preparadas para uso agrícola. Trabajando solo un día a la semana, tomó meses de trabajo y sacrificios para construir la mitad de la casa y más para construir la otra mitad. También habían reconstruido la choza contigua y la habían convertido en un pequeño taller.

En mayo de 1888 se terminó la casa; sólo había una planta baja de unos 60 metros cuadrados: la entrada con cocina, dos dormitorios y baño: humilde pero decente.

Nicola y Massimo eran jóvenes y tenían ganas de trabajar, de crear, de construir, ... sobre todo su futuro.

Habían trabajado todos los días durante seis duros meses en condiciones incómodas, sin ahorrar energía, con climatología adversa y graves riesgos para la salud.

Massimo era físicamente más resistente. Nicola, en cambio, en

este período, se sentía más frágil y sufría en mayor medida por los esfuerzos físicos y sacrificios a los que se sometía.

Una mañana, después de un largo y duro trabajo, comenzó a toser repetidamente. Era una tos seca que no podía detener y esto continuó repitiéndose durante los siguientes días.

La casa estaba casi terminada y estaba satisfecho con ella, pero la tos no se le pasaba. A medida que pasaban los días, a la tos también se había sumado una dificultad para respirar. El aire que inhalaba era insuficiente para llenar sus pulmones.

Estaba en un estado de debilitamiento físico que lo obligaba a pedir permiso a menudo a su capataz para ausentarse del trabajo. Trabajar en un lugar tan insalubre era algo que tarde o temprano tendría sus efectos negativos.

Durante meses, Nicola no se había ahorrado nada y ahora su cuerpo exigía cuidados y descanso.

Al menor esfuerzo se sentía fatigado, no podía respirar, tenía una molesta y constante hambre de aire.

Ese aire siempre contaminado con polvo de carbón ciertamente no lo ayudó en su ya difícil respiración.

Entre otras cosas, en los últimos meses había comido poco y había perdido peso. Massimo fue de gran ayuda para él. Cuando Nicola estaba enfermo era él quien, al volver del trabajo, preparaba la comida, hacía la compra y mantenía el orden en la casa.

Pero Nicola no daba señales de mejora. Al contrario, cada día su respiración era más y más sibilante, siempre se sentía cansado y sentía un dolor constante en el pecho.

Las ausencias del trabajo se habían vuelto cada vez más frecuente.

Después de meses de esta alternancia entre el trabajo y la enferme-

dad, comenzó a considerar seriamente dejar de ir a la obra y cuidar de sí mismo.
Lo único que el médico pudo decir fue que temía una forma de tuberculosis o neumonía.
Fue en ese momento cuando Massimo escribió una larga carta a su hermana para advertirla del estado de su marido.

REGNO D'ITALIA

PASSAPORTO

PER L'ESTERO

ALL'EMIGRANTE

NAVIGAZIONE GENERALE ITALIANA

N° 00539

UFFICIO EMIGRAZIONE DI GENOVA

Biglietto d'Imbarco per / Posti di 3ª Classe

che partirà da Genova

per BUENOS AIRES

NOME E COGNOME

Nolo di passaggio L.

per ogni posto commerciale.

DISTINTA

Su pasaporte y un boleto a las Américas

El uso de pasaportes como sistema de control de la población en tránsito estaba conectado con el lento establecimiento de las fronteras dentro de las cuales también se venía formando una identidad colectiva nacional y la modernización del Estado.
Durante el siglo XIX, la evolución hacia una organización político-territorial de carácter nacional fue intensa y rápida, favoreciendo una alta movilidad de la población e imponiendo también un control más puntual de las personas, tanto que el uso de los documentos de identidad y tránsito se tornó una necesidad cada vez más urgente.
Una amplia movilidad de personas, que se masificó entre 1880 y 1914, condujo lentamente a una estandarización de los pasaportes.

Domingo, 30 de diciembre de 1888

La carta

La escritura en esa hoja era de su hermano Massimo, quien evidentemente le escribía sin que Nicola supiera, y esto la preocupaba hasta más, si posible.
En esta carta Massimo le contaba que Nicola se había enfermado y su dolencia ya no le permitía hacer ese trabajo duro, ... le contaba también que su esposo no quería preocupar a la familia, pero que respiraba con dificultad y su salud había empeorado mucho.
También le contaba que dormía solo pocas horas y en el sueño pronunciaba a menudo su nombre y el de Dante.

Ella sabía bien que la carta de Massimo estaba dictada por una necesidad absoluta. No la habría escrito para una contingencia fútil. Esa carta era claramente una señal de advertencia: Nicola necesitaba su atención.
Él, unos años antes tan fuerte y templado por las dificultades de una vida itinerante, tan positivo y decidido, ahora se sentía débil y necesitaba su ayuda.
Luigia hizo que sus suegros Carolina y Pasquale leyeran esa carta. Luigi expresó de inmediato su intención de ir junto a su hermano, para verlo y poder ayudarlo.

Luigia le escribió a Nicola palabras de ternura y cariño, informándolo de las condiciones de toda la familia y en particular del crecimiento del pequeño Dante, quien no lo había olvidado para nada

porque todos los días ella le hablaba de su padre, que estaba lejos de sus ojos, pero que los amaba mucho y siempre los llevaba en su corazón.
Luigia habría hecho todo lo posible para juntarse a él, pero los trámites para la emisión de un pasaporte eran largos y por eso, le pidió que se cuidara mucho.
Lo informó que también su hermano Luigi quería viajar a Argentina para unirse a él, pero que él probablemente habría tenido dificultades mayores, ya que podía haber sido llamado a la guerra de colonización.

Ya en 1882 Italia había comenzado a invadir Eritrea, un país distante en las costas del Mar Rojo. La conquista, sin embargo, se había detenido casi enseguida, porque Italia se había chocado con Etiopía: no un grupo de tribus dispersas, sino un imperio milenario bien organizado.
Sin embargo, desde el año anterior, Francesco Crispi había llegado al poder en Italia y su puño de hierro en la política interna había acompañado una reanudación de la política colonial porque quería hacer de Italia una grande potencia.
Así que estaba reclutando tropas para ocupar la ciudad de Asmara y quería favorecer el ascenso de Menelik al trono imperial de Etiopía a cambio de la concesión del protectorado: es decir, la sumisión colonial de su país a Italia.
Mientras tanto, Italia también se estaba interesando a las costas somalíes y había procedido a una serie de penetraciones pacíficas, a través de tratados con los pequeños sultanes locales.
En estas condiciones históricas y políticas, era obvio que Luigi habría tenido muchas dificultades para obtener la concesión del pasaporte.

Jueves, 24 de enero de 1889

La solicitud de pasaporte

Entonces, para la autorización a la emisión del pasaporte, Luigi escribió al ministro de la Guerra en Roma:

Excelencia,
Luigi Oloferne Solazzi, hijo de Pasquale, de Porto Civitanova, una aldea de Civitanova Marche, de 26 años, casado, expone respetuosamente lo siguiente a su excelencia.
El abajo firmante, alistado en 1863, prestó fielmente servicio en la milicia italiana, y ahora en licencia, ya que su hermano se encuentra en La Plata, América, trabajando allí en la construcción del puerto de Ensenada, con graves problemas de salud, ahora le necesita para ayudarlo a llevar adelante sus negocios y en particular modo para prestarle las curas para su enfermedad. Así, con el trabajo y con los ahorros, los arriba mencionados podrán también cuidar de sus padres, así como a la mujer del firmante.
Por lo tanto, el solicitante pide a Su Excelencia la emisión del pasaporte para de viajar a La Plata, América, declarándose listo para volver a Italia en cualquier momento en caso de llamado a las armas.
Esperando en una positiva respuesta.
Luigi Oloferne Solazzi"

Luigi presentó su solicitud al alcalde del Municipio de Civitanova Marche, quien se comprometió a enviarla al ministro de la Guerra, *con la solicitud de recibirlo personalmente.*
Después de unos días, el director de la Jefatura de División, por orden del Ministerio de la Guerra, respondió al alcalde que:

El Ministerio había dado instrucciones generales pertinentes sobre el otorgamiento de pasaportes para el extranjero a los comandantes de los Distritos Militares, con acta número 17 de 17 de enero de 1889, lo cual también fue comunicado a las Prefecturas. Por tanto, quiera el alcalde remitirlo al comandante distrital para el curso ulterior al término del referido acto.

El 21 de febrero, el alcalde invitó a Luigi a *ir a la oficina para informarle que tenía que dar curso al expediente e invitarlo a presentar los documentos requeridos por el art. 5 de la Ley núm. 17 de 17 de enero de 1889 del Ministerio de la Guerra.*

El alcalde avisó a Luigi que se estaban preparando numerosos contingentes militares para ser enviados a Asmara, que podían pasar varios meses y que, en cualquier caso, consideraba casi imposible conseguir su emisión.

Martes, 28 de mayo de 1889

El pasaporte de Luigia

Siguieron otras cartas y con cada carta iba creciendo la inquietud, la nostalgia y las ganas de volver a verse.
La distancia, en lugar de desvanecer el recuerdo, lo había fortalecido. Hubo muchas dificultades, pero el amor las venció a todas.
No solo las incógnitas diarias, la burocracia y los retrasos para obtener un pasaporte, el problema más preocupante era reunir suficiente dinero para el viaje, pero tanto Luigia como su hermano Luigi estaban decididos a ayudar a Nicola de todos modos. Las remesas de Nicola habían saldado las deudas contraídas anteriormente pero el viaje costaba 230 liras, cuando el salario de un trabajador superaba de poco una lira diaria.
Se tuvo que esperar unos meses más para juntar el dinero para el viaje.

En un día soleado de finales de julio, Luigia recibió una grata sorpresa: en una carta, Nicola le contaba cómo se había ganado la estima de sus jefes y colaboradores.
Sus ideas siempre fueron muy apreciadas. Por ejemplo, su invención de un doble clavo se usaba donde se necesitaba refuerzo y pronto reemplazó a los clavos normales en la mayor parte del trabajo. El ingeniero Waldorp estaba tan complacido que, no solo le dio crédito públicamente, sino que también le regaló un terreno aledaño a su casa y un premio en efectivo.
Y Nicola había enviado inmediatamente ese dinero a su esposa, para que ella lo pudiera usar para viajar.

Estaba feliz, Luigia.
Con ese dinero, vio materializarse sus esperanzas. Podía volver a abrazarlo y ese momento llegaría pronto.
Ciertamente esa suma no alcanzaba para sufragar todos los gastos que le había propuesto el agente de viajes, pero con algunos ahorros y algunos sacrificios, habría podido juntar lo necesario. "Vamos donde tu papá, pronto", le dijo a su hijo,
"¿Recuerdas a tu papá, cierto Dante? Lo volveremos a ver y estaremos juntos siempre, ¿estás feliz?".
Ese dinero le había dado coraje, la expectativa de una nueva vida le hizo superar los temores del largo viaje que le esperaba. Todavía dormiría en sus brazos. No importa si él no estaba bien, ella lo habría curado, cuidado y lo habría hecho sonreír de nuevo. Con el pequeño Dante volverían a ser una familia feliz.
Habló con el agente de viajes y calculó que en uno o dos meses habría alcanzado la suma necesaria y él la informó sobre las distintas salidas de Génova a Buenos Aires.
Ella eligió la del 5 de octubre. El vapor era el "Regina Margherita". Tan pronto como se decidió la fecha, inmediatamente tomó lápiz y papel e informó a Nicola. Además de la fecha de salida y el nombre del vapor, lo advirtió que, si todo salía como estaba previsto, estaría en Ensenada el 4 o 5 de noviembre.

Empezó a juntar la ropa que se llevaría para ella y para Dante. Luego agregó tres sábanas, dos frazadas, pijamas para los tres, dos camisas y dos pantalones para Nicola, además de tres camisetas sin mangas y dos suéteres gruesos.
Y aún lo necesario para coser, jabón para lavar, toallas y tres almohadas. Colocó todo cuidadosamente en una caja con las palabras

"FULGENZI" escritas en el frente, que su hermano le había construido.

Los días previos a la partida cayeron entre el gran deseo de ver a su marido y la preocupación por el viaje. En el saco que llevaba, Luigia había puesto la ropa de repuesto, lo necesario para los días que pasaría en el vapor y la comida para el viaje en tren a Génova.

Migrantes que parten

El destino más votado por los italianos en la segunda mitad del siglo XIX fue sin duda Argentina, un país nueve veces más grande que Italia.
El compromiso de acogida, consagrado en la constitución de 1853, encontró sus razones en un país de hecho despoblado y deseoso de colonizar el desierto patagónico.
Una ley aprobada por el gobierno argentino en 1876 ofrecía la posibilidad de cesiones de tierras gratuitas, o a plazos, a precios muy bajos, mientras que en 1882 el gobierno decidió otorgar veinticinco hectáreas de tierra gratuitamente a todas las familias.

jueves, 3 de octubre de 1889

La salida

Nada había cambiado en la estación de ferrocarril de Civitanova, desde el día de la partida de Nicola: la misma afluencia de emigrantes, las mismas aceras llenas de cajas, maletas y bandoleras, el mismo aire de tristeza, abandono, desapego.

El tren llegaría en breve y ella sostenía a su hijo de la mano. Todos habían venido a acompañarla.

Luigi, el hermano de su esposo, también vino a saludarla.

Se iría con ella y el pequeño Dante, pero, ya sea por razones políticas o por demoras burocráticas, no había tenido más noticias del pasaporte.

Le prometió que, en caso positivo, tan pronto como lo consiguiera, él también se iría y se reuniría con ellos en Ensenada.

Durante el viaje, los pensamientos de Luigia se dirigieron a su esposo. Se preguntaba si él también había sentido la misma desesperación, la misma soledad que ella sentía al dejar su hogar, sus padres, su patria.

Luego, cansada, arrullada por el vaivén del tren, cerró los ojos y el sueño borró su inquietud.

Cuando se despertó, se fue a la ventana del corredor del tren para tomar aire limpio.

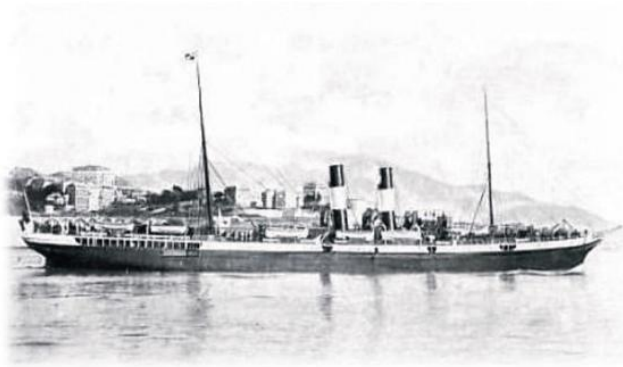
La abrió solo parcialmente para permitir un cambio de aire.

En la ventana de al lado, un hombre de edad aparente entre cincuenta y sesenta años había hecho lo mismo. Él le sonrió y comenzó

a contarle su historia.
Se presentó. Su nombre era Nazzareno Marconi.
Dijo que venía de un pueblo cercano a Macerata, que había nacido campesino y cultivaba una tierra en aparcería.
Siempre había vivido y trabajado allí. Se casó y tuvo 10 hijos.
No había ido a la guerra porque era demasiado viejo y tenía una familia demasiado numerosa.
Entonces, mientras los muchachos locales estaban en las zonas de pelea, él se estaba rompiendo la espalda en el campo. Pero eso estaba bien, lo peor habría llegado después.
Todo había aumentado.
Su esposa trataba de llenar la olla, pero la olla nunca se llenaba y los niños crecían.
Así que había decidido partir.
En el pasado ya había tomado este tren y había viajado a Génova.
En Argentina había llegado al Hotel de Inmigrantes y luego se fue a la pampa, que estaba llena de italianos.
Nunca había visto un lugar más desierto que este. Por decenas y decenas de hectáreas no había nadie.
Había encontrado trabajo como pastor: durante el día seguía a las vacas, por la noche se iba a dormir en chozas hechas de terrones de tierra con tablas de madera como cama.
No había nadie en la pampa, no había nada más allá de la tierra y la hierba, ni siquiera un árbol.
Para calentarse y para hacer el fuego, todos los días tomaba el estiércol seco de las vacas y lo quemaba.
Después de 5 años había vuelto a Italia, no podía soportarlo más.
Tan pronto como llegó a casa, había dicho a su esposa que nunca más se mudaría.
Pero la vida habitual había comenzado de nuevo, la miseria habitual,

el hambre habitual. Fue su esposa, un día, quien le propuso que todos se mudaran a Argentina.
Él dijo que no era buena idea, pero…nada, nadie quería escuchar razones.
"Si uno de nosotros no encuentra trabajo, otro lo va a encontrar, ¡nosotros no podemos quedarnos aquí!", le había respondido su hijo Gino, que estaba casado.
Así que todos habían hecho sus maletas y bultos y se subieron a este tren: toda la familia, incluso Gino y su esposa, porque sin la ayuda de la familia no lo habrían logrado.
Había un largo camino por recorrer.
De Buenos Aires fueron a Rosario, donde habían encontrado casa y terreno.
El resto de los niños, Anastasio y Giuseppe Claudio, los habían enviado al seminario. Estudiaron con los Carmelitas.
Giuseppe Claudio le había dicho que, cuando fuera ordenado sacerdote, habría solicitado ser desplegado a Argentina.
Los chicos ahora estaban durmiendo, pero él se quedaba despierto, pensando y revisando sus maletas.
"Aquí somos todos iguales, todos pobres iguales, dijo, si quitas la vista de una maleta no la vuelves a encontrar. No sé qué me depara el futuro, pero no me hago ilusiones. Ya he visto América, ya la he probado. Es difícil de tragar, mucho trabajo, sí, pero también mucho sufrimiento.
¡Esto nos espera! ¡Esto lo encontraremos!
Anna, ¿se acabó el café? ¿Sí? Entonces dame el vino. ¡Qué lejos está Génova, nunca se llega!".

El "Regina Margarita"



Vapor "Regina Margarita"

Línea: Génova - Río De Janeiro - Montevideo - Buenos Aires.

Botado en 1885. Hundido en puerto en 1913.
La lista de salidas del mes se publicaba en los periódicos o se anunciaba en los carteles puestos en las calles de la ciudad: el nombre del buque, la compañía de navegación, la fecha de salida, la duración del viaje, las escalas intermedias, la carga máxima legal y el ofrecido por la compañía.
Era aconsejable cambiar el efectivo antes de embarcar en forma de giro postal del Banco di Napoli, para no correr el riesgo, al llegar, de no poseer ni siquiera el mínimo de 25 pesos argentinos, necesarios para los primeros días de vida en Argentina.

Viernes, 4 de octubre de 1889

El barco de vapor "Regina Margherita"

Después de esta historia, Luigia se sintió descorazonada, desalentada. ¿Qué debía esperarse en Ensenada?

Sin embargo, Nicola le había enviado buenas remesas de dinero en los últimos meses y con esas remesas había pagado todas sus deudas. ¡Así que la situación no era tan mala!

El problema era su salud. Por eso ella había emprendido un viaje, para estar cerca de él, para ayudarlo en la salud y en la enfermedad, como había dicho don Vincenzo, cuando los unió en matrimonio.

Decidió no pensar en eso, pospondría esta preocupación hasta llegar a Ensenada.

Génova estaba lejos y al llegar habría tenido que buscar una pensión cerca del puerto para pasar la noche.

La salida del vapor estaba prevista para el día 5 de octubre a las 15.30 horas.

La advirtieron que debería tener cuidado con los dueños de los hostales, tiendas, trattorias y otras actividades comerciales que explotaban la presencia temporal de migrantes en espera de embarque y se beneficiaban de sus necesidades a menudo, incluso estafándolos.

Luigia pasó esa noche en un hostal cerca del puerto, con su hijo en brazos, la única forma de alejar los pensamientos tristes y finalmente conciliar el sueño.

En la mañana siguiente, dos de los hijos de Nazzareno Marconi la ayudaron a llevar la caja al puerto, donde estaba el vapor *Regina Margherita*, listo para la salida.

Cerca de la bajada reinaba una gran confusión, una muchedumbre vociferante de emigrantes con sus equipajes y acompañantes, entre los cuales había vendedores ambulantes vendiendo sus mercancías. Al ruido de aquella pobre gente se unía el ruido de las grúas a vapor que trabajaban incansablemente para cargar las provisiones para el viaje: corderos, gallinas, bueyes, toneles de vino, sacos de harina, frutas, verduras y más, todo para ser puesto en las bodegas.

Después, se cargaban las mercancías que de Italia tenían que ser entregadas a los destinatarios de Montevideo, Buenos Aires, La Plata: vino, tomate en conserva, gafas, patatas, setas, aceite de oliva, cebolla, licores, telas, mantequilla, vermut, aceitunas, pastas, quesos, trabajos de carpintería, etc.

Luigia miraba en éxtasis todo este frenesí. Antes de la salida, los guardias de seguridad del puerto subían a bordo y junto con un equipo de marineros, dirigido por el suboficial de un barco, el capitán de armas, inspeccionaban cada rincón del buque de vapor, para comprobar si había gente que se escondía, para evitar el coste del billete o una posible sanción por una falta cometida.

Hubo muchos italianos que no tenían pasaporte, por razones de servicio militar obligatorio o cargos penales pendientes y optaban por embarcarse clandestinamente, con la complicidad de uno de los tripulantes.

Por fin, alrededor de las 15.30 horas, llegó el turno de Luigia, quien subió a bordo para la revisión del pasaporte y el examen médico.

Con su gran carga de bienes y de vidas, el gran prodigio de hierro, empezó a avanzar lentamente y fue en ese momento que ella tuvo la sensación de haber abandonado un pedazo de su vida.

Se conmovió pensando en sus seres queridos, familiares y amigos, a quienes no volvería a ver por mucho tiempo.

Todos fueron invitados a ocupar sus lugares en los dormitorios y ella caminó con su bebé hasta el de las mujeres.
Bajó las escaleras de hierro desde los estrechos escalones, con el bebé en un brazo, hasta tres pisos debajo de la cubierta. Una lámpara de aceite colgaba del techo y ofrecía una luz débil.
La escena que se presentó ante sus ojos era sobrecogedora.
Tres filas de literas estaban dispuestas alrededor de las paredes y en el medio.
Demasiada gente por la falta de aire disponible.
Había mujeres y niños amontonados de todas las edades. Una mujer embarazada dormía junto a una vieja de setenta años y debajo de ella un bebé de pocos meses, mujeres de diferentes estratos sociales, jóvenes y mayores y niños hasta los seis años de edad.
Sin renovación de aire y una temperatura constante de 32 grados: era aquí, como en los dormitorios masculinos, donde comenzaban las enfermedades más graves, a menudo contagiosas, y que cobraban el mayor número de víctimas.
Luigia mantenía a su bebé lo más cerca posible. Tenía miedo, pero no tenía alternativa. Tuvo que resignarse a aceptar esa incómoda, preocupante y, quizás, hasta arriesgada convivencia.

El Puerto de Barcelona

Frente al Puerto de Barcelona se alza el monumento en homenaje al explorador Cristóbal Colón.
Fue construido por iniciativa del comerciante Antoni Fages i Ferrer en honor al gran navegante genovés, para recordar que, en esta ciudad, de regreso del Nuevo Mundo, Colón se dirigió a Isabel de Castilla y Fernando II de Aragón, soberanos españoles.
Fue construido a la altura de las obras de mejora de la costa de Barcelona realizadas con motivo de la Exposición Universal de 1888.
Inaugurado el 1 de junio de 1888, se convirtió en uno de los iconos de la ciudad.
El conjunto escultórico tiene 56 metros de altura y dentro de la columna hay un ascensor con el que se puede subir al mirador, situado bajo los pies de la estatua, desde donde se puede admirar Barcelona con una vista de 360 grados.

Lunes, 8 de octubre de 1889

El polizón

En la mañana del tercer día, el vapor pasaba a la altura de Barcelona, donde aún triunfaba un gran andamio de hierro que albergaba una columna y la estatua en honor a Cristóbal Colón. Había llevado a Dante a la cubierta para tomar un poco de aire fresco.

Al acercarse al puerto, el vapor fue literalmente atacado por varios barcos que vendían frutas, cerveza y otras mercancías. Luigia también compró algo de fruta.

Silencioso y con ojos atentos, Dante observó este animado espectáculo, que nunca antes había visto.

En breve, todos los barcos fueron vaciados de las mercancías que tenían a bordo y se retiraron hacia la orilla.

Estaba pelando una manzana para su hijo cuando, no muy lejos de ella, vio a una multitud de personas alborotadas, curiosas por observar algo o alguien que salía por la puerta de la sala de máquinas.

"¿Qué pasó?", Luigia preguntó con curiosidad a un oficial de la nave.

"Encontramos a un extraño escondido cerca de los cojinetes del eje en el túnel", respondió el hombre.

"¿Qué van a hacer con él, lo meterán en la celda?" Luisa preguntó de nuevo.

"No sé, mientras tanto, avisemos al comandante y al comisario. ¡Ellos decidirán! En caso de pelea o robo, el comisario puede decidir si lo encierra en su celda. Como inmigrante ilegal podría denunciarlo al Real Consulado de Barcelona y desde allí sería enviado de vuelta a su tierra natal".

En cambio, el clandestino fue llevado ante el comandante.
El hombre explicó que era carpintero y que, al no tener dinero para el viaje, había decidido esconderse. Pero agregó que era una persona honesta y le rogó que no lo enviara de regreso. El capitán le creyó y le concedió el viaje, con la condición, sin embargo, de que él le correspondiera, trabajando a bordo en el arte de que era capaz.
Luigia pensó durante mucho tiempo en las diferencias y condiciones de los pasajeros. Había quienes podían permitirse viajar en primera clase, unos en segunda y otros, como ella, en tercera; pero también hubo quienes no tuvieron la posibilidad de comprar ni un boleto de tercera clase y entonces recurrían a la clandestinidad.
La cantidad de asientos disponibles en un vapor también ofrecía un espejo de la sociedad de la época. En ese vapor, de hecho, de un total de 1600 pasajeros, había solo 20 de primera clase y 40 de segunda clase.
En la primera clase los camarotes tenían una o dos camas, en la segunda había cuatro, seis u ocho. Los camarotes, de primera o segunda clase, ofrecían comodidades que la tercera clase no tenía: había una puerta cerrada que protegía la privacidad de los pasajeros. Además, el ambiente estaba limpio, había un armario, un lavabo y un orinal.
Los pasajeros de primera y segunda clase tenían acceso al interior del vapor y comían mejor, en una cantina separada, acondicionada con mesas, manteles y servilletas.

Domingo, 13 de octubre de 1889

Una pelea

Un grito prolongado y furioso la hizo sobresaltar. Siguieron tonos inflamados, palabras gritadas y ruidos confusos.
Luigia se encontró a corta distancia de una joven boloñesa que sostenía en su mano derecha un mechón de largos cabellos rubios, desgarrados en la lucha por la cabeza de su vecina.
La había acusada, según ella, injustamente, de haberle robado el retrato de su novio, dibujado a lápiz y enmarcado, que guardaba celosamente bajo la almohada.
Desde hacía tiempo, aseguraba, había notado que la joven boloñesa lo miraba con interés y, una vez en particular, se había apresurado a ponerla debajo de la almohada, porque la otra insistía en mirar con insistencia.
En realidad, después de una meticulosa investigación, el retrato había sido encontrado entre las sábanas, pero ya no había rastro alguno del marco.
La discusión requirió la intervención del comandante.

En la tarde del día 13, el *Regina Margherita* llegó a Cádiz, amarrando en la rada y por tanto a dos kilómetros de distancia del puerto.
Cádiz, vista desde ese punto, ofrecía una vista espectacular.
Todos los pasajeros se quedaron admirados en éxtasis.
El *Palazzo dell'Esposizione* brillaba por el efecto de la iluminación eléctrica que se había inaugurado hace pocas semanas.

En la mañana del 14 de octubre, alrededor de las nueve, el vapor zarpó rumbo a São Vicente, una de las islas que forman el archipié-

lago de Cabo Verde, donde el *Regina Margherita* se habría aprovisionado de combustible.

Ahora se navegaba en medio del Océano Atlántico.

Las cordilleras habían desaparecido, las tierras habitadas y el verde de los bosques habían desaparecido. Solo agua alrededor y esto había generado una sensación de tristeza en los migrantes.

Muchos intentaban vencer el aburrimiento y la nostalgia cantando, otros bailando al son de un organillo.

En la cubierta de proa había dos grupos de cuatro hombres jugando a las cartas. A su alrededor, otros se habían acercado para observar y distraerse.

El suave viento de los alisios que traía alivio había desaparecido.

Solo se podía escuchar el chapoteo del agua golpeando los costados del vapor.

Sábado, 19 de octubre de 1889

Un atardecer inolvidable

Al caer la tarde, en el centro de aquella inmensa extensión de agua, en la proa, había bajado un extraño silencio, acompañado aquí y allá por un parloteo indistinto.
El aire era cálido y una brisa ligera atravesaba los mechones del pelo de Luigia, como para acariciarlos.
Las oscuras olas del océano se movían lenta y rítmicamente en un movimiento continuo e incansable, parecía que en su interior latía un corazón.
El cielo se había teñido de rojo y las nubes dentadas en el horizonte jugaban con los rayos del último sol del día.
Imposible no sentirse atraído por un espectáculo así.
Y decir que ella había visto muchos atardeceres cuando iba a la playa con su madre a esperar que apareciera el barco del padre Giuseppe.
Una vez, por unos momentos, ella también vio el rayo verde.
Esta vez, sin embargo, su atención había sido captada por ese sol cansado.
Las nubes rosadas y la agradable temperatura la invitaban a una calma resignación y a ordenar sus pensamientos.
Sentada en la cubierta de proa, pensaba en su hombre.
¡No estaba sola, lo sentía junto a ella, ...él, dulce, deseado, amado compañero de su vida!
Él estaba allí, apoyándola, amándola, como siempre, compartiendo esos momentos, absorto y sumergido, como ella, en la contemplación.

Dante se había acurrucado sobre sus rodillas, como un gatito, con su carita escondida entre sus brazos.
En ese momento fue el Amor el que sugirió el Miedo.
"¿Y si luego el hecho de verlo enfermo la hubiese angustiada al punto de hacerle perder el coraje?"
¿Habría sabido adaptarse a las dificultades de una vida diferente, de un país con otro idioma, con otras costumbres y hábitos? ¿Cómo podría ayudarlo en estas condiciones?
Las lágrimas comenzaron a caer copiosamente, pero ella no lo notó. Estaba demasiado ocupada con sus preocupaciones.
La luz del atardecer se reflejaba en el mar en una larga estela de color rojo brillante.
Allí, lejos, hasta donde se perdía la vista, vio el mar y el cielo fundirse creando un solo horizonte.
El sol pintaba el cielo con varios tonos de rosa, rojo, amarillo y naranja, así como las nubes multiformes y todo se convertía en un cuadro perfecto y precioso.

Luigia vio el atardecer más hermoso de su vida.

Martes, 22 de octubre de 1889

El desconcierto

Parecía imposible. Le estaba preguntando al comandante sobre los tiempos de llegada, y Dante estaba allí con ella.
Estaba hablando con otro niño de quien se había hecho amigo, un compañero de juegos, y ahora ambos habían desaparecido de su vista.
Por un momento, Luigia sintió que se le congeló la sangre en las venas.
Dante nunca se había alejado, era un niño sensato, tranquilo, reflexivo.
No podía estar tan lejos. Algo debe haberle llamado la atención, pero ¿qué?
La vida a bordo, a su alrededor, era la misma de siempre...
Trató de mantenerse fría y con el corazón en la garganta se puso a buscar a su hijo.
Empezó a mirar de un punto a otro de su horizonte, ansiosa por encontrarlo.
En ese momento el tiempo se había detenido. Las personas que la rodeaban eran solo sombras.
Había excluido todo de su mirada menos un par de pantalones cortos, un abrigo gris oscuro, dos piernas de muñeca y dos ojos azul verdosos, que siempre habían sido magnéticos para ella.
Entonces ella comenzó a preguntar por él a los que estaban a su alrededor, pero ni siquiera podía hablar; la emoción la privaba de concentración y claridad de ideas. Así que empezó a buscarlo de proa a popa. Pero sin éxito.
Tanta gente y ni siquiera un pequeño rastro de él.

Estaba desconsolada. A cada mirada sin poder encontrarlo, sentía una navaja que se hundía en su estómago.
La desesperación le había quitado la palabra y el aliento. Había agudizado su oído en busca de su voz.
¡¡Quería tocarlo, ahora más que nunca!!

Destruida, como una marioneta inanimada, con las lágrimas que la presionaban, había regresado a su punto de partida. ¿Pero adónde ir, dónde mirar, dónde buscar?...
Una lluvia de pensamientos sin respuesta, un tiempo sin ruido. Y así fue que, sin esperanza, pero sin rendirse, continuó a caminar como un autómata y reinició el recorrido que ya había hecho anteriormente.

¿Quién podría calcular la duración de una emoción? Una pequeña fracción de segundo fue suficiente para transformar interminables momentos de angustia en un destello de alegría sin límites. Una cantidad de tiempo tan infinitesimal, pero tan decisiva, dividió una eternidad de la otra y logró encender su corazón frío y petrificado por el miedo.
Un momento... y allí estaba Dante, en un rincón del alcázar de popa, sentado en las tablas, con las piernas cruzadas, junto a otros niños.
Estaban todos sentados como él, en círculo, alrededor de un hombre gordo y aparentemente rico, como dejaban intuir su ropa y su bigote bien cuidado.
El hijo le había aparecido como una visión, como un espejismo. No lo podía creer, Luigia.
Era como si sus ojos se negaran a apartarse de esa aparición, como para defenderse de un dolor que aún podía herirla.
¡Qué hermoso era su bebé! No pudo encontrar las palabras para describir lo que veía: ... un niño único, su obra maestra.

Ella no lo llamó, todavía tenía miedo de que desapareciera. Ella se quedó allí, en silencio con los ojos fijos en él, mirándolo.
Luego, una vez tranquilizada, se acercó y comenzó a escuchar a aquel caballero al que sin duda le debía gratitud por haberlo tenido ocupado lo justo para encontrarlo.
Finalmente podía tocarlo y muy suavemente, lo acarició.
Él se dio cuenta, volvió la mirada y le sonrió, pero estaba demasiado ocupado escuchando.
Acariciar esa cabecita alejó sus angustias, calentó su corazón, apagó su sed, iluminó su noche. Ella no sintió las lágrimas... era Dante quien llenó sus ojos.
¿¡En qué otro lugar de la tierra podría existir un amor más grande!?

Los labios de Luigia ahora se habían separado en una sonrisa inconsciente. Los niños estaban todos atentos a la historia de este extraño caballero. Cómodamente relajado en una silla, con su prominente panza, fascinó a los niños con la descripción de uno de sus viajes alrededor del mundo.
En su mano derecha sostenía un bonito bastón, con el que señalaba hacia el cielo para indicar las estrellas de las que hablaba. El espeso pelo blanco y el orgullo de su denso bigote triunfaban sobre su rostro redondo y bonachón.
Debajo del abrigo, se veía la chaqueta de un traje bien hecho. Del bolsillo de su chaleco se asomaba una cadena de reloj, que consultaba de vez en cuando con moderado interés.
Dijo que regresaba de un largo viaje:
"Siempre he tenido curiosidad por saber, por ver cosas nuevas, al igual que ustedes.
... por ejemplo, creo que a ustedes también les encantaría dar un

lindo paseo en este vapor y ver cómo está hecho, ¿les gustaría?"
De inmediato los niños estallaron en un "siiii..." de vivacidad y prontamente se levantaron para dar inicio al recorrido, cuando el señor mayor apagó de inmediato sus entusiasmos diciendo:
"¡Todos sabemos, mis muchachos, que no está permitido, desafortunadamente!" y se refería a la regla según la cual los pasajeros de primera y segunda clase podían ir en los espacios reservados para pasajeros de tercera clase, mientras que los pasajeros de tercera clase no podían hacer lo mismo, y los niños delante de él venían de todas las clases.
"Pero puedo contarles de cuando estaba embarcado en otro barco enteramente de vela, el clipper *Thermopylae*, muy rápido, capaz de correr en la cresta de las olas.
¿Sabes lo que es un clipper?".
Algunos niños se miraron, otros dijeron un tímido no. Todos, sin embargo, estaban llenos de curiosidad.
"Ahora, a ver..., sabes que este vapor es moderno, ¿verdad?"
"Siiii", respondieron los niños a coro, y uno mayor agregó:
"Mi papá dice que funciona con fuego"
"Así es, pero el clipper es un velero que solo funciona enteramente con el viento. Pero es mucho más rápido que este vapor. Imaginase que un clipper puede alcanzar una velocidad de 9 nudos, incluso muchos más, mientras que la velocidad máxima de este vapor, en el que nos encontramos, es de ni 5 nudos.
Poco tiempo atrás, dije, yo estaba en el clipper *Thermopylae*, un barco de tres mástiles, y tratábamos de cruzar el Cabo de Hornos, el extremo de este continente al que nos estamos acercando, ¡donde las aguas del Océano Atlántico se mezclan con las del el Pacífico!
Era una sensación extraordinaria.
El viento del mar acariciaba todo mi cuerpo y solo respiraba salini-

dad: tenía la impresión de volar.
De repente, casi sin darnos cuenta, vimos aparecer una alta e imponente montaña de hielo. Fue espantoso. Sus losas superficiales escondían escollos muy peligrosos.
En breve, bajo los rayos del sol, todos fuimos envueltos en un resplandor deslumbrante. Ondas deslumbrantes de luz parpadeaban a mi alrededor. Una concentración de destellos tan apremiante que limitaba el movimiento y nos impedía pensar.
La tripulación estaba como anestesiada por ese candor persistente. No podía controlar el horror de esa visión.
Como por un acuerdo inconsciente, todo alrededor estaba en silencio. Los hombres se acercaban unos a otros para sentir el calor de sus vecinos, para ganar coraje.
El clipper, en virtud de las corrientes marinas y los fuertes vientos, era el único que no temía el final.
Fuerte con el viento a favor, sus velas comenzaron a inflarse al máximo e hicieron acelerar la velocidad.
El barco voló sobre las olas, parecía tocarlas en la superficie del agua. Era como vivir en un sueño.
En breve, las espantosas montañas de hielo se alejaron, el Thermópylae continuaba su carrera, mientras todos los tripulantes se miraban, aliviados y sonrientes.
Por fin estábamos fuera de peligro.
Yo estaba diciendo que estábamos tratando de pasar el Cabo de Hornos, pero el viento polar y las olas eran demasiado fuertes, así que paramos en un pueblo más atrás, llamado Ushuaia.
Hacia el anochecer, yo salí en la cubierta para fumar mi cigarro y descansar del día tan agotador.
Me senté en una silla como esta, con mi cigarro en una mano y el bastón en la otra.

Fue por casualidad que bajé la cabeza hacia atrás y miré al cielo.
¿Ven esas nubes allá arriba? "Y diciendo esto, apuntó el bastón hacia el cielo.
"Imaginen esas dos nubes moviéndose. No, no las grises, sino las de color rojizo, y luego imaginen que se mezclan y que al mezclarse cambian de color.
Una pequeña parte se vuelve amarilla y el resto de la nube a su lado se vuelve de color verde.
¿pueden verla? Continúan tocándose, tocándose suavemente; parecen dos figuras dándose la mano y abrazándose en una danza dulce, lenta y en constante cambio.
Los colores suaves y delicados acarician el azul del cielo. Las formas se difuminan en los bordes...
Así era ese cielo, como un sueño de colores, la vista más fascinante e intrigante que jamás había visto.
Me sentía tan pequeño frente a tanta belleza, cuando de repente aparecieron en el horizonte rayos de luz que parecían moverse sobre las notas de un vals vienés, inundando el cielo con sus mágicos colores, tal como en un cuadro de color pastel de Monet. Monet es un joven pintor francés de nuestro tiempo.
Y luego apareció sobre la paleta del cielo, una luz verde muy tenue que se elevaba lentamente como impulsada por el aliento de tantos duendes.
¡Vamos chicos, vamos a intentarlo! Soplemos todos juntos. No, no, así no, ...es demasiado fuerte, soplemos más despacio. Miren, las nubes, lentamente, se mueven.
La sugerencia del momento había capturado la imaginación de grandes y pequeños, y todos miraban hacia la bóveda del cielo estrellado, mientras el narrador continuaba la historia:
"La luz verde, a medida que subía, fue cambiando, primero en amarilla

y luego rosa y finalmente se convertía en rojo claro, y se extendía en el azul profundo del cielo.
Este fenómeno maravilloso se llama Aurora del Sur, muchachos, si tienen la oportunidad de verlo, nunca lo olvidarán por el resto de su vida".

Las sombras de la tarde habían caído sobre el vapor. Las pocas lámparas de aceite ofrecían una luz opaca.
Todas las personas presentes en cubierta observaban, con la cabeza en alto, el manto de estrellas.
Era un momento mágico colectivo, luego alguien de repente gritó:
"Miren una estrella fugaz, ...y allí otra..."
Todos daban vueltas alrededor de sí mismos en busca de estrellas fugaces.

Luigia miró hacia abajo, tomó a su bebé por mano y trató de alcanzar al anciano narrador para agradecerle.
El cielo era de nuevo de un color azul oscuro, como siempre, los niños pronto se habían alejado y la vida del vapor había reanudado sus ruidos. Del narrador, solo vio su silla, desafortunadamente, vacía.

El dormitorio femenino de tercera clase

Dos pisos bajo cubierta, en el dormitorio femenino, iluminado por una lámpara de aceite, allí vivían mujeres jóvenes, ancianas, embarazadas con sus hijos hasta los seis años.
Allí pasaban la noche y muchas veces buena parte del día, cuando el tiempo no les permitía subir a la cubierta principal.
Debido a la proximidad a la sala de máquinas, allí abajo el aire era irrespirable y la temperatura se mantenía constante en 32°.
Este era el lugar donde se manifestaban las enfermedades más graves y donde se contabilizaban más víctimas.

Lunes, 28 de octubre de 1889

Una muerte inocente

Dante había dejado de jugar con sus soldados de plomo y mantenía su mirada fija al frente.
Luigia lo notó por su silencio.
Ella lo miró y luego miró en la misma dirección.
Dante estaba mirando fijamente a un niño, no muy lejos de él, sentado en la litera junto a su madre.
Dante había jugado con él unos días antes. Los dos habían estado más de una hora en la cubierta principal... tanto había durado la batalla entre sus soldados de juguete.
Después el tiempo había cambiado y las frecuentes lluvias les obligaban a permanecer en el dormitorio.

Giulio era un niño de cuatro años, rubio, muy delgado, con dos grandes ojos azules, que dominaban su rostro pálido y demacrado.
Respiraba con dificultad y siempre tosía.
Su madre, Ester, ya lo había hecho examinar por el médico del barco.
Dante lo miraba desconcertado. Giulio estaba sentado en el catre con la espalda apoyada en tres cojines. Podía ver su pequeño pecho subir y bajar con cada respiración.
Intentó llamarlo, pero Giulio ni siquiera se dio la vuelta. Estaba demasiado débil y demasiado ocupado respirando.
Ester, con los codos apoyados en el catre, el esconder su rostro entre sus manos ya no fue suficiente a ocultar su angustia.
Su hijo, el único hijo nacido de un joven matrimonio, sin fuerzas y cianótico por el esfuerzo, la miraba con confiada expectativa y ella

estaba allí para auxiliarlo, indefensa, asustada por aquella violenta enfermedad.
Llevaba tres días así y a Giulio le subía la fiebre.
Los 32 grados de temperatura dentro del dormitorio ciertamente no ayudaban al pequeño, que estaba empapado en sudor.
Luigia se acercó con un vaso de agua y Ester inmediatamente lo colocó sobre los labios resecos de su hijo.
Le preguntó cómo estaba y la joven madre estalló en lágrimas desesperadas.
Respondió que el niño se negaba a comer, que la fiebre había subido rápidamente y, a pesar del tratamiento del médico para bajarla, no daba señales de bajar.
Ester le dijo que tal vez estaba mal pensar en acompañar a su esposo en un viaje tan difícil y peligroso para un niño tan delicado como el de ella.
Deseó estar en casa en esos momentos de angustia. Las cosas ciertamente no iban bien, pero al menos su pequeño no se enfermaría.
Estaba aterrorizada de tener que enfrentarse a la noche. Tenía miedo de que si se despertaba por la mañana encontraría al niño muriéndose. Entonces ella se habría acusado absurdamente de negligencia.

Las frases que articulaba Ester, dictadas por la desesperación, por el miedo y sin un orden lógico, no podían seguir el ritmo de sus pensamientos convulsos y desordenados.
Se preguntaba qué sería de todo esto, ¡qué pasaría, ¡cómo lo haría si… pero no, no…, ni siquiera podía terminar el pensamiento!.
Si este viaje le hubiera arrebatado al bebé, nunca se lo perdonaría y tendría que pasar su vida en el remordimiento y el tormento.
Pensó que tal vez vendrían más niños, pero, por seguro, nadie habría sido como él.

Vivir ya no tendría sentido.
Si la pobreza traía hambre e insatisfacción, esa misma pobreza habría sido un lujo si la dejaba con su hijo.
Luigia trataba de consolarla lo mejor que podía, pero Ester había entrado en pánico. Se sentía sola y perdida. El dolor y su impotencia se convertían en locura y alienación. Pronunciaba palabras fuera de control.
Este viaje se había convertido en una pesadilla para ella.

Fue una noche agitada, entre el sueño y la vigilia.
Ester lo vigilaba continuamente.
La respiración corto y sibilante, la tos persistente y la fiebre no les permitían dormir, pero al final el sueño venció a la enfermedad.
Agotada, se durmió junto a su hijo, tomándolo de la mano.

Estaba despierta de nuevo cuando Giulio abrió sus ojos azules magnéticos en la mañana y le mostró una amplia sonrisa. Entonces ella acarició suavemente la carita de su hijo.
Esa sonrisa fue suficiente para que volviera a amar la vida. Empezó a hablarle en voz baja y darle un beso de buenos días.
Pero retrocedió de inmediato, alarmada por el ardor en la frente.
Entonces Giulio empezó a toser con más frecuencia que durante la noche.
Respiraba con dificultad. Los jadeos que producía eran confusos.
Ester no sabía si quería hablar o llorar.
Giulio estaba débil y fatigado, su respiración era corta y dificultosa.
No quería y ni siquiera podía comer.
El doctor vino a verlo de nuevo. Puso su oído en el estetoscopio y escuchó con atención, tratando de percibir cada pequeño ruido, cru-

jido o murmullo que diera pistas sobre la gravedad de la enfermedad. Cuando terminó, se encontró con la mirada de Ester y sacudió la cabeza, apenado.
Ante ese gesto, la respiración de Ester se detuvo en su garganta por unos segundos.
Su mente rechazaba la idea de separarse de esa espléndida criaturita.

Entonces Ester trató de ser valiente por su hijito.
Luchó contra la enfermedad de Giulio y contra su propia desesperación. Dedicó todas sus sonrisas a esos grandes ojos azules que la miraban ahora ausentes.
Jugó con él y sus soldados de juguete, incluso cuando ahora estaba claro que el pobre niño ya no podía escuchar.
La enfermedad, implacable e imparable, siguió su curso y, al cabo de unos días, no le quedaba ni un gramo de oxígeno para un lastimoso respiro: el corazoncito dejó de latir para siempre.

En la proa, cerca del dormitorio de las mujeres, el capitán, el comisario, unos marineros con algunos pasajeros de primera clase y una veintena de emigrantes esperaban al sacerdote.
Había llegado la hora de enterrar al desafortunado niño.
Era pasada la medianoche y el vapor disminuyó la velocidad. De la puerta de la enfermería salieron dos marineros, uno de los cuales llevaba en brazos aquel cuerpo inanimado, envuelto en una sábana blanca, cosida a modo de saco y atada por todos los lados con una soga.
Del fondo del saco, algo doloroso y conmovedor, sobresalía una gran barra de hierro, visiblemente adherida a los pies.
Con delicadeza colocaron el pequeño cuerpo desanimado sobre una

tabla que sobresalía un cuarto de su longitud de la pared del vapor. El sacerdote se acercó.
Todos los presentes, entonces, se colocaron en semicírculo alrededor del cuerpo y se arrodillaron mientras él recitaba el De Profundis. Luego lo roció con incienso y dio su bendición.
Al terminar, todos se pusieron de pie. El sacerdote rezó el Réquiem Aeternam y lo roció de nuevo con agua bendita.
El buque estaba completamente parado.
Entonces los dos marineros tomaron la tabla por ambos extremos y la levantaron suavemente. El cuerpecito del bebé comenzó a resbalar.
Los faroles ofrecían una luz aún más lúgubre que la oscuridad que los envolvía.
El pequeño Giulio desapareció en la oscuridad de la noche, cuyo último adiós se materializó en el sonido producido por el chapoteo en el agua.
Ante ese golpe, Ester sintió un corte en el corazón.
Le habría gustado seguirlo en su carrera hacia aquellas profundidades. La idea de que su hijo pudiera sufrir absurdamente por ese impacto, por esa oscuridad absoluta, por ese silencio ensordecedor a lo largo de la helada bajada y por la soledad que le provocaba la separación de su madre, era demasiado insoportable.

Solo ella podía entender lo devastador que podía ser su pérdida.
La muerte de Giulio fue la muerte de la inocencia.
Parte de ella había muerto con él. Los sueños y las esperanzas se habían destrozados.
¡Qué no habría dado por tenerlo con ella y sostenerlo en sus brazos!
... ¡una vez más!

Que no habría dado, por decirle: "tu mamá te quiere mucho", abriendo sus brazos como sabía hacer él, para demostrarle su amor, ... ¡una vez más!
En cambio, él había desaparecido en la oscuridad, en el agua helada, arrastrando a lo abismo también la vida de su mama.
El dolor, multifacético y estratificado, tan apremiante e insoportable, frustraba tanto las palabras de consuelo de Luigia como también el afectuoso consuelo de las madres presentes.
Ester miraba catatónica, como una marioneta inanimada, con la mirada baja, como si lo que sucedía a su alrededor no le preocupara.
No tenía más lágrimas, aparentemente estaba tranquila, pero internamente estaba aturdida, petrificada, incapaz de sentir otro sentimiento que no fuera la soledad y la desolación.
.

Jueves, 31 de octubre de 1889

La monotonía

Luigia estaba melancólica.

Una especie de renuncia pasiva se había apoderado de ella. Los días eran todos iguales y pasaban lentos y la meta siempre parecía lejana. La espera se había convertido en resignación.

Y entonces, ¿cómo escapar de ese hedor constante que contaminaba el aire del dormitorio? Cientos y cientos de otras mujeres, solas o acompañadas, jóvenes y ancianas, madres, hermanas, compañeras, hijas, nietas habían pasado por ese dormitorio durante años. Habían dormido, respirado, comido y vomitado, charlado, reído y peleado allí... durante días y noches interminables.

El pequeño Dante fue para ella la única distracción en aquellas largas y tensas horas, pero en su corazón reinaba el abandono y la ausencia total de emociones.

Las vicisitudes de la vida a bordo y las condiciones extremas a las que tanto ella como su hijo habían tenido que adaptarse, la habían debilitada. Durante demasiados días, el espacio compartido del vapor llevaba un cielo de fuego sobre él, y solo agua a su alrededor: agua por la mañana, agua al mediodía, luego por la tarde y luego por la noche y luego otra vez por la mañana, ...en una repetición mecánica, siempre igual.

El tiempo siempre parecía repetir la misma rutina; el desayuno, el almuerzo y la cena eran las que la quebraban.

El aire quieto y pesado ralentizaba los movimientos y las emociones.

La pena, la felicidad, la preocupación, el disfrute que Luigia había experimentado a lo largo de los años, ahora parecían un recuerdo lejano y habían dado paso a un vacío interior sin límites.

Mientras tanto la vida se consumía y ...eran días menos, días inútiles de los cuales olvidarse.
Ella se sentía la espectadora de otra vida, o más bien, de muchas otras vidas, de peleas, de robos, de hambre, de aguante, de miseria, de la muerte de muchos otros como ella.
Pobre sangre italiana buscando un lugar donde descansar, cansada y desilusionada, inquieta, insatisfecha.

Estaba en la cubierta de proa para escapar del apestoso dormitorio, esperando el almuerzo.
Dante se había hecho amigo de otros tres niños, un poco mayores que él. Querían jugar al escondite, pero Luigia no los dejaba, así que se resignaron a jugar a la rayuela.
Y volvió la mirada al océano azul infinito que, con aguas tranquilas, la invitaba a relajarse, a disfrutar de esas horas de tiempo apacible y de forzada inactividad.
Un ligero viento acariciaba su rostro y cabello. Cerró los párpados y dejó que su corazón hablara.
Se imaginó a sí misma, rodeada por los brazos de Nicola, hablándole en voz baja. Mientras besaba su cuello, le susurraba que todos los días, todo el tiempo, la había estado esperando y deseando. Ella respondía cálidamente, con toda sí misma, a ese abrazo y habría querido decirle lo importante que era para ella, pero un río de palabras no habría sido suficiente para decirle cuánto lo amaba. Después de todo, sin embargo, no había necesidad de palabras; sus cuerpos se unieron perfectamente y ese abrazo fue más elocuente que todas las palabras de cariño y ternura.
Y luego veía que su pequeño extendía sus pequeñas manos y se unía a abrazo de ellos, y reír levemente, con su vocecita infantil, llena de alegría.

Él testificaba, completaba y sellaba esa unión y todos juntos resumían el sentido, la verdadera razón de la vida.
La devolvieron a la realidad del momento, los llantos de uno de los niños, que llamaba la atención sobre aquellas aguas azules.
Ella no se dio cuenta de inmediato por qué todos se dirigían en la misma dirección. Luego se dio vuelta hacia el mar y vio un espectáculo increíblemente maravilloso.
Un nutrido grupo de delfines había aceptado gustosamente el encuentro con el vapor y lo estaba acompañando en su camino hacia el destino.
En un espléndido sincronismo, ágiles y vivaces, saltaban sobre la superficie del agua y se sumergían de nuevo en ella, arqueando el cuerpo y sumergiendo primero el largo rostro.
Girando y saltando alegremente, jugaban uno con otros, persiguiéndose recíprocamente.
En su divertido juego, realizaban inmersiones y saltos extraordinarios.
Algunos lograban saltar hasta seis o siete metros de altura. Tenían un cuerpo esbelto, con un tono claro notable, en forma de llama, en los flancos del cuerpo.
La cabeza parecía delgada, con un hocico muy alargado.
La espalda era oscura mientras que el vientre parecía más claro. Una mascarilla oscura rodeaba ambos ojos, extendiéndose en una fina banda que llegaba hasta las aletas.
Todo el conjunto, les daba un aspecto astuto y simpático.
¡Qué magnífica vista verlos emerger de la superficie y realizar acrobacias y maniobras asombrosas!
Era como si cada uno de ellos tuviera un gusto estético personal al realizar ciertos comportamientos, al igual que un bailarín profesional se entrena y mejora sus increíbles actuaciones. Nadaban deján-

dose llevar por la ola de proa, luego saltaban completamente fuera del agua durante su nado rápido.
Algunos más juguetones "caminaban" hacia atrás sobre la superficie del agua, pivotando sobre la aleta caudal. Otros agitaban sus aletas pectorales como en un desafío juguetón.
Dante quedaba encantado con los saltos, los bultos y los giros de esos virtuosos bailarines.
Su danza, sincrónica y perfecta, viajaba sobre una partitura de ritmos definidos, en la que cada sonido seguía el ritmo de las olas.
Aquellas maravillosas criaturas, festivas en su elegante coreografía, parecían querer enseñar que "bailando juntos", se puede vivir más feliz.

Viernes, 1 de noviembre de 1889

La perspectiva de desembarcar

A las nueve de la mañana, el segundo oficial pasó en los dormitorios y en cubierta, para comunicar la esperada noticia: al día siguiente llegarían a las costas americanas.

Luigia recibió esta noticia con un sobresalto. La vida finalmente estaba retomando su curso.

En breve una charla generalizada se extendió por el aire y todos fueron invadidos por un frenesí laborioso.

Comenzaron por doblar con cuidado su ropa arrugada, juntar sus pertenencias, ordenar y limpiar. Como tomados por una tácita decisión unánime, parecía que los emigrantes compartían la intención común de querer salvar su dignidad personal y no aparecer como vagabundos y mendigos.

Querían presentarse al Nuevo Mundo con la dignidad de buscadores de empleo y no como trapos sucios y descuidados.

El comandante dio órdenes a los subordinados para que distribuyeran agua fresca a voluntad y entonces entre los pasajeros comenzó un vigoroso trabajo de limpieza como nunca antes, durante la duración de la travesía. Las mujeres se pusieron a lavar toda la ropa usada durante esos largos días, luego era el turno del aseo personal y del pelo.

A continuación, tocaba también a los niños bañarse. Y después que la ropa se había secado, se comenzaba a reacomodar los bolsos de mano.

En cuanto a los hombres, muchos se habían reunido en una larga fila, esperando pasar por las manos, tijeras y navajas de uno de

ellos que era peluquero. Este señor había tomado lugar cerca del castillo de proa y ofrecía sus propios servicios a precios muy razonables.
Luego había quienes lustraban sus zapatos con escupitajos y parches viejos, y los que, sin camisa, se "lavaban" tirándose al agua con grandes bofetadas, brindando verdaderas duchas a quienes les rodeaban.
Hasta el atardecer, en la cubierta de proa, proliferaron las conversaciones.
No estaban hablando de proyectos o firmas financieras.
No emigraban para enriquecerse, sino para alimentar a sus familias lejanas. No iban a otras tierras a saquear, sino a sobrevivir. Y por eso ofrecían sus brazos, su compromiso, su voluntad, su valor, el sudor de su frente, con paciencia y lealtad.
Algunos preguntaban a los oficiales del barco si conocían Asunción o Buenos Aires, Montevideo, Rosario... si sabían dar indicaciones de las colonias agrícolas a las que se dirigían, porque nadie sabía de nada o si tal vez conocían algún familiar de ellos en esos lugares.
Su ignorancia era tan grande como su honestidad y era lamentable. Solo tenían un nombre escrito en un papel y ningún conocimiento, ni de las condiciones de vida, ni de las distancias entre un país y otro, ni del tipo de trabajo que encontrarían en las zonas de destino.

Luigia, por otro lado, sabía qué hacer y adónde ir. Nicola se lo había explicado bien y se lo había recomendado.
Luego tomó a su hijo de la mano y se dirigió al inspector.
Pacientemente formó fila con los demás y cuando le tocó su turno pidió registrarse para el desembarco y hacer uso de las ofertas del gobierno argentino, "que pagaba los gastos del desembarco a los inmigrantes que lo pedían y les ofrecían alimento y refugio por cinco días " en un

Hotel de Inmigrantes.
A ella, como a otros que se iban a trabajar a las provincias del interior del país, el gobierno también les ofrecía la posibilidad de viajar hasta su destino final gratuitamente.
La mayoría de los emigrantes aceptaba estas condiciones, aunque con algunas dudas, otros en cambio, más dudosos sobre la credibilidad del gobierno, desconfiaban y renunciaban.
De todos modos, indiscutiblemente a todos les preocupaba mucho más la Aduana de Montevideo y Buenos Aires, que gozaban de una reputación de absoluta e inviolable rigurosidad.
Preguntaban al comandante si tendrían que pagar impuestos por dos botellas de vino que habían traído, prometidas a un amigo, por el queso "pecorino", regalo a un familiar, por los garbanzos que traían de comida, por un acordeón o por un perrito.
Los mayores de sesenta despertaban tanta ternura porque, sabían muy bien, habrían sido rechazados si no hubiera aparecido un familiar que se iba a hacer cargo de ellos.

Cuando el capitán se vio finalmente libre de sus compromisos, salió de la sala náutica y caminó hacia la terraza del palco de mando para despejar la mente y respirar aire limpio.
Muchos habían tenido la misma idea. Era la última noche que pasarían en el vapor.
También estaban Luigia con el pequeño Dante, en compañía de Ester, que parecía hundirse cada día más en su luto insoportable.

¡Qué espléndido espectáculo era la puesta de sol esa noche! Los rayos de un sol cansado iluminaban el rostro de Luigia y lo adornaban de sus colores. Una ligera brisa se había levantado y hacía aún

más mágica la atmósfera de esa última noche.
La gran bola de fuego se reflejaba en el agua.
El cielo estaba despejado y teñido de un color rosa pálido.
De azul, el océano se había vestido de rojo oscuro.
Una bandada de gaviotas revoloteaba aquí y allá, se posaba lentamente en la enorme extensión púrpura y se detenía a jugar en el reflejo del sol, que mientras tanto se había tornado de un color naranja pálido.
Poco a poco, la enorme bola se hundía en el mar y desaparecía en el horizonte, dejando que la luna reinara tranquila en la noche.

Sábado, 2 de noviembre de 1889

Llegada a Montevideo

Embelesada, observaba a Dante que dormía a su lado. Con su dedo índice trazó delicadamente la línea de su nariz, acarició su pelo ondulado y sus manitas aún regordetas. Colocó suavemente sus labios en su pequeña frente y le dio el primer beso del día. Se había despertado muy temprano, en medio de la agitación por el inminente desembarque. Después de unos treinta días en el océano, casi se había olvidado de la tierra.

Su vida estaba en un punto de inflexión.

Habiendo perdido el sueño, decidió subir al alcázar de proa para ver salir el sol, el último sol que habría admirado desde el vapor.

Despertó a Ester para que cuide del niño y ella, adormecida, la tranquilizó con una sonrisa.

Subió la estrecha escalera, tratando de no despertar a nadie.

En el alcázar se encontró con dos pasajeros, un marinero y un oficial de navío. Rodó los ojos al cielo. Era maravilloso ver la luz de las estrellas que se mezclaba con las primeras luces del amanecer. El habitual olor a sal y madera húmeda subía por las fosas nasales.

Se quedó admirando los colores.

Unos minutos y la bóveda se estaba volviendo imperceptiblemente más blanquecina, mientras las estrellas iban desapareciendo poco a poco.

El frío también estaba aflojando su poder.

Luego, de repente un resplandor, allá, en la línea del horizonte, iluminó el cielo y de blanquecino pasó a un rosa intenso.

Se había levantado una ligera brisa embriagadora.

Unos momentos después un tímido sol se asomó.

¡Qué maravilla!
El gran disco de fuego y luz se elevaba y se teñía de amarillo claro, creando coloridos reflejos.
Muy rápidamente vio que el cielo cambiaba, de una luz indefinida hasta teñirse de destellos de colores, en un tumulto incontenible de gradaciones y sombras.
Observó, hasta que sus ojos pudieron. La luz también penetraba en su alma y la iluminaba hasta el infinito.
El sol estaba alto en el horizonte. El amanecer había terminado. Un nuevo día de vida había comenzado.

Alrededor de las tres de la tarde, los pasajeros, en gran número, ya habían subido a cubierta para presenciar el gran momento. Mirando hacia el oeste, intentaban capturar al menos una pizca de aquella tierra que tanto habían anhelado y que les había costado grandes sacrificios.
El grito prolongado de un pasajero la anunció.
A lo lejos, en el horizonte, sólo se percibía una línea rojiza que dividía el mar del cielo.
Era la costa de Uruguay, finalmente, y las aguas sobre las que avanzaba el gran coloso ya no eran las oscuras del Océano Atlántico, sino las amarillas fangosas del Río de La Plata.
El vapor comenzó a reducir la velocidad. Cerca de la costa, las dos poderosas anclas se soltaron de las paredes laterales y inmediatamente alcanzaron el fondo. Como resultado del arrastre, tambaleó, luego pareció que apenas se movía y finalmente todos tuvieron la impresión de una inmovilidad total.
El comandante y los oficiales recibieron a bordo a un empleado del Puerto de Montevideo y a un médico. Este último preguntó por el estado de salud de los pasajeros. Luego, ambos fueron a la prora para

contar los componentes de la tripulación.
Luigia y su hijito se fue a acompañar a Ester, quien, junto a los demás pasajeros que desembarcaban en Montevideo, se dirigía hacia la torre central.
Uno a uno debía ser contados por el empleado y examinados sumariamente por el médico.
Mientras tanto, desde el primer vaporino, familiares y amigos de los pasajeros subieron a bordo. Luego hubo un gran intercambio de besos y abrazos, de sonrisas y de cariñosas palabras.
Ester, seria y visiblemente preocupada, buscaba entre la gente al marido que debía haber venido a recogerla, si no en el primero, por lo menos en alguno de los otros vapores que se estaban acercando. En los ojos de ella era evidente la ansiedad de encontrarlo, se leía todo el dolor que había tenido que dominar durante ese viaje funesto, el miedo al abandono y de la soledad.
Luego escuchó su nombre gritado dos veces. Conocía bien esa voz y eso fue suficiente para calmar su corazón angustiado. Ella gritó el nombre de su esposo en respuesta y ese grito mostró a él el camino para encontrarla.
Como dos polos magnéticos que se atraen, en medio de toda la confusión de los migrantes, Esther lo atrajo hacia sí, se refugió en sus brazos y lloró todas las lágrimas que había contenido hasta ese momento. Luego se volvió hacia Luigia y:
"Dios te acompañe", le dijo abrazándola y agradeciéndola por haber sido un consuelo para ella en esos terribles momentos.
Y al pequeño Dante, inclinándose sobre sus rodillas para estar a su altura, le dijo:
"Siempre quédate al lado de tu mamá, ¿me lo prometes?"
Dante asintió mientras ella acariciaba sus pequeñas manos y las lágrimas bañaban su rostro.

Luigia los vio dirigirse hacia el pequeño vapor y los saludó con un pañuelo hasta que se convirtieron en un punto distante.
Con ellos, unos setecientos de los pasajeros del *Regina Margherita* habían desembarcado en Montevideo.

Eran ellos, los hijos menores de una patria atormentada, desgastados por el hambre, despojados de esperanzas.
Raza generosa y desesperada que encomendaba sus fortunas a una tierra extranjera.
Valientes soldados cuyo valor había sido puesto de lado, pobres pero listos para el trabajo y el sacrificio, hasta pesado; ¡sin educación, pero no por su voluntad!
Mujeres y hombres en busca de la redención, que llevaban dentro de sí mismos la inquietud de vivir, dóciles, pero no sumisos, trabajadores, humildes, a quienes sólo la mala suerte les había podido negar una dignidad.
Una generación de inocentes pidiendo una extensión de su vida.

Il Porto di Buenos Aires

Porto Madero - Buenos Aires

Ocupa una porción significativa de las riberas del Río de La Plata.
La capital argentina estaba situada a orillas del mar, pero en un punto donde las marismas impedían el atraque de grandes embarcaciones. Para superar este problema, en la segunda mitad del siglo XIX se construyeron dos pilares de madera; sin embargo, muchos barcos, una vez que llegaron a la costa de la ciudad, se vieron obligados a descargar pasajeros y mercancías en vaporettos que a su vez los transportaban a los muelles.
A fines del siglo XIX, con el aumento del tráfico naval hacia el puerto de Buenos Aires y la construcción de barcos con un cabotaje cada vez mayor, se consideró necesario construir una nueva gran infraestructura portuaria a la altura de las aspiraciones de la capital argentina.
Por ello el gobierno contactó al empresario Eduardo Madero, quien, con la colaboración de sus socios ingleses, presentó tres proyectos diferentes.
El último, publicado en 1881, fue aprobado por el presidente argentino Roca.
El primer muelle fue inaugurado el 28 de enero de 1887.

Sábado, 2 de noviembre de 18899

Llegada a Buenos Aires

Llegaron a Buenos Aires a última hora de la tarde.

El vapor atracó, no sin dificultad, en el único muelle de Porto Madero, inaugurado poco tiempo antes.

Había subido a bordo una comisión médica para visitar a los pasajeros y para verificar la ausencia de enfermedades contagiosas o incapacitantes, posiblemente contraídas durante la travesía.

Habiendo pasado también la verificación de los documentos, Luigia y Dante finalmente se prepararon para bajar del vapor.

¡Qué emoción! Sujetaba con fuerza a Dante de la mano mientras descendían del puente levadizo y cuando estaban en el descenso ella se volvió para echar un último vistazo a esa enorme ballena de hierro que había sido su hogar y su inquietud durante tantos días.

Mercancías y pasajeros del vapor eran cargados en pequeños vapores que llegaban a los muelles.

Acordó el costo del pasaje antes de cargar el baúl, como le había dicho Nicola, porque muchos migrantes corrían el peligro de ser asaltados o estafados, al desembarcar en Buenos Aires.

Sintió una extraña sensación cuando estuvo en la tierra firme. Respiró aliviada, casi había olvidado la seguridad que le daba sentirse firme y estable sobre sus pies.

Una carreta tirada por los caballos la llevó al *Hotel de Inmigrantes* en *La Rotonda*[12].

12 - J. O. de Eguileor, E. Valdes, *¿Doń de durmieron nuestros abuelos? Los hotels de inmigrantes en la capital federal, Los primeros hoteles*, Fundacion Urbe, Buenos Aires 1991.

Llevó poco tiempo para llegar al hotel, ubicado no muy lejos del puerto.
Este hotel había sido inaugurado en enero del año anterior.
Era una construcción de base poligonal, que podía albergar hasta 2.500 camas. A un costado de este edificio había otro de base rectangular, donde se ubicaban las cocinas, el comedor, los sanitarios, los baños, la oficina de administración, el patio y los tanques de agua.
La primera obligación era registrarse y dejar el baúl convenientemente numerado dentro de la habitación reservada para tal efecto.
Ese baúl contenía todo lo que necesitaría para el nuevo hogar, el ajuar y lo que usaría en el futuro. Pero también era su vínculo con el pasado, en su interior había puesto una parte de la vida italiana que había traído consigo.
Luigia también recibió un número, que le podía servir, así le dijeron, para poder salir del hotel, conocer un poco la ciudad y luego regresar libremente.
Dante estaba cansado. En regazo de ella, había apoyado la cabeza en su hombro y dormía profundamente. Les habían precedido horas estresantes y entonces Luigia, con el saco en un hombro y Dante en el otro, comenzó a subir los escalones blancos que conducían a los pisos superiores del edificio *La Rotonda*.
El dormitorio de las mujeres estaba en el primer piso.
Las camas eran catres de lona resistente, que se sujetaban a la estructura con cuerdas, en todo el perímetro. Esto permitía poder lavarlas con mucha frecuencia. Las camas estaban dispuestas en filas de dos y las filas estaban separadas entre sí por el espacio de un pasillo, necesario para poder caminar libremente.
Luigia preparó las mantas en el catre junto al suyo y luego colocó a Dante sobre él. Lo cubrió con cuidado y lo besó, como todas las noches antes de dormirse.

Y finalmente ella también se acostó; no prestó atención al movimiento que había alrededor y durmió el sueño apacible de aquellos que, después de no pocos trabajos, habiendo logrado el primer resultado, fácilmente podían conceder un poco de descanso al alma.

El sonido de una campana la despertó.
Era un vigilante designado por la administración que, con ese sonido, advertía que se podía desayunar.
Era muy temprano, tal vez las seis o las seis y media, no se dio cuenta. Había tenido un sueño profundo y lentamente estaba recuperando el contacto con la realidad.
Volvió la mirada a su alrededor y vio muchas mujeres, todavía acostadas en las camas, más o menos jóvenes y niños pequeños, que estaban a punto de levantarse.
Despertó a su hijo con una caricia y le susurró dulces palabras.
Se vistieron y luego bajaron las escaleras alegremente. Fueron al edificio de al lado donde repartían el desayuno: café con leche para ella y sólo leche caliente para Dante, junto con mate hervido y pan horneado en la panadería del hotel.
Dante le preguntó si habían llegado y dónde estaba su padre.
"Todavía no, respondió Luigia, pero estamos muy cerca. Aún falta un poco más. Ahora vamos a desayunar, vamos".
Ese desayuno estuvo sabroso y Dante comió con buen apetito, charlando y balanceando sus piernitas desde la silla alta, todo el tiempo. Era el primer día de su vida americana.

Hotel de La Rotonda

Debido a la particular configuración del Río de la Plata: aguas poco profundas, bancos de arena móviles y riberas planas y fangosas, hasta Puerto Madero, los vapores debían fondear lejos de la costa y el transbordo se realizaba a través de lanchas que luego pasaban pasajeros, equipajes y mercancías a los carros tirados por caballos, con ruedas altas, para luego subir a los bancos.
En 1887 se inauguró el primer muelle y se cargaron pasajeros y mercancías en vaporettos, que fueron transportados hasta los muelles.

Domingo, 3 de noviembre de 1889

El viaje continúa

Ahora que la parte más crítica del viaje había terminado, Luigia se sentía asertiva y llena de energía.

Esta vez tenía los pies en tierra firme. Se acabaron los inconvenientes de la travesía oceánica. Con el baño y la ropa limpia, le habría parecido más fácil poner en orden sus ideas y planificar su llegada a destino.

Por eso acudió a la administración y explicó que no pensaba quedarse en el hotel los cinco días que permitía la ley y que quería partir lo antes posible hacia Ensenada.

Respondieron que un tren saldría el día siguiente a las 10.30 de la mañana y llegaría a las 13.40.

Se habría ido de inmediato, si hubiera sido posible, pero se resignó. Después de todo, quedarse en el hotel otra noche, aunque eso la molestaba un poco, no era nada si recordabas las noches pasadas en el barco de vapor.

Aprovechó entonces para lavar la ropa suya y de su hombrecito, arreglar el saco y preparar los documentos necesarios.

No le quedaba mucho dinero, pero sería suficiente hasta que ambos estuvieran en los brazos de Nicola.

Se sentía tranquila, su mente libre de preocupaciones.

La sola idea de reunir a la familia le daba un impulso de coraje. Habría querido que esas horas pasaran de prisa; pero no fue así, realmente fueron horas interminables, hasta la mañana siguiente.

Cada lado del hotel tenía grandes ventanales con vistas al Río de La Plata.

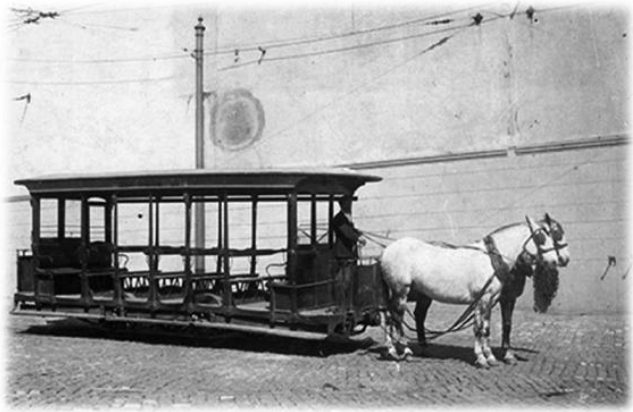
La luz del día entró muy temprano por esas ventanas. Después de una noche casi sin dormir, no podía quedarse acostada en la cama y esperar más. Sólo quedaba un último tramo del camino a la felicidad.
El saco estaba listo y ella también lo estaba desde la noche anterior.
Vistió al pequeño, que aún estaba con sueño, con ternura y en buena hora, se dirigieron a desayunar.
"Tomen, tomen", el encargado del comedor instó a Dante a comer el pan recién hecho con leche caliente y a probar el mate, para que se familiarizara con el que sería el complemento de todas las comidas del día: la yerba.
Alrededor de las nueve fue a la sala de equipajes y dos hombres colocaron su baúl en un carro, tirado por un caballo.
El ferrocarril no estaba lejos, en la Avenida Paseo de Julio.
La estación era el término de la ruta de Buenos Aires al Puerto de Ensenada. Una vez llegados, los dos hombres la ayudaron a descargar el efectivo en el andén de la estación y también esperaron el tren, para completar la tarea.
La estación presentaba dos edificios largos de un solo piso, unidos por una bóveda baja que superaba tres carriles, dos de las cuales estaban flanqueados por una plataforma.
Si bien era propiedad de la empresa *Buenos Aires & Ensenada*, también fue utilizada como estación cabecera por otras empresas, para ser distribuidas en las distintas zonas del país.
La línea con dirección a Ensenada, viniendo del sur, después de la estación de *Casa Amarilla*, en el barrio de Boca, procedía por un viaducto de hierro sobre el Río de la Plata, paralelo a la costa.

Y ahora, con el saco en el hombro, el pequeño de la mano y el baúl al lado, Luigia esperaba para subirse a ese coche de hierro que la llevaría a Nicola, hacia su nueva vida.

El tren llegó por fin, macizo e imponente: una locomotora y tres vagones[13].
Se instalaron cerca de una ventana y, después de un prolongado silbido, el tren finalmente se puso en marcha y partió.
Dante estaba emocionado. Hablaba todo el tiempo, hacía preguntas y no podía sentarse. Observaba fascinado el paisaje que se extendía, cambiaba y luego se repetía ante sus ojos.
Durante 58 km, el tren recorrió tierras baldías y suspendido sobre el río, hasta el centro de Ensenada.
En cuanto a ella, Luigia estaba absorta en sus pensamientos, reflexionaba sobre Nicola, en el momento en que lo volvería a ver, tal vez adelgazado, tal vez dolorido, pero seguramente sonriente.
¿Qué la esperaba? ¡Quién sabe cómo era esa casa de la que su marido le había hablado y por la que tanto había trabajado! ¿Y cómo serían los días a venir?
Su mente aún estaba llena de conjeturas, intenciones y perplejidades cuando, casi sin darse cuenta, dejó de hacerse preguntas, cerró los ojos y se dejó dormir.
"Mira mamá, el agua del río parece café con leche", observó Dante con curiosidad.
Al no recibir respuesta, el pequeño se volvió hacia su madre y, al verla dormida, se tendió en el asiento junto a ella, apoyó la cabeza en su regazo y, en silencio, trató de descansar también.

---

13 - C.A. Asnaghi, *Ensenada, una lección de historia...* cit., pp. 269-270. *"Para una extensión de 57 km y 500 m., este servicio poséia 12 locomotoras, con 382 vagones de carga y solamente 20 coches para 70 pasajeros cada uno."*



El tranvía en caballo

El primer tranvía tirado por caballos que circuló por La Plata inauguró su servicio el 15 de agosto de 1885.
Seis meses después, los primeros días de marzo de 1886, la ruta se había extendido hasta Ensenada.
El costo del transporte de La Plata directo a Ensenada era de 20 centavos. Con 30 centavos se podía hacer el viaje de ida y vuelta.
En febrero de 1890 se añadió un tercer caballo a la pareja que realizaba el servicio ya que, debido al excesivo esfuerzo de los animales, varios de ellos morían en el camino.

Lunedì, 4 de noviembre de 1889

Ensenada

Un frenazo brusco y repentino casi los hizo caer hacia adelante, y al mismo tiempo, un grito repetido la hizo saltar: ¡Ensenada! ¡Ensenada! terminal!!

El controlador abrió las puertas del tren.

Dante aún tenía sueño. Luigia lo sacudió suavemente:

"Vamos Dante, vamos a ver si tu papa está ahí. Hemos llegado".

El despertar repentino, combinado con la conciencia de que había llegado el momento tan esperado, hizo que su corazón latiera más rápido.

¡Cuánto tiempo la había extrañado! Y ahora esa carencia se había convertido en deseo. Y la necesidad y el deseo se habían convertido en uno. Solo tenía que esperar un poco más para convertirlos en felicidad.

Y llegó el momento.

Se bajó del tren, mirando a su alrededor rápidamente.

Los pensamientos turbulentos se superpusieron con las imágenes de una estación verdaderamente miserable. Era una habitación de 40 metros cuadrados, con un techo inclinado de pagoda, que sobresalía más allá de las paredes, en dos lados, para ofrecer refugio del sol o de la lluvia.

El tren se detuvo muy cerca de la estación; allí esperaban varias personas mal vestidas, unos a pie, otros a caballo. Luigia, preocupada por su hijo y por la carga que llevaba, echó un rápido vistazo y no vio a su hermano Massimo que, no lejos de ella, le sonreía.

Cuando finalmente lo vio, corrió hacía él y luego lo abrazó cálidamente, respirando aire familiar.

"Sabía que llegarías hoy", le dijo Massimo, "no estabas en el tren ayer, así que estaba bastante seguro de que estarías en este de hoy".
Luigia le sonrió, se dio la vuelta y le preguntó por Nicola.
"No ha venido, te está esperando en casa", respondió, "ahora vamos a cargar el baúl en el *tranvía a caballo*[14] y vamos junto a él. Sabes Luigia, afortunadamente, esta línea existe hace un par de años. Y es una verdadera bendición porque nos lleva junto cerca de casa. Quizá los caballos no estén de acuerdo: piensa que ya han muerto tres de tanto esfuerzo. Están pensando en sumar uno a los dos que tiran el tranvía".
Luego se volvió hacia su sobrino: "Ven con el tío Massimo, te has vuelto un hombrecito, déjame abrazarte" y diciendo esto lo levantó, mientras su risa alegre y cristalina resonaba en el aire.
Los caballos relincharon y al mismo tiempo el sonido de la campana advertía de la inminente salida del tranvía.

El viaje fue relativamente corto. El tranvía avanzaba rápidamente sobre la tierra.
A su alrededor dominaba el verde de un campo ilimitado sin setos ni acequias. La mirada, extendida hacia el horizonte, atrapaba solo hierba y algunos arbustos. De vez en cuando se veían avestruces y manadas de ciervos.
Flanqueaban una *estancia*, una finca muy grande, poblada por cientos y cientos de animales incluyendo muchas vacas y ovejas. El paisaje era una vista verdaderamente asombrosa para los ojos de un niño. Dante, totalmente fascinado, seguía señalando con su dedo meñique ahora a este, ahora a otro animal.

---

14 – AA. VV. Associación abruzzese de Ensenada, *Mis antepasados ensenadenses*, p. 34. "*Uno de los medios de transporte era el tranvía tirado por tracción a sangre, impulsado por caballos y precisamente se utilizaba el mismo para trasladar el baúl que contenía las mercaderías.*"

Luigia permanecía en silencio ante las preguntas de Dante. Ese mismo escenario, que también se abría frente a sus ojos, fue en cambio motivo de reflexión y preocupación para ella.
¿Entonces habría sido aquí donde pasaría los años de su próxima vida, en los campos y entre los animales?
Se preguntó si alguna vez podría acostumbrarse.
Pero sí, por supuesto, cualquier vida habría estado bien, solo para estar juntos y tener un trabajo para apoyarse mutuamente y llevar una existencia digna.
Nicola y Dante eran su familia y donde ellos estaban, esa era su casa, ahí estaba su vida.
Una sacudida del tranvía interrumpió el curso de sus pensamientos.
Se podía ver claramente en la distancia. El cielo estaba despejado y la llanura estaba repleta de rebaños de bueyes, caballos y rebaños de ovejas. Entre ellos se encontraban algunos caballos criollos, montados por hombres mayoritariamente vestidos de negro, con sombrero de ala ancha.
"Mira allá Dante", le dijo su tío, "¿ves esos caballos rojizos y esos hombres que los montan? Esos son gauchos, son pastores que mantienen a raya a los animales.
¡Mira ese allí! Fíjate bien: ¿ves? él está girando el cordón con las bolas sobre su cabeza.
Las bolas son pelotitas de piedra, atadas a cordones, que, una vez lanzadas, se enrollan alrededor de las patas del animal y lo hacen caer al suelo".
Luigia observaba con qué destreza los gauchos lograban dominar a sus caballos. Con el pecho abultado, los incitaban al galope y chillaban en medio de la furia tumultuosa de los asustados animales. Era un verdadero espectáculo ver con qué orgullo mostraban su fuerza, orgullosos de ejercer un dominio absoluto sobre poderosos anima-

les, mucho más fuertes que ellos. Y le daba pena aquel pobre toro obligado a doblarse y caer al suelo, a pesar de toda su grandeza y energía.
En este punto el tranvía tomó otra dirección. Massimo dijo que faltaba poco para llegar.
Los extensos campos, los rebaños y los caballos habían desaparecido. El tranvía había tomado un camino lineal y empedrado y casas humildes aparecían a los lados, luego giró en ángulo recto hacia otra calle y así sucesivamente, varias veces más.
Era como si las calles dibujaran grandes plazas y las pocas casas las dominaran.

Llegaron a lo que Luigia creyó que fuera una plaza, donde en una esquina había un gran edificio y un poco más allá vio una iglesia.
Massimo le dijo que esa era la Plaza Belgrano, que el edificio de la esquina era la *Municipalidad de Ensenada* y la iglesia la *Parroquia Nuestra Señora de La Merced*.
"Aquí, este es nuestro barrio y esta es la *calle Don Bosco*. Allá, al final de esta calle, está nuestra casa".
Dante empezó a tirar al tío por la manga:
"Tío, tío, ¿mi papá está allí?" Estaba ansioso por verlo, pero sus ojos estaban medio cerrados por el cansancio.
"Sí, está allí y te está esperando", le respondió Massimo.
Dante miró hacia el lugar que su tío le había indicado, pero estaba demasiado cansado para el largo y agitado día y se cayó dormido.
Su mamá lo tomó en su regazo. El niño puso la cabecita sobre su pecho y se durmió profundamente casi de inmediato.
Luigia preguntó si los latidos de su corazón inquieto e impaciente podrían despertarlo.

Lunes, 4 de noviembre de 1889

Aroma de vida

La llama de la chimenea iluminaba y calentaba la habitación. Después de descargar el baúl de Luigia, Massimo volvió al tranvía, tomó a su nieto dormido en brazos y lo llevó a la casa.

Nicola estaba sentado frente al fuego. Solo se escuchaba el crepitar de las llamas. Tan pronto como Massimo le entregó a Dante, Nicola se quedó unos segundos a admirarlo. Sus labios se abrieron en una sonrisa, le dio un beso y luego le pidió a su cuñado que lo llevara a la cama, mientras una lágrima corría por su rostro.

Luego con los ojos buscó a su esposa.

Luigia lo vio levantarse con dificultad. Había perdido mucho peso. Lo recordaba fuerte y vigoroso, pero ahora su rostro estaba demacrado y le costaba moverse.

Ella le sonrió, su corazón estaba confundido.

Se hablaron con las miradas.

Ningún torrente de palabras podría haber expresado mejor lo que ya se estaban diciendo así.

Se encontraron en un abrazo largo y tierno, hecho de silencio, de palabras tácitas pero intuidas.

"Todavía estamos enamorados", esto pensó Luigia, y era maravilloso.

El tiempo y la distancia no habían logrado siquiera arañar este sentimiento tan poderoso: el más noble, el más mágico de los sentimientos, un sentimiento inmenso que escapa a toda lógica, a todo control racional, a toda predicción; un sentimiento que nadie puede dirigir, de ninguna manera.

Lo que Luigia sentía era la síntesis de todas las emociones positivas,

una energía concreta, real, frágil como una paloma de cristal y lo suficientemente fuerte como para cambiar el mundo...
... y ese abrazo, su mundo, realmente lo había transformado.

Era tarde y se prepararon para la noche.
Luigia desató su largo cabello castaño antes de meterse en las sábanas. Sintió la piel áspera de Nicola tocar su mejilla y luego sus labios buscaron los de ella.
Todo estaba en silencio, sin ruido, sin miedo. Dejada en manos de su amado, ella acarició su rostro y luego con sus dedos cruzó sus cabellos.
Él le hizo lo mismo, rozando todo su cuerpo, delicadamente, con la boca y las manos.
La besó apasionadamente, para recordar el sabor estimulante de sus labios y para oler el hechizante olor de su piel.
Continuó besándola, alternando frenesí y dulzura, calma y vehemencia, y sin embargo tan delicado como para dejarla suspendida entre el sueño y la realidad.
Fueron caricias y besos... como soplos de viento, sedientos de ella y de su cuerpo, como agua por demasiado tiempo deseada, en la inmensidad de un desierto.
Fue una larga noche de amor.

Al despertar, Nicola se quedó recostado en la cama mirando a su mujer, quien seguía durmiendo.
La acarició con la mirada, la tocó con delicadeza como se hace con una magnífica obra de arte que no se puede tocar, recordando cada momento pasado con ella entre sus brazos..., pasado..., vivido ¡como si fuera el abrir y cerrar de las pestañas!
Pensó en los últimos dos años, en lo mucho que la había deseado, en

la nostalgia de momentos como estos, en los que confiaba a la memoria la dulzura de los gestos de amor, el consuelo de sus palabras, la sonrisa que nunca faltaba entre sus labios.
Se sentía débil y cansado, era su enfermedad la que no le daba tregua. Esa maldita tos que no lo dejaba respirar bien, no quería irse.
Pero ahora la presencia de Luigia le daba un nuevo vigor. Seguiría adelante, con ella a su lado, las cosas cambiarían.
Ella era como un sol que brilla, como un faro que señala el camino.
Y luego, él tenía también a su hijo; nunca habría creído que de su amor pudiera nacer algo tan hermoso, sangre de su sangre.
Nicola sentía la responsabilidad de ayudar a esta nueva criatura a crecer, debía guiarlo hacía la felicidad.
Sentía crecer dentro de sí una mezcla de felicidad, alegría y entusiasmo, pero también de ansiedad, incertidumbre, miedo de no estar a la altura y no poder darle ese futuro que se merecía.
Habría querido contarle tantas cosas, le habría aconsejado reflexionar siempre sobre cualquier situación, porque la vida está llena de tiempos difíciles, pero también de momentos mágicos.
Y también quería decirle que siempre estaría a su lado, dondequiera que fuera, y que cualquiera elección que hiciera, él le brindaría su apoyo y su confianza.
Pero, sobre todo, nunca debía olvidarse de cuánto lo amaba.
Todo esto hasta que le llegaría el momento de extender sus alas y emprender el gran vuelo, libre de viajar y explorar la vida, aunque esta separación sólo le traería dolor.

Ahora Nicola era un hombre enfermo, pero se sentía feliz.

El trabajo de un gaucho

La exuberante y fértil llanura que rodea a Buenos Aires es conocida como "la Pampa" y ha jugado un papel importante en señalar la Argentina como un país próspero y cultural como lo es hoy.
Parte de esta región está formada por extensos y abundantes pastizales y cielos abiertos que la convierten en el territorio perfecto para el pastoreo de ganado y otras formas de vida.
El gaucho es el pastor de la pampa sudamericana.
La figura del gaucho nace en la pampa oriental hacia el siglo XVIII.
El término deriva quizás del árabe, "hombre a caballo", o más probablemente del quechua (pronunciado: huaccio*) "sin madre".*
Se le describe como un "salvaje blanco que vive alejado de la sociedad", un "nómada a caballo" y representa una figura importante en la historia de La Pampa sudamericana.

Viernes, 8 de noviembre de 1889

Vida argentina

El territorio de Ensenada De Barragán está ubicado en la Provincia de Buenos Aires, rodeado al noroeste por Berazategui, al suroeste por La Plata, al sureste por Berisso y al noreste por el Río de La Plata. El origen de su nombre proviene del apellido materno de Antonio Gutiérrez Barragán, uno de los principales fundadores del país, cuya familia vivió en esa zona durante varias generaciones.

En los años de Luigia y Nicola, Ensenada y Berisso, los dos asentamientos recientes, daban muestras de gran progreso.

En Berisso, Juan Berisso [fundador del pueblo] había diseñado el saladero San Luis, llamado así por el nombre de bautizo de su hermano. Para comenzar la instalación había pedido permiso a la Municipalidad de Ensenada el 10 de febrero de 1879 y luego al Servicio de Higiene. Era una construcción moderna con nuevas técnicas en el procesamiento de la carne.
Hasta 1000 animales por día venían matados.
Juan Berisso lo construyó él mismo, sin la ayuda de ingenieros ni arquitectos. La actividad comenzó en febrero de 1881.

Ensenada, en cambio, se desarrolló con más lentitud, demostrando numerosas e intensas actividades.
La construcción del puerto, que requería mucha mano de obra, era un incentivo constante.
Al mismo tiempo, el asentamiento de familias con hijos menores hizo necesaria, como requisito cultural y de integración, una escuela primaria para niños que hablaban diferentes idiomas.

En Ensenada ya existían dos escuelas, una solo para niños y la otra solo para niñas. A estas dos se sumó una escuela más a Berisso, que tenía un carácter mixto para niños y niñas de distintos idiomas.
Por falta de una ubicación adecuada, la escuela se mantuvo dentro del saladero, pero a los niños no les importó.
Estaban demasiado ocupados con la novedad de compartir y jugar.
Pero el problema más apremiante era el de la salud.
En todo el territorio de Ensenada no existía una estructura que se ocupara de la salud.
Si bien en La Plata existía un servicio público para los pobres en el *hospital Melchor Romero*, en Ensenada y su zona de influencia no había infraestructura que se ocupara de la salud, salvo un pequeño centro de atención en la zona de Campamento.
Allí, el Dr. Juan Bautista Cristofoletti[15], médico italiano, contratado por la empresa Lavalle y Medici, encargados de las obras de infraestructura para la construcción del Puerto de Ensenada, tuvo que multiplicarse para atender a las numerosas solicitudes de ayuda, aunque durante el día, los médicos Grau y Carbonell también ofrecían asistencia medica en la misma localidad.
Aun así, poco se podía hacer pese a la alta demanda, especialmente cuando los enfermos estaban tan graves que era necesaria la hospitalización en los hospitales platenses.
Desde Ensenada los enfermos que debían ser hospitalizados en el hospital de La Plata debían hacer un recorrido muy peligroso por un camino llamado *Camino Blanco*, que luego fue pavimentado con granito y renombrado *Rivadavia*.

---

15 - C.A. Asnaghi, *Ensenada, una lección de historia, La vida en Ensenada*, p. 246. "*En Ensenada y su zona de influencia no existía infraestructura para atender a la sanidad, salvo un pequeño centro de atención en la zona de Campamento. Allí el doctor Juan Bautista Cristofoletti, medico italiano, traído por la empresa Lavalle y Medici, debió multiplicarse para asistir los muchos requerimientos*".

Otra necesidad urgente era la de la vivienda.
El gobierno había comprado cientos de casas prefabricadas de madera en zonas alejadas del centro y las alquilaba a 20 pesos mensuales cada una.
Eso no impidió, por supuesto, que muchas de esas casas fueran compartidas, especialmente por compatriotas y que el hacinamiento se hubiera convertido en un hecho habitual.
Ya el 1 de mayo de 1886 se estableció la primera comunicación telefónica entre Buenos Aires y La Plata, con la perspectiva de unir Ensenada con La Plata y ambas con Buenos Aires.
A mediados de 1887, casi simultáneamente con la llegada del ferrocarril a la *Nueva Estación Ensenada*, se inauguró el mercado de abasto en la calle *Ortis De Rosas*, un mercado de artículos de primera necesidad.
Además, al finalizar la primera etapa de las obras del cementerio de La Plata, se ordenó la cesación de los entierros en Ensenada, en Tolosa.
Un poco más tarde en el pequeño caserío de Cambaceres, la fábrica de alcohol y aguardiente inició su actividad.
A las 17.30 horas del 18 de mayo de 1890, cinco años después que en La Plata, fue inaugurado el servicio de luz eléctrica que, en esta ocasión, sólo llegaría a la estación de Ensenada.
En el puerto, donde predominaban los barcos de vela sobre los barcos de vapor, algunas empresas organizaban excursiones recreativas a Buenos Aires, Montevideo y Río Afuera, pidiendo en este caso 50 centavos por persona para acceder a los muelles. En resumen, la vida de la gente transcurría sin problemas.
Pero, una vez finalizadas las obras del puerto y disminuidas las obras en los saladeros, muchos inmigrantes regresaron a sus países de origen.

Mercado del Puerto

Fue inaugurado el domingo 18 de septiembre de 1887.
Fue un avance importante para la zona, ya que permitió la concentración de varios negocios en un solo sitio.
Estaba ubicado en la calle Ortiz de Rosas, entre el Canal del Oeste y la Avenida Cestino, ahora ocupada por la Casa Municipal de Cultura.
Además de la venta de artículos de primera necesidad, también hubo un espacio dedicado a la práctica del balonmano y una barbería.

Sábado, 9 de noviembre de 1889

La tienda de Luigia

Para ella era agradable, mientras se vestía, antes del amanecer, asomarse a la ventana, que en su cristal oscuro reflejaba la llama del candelabro. Y viendo la calle y las casas todavía envueltas en aquella oscuridad que dejaba indistintas todas las formas, ella esperaba ansiosa el momento en que pudiera ver el verdadero aspecto de las cosas, con la difusión de la luz.

En ese paisaje, apenas distinguible por la niebla y dominado por las últimas estrellas, reinaba el silencio. El mismo viento pampero que hasta hace poco, corría por las calles y sobre todas las cosas, ahora callaba.

Luego, lentamente, el resplandor comenzaba a extenderse por el cielo. Entonces en el cuadro se podían distinguir formas y se abrían las cosas que la habían rodeado durante toda la noche: casas, árboles, animales, praderas...

Y así las formas se pintaban con colores e incluso los sonidos sabían predecir el nuevo día: el canto de un gallo, el bramido de una yegua, el rebuzno de un burro, una puerta que se cierra detrás de un hombre que va a trabajar, el relincho de un caballo, el crujido de una calesa o el llanto de un niño.

Poco a poco, los dos candelabros se convertían en el único inconveniente de la mañana. La oscuridad de la habitación se desvanecía y la brillante luz de una hermosa mañana iluminaba la campaña laboriosa.

El lugar era humilde pero agradable: frente a él se veía la avenida por donde había pasado ella con el tranvía y al pasar, el carruaje y los caballos habían volado la arena.

Detrás había una huerta contigua a la cocina, y del lado derecho de

la casa, la modesta construcción que Nicola había utilizado como pequeña tienda, y donde ofrecía asistencia para trabajos de herraría y otros trabajos relacionados con el uso del hierro y la madera; era el trabajo que hacía Massimo en Italia y que siempre tuvo una gran demanda. Nicola era especializado en la construcción de piezas y en el montaje de las mismas, para la fabricación de vagones de tracción animal. Y no solo se ocupaba de la construcción de vagones, sino también del mantenimiento de ellos. Se ocupaba de roturas accidentales y reparaciones.

En definitiva, trabajando en conjunto algunos tipos de materiales distintos, como la madera, el hierro y el metal, fusionaba dos de los oficios más antiguos del mundo: el de carpintero y el de herrero.

En la gran chimenea, Luigia encendió un fuego tenue y puso a calentar la leche, el café y el pan para sus hombres.

En su catre, Dante seguía durmiendo y apenas se veía su cabecita asomando de la pesada manta. Nicola y Massimo se levantarían en breve y se sentarían con ella a desayunar. Había preparado unas galletas que tanto les gustaban al pequeño Dante.

Luego, Massimo iría a trabajar al porto, mientras ella y Nicola hablarían sobre cómo organizar su nueva vida juntos. Nicola ya había demostrado ser un excelente artesano; durante el día trabajaba en la pequeña tienda de dos habitaciones. Afuera había agua corriente para alimentar las plantas del jardín.

Con su habilidad artesanal, se había ganado el favor y la confianza de muchos. Siempre era disponible, profesional y honesto. También se prestaba a la creación de objetos de uso común, como ollas y pequeños utensilios para la cocina. Era capaz de inventar y fabricar cualquier objeto le podían pedir.

Aun así, su trabajo no era suficiente para sustentar su familia que mientras tanto había crecido en numero.
Entonces Luigia propuso de aumentar las entradas.
"¿Por qué no tratar de abrir una tienda? Podemos vender harinas de trigo, maíz y lino. Las gallinas que tenemos nos van a hacer muchos huevos y con harina y huevos podríamos vender pasta fresca casera. Con la leche haríamos una buena ricota. Del mercado de abasto podríamos tomar lo que nos falta para preparar sopas y vender lo que no podemos producir en casa.
Además, Berisso no está lejos. Del saladero se podría comprar a bajo precio, menudencias y desperdicios, que luego podríamos transformar en buenos alimentos, salsas y carne molida para sabrosas albóndigas. Se podría vender carne preparada y lista para cocinar, así como ya cocinada.
Tu Nicola podrías ayudar a los pequeños agricultores en la creación y mantenimiento de sus herramientas agrícolas. Podrías encargarte de la venta de productos para la siembra y el cultivo.
Vamos a intentarlo, Nicola, sé que parece duro de hacerlo, que te faltan fuerzas, pero para los trabajos más pesados, para montar y reponer materiales, Massimo estaría para ayudarnos.
Él mismo vendría con nosotros a elegir, a darnos buenos consejos y a suministrarte los materiales que necesitas para tus obras.
Y entonces no sería necesario comprar todo de inmediato. Podríamos comenzar con comestibles y expandirnos dependiendo de cómo vayan las ventas. ¿Qué te parece Nico? Estoy segura de que haríamos un buen negocio".

Beriso. El Saladero

Luis Berisso, natural de Génova, posa con su familia frente al arco de la imponente balanza del saladero.
El 1 de enero de 1881, al sur de la ciudad portuaria de Ensenada, en la zona donde actualmente se levanta la ciudad, inició su actividad, el saladero "San Luis", una fábrica para la elaboración de salazones y cecinas.
El pueblo que se desarrolló alrededor de esta primera instalación industrial lleva su nombre.

Balanza del saladero "San Luis"

Miércoles, 20 de noviembre de 1889

La decisión

Durante varias noches, Luigia había estado escuchando un silbido en el aliento de Nicola.
Durante varias noches, Luigia había estado escuchando un silbido en el aliento de Nicola.
En el desayuno ella le preguntó hace cuánto tiempo tenía ese silbido.
"Desde que Massimo te envió la carta", respondió Nicola.
"Te he escuchado respirar mal toda la noche. ¿Queremos ir a consultar con un médico? Has adelgazado mucho, estás débil, te quejas de los dolores. Por la noche toses, ...no es bueno...".
"Ya me visitó el doctor Cristofoletti, el médico de Campamento", le respondió Nicola.
"¿Y qué te dijo?"
"Dice que, por los síntomas que tengo, podría ser un principio de tuberculosis".
"Entonces, ¿qué se puede hacer para curar esta enfermedad?"
"Me dio un antitusígeno, té de malvavisco y altea, y dice que tengo que respirar aire limpio.
¡Yo, en cambio, creo que todo empezó con ese maldito incendio! Ha pasado casi un año y todavía no me pasa".
"¿Pero de qué fuego estás hablando?"
"Hubo un incendio en el sitio de construcción del puerto el año pasado. Debido al fuerte viento, una lámpara de aceite cayó frente a los almacenes de madera y carbón. Traté de apagar el fuego, pero respiré el humo del aceite y del carbón quemados.
Desde entonces mi respiración siempre ha sido difícil".
Nicola miró a su mujer, oscura en la cara, con los ojos bajos, seriamente preocupada.

Luego, con el índice y el pulgar de su mano derecha, le tomó suavemente la barbilla y le levantó la cara para mirarla a los ojos.
"Pero ahora tu estás aquí y todo va a cambiar para mejor, ¡ya verás!, dijo, las cosas ya mejoraron.
La tienda va tomando forma. En unos días estará todo listo, tendremos la licencia. Yo trabajaré el hierro y la madera en la habitación más pequeña y tú empezarás a vender las cosas buenas que sabes hacer.
¿Sabes que el ingeniero Waldorp le preguntó a Massimo cómo estoy y cuándo estaría lista la nueva tienda?
Seguro que también lo tendremos como cliente.
¡Tuviste una muy buena idea!
A excepción de los suministros, ni siquiera tienes que salir de casa para ir a trabajar, por lo que puedes ser una madre a tiempo completo. Siempre estaremos juntos, tú, yo y Dante.
Mi estado de salud irá mejorando poco a poco, ¡no te preocupes!".

Pero sus palabras no lograron calmarla.
Él era el hombre dulce y cariñoso de siempre, sentía lo mucho que lo amaba y esto era ya suficiente para que ella fuera feliz, pero sus energías estaban muy disminuidas, sufría, era lento en sus movimientos y ella no soportaba verlo así.
Estar cerca de él y no poder mejorarlo en su salud era angustiante. La idea de verlo perecer sin ninguna esperanza la aterrorizaba. Decidió que en la primera oportunidad hablaría con el médico.

Nicola no podía hacer ningún esfuerzo y su trabajo había sufrido por eso. Se cansaba con facilidad, pero se tomaba las cosas con calma y donde no llegaba a la fuerza, lo lograba con perseverancia.
Se había hecho un nombre creando y fabricando objetos de todas las formas y usos: ollas, cuchillos, herramientas para caballos, repara-

ciones para carretas, taburetes, contenedores varios...
Con su habilidad era capaz de satisfacer cualquier pedido. Incluso el ingeniero, aunque Nicola ya no trabajaba en la obra, lo visitaba de vez en cuando y le pedía ayuda o consejo sobre la obra del puerto.
Y se quedaba siempre emocionado al ver cómo Luigia y Nicola habían conseguido construir la pequeña tienda al lado de la casa.
En esa tienda el pueblo podía comprar semillas y productos del campo: trigo, maíz, lino, comestibles como frutas y verduras frescas, harina y más.
Cada dos o tres días Luigia, junto con Massimo, iba a comprar víveres al por mayor al mercado de abasto, para luego revender la mercadería en su tienda.
Para las carnes se abastecía en el saladero San Juan, donde compraba carne de segunda. Esto le permitía mantener los precios más bajos y aún preparar buenos platos para cocinar.
Las seis gallinas que tenían en el jardín detrás de la casa producían huevos frescos todos los días y Luigia los usaba para preparar pasta casera, bollos o excelentes galletas para la mañana.
Otra pequeña franja de tierra estaba destinada al pasatiempo de Nicola, que intentaba cultivar tomates, papas, ensaladas, calabacines y otras verduras para la tienda y la familia.
Era una nueva vida para Luigia. Inmediatamente había fraternizado con ese nuevo mundo.
El lenguaje no había sido el gran obstáculo que imaginaba.
La mayoría de las personas a su alrededor eran de origen italiana, muy serviciales y cariñosas.
Además, los inmigrantes italianos, tratando de comunicarse con la gente del lugar, habían producido una variedad mixta de español y dialecto italiano para uso oral, en el que las formas léxicas italianas se alternaban con las españolas, en un conjunto favorecido por la proximidad genética de las dos lenguas, pero con un resultado fonético bastante divertido al oído del argentino común.

Un mateo: medio común de transporte de personas en la ciudad.

La volanta: medio común de transporte de personas y mercancías en las pampas.

Martes, 10 de diciembre de 1889

Un viaje inesperado

"Rápido Dante, ¿escuchaste la campana del tranvía? ¡Date prisa, sabes que cuando suena significa que arranca casi de inmediato! Durante unos días te acompaño, pero luego, cuando seas un verdadero hombrecito, también podrás irte solo. ¡Dale, vamos!".
Salieron de la casa rápidamente.
Para Luigia la falda larga del vestido era un impedimento, mientras Dante, que vestía shorts justo debajo de la rodilla, corría como una liebre.
Lo emocionaba la idea de irse a la escuela... "para niños grandes"..., como le había dicho su papá.
Era un placer verlo crecer contento de la vida.
Desde que se despertaba por la mañana, hasta la noche, como un hombrecito, observaba con interés todo lo que pasaba ante sus ojos. Observaba atentamente, reflexionaba y participaba en todas las situaciones con un estado de ánimo positivo.
Nicola estaba orgulloso de su hijito, contento de verlo crecer; se preguntaba cómo había sido posible estar lejos de él durante tanto tiempo. Ciertamente nunca volvería a suceder. Era demasiado bueno escucharlo hablar y razonar. Se sentía satisfecho ahora que había reunido a su familia y las cosas iban bien.

"Escucha Luigia, Dante está en la escuela. Tenemos varias horas para nosotros antes de ir a recogerlo. Pensé en dar un paseo. ¿Quieres? Que tal ir a la colonia Garibaldi, a ver como se han organizados por allá, y visitar un poco este país, y luego buscar a una persona que conocí en el barco cuando vine aquí. Ya no se si él todavía sigue trabajando en esa colonia".

Luigia respondió con una sonrisa.
"¡Pues vamos a alquilar un *mateo*!" Nicola dijo con entusiasmo.
"¿Y qué es un mateo?" Luigia preguntó con curiosidad.
Nicola se rio divertido y luego le explicó que el *mateo* era un medio de transporte, uno de los carruajes de cuatro ruedas, tirado por un caballo que se veían de vez en cuando pasar por la calle. Se llamaba así porque en el origen de este medio de transporte habría un viejo granjero llamado Don Miguel, un inmigrante italiano, que hacía demasiado esfuerzo y alargaba el tiempo de trabajo para cruzar los campos.
"Se dice, continuó Nicola, que, no teniendo con quien hablar, todos los días confiaba sus dificultades a su jaco, llamado Mateo. Por eso el nombre *mateo*[16]".
Agregó que cuando habrían llegado a la colonia les pediría a los campesinos que lo acompañaran por el terreno con una *volanta*, que en el fondo era lo mismo y parecía un *mateo*, pero en realidad solo era una carreta agrícola tirada por uno o más caballos.

Luigia observó atentamente el carruaje y el caballo, antes de subirse y en todo el camino que el *mateo* hizo para llegar a la colonia, ella se sintió como una mujer rica. No era para todos poder alquilar un carruaje tan elegante.
El *mateo* era cómodo y espacioso y el *cochero*, como lo llamó Nicola, condujo sin prisa hacia la colonia *Garibaldi*.
En el camino se detuvieron un rato cerca del puerto. Nicola le mostró a su esposa el lugar donde trabajaba y donde se había desarrollado el fuego que le había contado.
Luego le indicó el lugar donde trabajaba Massimo.

---

16 – C.A. Asnaghi, *Ensenada, una lección de historia*, p. 272. "*Los coches tipo 'Victoria', luego llamados popularmente 'Mateo', ofrecieron los primeros transportes de uso individual puestos en alquiler. Estos vehículos poseyeron una 'parada' junto a la Estación Ensenada*".

Llegaron a La Plata y Luigia pudo admirar las grandes obras que se estaban construyendo.
A partir de ahí, finalmente se trasladaron hacia el interior, hasta que la ciudad se perdió detrás de ellos.
Llegaron a una gran plaza de tierra, donde dominaba una casa de campo. Cuando estuvieron a poca distancia, Nicola se puso de pie y agitó su sombrero a modo de saludo.
En la puerta, salió a recibirlos toda una familia de campesinos: padre, madre y tres niños, uno de los cuales de pocos meses estaba en brazo de su madre.
"Aquí estoy Enrico, te dije que te presentaría a mi esposa. Ella aquí está", dijo Nicola mientras bajaba del carruaje.
Luego se volvió hacia ella: "Luigia, este es Enrico y su familia, su esposa Agata y sus hijos".
"Pero no me trajiste a tu Dante", protestó Enrico.
"Está en la escuela y aprovechamos para dar un buen paseo, hasta que salga". "Ah claro, está bien".
"¿Por cierto, Luigi todavía trabaja aquí contigo?", preguntó Nicola.
"Sí, él está con el ganado en el campo. Su esposa María fue a llevar a los niños a la escuela.
Hagamos así: tomaré la volanta y los llevaré a dar un paseo".
Y dicho esto, Enrico subió a su carreta agrícola, tirada por dos caballos, e hizo que Luigia y Nicola ocuparan sus lugares.
Los látigos chasquearon y los caballos se movieron al trote.
"¿Le has explicado a tu esposa cómo funciona una colonia?", Enrico le preguntó.
"Todavía no, respondió Nicola, tú sabrás hacerlo mejor que yo".
"Bien, en una colonia, comenzó Enrico, hay pueblos vecinos, que en realidad no son pueblos reales. Hay una grande plaza rectangular rodeada de pequeñas casas de colores de una sola planta. Entre estas pequeñas

casas se abren las bocas de grandes calles que van hacia la pampa.
Es como un pueblo pequeño. Hay de todo: la Casa Municipal, el juez de paz, el médico, algunas tiendas, la escuela donde los niños llegan a caballo para aprender italiano y español y una iglesia donde los fieles se reúnen en los días festivos y los domingos para la celebración de la Misa. Y luego están los molinos y las maquinarias para la agricultura; obvio, también saltan a la vista las *volantas* como esta para cruzar la pampa[17]".
Mientras tanto, la *volanta* resbalaba sobre la infinita alfombra de hierba de la colonia. Dondequiera que mirara Luigia, las tierras alcanzaban el horizonte. El cochero conducía los caballos con destreza por caminos casi improvisados, en un paisaje idílico. Ella estaba literalmente fascinada por la naturaleza. Eran campos interminables inundados de luz y aire, con olor a libertad y esperanza.

"En primavera, prosiguió Enrico, esto es un inmenso campo verde, en verano un océano de ilimitadas cosechas doradas.
Cuando Agata y yo llegamos a Argentina, pasamos cinco años en Rosario. Como aquí, no era más que una llanura cubierta de maleza, dominada por manadas de búfalos y caballos salvajes.
Fue duro adaptarse. Sólo trabajo y sacrificios, y como si fuera poco fuimos atacados por los indios del Gran Chaco y durante cuatro años consecutivos tuvimos la invasión de langostas.
Decidimos marcharnos de ahí. La colonia había fracasado.
Recorrimos cientos de kilómetros a pie, con Agata, los dos niños y los animales bajo la lluvia incesante y el violento huracán soplando en la pampa.
Un escape miserable, mirando hacia atrás me estremezco hasta hoy.

17 – E. De Amicis, *In America*, Carlo Delfino Editore, Sassari 2016

Tuvimos una mala aventura, pero la tenacidad nunca nos abandonó y llegamos a esta colonia, que es como una familia.
Se trabaja mucho con el campo y con los animales, pero cuando te despiertas por la mañana y ves esta inmensidad de espacio y luz, sientes que estás cerca de Dios.
Los colonos son todos italianos: campesinos, obreros, tenderos, artesanos. Todos hemos pasado por cientos de trabajos y aunque extrañemos nuestra patria y a veces sintamos la nostalgia de los familiares que se han quedado allá, al otro lado de este mundo, aquí todos nos sentimos como hermanos".
Enrico dio un nuevo latigazo y los caballos aceleraron el paso.
Luigia vio entonces un bosque extraordinario: árboles y arbustos que le hubiera gustado grabar para siempre en su memoria. Ella preguntó cómo se llamaban y Enrico le dijo que eran *paraísos* y *espinillos*, pero sobre todo *ombúes* imponentes y magníficos.
"...el ombú, reveló, es el árbol nacional de la Argentina, ¡miren qué hermoso follaje, ancho y lindo! Hay una leyenda sobre la ombú que les conté a mis hijos mayores. Si quieren, se la cuento para que también le cuenten a su hijo". Luigia accedió de inmediato y Enrico comenzó así:
"Érase una vez, las tribus de indígenas que vivían en la parte central de Argentina se dedicaban al cultivo del maíz, que era para ellos, como para nosotros, un alimento preciado. Sucedió que un año, los indígenas dejaron a una de sus jóvenes para cuidar las plantas de maíz, que crecían bajo los cálidos rayos del sol.
Recién ese año, sin embargo, las lluvias no llegaron, por lo que las plantas comenzaron a morir. La chica que las estaba tratando no se desesperó, se paró con los brazos extendidos, permaneciendo al sol para dar sombra a las plántulas, hasta que las mazorcas maduraron.

Cuando su pueblo volvió al lugar donde los había dejado, en su lugar encontraron un árbol muy hermoso y frondoso que daba sombra a todo alrededor; pero ya no había rastro de la niña.
Así nació la leyenda del ombú, que crece en lugares casi desiertos, para ofrecer una preciosa sombra a los viajeros que buscan cobijo de los abrasadores rayos del sol de verano".
En este punto, Enrico se giró para buscar algo que no dijo. De un saco de arpillera sacó un telescopio y se lo dio a Luigia diciéndole:
"¡Mira, mira bien allá arriba!", señalando un árbol cercano. Entre las ramas más altas de aquel maravilloso árbol, Luigia, encantada, pudo admirar muchas *palomas* blancas, con la punta de su cola negra y decenas de *cardenales* color rubí, que se posaron en manada sobre los ralos arbustos.
Al pisoteo de los caballos que se aproximaban, asustados, todos despegaron, coloreando el fondo azul profundo del cielo y convirtiéndolo en un cuadro que inspiraba armonía y serenidad.
Nicola parecía haber olvidado sus problemas físicos. No le hizo caso a su persistente y molesta tos y aunque respiraba con dificultad, continuaba conversando alegremente con Enrico y su esposa. Parecía más hablador y sonriente que de costumbre.

Ella había estado fantaseando durante meses en Italia sobre dónde viviría y cómo sería su nueva vida con Nicola. Había temido que su enfermedad marcara el final de su historia y que ya nada sería igual que antes y ya no habría experimentado la dulzura y la ligereza del Amor.
En cambio, en ese preciso momento, se había dado cuenta de cuánto, en su corazón se sentía ligero y sereno.
Sentía la música entrar en ella nuevamente y reconocía pensamientos y emociones que tal vez se le habían escapado.

Después de tanta preocupación, ni siquiera se atrevía a decirse a sí misma, ...sí, ...se sentía feliz.
Y no le importaba, no hacía falta saber hasta qué punto sus fantasías se habían materializado en la realidad o para qué servía todo esto.
Sentía el aire puro y saludable entrando por sus fosas nasales.
Por encima del carruaje estaban volando a través de prados y bosques de naturaleza virgen. Hablaba y reía con él, alegremente, como si todo el pasado hubiera quedado atrás.
Eran palabras que reflejaban imágenes verdaderas o jocosas. Era como si, con ellas, se contaran todo aquello que no habían podido confiarse en esos dos años de silencio y querían recuperarlo.
Con los ojos se encontraban sonriéndose. Eran los niños de antaño otra vez.
Eran la fantasía y la realidad, abrazadas en una danza de palabras.

El sol tocaba el horizonte y la *volanta* avanzaba silenciosa sobre la verde pradera, en dirección al regreso.
Pasaron por el camino que conducía a la iglesia, bordeado de álamos y eucaliptos.
Volvían a la vida cotidiana, pero con el corazón más ligero y proactivo. Enrico los acompañó a conseguir un *mateo* para volver a *Campamento* y buscar a Dante de la escuela[18].

18 -C.A. Asnaghi, *Ensenada, una lección de historia La vida en Ensenada*, p. 246. "*La primera escuela instalada, perteneciente al distrito escolar de Ensenada, donde ya existían una de varones y otra de mujeres, fue la de Berisso, en el saladero, que tuvo carácter mixto pues compartían las clases los dos sexos*".

La sombra

El nombre científico es "Phytolacca dioica".
Es el árbol nacional de Argentina.
El ombú comenzó a plantarse alrededor del siglo XVIII, ya que frente a ese enorme 'mar de pradera' que era la Pampa, servía principalmente como punto de referencia en la inmensidad de la llanura y obviamente como un oasis, un lugar para descansar. Como nació como un 'seguidor salvaje', también se convirtió en un símbolo de soledad.
Pero el ombú vive siglos. Con su enorme follaje verde es sólido e inamovible. No hay huracán que lo mueva, ni relámpago que lo derribe.
Y estos son algunos de los valores que enseña esta planta.
El ombú como símbolo es una auténtica fuente de representación, sobre todo nacional. El ombú es el mito de la patria, el árbol de la Pampa y de los gauchos, sus habitantes originales.

Martes, 24 de diciembre de 1889

Nochebuena

"Nico, ¿estás listo?" preguntó Luigia mientras terminaba de vestir a Dante.

El camino a la iglesia tardaba por lo menos 20 minutos a pie.

La *Parroquia Nuestra Señora de La Merced* estaba en la calle *Don Bosco*; irían despacio, en parte para no cansar a Nicola y en parte porque era una noche clara y cálida, una noche de Navidad encantadora.

"Mamá, tengo sueño" se quejaba Dante.

"¡Primero vamos a mirar el cielo, pequeño! Ya verás, te gustará", respondió la mamá.

Afuera, todo alrededor estaba oscuro, pero una delicada luz blanca venía de arriba. El camino era claramente visible, iluminado por los rayos de la luna.

"Mira Dante, esa hermosa bola blanca allá arriba, redonda y lechosa, es la luna. ¿Ves lo hermosa que es? ¡Y cuánta luz da! ¡Pero la luz no es suya!, ¡¿sabes?!

"¿Entonces cómo lo hace?" preguntó Dante, intrigado.

"Nosotros no lo vemos, pero es el sol que la ilumina". Respondió Luigia.

"¿Es verdad, padre?"

"Sí, hijo, es verdad", confirmó Nicola, "en el cielo, allá arriba, hay muchas cosas: el sol, la luna, las estrellas, los cometas, las nubes y los planetas".

Dante levantó la nariz para buscar: "¡Pero no se pueden ver!" él exclamó.

"No, no todo se ve, pero están ahí. Para verlos deberíamos usar binoculares especiales.

¿Ves todos esos puntos brillantes? Son muchas estrellas. Las estrellas son muy importantes, ¿sabes?
Los marineros observan la Estrella Polar para orientarse por la noche. Esa estrella es visible todos los días del año y es muy importante porque siempre apunta al Norte. Para que puedan tomar la dirección correcta".

En ese cielo palpitante, la luna era hermosa.
La reina de la noche se había vestido con su manto más hermoso, de terciopelo azul, bordado con miles de pequeñas joyas, que brillaban para ella.
Sus rayos brillantes eran cálidos y tranquilizadores.
Como una lámpara de aceite difunde su luz en una habitación oscura y cerrada, así su cálida y maravillosa luz iluminaba ese inexplicable vacío que la acogía.
Algunas nubes a su alrededor la hacían aún más encantadora y romántica.
No era una noche como cualquier otra. Había algo en el aire que intrigaba y parecía invitar a la reflexión.
Luigia se dejó atraer por ese silencio rodeado de misterio y el pensamiento acudió de inmediato a su madre. Entonces los vio a todos en su mente: sus padres, suegros, hermanas, hermanos... y se preguntó cómo estaban; si ellos también, en ese momento, estaban pensando en ella, en Nicola y en su nieto. Unas horas más y, como ella, todos estarían caminando hacia la iglesia de los Santos Pietro y Marone, para asistir a la misa de medianoche.
En su memoria repasó la velada de la última Navidad pasada en Italia antes de partir y, por un breve instante, sintió en la piel el frío amargo de aquella noche de invierno. Pensó en su hijito que se había quedado dormido, pulcramente cubierto con un abrigo de lana y un

gorro, con la cabeza apoyada en su hombro, mientras corrían hacia la iglesia.

La iglesia de Nuestra Señora de la Merced estaba cerca.
"¡Pero estoy cansado!", se quejó Dante de nuevo.
A pesar de la dificultad para respirar, Nicola sonrió y recogió a su hijo en el último tramo corto del camino.
Mucha gente se había reunido en el patio de la iglesia. En los alrededores de la Plaza Belgrano, frente al atrio de la iglesia, había decenas de carruajes y caballos ensillados.
Todos hablaban en voz baja: esto también era una forma de respeto por la sacralidad de la Navidad.
Nicola y Luigia entraron en la iglesia y ocuparon sus lugares. Dante ya estaba durmiendo en el regazo de su madre cuando comenzó la misa.
La iglesia estaba llena de fieles, tan concurrida que, para muchos, en su mayoría hombres, no quedaba lugar.
Durante toda la duración del servicio, escucharon fuera de la puerta: algunos de rodillas y otros de pie con el sombrero sobre el pecho.
Al final, el pequeño Dante ya estaba profundamente dormido y Nicola alquiló un *mateo* para volver a casa.

La mañana siguiente, se despertó tarde. Las persianas aún estaban cerradas. En la oscuridad, pensó en la hermosa velada del día anterior, en la cena de pescado, como dicta la tradición: entrante de canapés con crema de alcachofas y ensalada de mariscos, luego risotto de mariscos y vegetales varios. Al finalizar el *panettone* o pan dulce, como lo llamaban los lugareños, luego la caminata a la iglesia y la misa de medianoche.

Instintivamente extendió la mano entre las sábanas, buscando a su marido, pero fue en vano. Lo escuchó toser desde la cocina.
Sobre la mesa encontró listo el café y la leche humeante.
Después del desayuno, intercambió una mirada de complicidad con Nicola. Tocó un timbre y llamó a Dante:
"Sal de la cama, Dante, sonó el timbre. Tal vez sea el Niño Jesús, niñito Jesús, como te dijo tu maestra. Hoy trae regalos a los niños. ¡Rápido, vamos, vamos!".
Dante se apresuró a abrir.
Imposible olvidar la expresión de asombro mezclada con felicidad en los ojos del pequeño. Dos paquetes de regalo, uno grande y otro más pequeño, estaban frente a la puerta principal y debido a la gran emoción no pudo elegir cuál tomar primero. Sin duda, con su idea, Nicola había interpretado bien los sueños de su hijo o quizás él también volvió a ser un poco niño y simplemente se había dejado contagiar por la ingenuidad y la espontaneidad de esa edad.
Desde hacía unos días, en su pequeño taller, había trabajado en un patinete de madera.
Había estudiado su estructura y dimensiones. Había escogido una madera maciza sobre la que tenía que apoyar el pie, la había limado, biselado y pulido.
Debajo, había insertado cuidadosamente una plancha en cuyos extremos había fijado dos cojinetes giratorios. Otra tabla, colocada verticalmente, servía para fijar el manillar.
Una vez pulido, era simplemente un lindo juguete y Dante estaba tan emocionado que inmediatamente quiso probarlo.
Pero luego volvió atrás porque el otro regalo se había quedado ahí afuera. Desenvolvió la caja con impaciencia. Lo que levantó en sus pequeñas manos era una grande pelota hecha y cubierta con muchos retazos de tela.

Luigia la había construido sabiamente con lo que tenía en la casa. Le había dado una forma lo más esférica posible y luego para cubrirla ella había cosido cuidadosamente muchos pedazos pequeños de tela de colores. Dante se lo lanzó de inmediato a su padre y continuaron jugando juntos durante toda la mañana, mientras que Luigia estaba preparando el almuerzo a base de sopa de lentejas casera y *tagliolini*.

Lo más destacado, sin embargo, debía ser cocinado por Nicola. Ella había encendido el fuego para cocinar el asado a la parrilla, seguido de la sandía y las cerezas y, para terminar, no podía faltar el tradicional pan dulce.

Pasaron la tarde en espacios no contaminados y entornos naturales, jugando todos juntos con la pelota de tela y corriendo con el patinete.

Vivieron una Navidad fuera de lo común, tranquila, hecha de paz, amor y ganas de soñar, una de esas Navidades en las que hasta a los adultos se les permite volver a ser niños.

Iglesia de La Merced

El 19 de octubre de 1854 se decretó la creación de la Parroquia Nuestra Señora de La Merced y por tanto su desvinculación de la de Magdalena.
En 1880, el entonces Vicario Próspero Ferrara inició la comisión pro-templo y el 24 de septiembre se colocó la primera piedra, en una ceremonia auspiciada por el Gobernador Dr. Dardo Rocha.
Dos años después de su construcción, la torre se derrumbó debido al hundimiento del terreno.
El altar, las pinturas, los yesos ornamentales y otras decoraciones sufrieron daños por efecto de la humedad y las infiltraciones de agua.
La reconstrucción de la torre y las demás obras de conservación finalizaron en 1895.
La iglesia está regida, desde su constitución, por la Congregación Salesiana.
La plaza de enfrente está dedicada a Manuel Belgrano, un general patriota que creó la bandera nacional.

Martes, 31 de diciembre de 1889

El año Nuevo

Sobre la mesa, ampliada para la ocasión con otra mesa más pequeña, destacaba un precioso mantel de lino blanco.

Luigia había preparado ocho asientos con otros tantos platos, vasos y servilletas.

"Nicola, faltan cubiertos, ¿Lo haces tú?"

Todavía era temprano para la cena de Nochevieja, pero Nicola ya había encendido el fuego para cocinar la carne.

Los platos eran en su mayoría fríos, dado que la temporada le permitía, pero el plato rey de la mesa era siempre el asado, como en el resto del año, por cierto, la carne a la parrilla, hecha en el momento, generalmente de carne de vacuna.

Luigi y Maria, los amigos que Nicola había conocido en el Perseo y que formaban parte de su ración, habrían traído dos botellas de vino blanco *Torrontés* y el matambre enrollado, un rollo de carne, relleno de huevos, perejil y ajo, según la tradición argentina.

Y como el plato principal era a la parrilla, Luigia preparó varios tipos de ensaladas como guarnición. Por último, el pan dulce.

Comieron afuera en el patio trasero, donde los niños podían jugar libremente.

Los hijos de Luigi y María habían crecido. Angelo tenía ahora ocho años y Caterina diez.

En muchas cosas Nicola los veía a todos cambiados desde el viaje en el buque. María, la niña tímida, silenciosa y preocupada sólo por sus hijos, que había permanecido en su mente desde entonces, había dado paso a una mujer alegre y soleada. Él recordaba perfectamente

a esa joven madre agachada en un rincón de la cubierta del barco, ocupada en alimentar a los dos niños. El pañuelo atado bajo su barbilla casi la ocultaba, pero un rizo rebelde había logrado soltarse y se revolvía repetidamente con las ráfagas de viento.

Ahora, sin embargo, mostraba un hermoso rostro sonriente y enmarcado por largos y ondulados cabellos castaños, sujetados por una vincha.

Pero el cambio más evidente lo revelaba Luigi. Sus ojos ya no estaban tristes y bajos, como si estuviera resignado. Ahora eran ojos claros y brillantes de alegría. La vida en el campo lo había transformado. De un niño temeroso, huesudo y esbelto se había convertido en un joven cordial y exuberante. El cuerpo también parecía haber seguido esta transformación: los hombros más rectos, los brazos musculosos y el pecho ancho hablaban de él, como de un hombre fuerte y confiable.

Era fácil de alegrarse y siempre positivo.

La continuidad del trabajo, aunque pesado, y la seguridad de un futuro habían contribuido al cambio.

Los niños pronto se hicieron amigos. Dante era el más joven y quedó prendado de sus juegos. Caterina actuó como una madre para ellos y se aseguró de que no se lastimaran.

Esperaron la medianoche para brindar por el nuevo año. Pudieron admirar los fuegos artificiales lejanos, los de La Plata y también los de Buenos Aires.

Los niños, poco antes cansados y somnolientos, ahora contemplaron un espectáculo impresionante con los ojos llenos de asombro: relámpagos de colores se alzaron al cielo, chorros de luz iluminaban la noche y fuentes danzantes subían muy rápidamente y volvían a caer ligeras como polvo de estrellas.

El año viejo se había ido y había comenzado uno nuevo.
Como manda la tradición, intercambiaron deseos de prosperidad, felicidad, amor y todo lo bueno para el año que acababa de comenzar.
El pensamiento de Luigia, por brevísimos instantes, se separó de la realidad y voló secretamente en alas de la esperanza de un nuevo año, hecho de tranquilidad y buena salud para ellos y sus familias lejanas.
Un año entero había desaparecido en el aire, pero le pareció revivir la calidez de los seres queridos que había amado y luego dejado y que ahora extrañaba.
Era el año en que había tomado decisiones importantes, que la habían llevado a encerrarse en sí misma, en largos silencios solitarios.
Había sido el año en que creyó quedar aplastada bajo el peso de sus miedos, un entero año en que los sintió pesar sobre su alma, pero también había sido el año en que, tantas veces, había sonreído por ese pequeño hombre. que podría hacerle ver la luz, incluso en completa oscuridad.

A pesar de la realidad objetiva, necesitaba esperar que pudiera poner un punto firme en el pasado, que las cosas mejorarían y que, aunque lentamente, Nicola también recuperaría las fuerzas y se sanaría; los problemas podrían resolverse y todo podría comenzar de nuevo.

Pero sabía bien que era sólo una ilusión. El tiempo no se detiene, ni vuelve a empezar.
Y, a pesar de la necesidad de sueños y esperanzas, de amor y bondad para dar sentido a la vida, todo lo que podía hacer era trabajar por un futuro más auspicioso y aprovechar al máximo su lento fluir.

La racionalidad había recuperado su dominio sobre la esperanza.

Chañar - Nombre botánico: Geoffroea decorticans

Anacahuita - Nombre botánico: Cordia boissieri

Chal chal - Nombre botánico: Allophylus edulis Radlk

Sábado, 11 de enero de 1890

La enfermedad de Nicola

"Hola Luigia",así la saludó un cliente, quitándose el sombrero, en la entrada de la tienda.
"Nicola no está en su taller. ¿Puedes decirme cuándo puedo encontrarlo?"
"Es extraño, estuvo allí hace un rato", respondió ella, "Espera un minuto, tal vez esté de vuelta en la casa. Voy a ver".

Lo llamó varias veces desde afuera y en las habitaciones de la casa, pero no obtuvo respuesta. Luego lo escuchó toser una y otra vez y lo vio, sentado en el borde de una silla y agachado por el esfuerzo de respirar.
Volvió su mirada hacia ella, pero no pudo articular una palabra. Con las manos apoyadas en las rodillas, trató de tragar aire mientras un nuevo insulto de tos se lo impedía de nuevo.
Se apresuró a ponerse a su lado y le puso una mano en el hombro.
Distinguió claramente los huesos. Perdía peso día a día. Los golpes de tos eran cada vez más frecuentes y mientras antes era una tos seca, ahora se estaba volviendo gorda y la flema no hacía sino afectar significativamente su, ya insuficiente, capacidad para inhalar aire.
Un montón de preguntas vinieron a su mente, de repente y todas a la vez. A pesar de todo, se preguntaba si Nicola alguna vez podría mejorar, pero sabía muy bien que habían pasado muchos meses y no se habían producido cambios positivos. Por el contrario, los síntomas habían empeorado. ¿Y qué? ¿Y por qué esas sibilancias en la respiración durante la noche? ¿Y qué decir de la debilidad y los dolores en sus brazos y piernas, que sentía crecer cada día más?

Todo daba a entender que la enfermedad progresaría con el tiempo y, se preguntaba en cuánto tiempo… y cómo… y adónde llevaría todo esto, con qué se iban a encontrar, ¿¡cuál sería el final lógico!?
Como por un rechazo de la mente, dejó de consumirse en estas dolorosas suposiciones y lo miró jadear por largos momentos, o al menos eso le pareció a ella.
Sus ojos se posaron en sus manos moradas. Se dio cuenta, entonces aún más, de lo mucho que la enfermedad había cambiado su cuerpo. Los dedos parecían baquetas de tambor y las uñas estaban visiblemente hinchadas.
Cuando ella pudo hablar, él le pidió que le trajera una camisa para ponerse. Esa sensación de frío nunca lo abandonaba. Ella lo ayudó a ponérsela.
"Hay un cliente esperándote. ¿Estás listo para venir? De lo contrario podría pedirle que vuelva".
"No, no Luigia, ya estoy mejor. Dile que estaré allí en breve".
Pero ella estaba seriamente preocupada. No podía ocultar que la enfermedad se estaba apoderando progresivamente de sus músculos y huesos y que toda su solicitud, el cariño, el compromiso constante y el amor sin límites que albergaba en su pecho no serían suficientes para salvarlo.
Había consultado nuevamente al doctor Cristofoletti, y lamentablemente no había hecho más que confirmar su diagnóstico de sospecha de tuberculosis y lo único que pudo prescribir, para calmar la tos, fueron decocciones de flores de malva y espinillo.
Pero, ella no quería aceptar la realidad, ¡no tan pasivamente!
Se negó a rendirse y reducir la vida a una triste espera.
Volvió al doctor Cristofoletti y le pidió que, como no podía esperar una cura, al menos le recomendaría todos los remedios que conocía, al fin de aliviar a Nicola del sufrimiento.

A partir de ese día comenzó a buscar plantas medicinales, prescritas para combatir la enfermedad.
Para aliviar su tos, comenzó a prepararle, todos los días, una decocción de raíces y corteza de chal-chal, en la proporción de 10 gramos en un litro de agua.
Luego, cada dos días, en la mañana añadía dos o tres hojas de anacahuita a su leche hirviendo, endulzándola con azúcar ligeramente tostada o miel. Este fue un buen antiséptico de los bronquios y contrarrestaba la flema.
No era fácil encontrar estos ingredientes. Los buenos herbolarios estaban en Buenos Aires. También había dos en La Plata, pero no tan bien abastecidos como los de la gran ciudad.
El chañar, por ejemplo, era difícil de encontrar. El doctor Cristofoletti le había aconsejado hacer una decocción con la exfoliación de la corteza al 20%, mezclada con miel o azúcar tostada, o prepararla picándola en un molinillo con 5 gramos de cardamomo verde, 5 gramos de canela y 4 dientes de ajo. Si por el contrario hubiera encontrado la variedad de canela Cassia, habría tenido que poner la mitad. Luego tendría que triturarlo todo hasta convertirlo en polvo. Incluso un mortero se habría adaptado al caso.
Aparte, el médico le dijo que picara dos cucharaditas de jengibre y una cucharadita de ají verde.
Y de nuevo tilo, eucalipto, amapola... [19]

No le importaba dónde encontraba estas plantas medicinales. Habría ido hasta el fin del mundo para ver a su Nicola sonreír.

---

19 – Autori Vari, *Todo es historia n. 330, Hechos y logros en La Plata, El jardín botánico particular en B.A*, Ed. Raúl lChaves, Belgrano, Buenos Aires, Enero de 1995..

Inauguración del Puerto

30 de marzo de 1890.
La antigua Ensenada ha desaparecido y en su lugar corre el moderno Río Santiago. Con motivo de la inauguración, las Cámaras de Comercio tomaron nota de las especiales oportunidades y comodidades de esta grandiosa obra e informaron a todos los armadores y capitanes del mundo.
En 1890, de un total de 2.271 barcos, 225 eran de vapor.

25 de marzo de 1890

La inauguración del Puerto

"Buenos días Nico", se escuchó decir, ... pero Nicola estaba concentrado en su trabajo y no se dio cuenta de que el ingeniero Waldorp había entrado a su taller para visitarlo.

Estaba sorprendido y complacido al mismo tiempo. Se limpió las manos antes de extender la mano para saludarlo.

"¡Qué placer, ingeniero!"

"Bien, Nicola, te veo un poco más delgado, ¡pero en general sigues siendo un hombre guapo!".

"Me mantengo ocupado", respondió sonriendo, "¿A qué debo esta linda sorpresa?".

"Espero que te guste. ¡Sabes que en unos días será la inauguración oficial del Puerto!... bueno, vine personalmente a invitarte a ti y a tu familia, porque me gustaría mucho que estén presentes".

Nicola estaba asombrado, no sabía qué pensar, qué responder.

Instintivamente llamó a su esposa para informarla y compartir la buena noticia.

Hablaron al respecto y le agradecieron varias veces por la invitación.

"No tienes que agradecerme, tienes todo el derecho, Nicola. La pasión por tu trabajo y tu invención fueron una de las medidas más decisivas para la realización de esta obra".

Luigia los dejó solos y caminó rápidamente hacia su tienda. Reapareció poco después con tres paquetes de manjares, preparados a primera hora de la mañana y muchas otras cosas buenas para el ingeniero, quien intentó oponerse pero fracasó ante la firme insistencia de Luigia.

Así, el prestigioso diario "La Nación" celebró la inauguración del puerto:

"... el notable desafío que el fundador Juan José Dardo Rocha y sus colaboradores asumieron, después continuado por su sucesor, el gobernador Carlos Alfredo D'Amico, tuvo dos frentes colosales y simultáneos: la erección de la capital La Plata y la construcción del puerto en Ensenada.

En cuanto a las obras del puerto, fueron iniciadas en enero de 1884 por la empresa constructora del uruguayo Francisco Lavalle y del italiano Juan Bautista Médici, y bajo la dirección técnica del ingeniero holandés Juan Abel Adrián Waldorp.

Los dos primeros años se dedicaron al trabajo de organización.

Las obras de ejecución propiamente dicha se realizaron en los 4 años sucesivos, desde 1886 hasta hoy, 30 de marzo de 1890, día en que viene inaugurado [20]".

La construcción del puerto estuvo vinculada, por razones de proximidad, con la población de Ensenada. La relación fue tan estrecha, por una parte, natural e histórica, que, desde la primera hasta la última de las normas jurídicas, con muy pocas excepciones, durante varios años, a lo largo de la legislación se habló de *Puerto de la Ensenada*.

Recién en enero de este año se había cambiado el nombre a *Puerto La Plata* o *Puerto de La Plata*.

"Las obras oficiales, prosiguió el artículo, costaron finalmente más o menos 18.000.000 de pesos oro.

En estas obras participaron un promedio de 4.500 trabajadores, con sus respectivos directores, jefes y contralor.

---

20 – C. A. Asnaghi, *Ensenada, una lección de historia, Qué dijo "La Nación" el día inaugural del puerto*, vol. 13, pp. 253-254.

El Gobierno ha concedido a las empresas autorizaciones especiales para para construir muelles, depósitos y dársenas en los terrenos colindantes al norte y sur del Río Santiago, algunas en ejecución, otras en proyecto. La empresa *Muelles y Depósitos* ha construido 1.500 metros de muelles, 4.500 metros cuadrados de naves cubiertas y 14 km de vía férrea con 22 grúas para descarga.

Si se suman las superficies entre los pilares externos y los canales laterales, obtienes un total colosal de más de 4 millones de metros cuadrados. El resultado es un puerto seguro, cómodo y funcional y muy pronto estarán listos los elementos que faltan: tinglados y barandillas que lo pondrán en comunicación con el ferrocarril.

La empresa *Muelles y Depósitos*, que abrió sus muelles para el comercio marítimo, mucho antes de la inauguración, ya encuentra que éstos son insuficientes y propone la construcción en el otro lado del canal de entrada, el *Mercado de Frutos* del país y próximamente se hará al poniente del "canal lateral oeste" el muelle occidental que lo rodeará de almacenes.

En breve, se pondrán a funcionar los canales laterales del este y del oeste. Además, un potente alumbrado eléctrico en las boyas, en los muelles y almacenes, permitirá, en cualquier momento y en cualquier hora, la entrada de los vapores con sus cargas y descargas. Se podrá trabajar tanto de noche como de día.

Es necesario que las Cámaras de Comercio conozcan de las especiales comodidades del puerto, para comunicarlas a todos los armadores y capitanes del mundo.

Normalmente, lo que causa más costos a los vapores y aumenta el precio del flete es la gran demora debido a los muelles ocupados, pero el *Puerto de La Plata* tiene muchos lugares y las cargas se desembarcarán y embarcarán en tiempo muy breves.

En poco tiempo, todo esto será una realidad halagadora.

No sería justo terminar estas líneas sin recordar quién empezó esta gran obra: el Dr. Rocha, que, en un día como este, de júbilo para la ciudad y para él, el fundador, debe tener una parte principal en las congratulaciones generales[21]".

Ese día, 30 de marzo de 1890, el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires ofreció un gran banquete, acompañado de un suntuoso menú de alta cocina francesa, para celebrar la inauguración del *Puerto de La Plata*.

Quedó muy particular en el recuerdo de Nicola y también de Luigia, quien, a pesar de los repetidos accesos de tos de él, lo vio alegrarse todo el tiempo, radiante de satisfacción por los elogios recibidos.

21 –*Ibid.*, si veda nota 3.

8 de junio de 1890

Una experiencia diferente

En la tienda de Luigia se podía encontrar un poco de todo. Además de los productos alimenticios y la buena comida italiana, harina, trigo, maíz, ella no hacía faltar los huevos, el azúcar, la manteca de cerdo, tocino, verduras, carne e incluso lo que se necesitaba para el cultivo y la cría de ganado ovino y vacuno.

El año anterior, en el barrio Cambaceres, había iniciado su actividad una fábrica de alcohol, propiedad de los socios Cúneo y Solari, y en su local no había alcohol.

"Podríamos ir con el servicio de tranvía", propuso ella, "¡la parada no está lejos de la fábrica! ¿Qué piensas Nico? No tomaremos muchas botellas. Me han pedido varias veces alcohol para la preparación de licores. Y luego aprendí que con la caña de azúcar también se hace un buen aguardiente.

"Depende del costo. Podemos ir a ver. Cuando estemos allí, decidiremos", consideró con prudencia Nicola.

En ese momento se escucharon muchas voces animadas y lejanas, provenientes de la calle. Como si se entendieran, ambos se miraron y salieron corriendo de la casa para averiguar qué estaba pasando.

A lo lejos vieron un gran grupo de personas reunidas alrededor de lo que, a primera vista, parecía un tranvía tirado por caballos.

"Quédate aquí en la tienda, yo voy a ver si se necesita ayuda", le dijo Nicola.

Caminaba despacio a causa de ese cansancio que desde hacía un

tiempo se había apoderado de su cuerpo. Mientras avanzaba, por las consideraciones y los tonos de voz de los transeúntes, intuyó que debía ser un accidente, más que una pelea.

Cuando se acercó al carruaje, estuvo por un momento desconcertado.

Uno de los dos caballos que tiraban yacía en el suelo.

Su pecho jadeaba pesadamente por el esfuerzo de recuperar el aliento. No podía moverse.

Después de meses de actividad, abrumado por el cansancio, bajo el golpe del último latigazo, finalmente se dio por vencido y ahora estaba allí, en el suelo, con el cuerpo estirado de lado, indefenso y mostrando claramente los signos de la paliza que había recibido a diario.

Su gran ojo oscuro miraba fijamente a Nicola, tal vez consciente de que estaba rogando por una ayuda que nunca llegaría. Y Nicola también lo miraba, como si entre los dos se estuviera entablando un diálogo silencioso sobre los últimos instantes de la vida, antes de cerrar los ojos para siempre.

El sufrimiento del animal lo afectó profundamente.

Se indignó al darse cuenta de que ese sufrimiento inquietaba sólo a algunas mujeres y que la única preocupación de otras personas era sacar el caballo de la calzada y reanudar el servicio de tranvía lo antes posible, proponiendo como máximo la incorporación de un tercer caballo al remolque, ya que otros, anteriormente, habían muerto en el camino.

El pecho del desafortunado caballo se elevaba y se contraía en rápidos espasmos, hasta que al fin se aplanó, exhalando el último suspiro agotador.

Nicola se puso de rodillas para acercarse más a la cabeza del animal. Pasó su mano sobre él en una caricia piadosa. Las voces de las personas que comentaban habían desvanecido y su mente quedó aislada en la reflexión sobre lo sucedido.

Se compadeció del destino cruel del viejo caballo, para él, que había disfrutado por poco tiempo, de la pampa salvaje sin límites, del aire claro y limpio, de las carreras impetuosas sobre las amplias extensiones de pasto, que olían a libertad.
Permaneció a su lado unos segundos, como para consolarlo en su soledad, en ese momento extremo.

Cuando llegó junto a su esposa, le dio un relato desnudo y frío de lo que había sucedido y le pidió que no se lo mencionara a su hijo, para no alterar su sensibilidad.
Ella asintió. Lo conocía bien, notó su inquietud y pasó por alto el tema.

El gaucho y el tango

Las dos palabras que hacen pensar a la Argentina en el mundo son gaucho y tango. Los primeros en bailar el tango, sin embargo, no fueron los gauchos sino los compadritos, los delincuentes a menudo organizados en pandillas, que vivían en las afueras de la ciudad y que se reunían, a charlar, a tomar un trago, jugar a las cartas, bailar, pero también para desafiarse en duelos sangrientos, en las casas de mala reputación. Estos lugares eran prostíbulos donde acudían mujeres de fácil virtud, otra figura central del tango, a las que los delincuentes abordaban descaradamente, y tal vez las mataban por celos, o daban lugar a letales duelos entre rivales para afirmar su virilidad

Sábado, 17 de agosto de 1890

Los gauchos y el tango

Dante estaba en el pequeño campo detrás de la casa jugando con la pelota. Ese día no había escuela. Era una fiesta por la conmemoración de la muerte del General José de San Martín, cuyas campañas militares habían sido decisivas para la independencia de Argentina, Chile y Perú.

Para celebrar este aniversario juntos, la maestra Antonia había organizado un día de campo para los niños a una estancia, por lo que Dante tomó su pelota con él y se fue con su padre a esperar el tranvía que pasaría poco después con todos sus compañeros de clase.

Por el camino, el pisoteo de los cascos de los caballos se mezclaba con las risas cristalinas y los cantos despreocupados de los niños. Se podía tocar la felicidad en sus ojos, desnudos e inmensos.

La gran plaza de la estancia se llenó de voces y gritos infantiles. La llanura, verde de hierba, se extendía hasta el horizonte.

El dueño de la estancia, Carlo, enganchó dos caballos a su carruaje más grande y subió a todos los niños.

Pensó entre sí mismo que este carruaje nunca había sido tan hermoso y lleno de vida.

Vitoreó a los caballos y comenzó el paseo más juguetón y alegre que jamás había emprendido en esa volanta.

Los niños estaban literalmente fascinados. Era difícil mantenerlos sentados. Cada pequeña sacudida en el proceso fue motivo de risa y diversión.

La finca parecía no tener límites y el cielo despejado permitía ex-

tender la vista a grandes distancias.
El carruaje pasó entre una manada de avestruces mientras Dante también extendía sus manitas, como otros en la vana ilusión de poder tocar uno. Luego fue el turno de los ciervos, y luego de nuevo las ovejas y las vacas.
Manchas de amarillo, rojo y naranja se alternaban al verde y al marrón, con una armonía aleatoria y hábil.
Las hojas formaban una alfombra que cubría todo, casi como si quisieran proteger esta tierra llena de vida.
Más lejos, hacia el horizonte, se podían ver manchas rojizas corriendo junto a otras oscuras más pequeñas.
A medida que se acercaban, los niños descubrían que esas manchas rojas que se movían rápidamente eran caballos.
Las llamadas de su maestra eran inútiles: estaban todos parados en el carro.
Entonces el dueño de la estancia detuvo los caballos. Se volvió hacia ellos. Los sentó a todos y les contó una historia:
"Escuchen bien. Hace muchos, muchísimos años hubo un saqueo y un incendio que destruyeron Buenos Aires y sus alrededores.
Se cuenta que los cientos de caballos árabes, bereberes y andaluces, que los españoles habían transportado a estas tierras, escaparon luego a las pampas.
Eran caballos fuertes, muy resistentes y lograron soportar temperaturas muy frías y extremadamente altas. Pudieron y aún pueden sobrevivir hoy con poca comida y poca agua. Durante cuatro largos siglos, a pesar de las duras condiciones ambientales, se reprodujeron en libertad dando origen a la raza que hoy gira a nuestro alrededor y que recibe el nombre de criollo.
Los hombres que ven con ellos y que los juntan y tratan de montarlos y domarlos son gaúchos.

Ya han escuchado esta palabra, ¿cierto?".
Los niños, muy atentos, gritaron que sí al unísono, arrancando una dulce sonrisa a la profesora y a Carlo, que no esperaban esta explosión tras un silencio tan absoluto de atención.
"Los gaúchos son campesinos, continuó, son pastores que viven principalmente en la pampa. Tienen una habilidad notable en la monta de caballos criollos y también en el uso de las bolas.
Las bolas o boleadoras son palabras que derivan del español y del portugués: bola, palla en italiano, ... ¿cierto Dante?".
Dante asintió, apretando su bola con más fuerza.
"Son cintas, prosiguió Carlo, o cordones de cuero en cuyos extremos se atan bolas de unos 10 cm de diámetro por un lado y asas por el otro, generalmente también de cuero.
Las bolas se arremolinan sobre la cabeza y, una vez lanzadas, se enrollan alrededor de las piernas de la presa. El uso de estos objetos se transmite de padres a hijos entre los gaúchos y tiene orígenes que regresan a miles de años atrás.
El gaúcho es un personaje extraño, misterioso, un tanto poético y un tanto mítico, un hombre errante y solitario, que sólo necesita un caballo, un lazo, un cuchillo para despellejar animales y una guitarra... Sí, sí, asimismo, de una guitarra..."
Los niños no podían creer lo que escuchaban.
"¿Y qué hacen con la guitarra?" Uno de ellos preguntó.
"La tocan cuando están solos, por la noche o cuando se toman un descanso. Y luego bailan tango entre ellos, un baile sobre los ritmos que ellos producen. Pero estas cosas las aprenderán cuando sean mayores".

"Tú sabes muchas cosas, Carlo, a mí también me has intrigado", exclamó la maestra.

Regresaron a la plaza de la propiedad. Los niños se bajaron de la volanta y empezaron a jugar bajo la atenta mirada de Antonia, que sin embargo siguió haciendo preguntas al dueño.
"¿Qué saben ustedes de este nuevo baile?, ...el tango, digo, ...parece acaparar cada vez más el imaginario masculino".
"Sí, se está propagando muy rápidamente. Es un baile atrevido, nacido a orillas del Plata. Es un baile en pareja gracias al cual es posible entrar en contacto con el cuerpo del otro y con las emociones más fuertes, una forma de expresar deseo, pasión, creatividad y ¡sentirse vivos!
Son precisamente los gaúchos quienes empezaron a bailarlo.
Inicialmente lo tocaban agrupaciones que solo tenían flauta, violín y guitarra, y cuando faltaba la posibilidad, se utilizaba un peine que se transformaba en instrumento de viento, gracias al uso de un papel de tabaco y un experto soplador.
Es un canto melancólico y triste que narra las dificultades de la vida y los dolores de amor de los pobres.
Proviene de motivos africanos. Luego pasó a ser poesía recitada y cantada. Nació en las zonas portuarias, por eso se llama *tango porteño*.
Se desarrolló en los burdeles, por eso se le llama la danza del inframundo.
En los prostíbulos, en los burdeles del puerto van hombres necesitados de calor y maleantes de todo tipo, pastores de la pampa, gaúchos que viven en los arrabales urbanos, gente en busca de alboroto, aventureros que viven de expedientes, alborotadores que tienen problemas pendientes con la justicia y también los famosos compadritos.
Circulan historias dramáticas, que se consumen en los ambientes del

tango, en las tabernas, en las milongas, en los ambientes del vicio, entre el vino, aguardiente, yerba mate, historias de peleas, retos, duelos, traiciones, dobles juegos.

Antonia escuchó en silencio las palabras de Carlo. Le habían abierto un mundo a ella desconocido. La escuela era su único territorio.
Amaba a sus alumnos como una madre y no podía imaginar todo esto.
El crujido de las hojas secas moviéndose con el empuje de un viento ligero era el único sonido que se podía escuchar.
El sol aún filtraba desde los picos más altos de la *paulownia*, todavía cargados de hojas.
La mirada siguió aquellos troncos fuertes y ásperos para llegar a fijar esos altos penachos, contra el fondo de un cielo azul claro.
"Disfrutemos de este aire cálido, Carlo, los colores y esta grande paz".

Veleros en el puerto deportivo

En 1890, en el Puerto de Ensenada, predominaban los veleros, en cantidad de 213, sobre los vapores, que en cambio eran 111.
Algunas empresas organizaban excursiones turísticas a Buenos Aires, Montevideo y Río Aurea, pidiendo en este caso 50 centavos por persona para acceder a los muelles.

Lunes, 13 de octubre de 1890

Alrededor de Buenos Aires

A las seis y media de la mañana Luigia ya se encontraba en la tienda y estaba ordenando las verduras frescas en las cestas.
"Massimo dice que muchos barcos de vapor pasan por el puerto, pero los veleros aún los duplican. Dice que algunas empresas organizan excursiones recreativas a Buenos Aires. Sería bueno salir en un velero. ¿Te gustaría, Nico? Dante saltaría de alegría y a nosotros dos no nos vendría mal tomarnos un día para ir a ver las cosas lindas de Buenos Aires.
Después de todo, es la capital de Argentina y solo conocemos el Hotel de Inmigrantes".
Nicolás permaneció en silencio. Desde su llegada, su esposa se había esforzado por brindarle consuelo y apoyo y transformó sus días.
La vida era más hermosa desde que ella también estaba allí.
Pero evidentemente ahora sentía el peso de la situación y necesitaba interrumpir el ritmo de los compromisos.
"Te entiendo", repitió, "te divides todos los días entre casa, tienda y proveedores. ¡Dante necesita cuidados y atención constantes y yo no puedo ayudarte como me gustaría!
Necesitas descansar y en cambio trabajas todo el día.
Y sí, vamos a ir, le pediré a Massimo de informarse, ¿de acuerdo? Él también podría venir".
Luigia lo agradeció con un abrazo y una grande sonrisa.

Llegaron al puerto a las ocho de la mañana.
Para acceder a los muelles tenían que pagar cincuenta centavos cada uno, excepción del pequeño Dante..

La salida estaba prevista para las ocho y media. Otras personas habían subido a bordo con ellos. Dante estaba emocionado y preocupado a la vez: emocionado por la idea de viajar en un barco con muchas velas, pero preocupado porque tenía miedo de quedarse tantos días allí arriba, según recordaba.

Pero el viaje no duró más de un par de horas. La embarcación atracó frente al Hotel de Inmigrantes.

Bajaron en silencio. Todavía estaba vivo el recuerdo del desembarco anterior, de la larga travesía, de los minutos, de las horas, de los interminables días pasados sobre el océano. Todavía había una sensación de angustia e inquietud por ese futuro incierto, todo por vivir. Entonces los sonidos de los vapores, las grúas, y los caballos, se apoderaron de sus pensamientos.

Nicola dio un profundo suspiro de alivio y sonrió.

El guía alquiló tres mateos y todos se dirigieron hacia la Plaza de Mayo, la plaza principal de Buenos Aires, en el barrio de Monserrat. Una vez llegados allí, el guía explicó que el nombre de la plaza se debía a la revolución de mayo de 1810, revolución que había dado paso a la independencia de España, de las Provincias Unidas del Río de La Plata.

Luego invitó a todos a volver la mirada hacia el monumento más antiguo dedicado a la historia del país: la Pirámide de Mayo, construida en 1811, con motivo del primer aniversario de la revolución. Posteriormente, en 1856, se colocó en la punta una alegoría de la Libertad. Dante miraba con la nariz en alto todo el tiempo.

Luigia se preguntó cuántas personas ya habían pisado esa plaza, cuántos allí habían elogiado la libertad del colonialismo español, vidas vividas, vidas acabadas. Quizás algún día alguien la recordaría también, así como Nicola, Massimo e incluso el pequeño Dante como

algunos de los muchos, cuyo corazón había latido por un lugar en esa tierra.
Ahora el guía los instó a observar el *Cabildo*, sede del Ayuntamiento, un edificio de estilo italiano, símbolo y epicentro de la *Revolución de Mayo* y primer paso hacia la futura independencia de Argentina.
Pero el edificio más impresionante e importante fue la espléndida Casa Rosada, nombre que deriva de su característico color rosa, sede del poder ejecutivo y del presidente de la República Argentina.
Luigia, Nicola y Massimo quedaron fascinados al visitar los interiores de este edificio. Y más cuando pudieron ingresar al *Museo de la Casa de Gobierno*, por dentro: una auténtica exposición de objetos vinculados a la historia del país y de sus presidentes.
Dante en realidad mostraba signos de cansancio.
La *Iglesia Mayor*, catedral de Buenos Aires, frente a la Plaza de Mayo, la vio en los brazos de su tío Massimo.
Para los adultos, en cambio, la fachada de la iglesia era una obra impresionante, con doce columnas de estilo corintio que sostenían el frontón, en cuyo interior estaba colocado el bajorrelieve, esculpido por Dubordieu en 1862, y que representa el encuentro de José con su padre Jacob y sus hermanos en Egipto.
En ese momento el pequeño se durmió y no se percató del viaje de regreso.
Su madre también estaba cansada, pero estaba visiblemente satisfecha de haber pasado un día, fuera de la rutina diaria, libre de preocupaciones, sin los habituales esfuerzos y problemas por resolver.

Plaza de Mayo

La Plaza de Mayo es la plaza principal de Buenos Aires, la capital de Argentina. Como centro de la capital argentina, ha sido escenario de algunos de los hechos más importantes de la historia no solo de la ciudad sino de la nación, como la Revolución de Mayo que dará paso a la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Con motivo del primer aniversario de la revolución, en 1811, se construyó la Pirámide de Mayo, primer monumento dedicado a la historia del país.

A la Plaza de Mayo se asoman algunos de los edificios civiles y religiosos más importantes de la ciudad: el Cabildo de Buenos Aires, la Casa Rosada (sede del gobierno nacional), la catedral de la ciudad, la sede del gobierno de la ciudad y el Banco de la Nación Argentina.

Lunes, 16 de febrero de 1891

Aprensión y asombro

Esa mañana se despertó temprano, presa de una vaga sensación de inquietud.

La oscuridad y la quietud aún imponían el descanso, pero ella puso los pies en el suelo y se sentó en el borde de la cama un rato, ... para escuchar mejor su cuerpo.

Decidió no hacerle caso, se levantó y se vistió, ya que casi amanecía. En silencio preparó el desayuno y ordenó la cocina. Dentro de poco su hermano Massimo estaría yendo a trabajar, como siempre; Dante habría saboreado su leche con las galletas hechas por ella y con la compañía de Nicola en casa, la mañana iniciaría su ritmo diario habitual.

Con las primeras luces del día salió al jardín para ver el efecto de la lluvia en sus verduras, en un verano tan caluroso y reseco como aquél.

Las coliflores, la col y los tomates de repente habían cobrado fuerza y levantado sus cabecitas, hasta el día anterior, envilecidos y postrados, casi tocando el suelo.

Las nubes no le permitían ver aparecer aquella hermosa bola de fuego, pero los reflejos eran como tajos en el cielo y la luz, con sus colores y su calor, forzaba su mirada.

"La luz es a la vez fuente y expresión de la vida", pensó, "cuando la luz desaparece, toda la Naturaleza descansa, esperando nueva luz, ... incluso el invierno comienza con la oscuridad, pero nos susurra que a partir de mañana nos iremos cada vez más hacia la luz, mientras que es el verano que la lleva inexorablemente y lentamente lejos de no-

sotros. En el fondo, esta circular alternancia de luz y oscuridad genera seguridad y confianza, si se sabe escuchar...".

Un vuelo bajo de vencejos llamó su atención.
Levantó la vista y durante un rato se quedó mirando lo que debía ser un preparativo o un acuerdo, quizás....
Un poco a lo lejos, el borde de los techos de dos casas unidas se había convertido en el lugar de encuentro y reunión.
No hicieron más que elevarse en el cielo durante largos vuelos y luego aterrizar ligeros, colocándose uno cerca del otro, como muchas perlas negras de un collar extendido en el aire.
Quedó a escuchar su "parloteo", alegre y frenético, como si se estuvieran contando el presente, para comprobar que todos estaban de vuelta, o si estaban de acuerdo en algo. Tal vez eran los comentarios sobre el día, ... sobre el clima, sobre el festín de insectos, sobre las crías, sobre los nidos encontrados y aquellos construidos de nuevo...

Oyó a Nicola toser insistentemente y volvió a entrar en la casa. Ella lo vio, doblado por el esfuerzo. Ella le puso una mano en el hombro: un gesto de consuelo que ella, por desgracia, sabía muy bien, no habría producido ningún resultado positivo, si no fuera en su alma.
Nicola estaba cambiando gradualmente.
Cada día estaba más concentrado en su problema. Se estaba aislando, se había vuelto más silencioso y menos involucrado en los intereses y la vida familiar.

De repente volvió a sentir ese malestar y se preguntó si había comido algo malo el día anterior, o si era un reflejo debido a la constante preocupación por su esposo…

No supo dar una respuesta a sus preguntas y no tuvo el tiempo, porque se vio obligado a luchar contra una arcada tras otra.
En ese momento fue Nicola quien se preocupó por ella.
"Pasará, no te preocupes", respondió ella.

Pero no pasó y como Nicola también parecía empeorar, decidió llamar al doctor Cristofoletti por los dos.

El médico se pasó una mano por el pelo, después de haberlo examinado minuciosamente.
Miró a Luigia a los ojos y se dejó escapar un desolado suspiro de resignación.
"Para ti, Nicola, además de ventilar bien las habitaciones y oxigenar siempre los pulmones, te diría que siguieras con las infusiones de malvaviscos. No tengo nada más que recomendarte. Quizás un poco de opio, pero me parece excesivo".
Luego visitó atentamente a Luigia y, cuando terminó, se volvió de nuevo hacia él diciéndole:
"... y en todo caso también tengo novedades, como decir, 'sanas y balsámicas' para darte".
Nicola alzó los ojos, en una actitud interrogante, a la vez perplejo y un poco intrigado. Sacudió la cabeza, insinuando una leve sonrisa, como pidiendo una explicación. Se sintió atraído e intrigado por la dirección que estaba tomando el discurso.
"Prepárate para un evento feliz, Nico. Estás a punto de volver a ser padre. Dentro de unos meses, Luigia pondrá otro bebé en tus brazos, o nena, ¡quién sabe!".
Entonces, ambos estaban tan emocionados que se quedaron sin palabras.

Por el silencio en que habían caído, el médico fue preso por un ataque de la hilaridad y ese asombro repentino, esa dulce confusión que se sentía en el aire, se convirtieron en alegría para todos.
"Entonces, si ese es el caso, ¡hay que brindar!", decidió Nicola.
Y brindaron por este día que había comenzado con tanta preocupación y que ahora se convertía en un magnífico nuevo comienzo.
Se acercaba otra Navidad y, a pesar de la enfermedad de Nico, se anunciaba lleno de alivio y buenos cambios.

La vida, a pesar de todo, seguía sorprendiéndolos.

Lunes, 22 de junio de 1891

Vida y muerte

Más de cuatro meses después, las náuseas habían pasado, pero el cansancio y la irritabilidad siempre seguían siendo compañeros constantes.

Ella había comenzado a preparar lo necesario para recibir al recién nacido. Estaba organizando todo a la perfección, hasta el más mínimo detalle.

A menudo involucraba a Dante haciéndole sentir los movimientos de su hermano pequeño en el vientre y le contaba lo hermoso que era cuando estaba allí adentro.

Este embarazo, sin embargo, se desarrollaba de una manera totalmente diferente a la de Dante y esto la ponía un poco ansiosa. En su mente surgían diferentes pensamientos y preocupaciones, a veces incluso contrapuestos, un verdadero miedo que la mantenía en un estado de constante alerta.

Es más, era consciente de que tendría que lidiar con una vaga preocupación por la ahora inminente separación. Al contrario, tenía que estar tranquila, ¡aún no era hora de dar a luz!

Esa mágica relación simbiótica que había durado meses avanzaba in crescendo, ... o al menos, estaba a punto de tomar una nueva forma: ya no tendría que lidiar con un niño hasta entonces imaginado, soñado, idealizado. Ese bebé se volvería real, hecho de carne y voz en sus brazos, tal vez incluso diferente a como lo había imaginado.

¡Cuántas molestias, cuánto nerviosismo, cuántas emociones!

Cada episodio, que en otro momento habría sido considerado obvio y normal, se convertía en una molestia o una fuente de ansiedad.

Estaba cada vez más sensible, irritable y menos inclinada a ceder. Decidió pedir ayuda al Dr. Cristofoletti, para que también visitara a Nicola que empeoraba visiblemente.

Cuando el médico entró a la casa, de inmediato notó los labios azulados de Nicola y lo mucho que le costaba respirar, pero el cansancio y la actitud degradante en los ojos de Luigia era igualmente evidente y optó por visitarla primero.
La barriga había crecido considerablemente. Sacó el estetoscopio de su bolso y lo colocó sobre ella en busca de los latidos del bebé.
El médico intentaba y volvía a intentar un examen más cuidadoso, varias veces y en diferentes lugares.
Luigia no se preguntó la razón de ese retraso. Estaba demasiado ocupada en quejarse de los movimientos y cambios que sentía y que no le daban tregua ni siquiera por la noche, cuando habría querido descansar. Decía que la incapacidad de asumir la posición preferida para dormir y los movimientos en su útero habían alterado los ritmos del sueño y vigilia.
No eran solo los dolores en la espalda, a menudo sentía claramente las pequeñas patadas y puñetazos.

En ese momento, el Dr. Cristofoletti la miró y la interrumpió.
"Bien Luigia, tu cuerpo está trabajando a toda velocidad. Siéntate, tengo algo que decirte ..."
Una vez sentada, el doctor también se dirigió a Nicola y continuó:
"La familia va creciendo y en esa barriguita, queridos, yo siento dos corazones que laten".

Nicola dejó de toser y jadear. Él sonrió entre sus labios y se sentó

también.
"Doctor, esta es la segunda vez que logra confundirme. ¿Pero está seguro...?".
"No creo que me equivoque, Nico", respondió con buen humor.
Luigia se encontró con la mirada de Nicola y todavía se miraron con incredulidad.

Antes de irse, el doctor hizo el segundo brindis con ellos.

Desde ese momento miró a su esposo con otros ojos y lo vio en toda su precariedad: débil, exhausto, obligado a enfrentar los constantes ataques de tos, al punto de perder sangre por la boca debido al esfuerzo.
Sí, estaba enfermo, de hecho, cada día empeoraba.
¡Pobre Nico, ...él ...tan bueno, un verdadero ángel!
Había sacrificado su salud, su vida por el bienestar de la familia.
¡Cómo no darle crédito! Él, tan digno de confianza, concienzudo, honesto, se había ganado el respeto de todos.
En cambio, la mala suerte se había apoderado de su cuerpo.
No quedaba nada del hombre vigoroso que era.
Dormía sólo si se ponía de lado, porque en decúbito supino se asfixiaba y pasaba muchas noches incluso sentado e inclinado un poco hacia adelante para poder respirar.
Había perdido el sabor de la comida y había perdido peso en exceso.
El dolor constante en su pecho lo ponía ansioso e interfería con casi todas sus actividades normales.
Se había encerrado en sí mismo.
También el júbilo por estos dos nuevos niños, que él mismo había generado y de los que estaba orgulloso, no podía animarlo.

Los ojos brillantes, la frente perlada, la postura abatida, el tono de voz siempre bajo, ... todo hablaba de su indecible sufrimiento.
A veces, ella se daba cuenta de esto y trataba de suavizar el aire, pero verlo sufrir y apagarse lentamente como una vela la volvía inestable e irritable.
... y entendió, ... entendió que era precisamente su impotencia ante el mal lo que le quitaba la concentración y la volvía irrazonable.
Hace más de un mes, Nicola había dejado de trabajar en su taller.
Muchos clientes habían regresado para preguntar por él y su estado de salud. Algunos se habían encariñado tanto que incluso lo hacían a diario. El ingeniero Waldorp también había venido a visitarlo y, hablando de ello con Luigia, en su ausencia, le confió que lo había encontrado terriblemente cambiado.

Como para indicar un triste presagio de muerte, el 6 de junio salió el sol a las 4.36 de la mañana y a las 6.16 oscureció en un eclipse que duró unos minutos.
Y entonces llegó, el día que temía, el día en que todo esto llegó al extremo.
Era la mañana del 29 de junio. Toda la noche Nicola había estado tosiendo y jadeando.
Luigia había acompañado a Dante a la escuela y a su regreso lo vio sentado en el borde de la cama, con las manos apoyadas en el colchón y los brazos rígidos, en un intento desesperado por tomar una bocanada de aire.
Lo vio inclinar la cabeza hacia atrás, tratando de inhalar la mayor cantidad de aire posible. El esfuerzo por respirar lo había vuelto cianótico. La cara estaba contraída en una mueca de dolor.
Ya no hablaba, no tenía las fuerzas ni el tiempo. Estaba totalmente perdido, buscando aire, entre un golpe de tos y otro.

Las únicas palabras que intentaba pronunciar se reducían a monosílabos, pequeños sonidos entrecortados e incomprensibles.
Luigia inmediatamente se dio cuenta de la gravedad de la situación y mandó llamar al médico, pero fue inútil.
En un intento extremo, Nicola, sin más fuerzas, volvió a intentar tomar aire, pero inmediatamente cayó hacia atrás, emitiendo un sonido terrible. El poco aire que le quedaba en los pulmones resultó en un estertor escalofriante y un último suspiro trágico.

Coche funerario

En este período, las plumas de avestruz se usaban a menudo para la decoración. Cuantas más plumas se usaban, mayores eran los recursos de los muertos o familiares.
El carruaje era tirado por caballos negros si el difunto era hombre; en cambio, era tirado por caballos blancos si el difunto era una mujer o un hombre sin familia.
Si el dueño del negocio no tenía el caballo correspondiente, usaba los caballos que tenía.

Jueves, 25 de junio de 1891

La vida que muda

No era solo su marido.

Él era su mejor amigo, ... desde siempre.

Todavía recordaba sus juegos de niños.

De niño, en 1880, se había marchado de casa. Ella lo había esperado y lo había vuelto a encontrar.

Como hombre, se había marchado de nuevo y ella había cruzado el océano por él... y se había unido a él.

Habían vivido juntos durante seis años y más, habían compartido satisfacciones y amarguras y ahora le parecía que tenía que enfrentarse a una soledad sin límites.

Ahora se había ido otra vez, ... pero esta vez para siempre.

Había caído en un estado de entumecimiento emocional, como si hubiera dejado de funcionar. Parecía petrificada, sin vida. Ni siquiera olía los olores y los sabores. Se movía como una marioneta.

Era como si estuviera viendo un barco hundirse en el océano, incapaz de hacer nada.

... si lloró? ... oh sí, claro, ... lloró durante días y días; lloraba cada vez que leía las tantas tarjetas de condolencias que le llegaban, lloraba por cada nota, lloraba todo el tiempo.

Trató de no olvidar su risa, su mirada, su rostro, su forma de caminar. Se dijo a sí misma que, aunque él ya no estaba allí, no podía tocarlo, ni escucharlo, aún habría permanecido vivo en su corazón.

Nada ni nadie se lo quitaría, ni siquiera el tiempo. Por esto la posibilidad de no recordar sus características físicas todavía le causaba un gran sufrimiento.

Aceptaría la muerte, pero no el olvido.
Le dio a Massimo su ropa y otras cosas.
De él sólo quedó una camisa, la que usaba los domingos, cuando todos iban a misa juntos. Se la acercó a la cara, lo olió, se la puso y luego se envolvió en su propio abrazo. Todavía podía sentir su respiración sibilante.
Y entonces vio a Dante, que la miraba sin palabras y desconcertado. Incluso él, aunque pequeño, lo había entendido.
Ya no estaba su papá, su compañero de juegos y su mamá vestía de negro y siempre estaba triste.
Ella lo tomó en sus brazos y lo abrazó con fuerza.

En ese momento, un pequeño pie empujando su vientre le recordó que una parte de Nicola todavía estaba allí adentro. Un poco más de tiempo y pudo admirar su último regalo.
Entonces, sin darse cuenta, inconscientemente tomó la decisión de seguir viviendo.

Miércoles, 18 de octubre de 1891

Alegría borrosa

Se despertó temprano después de un sueño inquieto. La habitación aún estaba sumergida en la penumbra. Con los pies descalzos llegó a la ventana y vio la luz que se elevaba desde el horizonte y luego se extendía lentamente y daba forma al paisaje a su alrededor. A pesar del aire templado, ese día prometía ser oscuro en el cielo y una densa lluvia había comenzado a descender, cayendo ruidosamente.

Luigia estaba en la cocina preparando el almuerzo, cuando sintió una ligera contracción y de repente se sintió completamente mojada.

A pesar de que era demasiado temprano, Massimo se apresuró a llamar a Ada, la partera, una mujer pequeña y redonda que, nada más llegar, se arremangó la camisa, echó agua al fuego y pidió abundantes toallas de lino.

A pesar del peso y el tamaño de su barrigón, Luigia caminaba de un lado a otro de la casa, pero una contracción más fuerte la convenció de acostarse en la cama.

Había llegado el momento.

Nueve meses con los hijos de Nico. Durante todos estos meses los había imaginado, deseado, soñado con ellos. Pronto los tendría en sus brazos, los acunaría y buscaría el rostro de su padre en sus facciones.

Otra contracción barrió todos los pensamientos. Y fue tan intensa que empezó a tener miedo, miedo al dolor, miedo a lo desconocido... Lo que hasta hace poco se podía definir como un simple miedo o aprensión, ahora estaba creciendo y convirtiéndose de a poco en ansiedad; una sutil inquietud que arrastraba consigo una grande can-

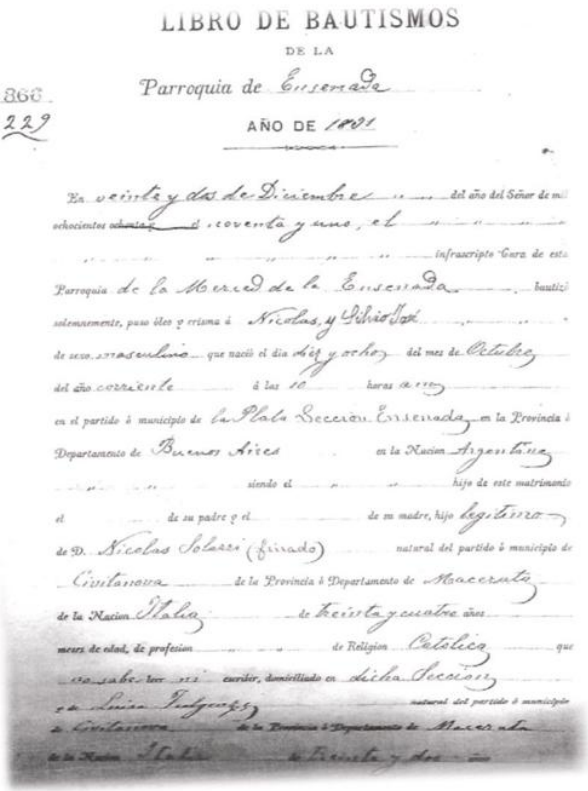
tidad de interrogantes y escenarios amenazantes.
Las contracciones se sucedían rítmicamente. Sus manos estaban sudorosas, su corazón latía con fuerza, su respiración dificultosa y sus extremidades temblaban.
El dolor borraba el tiempo. Ya no podía evaluar su paso.
Tal vez habían pasado minutos interminables, o tal vez horas enteras, no pudo calcular.
Intentó concentrarse en las contracciones que iban aumentando en intensidad y cada vez más juntas.
Ya no era una sucesión de minutos, sino una verdadera sucesión de intervalos de dolor e imágenes de la vida vivida hasta hace poco tiempo atrás. Por un instante le pareció tener el rostro sonriente de Nicola frente a ella. Él estaba allí, con ella, lo sentía, estaba segura, no la había abandonado. Al contrario, le estaba dando coraje.

En la siguiente ola de dolor, decidió no luchar contra ella. Se rindió a la contracción.
Entre un espasmo y otro no hubo más tiempo para los pensamientos.
Entonces sintió su cuerpo contraerse por enésima vez y se dio cuenta de que había llegado el momento... y fue así que, con valentía, llevó a su bebé hacia la luz.
Oyó el primer grito, como si estuviera lejos, pero no pudo escucharlo más porque su cuerpo se contrajo de nuevo en otro doloroso espasmo y sintió que el milagro estaba a punto de repetirse.
Pronto, la vida floreció en otra pequeña criatura. La partera se hizo cargo de los dos. Luego envolvió a cada uno de los bebés en una sábana de lino y los llevó a su madre.
Cuando se acercó a ellos, Luigia todavía sufría, pero no sentía el cansancio. Sus ojos se llenaron de lágrimas por la emoción y besó con ternura sus caritas regordetas.

Quiso llamar a Dante a su lado. Ella besó a él también y le contó lo feliz que estaba cuando él vino a la luz, y que él también, recién nacido, era igual como sus hermanos pequeños.
Dante se acercó a uno de ellos y tímidamente le dio un beso.
Luigia lo observó feliz.
"Me gustaría llamarlo Silvio, ¿tú qué opinas, puede estar bien?, le preguntó ella, ¿Te gusta este nombre?".
Dante la miró, sonrió y asintió. Estaba visiblemente incómodo y confundido.
Entonces Luigia miró al otro niño y en el mismo instante, el pensamiento voló a su esposo. Percibió su presencia en el aire. Una idea repentina y espontánea cruzó por su mente, y volvió a mirar a Dante: "... y él, lo llamaremos Nicola, ¡como tu papá!".

Aquí, ... ella y sus hijos..., ¡y el mundo estaba completo!

No se dio cuenta de cuántas lágrimas caían de sus ojos, por qué no, ... no, ... ¡el mundo no estaba del todo completo!
Había un asiento vacío a su lado. Le faltaba un padre cariñoso, un marido sonriente, un amigo sabio, el antiguo compañero de juegos, de risas, de confidencias, de alegría... le faltaba el calor, la alegría y el consuelo del amor de Nico.



LIBRO DE BAUTISMOS

DE LA

Parroquia de Ensenada

N° 866

229

AÑO DE 1891

En veinte y dos de Diciembre del año del Señor de mil ochocientos ~~ochenta~~ y noventa y uno, el infrascripto Cura de esta Parroquia de la Merced de la Ensenada bautizó solemnemente, puso óleo y crisma á Nicolas y Silvio José de sexo masculino que nació el dia diez y ocho del mes de Octubre del año corriente á las 10 horas a.m. en el partido ó municipio de la Plata Seccion Ensenada en la Provincia ó Departamento de Buenos Aires en la Nacion Argentina siendo el hijo de este matrimonio el de su padre y el de su madre, hijo legítimo de D. Nicolas Solari (firmado) natural del partido ó municipio de Civitanova de la Provincia ó Departamento de Macerata de la Nacion Italia de treinta y cuatro años menor de edad, de profesion de Religion Catolica que no sabe leer ni escribir, domiciliado en dicha Seccion y de Luisa Pedgenzi natural del partido ó municipio de Civitanova de la Provincia ó Departamento de Macerata de la Nacion Italia de treinta y dos años

Bautismo

Certificado extraído del Archivo de la Parroquia Nuestra Señora de La Merced en Ensenada.

Domingo, 20 de diciembre de 1891

La crisis económica y el mutualismo

Cuando pensaba en el corto tiempo que siguió al nacimiento de los gemelos, su mente se negaba a reflexionar. Habían transcurrido dos meses y habían sido dos meses difíciles.

Sólo dos meses y parecía que había pasado una eternidad. ¡Crecer juntos a Dante y a los gemelos sin Nicola, sin ninguna ayuda, sin ningún descanso, no había sido nada fácil!

Todavía no lo era.

Se dedicaba por completo a sus hijos y no podía hacer otra cosa.

Todos eran pequeños y necesitaban cuidados constantes, día y noche.

María era una buena amiga. Venía a visitarla a menudo, ella se encargaba de llevar a Dante a la escuela por la mañana. Llegó temprano, con sus hijos y los acompañó a todos juntos en el tranvía. Y luego, por la noche, siempre era ella quien iba a recogerlos.

A menudo, los domingos por la mañana, Massimo se quedaba en casa para cuidar de los pequeños para que ella pudiese ir a misa con Dante. Era su único momento de respiro.

Su hermano era de gran ayuda para ella, en cualquier momento del día. Ahora que las actividades de construcción del puerto habían terminado y ya no tenía trabajo, tenía tiempo libre y se lo dedicaba todo a sus sobrinos, pero siempre callado y pensativo. Vivir sin tener un trabajo en el que contar se hacía cada día más difícil.

Para todos, la vida en Ensenada se estaba volviendo cada vez más crítica. La crisis por la falta de empleo se hacía sentir fuerte y las ventas habían disminuido considerablemente.

Una vez finalizada sus tareas en el puerto, a Massimo no le quedaba otra

cosa que ocuparse de la pequeña ferretería de Nicola.
Pero esa actividad no era suficiente para mantener a dos adultos y tres niños.
Obviamente, la tienda de Luigia ya no era la misma de antes.
Con los mellizos en sus brazos, ya no podía ocuparse de las verduras frescas de la huerta, hacer pasta casera, preparar los platos de carne, los bollos y las galletas.
A estas alturas solo le quedaba por vender víveres: azúcar, semillas, cereales, harinas...
Massimo también fue a La Plata a pedir trabajo, pero allí tampoco había trabajo, es más, allí realmente no había nadie.
Las personas que iban allí la llamaban *una ciudad muerta*.
"Todo es cómodo, decían, es grandioso y bien construido, hay de todo, ¡pero en La Plata no hay vida![22] Podrías estirar la vista al máximo, sin ver un solo ser humano[23]".
¡Y era verdad!
Massimo admiró la impresionante *Estación del Ferrocarril 19 de noviembre*, diseñada por el arquitecto italiano Francesco Pinaroli; la *Catedral Metropolitana de La Plata Inmaculada Concepción*, el Palacio Municipal, el Museo de Ciencias Naturales, ... todas obras colosales. Pero precisamente la pasión desmedida por las obras gigantescas, combinada con la corrupción y la conducta inmoral en la política y la falta de otras fuentes de empleo, pronto generó una grave crisis económica.

---

22 – C.A. Asnaghi, *Ensenada, una lección de historia, Crisis laborial y social*, vol. 14, pp. 261-262. François Crastre: "*Todo es cómodo, cuidado, grandioso. Hai de todo excepto vida. La Ensenada es el único sector que tiene apariencia de animación*".

23 – C.A. Asnaghi, *Ensenada, una lección de historia, Crisis laborial y social*, vol. 14, pp.. 261-262 W.H.Koebel: "*La Plata solo es una ciudad de palacios vacíos. Podríasis recorrer con la vista todo su extensión sin advertir un solo ser humano. In Ensenada y su muelles se encuentra mucha gente y no poca actividad*".

Muchos entre los italianos, se vieron obligados a regresar a su país de origen, otros decidieron reunirse en grupos y ayudarse unos a otros. El deseo de reunirse entre los miembros del colectivo no era nuevo.
La cuantiosa inmigración que había llegado en pocos años había dado lugar a la formación de grupos similares en las ciudades de La Plata y Ensenada.
Ya en el lejano 1885 se había formado la *Unione Operai Italiana* y posteriormente, en 1887, con las mismas características se había formado el *Circolo Italiano*, del que formaba parte también el farmacéutico de Ensenada, Dr. Argel Valania.
Pero, a principios de este 1891, la situación económica de las familias, ya crítica por la falta de una fuente de sustento, estaba precipitando.
Muchos de los inmigrantes que habían optado por quedarse, comprendieron que no podrían sobrevivir sino construyendo sólidos puentes fraternales de solidaridad entre ellos.
Con estas intenciones, también como consecuencia de la creciente propagación de enfermedades endémicas, no siempre adecuadamente asistidas por falta de medios, fundaron una nueva sociedad a la que denominaron *Sociedad Obrera Italiana de Socorros Mutuos*[24].
Cualquier italiano podía pertenecer a la sociedad siempre que gozara de la estima pública y de una moralidad inconmensurable. El objetivo era mejorar moral y materialmente las condiciones de los socios más necesitados con subsidios diarios para los enfermos, estableciendo un fondo de bonificación una tantum para los socios afectados por desastres.

24 – C.A. Asnaghi, *Ensenada, una lección de historia, Sociedad Obrera Italiana de Socorros Mutuos*, p. 264. *"El 5de junio de 1885 nació la Unione Operai Italiaa, que conto con una numerosa sección en Ensenada. El 4 de diciembre de 1887 fue creado el Circolo Italian, del cual partecipaba, entre otros,el farmacéutico ensenadense Argel Valania".*

Al volver a casa, a diferencia de La Plata, Massimo se dio cuenta de que en los muelles y en las calles, Ensenada aún conservaba su vivacidad y cierto fervor, una discreta apariencia de animación. Desafortunadamente, sin embargo, una moraleja siguió a la crisis económica. En el camino de regreso, Massimo se encontró con varias mujeres que esperaban clientes.

La prostitución generalizada que había estallado en La Plata, ahora por motivos de decoro y para ocultar la degradación económica, se había trasladado a Ensenada, en perjuicio y desprecio de una población correcta que no merecía esta afrenta.

También por ello, el año anterior, la Comisión que se encargó de la construcción de la iglesia logró obtener su uso público y si no se hubieran levantado otras iglesias monumentales en La Plata, seguramente la de Ensenada, ya iniciada en 1883, se habría realizado con mucha antelación.

Y no sólo eso: la creación del Obispado de La Plata había hecho que Ensenada perdiera la condición de Parroquia, convertida en Vicariato. Afortunadamente, el obispo Mariano Antonio Espinoza, reconociendo la necesidad, se opuso enérgicamente y solicitó y obtuvo la designación de algunos sacerdotes salesianos que pudieran hacerse cargo de toda la *'Parroquia de La Merced de La Ensenada'*[25].

El 22 de diciembre de 1891, el párroco de esta parroquia, Padre José Landucci, celebró el Sacramento del Bautismo de los dos gemelos. Además de la madre y Dante, estaban: el tío Massimo, los amigos Luigi y Maria con sus hijos Angelo y Caterina, el padrino José Giorgetti y la madrina Marsilia Silvestri.

.... pero no fue un día de celebración.

---

25 – C. A. Asnaghi, Ensenada, *La era del mutualismo*, Crisis laboral y social, Gobierno Municipal de Ensenada, Ensenada 1996.

Martes, 5 de enero de 1892

La decisión

Decidió regresar a Italia.

Ya no había ninguna razón para quedarse.

La nueva vida que acababa de conocer se había disuelto como arena entre sus dedos. El entusiasmo, los sueños, las promesas eran solo recuerdos lejanos.

Sin embargo, no podía borrarlos. Le debía su gratitud a la tierra que estaba dejando.

Amada Argentina, tierra de esperanza, tierra generosa que los había acogido en sus grandes brazos benévolos cuando eran pobres y necesitados. ¡Cómo podría olvidarla!

Cómo habría olvidado los días soleados, las noches estrelladas, la sombra tranquilizadora del ombú, las carreras libres de los criollos salvajes, las melodías nostálgicas del tango, las volantas que se deslizan sobre los inmensos prados de terciopelo verde...

Recuerdos imborrables en una sonrisa desvanecida.

¡Cuánta vida en esas tierras sin límites!

Cierto, habían sido días difíciles, llenos de infinito dolor. Luego había mojado el suelo con sus lágrimas. Esa tierra le había robado a Nicola, una parte de sí misma y lo había escondido muy adentro, en sus terrones más fértiles.

Y su mirada ausente, las palabras desesperadas y las lágrimas ardientes de ese amor infinito que estallaba en su pecho no la habían movido a piedad.

Como una madre cariñosa y solícita, ella, tierra generosa, la había consolado, inculcándole que ese era el Plan Divino para ella, que tenía que ser fuerte y aceptar. Ella nunca la olvidaría.

Pero Luigia había tomado su decisión, aunque no fue fácil alejarse de esa tumba fría y silenciosa.
Pero tenía que hacerlo.
Sin ceder jamás al olvido, habría buscado y redescubierto sus antiguos afectos, habría trabajado, habría vivido con sus hijos,
...habría buscado nuevos días de sol y nuevas noches estrelladas.

Sin ningún entusiasmo, le comunicó la decisión a María. Ésta quedó sin palabras por unos momentos, luego, al ver a Luigia en dificultad, le sonrió:
"No son buenas noticias, pero te entiendo. Te extrañaré mucho. Los extrañaremos a todos. Será inevitable sentir la falta de amigos de confianza como ustedes..., no sé cómo lo haré.
Extrañaré los argumentos de hombrecito de Dante. Angelo y Caterina también les extrañarán mucho.
¿Ya tomaron informaciones acerca del vapor? Luigi puede hacerlo, si quieren".

El Duquesa de Génova partiría hacia Italia el 2 de marzo a las 11 de la mañana. Todavía había tiempo, pero Luigia quería ser prudente y aún antes de organizar sus ideas sobre qué llevar y qué dejar, le escribió una larga carta a su madre, en la que deseaba que todos gozaran de buena salud; le contó lo que pasaba allá en Ensenada y las decisiones que había tomado de común acuerdo con su hermano. Le dijo que venderían el negocio y, si lo hubiesen conseguido, también la casa con el terreno; que los niños estaban todos bien y que Dante siempre jugaba con su tío, quizás para mitigar la ausencia de su padre, y por último, que la llegada a Génova estaba prevista para el 29 de marzo.

Miró a su alrededor.

Dante estaba en casa de María, Massimo había salido y los mellizos estaban durmiendo. Se preguntó qué recuerdos cargaría en ese vapor. Se sentía desorientada, no podía elegir. Todo parecía necesario, o al menos útil.

Pero, ¿cómo se puede transferir la vida de dos años de un extremo al otro del mundo?

La caja con la que había llegado estaba en un rincón de la habitación, abierta y lista para recibir el ajuar, la ropa y los objetos para llevar a casa a Italia.

Mientras los ordenaba adentro, sentía como un rechazo interno. Estaba dejando atrás el período más hermoso de su vida, perfectamente consciente de que pronto se convertiría en un simple pensamiento recurrente.

Marzo 1892
El regreso a Italia

El regreso

Una vez finalizadas las obras del puerto de Ensenada y reducida la labor de los 'saladeros', muchos inmigrantes decidieron regresar a su país de origen.
La travesía de regreso era siempre, como en el viaje de ida, un viaje lleno de escollos desde el punto de vista de la salud y lleno de peligros debido a las precarias y a menudo empobrecidas condiciones de los barcos.
Compañeros de viaje eran el miedo al mar y las penurias de una vida compartida, la amenaza de enfermedades contagiosas o epidemias de sarampión, varicela, cólera.
El mareo, la indiferencia y los abusos de la tripulación, el miedo a los naufragios, eran más dolorosos que la soledad y las preocupaciones.
El único bienestar surgía del sublime espectáculo de la inmensidad del océano, del horizonte ilimitado y de la absoluta libertad de los pensamientos.
.

Miércoles, 2 de marzo de 1892

Sobre el *Duquesa de Génova*

Aquella mañana había un fervor ordenado en el Puerto de La Plata. En los muelles, muchos esperaban pacientemente el embarque. Otros, en cambio, bajaban de un vapor o subían las cortas escaleras para acceder a él. El ruido de las grúas se mezclaba con las voces de los pasajeros y todo era levadura de vida.

Ella y su hermano estaban esperando alojamiento.

Cumplidos todos los trámites burocráticos, fueron enviados a la tercera clase. Massimo tuvo que separarse de su hermana y de los niños y fue enviado al dormitorio masculino para ver la litera que le habían asignado.

Lo mismo pasó con Luigia con Dante y los mellizos, en el dormitorio de mujeres.

Todo había quedado como en los recuerdos del pasado.

Regresaron a la cubierta.

Sentimientos e imágenes de momentos tristes y felices se alternaban dentro de ella mientras el vapor se alejaba del muelle.

Rebuscó en la bolsa. Había recogido un poco de tierra alrededor de la tumba de Nicola y la había puesto en una bolsa de papel. Guardó la bolsa en su bolso, ...una forma de sentirlo todavía a su lado. Miró a Massimo y vio en sus ojos la misma mirada, los mismos pensamientos.

Un paréntesis de vida se había cerrado. Regresaban con el dinero necesario para vivir, habían hecho duros sacrificios y habían ganado la batalla contra la pobreza, pero habían pagado un precio muy amargo y desolador.

.

En el vapor

El Duquesa de Génova *era un barco moderno, de motor mixto, vela y vapor.*
La máquina de vapor, en aquellos años, lo había transformado de un velero en un moderno vapor y esto había dado un cambio a su navegación.
Al principio, el motor no era muy eficaz. No conseguía dar mucha fuerza a las dos grandes ruedas de paletas que antes estaban fijadas a los dos costados del barco y, además, en el interior no había espacio adicional para las reservas de carbón y leña destinadas a alimentar las calderas.
A lo largo de los años, sin embargo, ese motor se había perfeccionado y ahora, en lugar de las dos grandes ruedas de paletas, funcionaba una poderosa hélice.

Sábado, 12 de marzo de 1892

La epidemia

En el vapor, a pesar de las dificultades, los días pasaban más rápido en comparación con el viaje de ida. Tal vez fue porque los niños la mantenían constantemente ocupada o tal vez porque la presencia de su hermano de alguna manera la tranquilizaba.

Sin embargo, a la mitad del viaje, notó que muchos de los niños tenían resfriados. Inmediatamente no le prestó mucha atención; lo atribuyó a la violenta tormenta que azotó al vapor unos días antes. Había llegado de repente y había cogido a todos por sorpresa, mientras estaban tranquilamente en cubierta disfrutando de un espectáculo de delfines alardeando.

Luego, sin embargo, otros niños también comenzaron a quejarse de dolor de oído y algunos de ellos tenían pequeños puntos rojos brillantes detrás de las orejas o en la cara.

Era el 19 de marzo y ya se había cubierto gran parte de la navegación. Durante la noche una tos del pequeño Nicola, ligera, seca, la hizo sobresaltar.

"Nada alarmante", se dijo en un comienzo.

Sin embargo, había algo que la inquietaba.

Era ese sonido seco lo que la preocupaba. Le recordó el ruido continuo, sibilante y palpitante que había acompañado los días y las noches de su pobre marido durante meses.

Y ahora, era apenas perceptible, pero era el mismo sonido que escuchó emitir de su hijo.

En la penumbra se llevó una mano a la carita y notó que su aliento era

cálido y a él al igual que a los otros niños, le chorreaba la nariz.

Tan pronto como se salió el día y con la luz más brillante de las lámparas de aceite, lo observó con atención.
No sabía cómo consolarlo, empezó a llorar constantemente y fue así que pudo ver unos puntos blancos en su garganta; sus ojos estaban rojos y su frente estaba caliente, muy caliente.
Estaba continuamente agitado, incluso mientras se alimentaba. A veces se dormía, pero solo por breves instantes y por agotamiento.
Silvio, en cambio, estaba mejor que su gemelo. Él también tenía las mismas manifestaciones, pero eran menos agresivas y su frente estaba apenas tibia.
Afortunadamente Dante estaba bien.
Le pidió ayuda a Massimo para llevar a los niños al médico de bordo.
Había muchos padres con sus hijos que esperaban en la puerta para consultarlo.
Con el corazón acelerado, esperó su turno.

La sala médica estaba dos niveles por encima del dormitorio de mujeres y habría asustado, con solo verlo, incluso al más desesperado de los enfermos. Era una habitación alargada, iluminada desde arriba, con dos filas de literas dispuestas a lo largo de las paredes.
Más hacia el centro, en luz directa, una camilla era blanca, flanqueada por una mesita, más bien espartana, con bordes, sobre la que se alineaban las herramientas necesarias para cualquier intervención. Las medicinas, la quinina para desinfectar y otras herramientas primitivas, realmente impresionantes, estaban reunidas en un gabinete de dos pisos, no muy lejos.
La gastroenteritis y la bronquitis eran las enfermedades más fre-

cuentes a bordo y cobraban víctimas entre los viajeros más débiles. Los niños y los ancianos eran los más expuestos.

Cuando llegó el momento, ella entró discretamente y esperó en silencio a que el doctor visitara a todos sus hijos.
"Tenemos una epidemia de sarampión a bordo", le dijo el médico.
"Lamentablemente no podemos hacer mucho".
Miró el rostro nacarado del médico, demacrado por el cansancio y la noche sin dormir.
Cuando visitó al pequeño Nicola, el medico levantó los ojos al cielo le aconsejó que se lavara continuamente la frente con agua fresca de mar.
El pequeño estaba en estado serio. El sarampión lo estaba devastando y a esto se había sumado una infección pulmonar.
En breve, muchos niños empeoraron y murieron y el médico no pudo evitar resignarse a verlos apagarse uno a uno sin remedio alguno.

Martes, 22 de marzo de 1892

El dolor

Las máculas, que inicialmente aparecían en la carita del bebé, se habían extendido al cuello y luego cubrían toda la superficie de la piel hasta los pies.
La erupción cutánea duró días, acompañada de otitis, diarrea y convulsiones debido a una superposición bacteriana en los pulmones.
Finalmente, el médico le recetó unas gotas de extracto de belladona para aliviar la tos y reducir la secreción de los bronquios.
Pero también para él, como para muchos otros, no hubo mejoría y su pequeño corazón, ya cansado por las dificultades para respirar, finalmente dejó de latir.
Su pequeño cuerpo finalmente dejó de temblar y moverse y dejó quieto incluso el corazón de esa pobre madre.
Esa misma noche, para evitar la propagación de la infección, las aguas negras y frías se tragaron a esa pequeña criatura y de él no quedó más que un doloroso recuerdo.

La repentina muerte de Nicolino fue una tragedia impactante. A la incredulidad siguió el rechazo de la realidad.
Luigia no pedía ayuda, no hablaba y no lloraba. Estaba confundida, aturdida. Había olvidado que también era madre de otros dos niños. No escuchó los gritos de Silvio y no vio el desconcierto de Dante.
Aquella criaturita, que había sido objeto de su amor sin límites, también por el nombre que llevaba, se había convertido de pronto en la causa de su dolor sin límites.
Los otros podían entender su angustia, pero no su dolor. Solo otras

madres que habían perdido un hijo podían hacerlo.
Era un dolor profundo y devastador, un malestar emocional interminable. Esa muerte había abierto una herida en su corazón que nunca más se sanaría.
Con él se habían ido buena parte de los sueños del futuro.
¡Era tan difícil! Sentía que no habría sido capaz de superar esos momentos. Aceptar la muerte de Nicolino era brutal, insoportable; parecía una gran roca pesada sobre su espalda, dura como el granito. Nada parecía rasguñarlo. Sentía que le faltaba el aire.
Era como si su marido hubiera muerto por segunda vez.
Las angustias de su corazón se habían multiplicado.

Las túnicas oscuras la confundían con la noche.
Sentada, inerte, con la cabeza agachada y los ojos vacíos, miraba fijamente sus manos que arrugaban inútilmente con movimientos lentos y ausentes un pañuelo ahora arrugado por el roce continuo. Era una sombra, un fantasma doliente, empapado de lágrimas y sal.
Massimo se dio cuenta de que su hermana, ya desgastada por el luto pasado, estaba perdiendo el equilibrio emocional.
Trató de sacudirla de su abandono. Él le dijo que tenía el deber de enfrentar el dolor, que comprendía bien su sufrimiento. En otra medida y en otra forma también era suyo, pero reprimir los sentimientos dolorosos y silenciar las emociones no era bueno; los sentimientos negados o reprimidos no permanecerían reprimidos para siempre.
"En un intento de anestesiar tu dolor, dijo, estás renunciando a vivir para ti, para Dante y para Silvio, ¿¡entiendes esto!?".
También le dijo que se daba cuenta de cuánta amargura había en su alma, pero que el miedo y la no aceptación de lo que estaba ocurriendo, estaban creando un peligroso círculo vicioso de dolor conti-

nuo, donde en la imposibilidad de aceptar, el miedo alimentaba una anticipación del dolor y el dolor alimentaba el miedo.
Finalmente le dijo que precisamente en nombre de su esposo, ella no tenía derecho a desesperarse y ser aplastada por esta tragedia.

En silencio, Luigia escuchó y reflexionó sobre las palabras de su hermano.
Recordó todas las palabras que le había dicho a Ester cuando su pequeño Julius desapareció en las oscuras y heladas aguas del océano.
El mundo para esa madre se había vuelto incoloro y con menos vida.
Pero, ¿cómo puede una madre aceptar las duras leyes de la muerte?
Una madre no solo cambia pañales, o prepara comida para bebés o calienta un biberón. Eso es solo el comienzo.
Ser madre significa mucho más, significa estar dispuesta a cambiar su vida, a regalar su tiempo, a meter a disposición de su hijo todo su corazón y todas sus fuerzas, cada día, cada momento del día y de la noche para enseñarle a vivir; significa tener una razón para vivir, estar orgullosa de su progreso y sufrir por sus derrotas, momento tras momento, por el resto de la existencia. Una madre sabe perfectamente que la sonrisa se alternará con el llanto, que pasará muchas noches en vela abrazada a su almohada, que tendrá un torrente de preocupaciones, que pasará horas, días, meses y años para soportar rencillas y tolerar, con toda la paciencia del mundo, la infinidad de cosas sin sentido a la que nos somete la vida.
Pero sabe bien que dedicará otras tantas horas, días, meses y años a coser alas enormes y ligeras en los hombros de su hijo, para enseñarle a volar.
En sus pensamientos, una madre nunca está sola, piensa por dos, no solo por ella misma.

... porque sabe que cada hijo es el tesoro más grande que la vida le puede dar y que, si hay un Amor que se puede definir como verdadero, pues, ese es el Amor sincero, prodigioso e incondicional de una madre.

La playa y las lancette

El término "sciabica" se refiere a una red de arrastre ampliamente utilizada desde la antigüedad en el Adriático inferior y medio para capturar peces pequeños pero muy nutritivos a lo largo de la costa.
De unas decenas o centenas de metros de largo, la red de cerco tenía cerca de un metro de altura y remataba con cuerdas adecuadas útiles para arrastrarla; se le aplicaban plomos mientras se tapaba la superficie con corchos para que quedara perpendicular al fondo.
La facilidad de uso hizo que esta red, bajada en semicírculo desde un pequeño bote, fuera muy popular entre las industrias marítimas.
.

Martes, 29 de marzo de 1892

El suelo nativo

Se sintió atraída por la vista que apareció en el horizonte, una simple línea oscura que representaba su pasado y su futuro al mismo tiempo. La tierra tan deseada estaba por fin ante sus ojos.

Tan pronto como el vapor atracó en el muelle, los pasajeros se agolparon en las desvencijadas pasarelas, ansiosos por poner un pie en su tierra natal después de una larga ausencia.

Su hermano, además de los bultos, llevaba a Dante de la mano. Ella bajó tras ellos, con el otro niño en brazos.

Y tocaron la tierra, con sus corazones apretados.

Después de un par de horas estaban en el tren que finalmente los llevaría a casa y durante todo el viaje, ni una palabra salió de sus labios.

Dante estaba confundido, jugaba con sus soldados de juguete e inventaba sus diálogos hablando en voz baja, como si temiera perturbar el sueño de su hermanito o los pensamientos de los mayores.

Aquel viaje fue muy largo y aunque siempre le habían atraído los vagones, las locomotoras y los rieles, para él fue un auténtico suplicio.

En cada parada, preguntaba:

"Mamá, ¿ya llegamos?"

A un cierto punto del camino, la costa del Adriático comenzó a aparecer.

Ante el silbido recurrente del tren, Luigia sonrió al ver de nuevo su mar, ...siempre allí, plácido y azul verdoso, como la estuviese esperando. Quería perseguir el viento para poder correr sobre las olas.

Veía allá abajo hacia el horizonte, como en un dibujo de memoria, descansando sobre la estela azul, unas pequeñas barcas de pesca. Y entonces el ojo volvió a jugar con las casas que flanqueaban la vía férrea y no hacían más que perseguirse una tras otra, como en una competencia festiva.

"Patria, madre Italia, que nutriste mi joven vida, por fin te encontré. Nunca te he olvidado, ni siquiera por un solo momento. Cada momento está grabado en mi mente. Yo mismo estoy asombrado de lo fuerte que es este vínculo contigo.

Tantos recuerdos, que parecían desvanecidos, latentes y desgastados por el tiempo, marcados por las privaciones y sacrificios, ahora en cambio resurgen vivos y brillantes, así como las amistades de la infancia, los escritorios de madera y los compañeros de la escuela, las carreras en la playa, los juegos, las risas, los olores, los sabores, las sensaciones, ...todos estos son agudos y vivos.

Episodios aún imborrables en la memoria, pero aún recuerdos que no bastan para explicar este vínculo, este morboso apego a ti, mi Italia. En tus terrones están mis raíces. Mi corazón no aguanta el abrazo que quisiera darte.

Te dejé, pero nunca te abandoné".

En casa, cuando la madre María encontró la mirada de su hija, notó que ya no era tan tranquila como antes. Un velo de tristeza había caído sobre todos ellos. La besó y la sostuvo tiernamente en sus brazos durante mucho tiempo. Y así lo hizo con Massimo.

Después se dio cuenta de que su nieto la observaba en silencio. Entonces se inclinó y lo llamó:

"Ven Dante, ven y abraza a tu vieja abuela. ¿Estás feliz de estar aquí?".

Ella lo miraba encantada. Dante había crecido y era un niño realmente hermoso, juicioso y consciente y Silvio era un bebé. Los re-

frescó del largo viaje e inmediatamente puso la mesa para todos.
Su familia, aunque adolorida, gracias a Dios volvió a estar unida y feliz de tenerlos con ella.

A la mañana siguiente, Luigia se despertó temprano.
Todo alrededor estaba en silencio. El único sonido era la respiración regular del sueño de sus hijos.
En la penumbra del nuevo día, se vistió rápidamente; tomó una rebanada de pan y se fue a la playa.
Se sentó en la arena húmeda y olió el olor a sal. El amanecer tenía los mismos colores que sus recuerdos.
El horizonte parecía incendiarse. Una franja roja, de innumerables matices, estaba como pintada entre el mar y las nubes aún oscuras de la noche. El color rojo, naranja y amarillo se apoyaban con sabias tonalidades sobre el azul intenso del mar.
Fue un derroche de colores.
Ante él había una extensión inmensa y poderosa.
Las olas rompían en las rocas del muelle produciendo un gran estruendo.
Las gaviotas revoloteaban en el aire, se zambullían y salían del agua en busca de alimentos.
Todo es igual que antes, pensó ella.
Recuerdos que rezumaban entre los barcos amarrados; y se volvió a ver a ella misma cuando esperaba que su padre regresara de pescar y lo veía y lo reconocía por los colores de las velas y llamaba su atención agitando un pañuelo, para indicarle dónde tenía que dirigir el bote para llevarlo a tierra, y luego ella que giraba el cabrestante con dificultad;
... y luego sus manos en medio del pescado que aún palpitaba de vida y el viento que le revolvía el pelo y las voces de las otras mujeres que

también esperaban a los hombres y el pescado que asarían al carbón ...todavía podía oler su perfume subir por las fosas nasales...
...y cuando el mar se hinchaba de invierno y el viento arrastraba las algas a la orilla ...y luego la línea clara y más azul del horizonte en el que se observaba nacer el día...
Y como olvidar la tarde, cuando al atardecer los últimos rayos del sol creaban reflejos en la arena, donde las olas avanzaban y retrocedían con su rítmica tendencia...
...y la cena con unas rebanadas de pan aliñadas con aceite, sal y albahaca, acompañada de una sencilla y sabrosa ensalada de tomate; era una cena sencilla, pobre, sí, pero ¡cuántos sentimientos se agitaban en el pecho...!
¡...y la luna reflejándose en el agua, dando su luz única, maravillosa y al mismo tiempo misteriosa...!

Y recordó las lindas fiestas del pueblo, las bollos de chocolate de su madre, las galletas llamadas "huesos de muerto", las castañas asadas de diciembre y el aire tan especial de la Navidad...
...uno en particular, el de 1884 cuando, tras cuatro largos años de ausencia, vio a Nicola nada más regresar de sus viajes.
Todavía podía verlo en sus ojos, mientras caminaba y conversaba con sus amigos cerca del Caffè Nettuno. Entonces lo vio de nuevo a su lado, cuando, de regreso de la iglesia, avergonzado, le pidió matrimonio.
Y pensó en la complicidad de su madre y en el discurso de su padre, en la mesa, el último día del año, cuando Nicola formalizó la petición de matrimonio.

Como hojas secas arrastradas por el viento, las imágenes se sucedían rápidamente.

Amaba este país, sentía que pertenecía a esos lugares, a esa espléndida playa, a los cercanos y majestuosos Apeninos, a esa iglesia, a esa calle… porque ahí empezó su vida, ahí nació, ...en ese mismo rincón de la tierra donde, por amor, sus padres le habían traído al mundo y con el mismo amor la habían visto crecer y acompañado durante largos períodos de tiempo, ...y ella albergaba sentimientos profundos hacia sus raíces.
Por supuesto, esta patria tan amada también había sido testigo de momentos tristes, a veces terribles, momentos de hambre, de ignorancia, de guerra, de miseria, de injusticia, sino que también era un concentrado de belleza, de valor, de tenacidad, de gloria, y de grandes ingenios, y estaba apasionadamente orgullosa de ello en todos los sentidos.

Ahora Nicola estaba sentado en la arena a su lado.
Lo sentía y juntos estaban admirando el horizonte y la mágica repetición del espectáculo, embelesados por tal explosión de colores.
El aliento helado le recordaba ser calor, una miga efímera y a la vez palpitante que, aunque en forma corporal temporal e imperfecta, caminaba valientemente por esta pequeña parte del universo.
El recuerdo inextinguible de los pocos años que vivió con su Nico la habrían transportado por el tiempo que le quedaba por vivir y la habrían hecho seguir viva bajo el manto frío del recuerdo que aún lograba paralizar su corazón.
Sabía bien que de ahora en adelante habría otras esperanzas, otras expectativas y, que pena, otros sufrimientos y otras derrotas, pero ella habría dado valor al momento y estar presente para sí misma y para sus hijos no dejaba de ser la aventura más hermosa y seductora que le pudo haber pasado.

... y por cuantos sacrificios, penurias y privaciones aún tendría que afrontar, ... nada podría jamás superar la pasión, el deseo y la emoción que ofrece la vida.

Apéndice fotográfico

Puerto de Civitanova
entre
finales del siglo XIX y
principios del siglo XX

Familias de pescadores

Después de la unificación de Italia, el pequeño pueblo pesquero de Porto Civitanova expande entre la actual Corso Umberto I y la playa, a lo largo de las calles rectas flanqueadas por casas bajas y terrazas que hoy forman el característico pueblo costero, también llamado "Shanghai".

Finales del siglo XIX

Los barcos se reconocían por los símbolos de las velas.
Al regresar de pescar, las "lancette" se colocan frente al viento que las empujará hacia la orilla. Una vez arriada la vela y quitado el timón, la embarcación se gobernará con el remo largo a bordo.

Las mujeres y los niños van a esperar que regresen las "lancette".

Las mujeres y los escaladores giran el cabrestante para retirar los barcos a tierra.

La red de arrastre se tira a tierra

La red de cerco (sciàbeca) es una red de arrastre para peces pequeños, utilizada cerca de la costa, en aguas poco profundas y operada manualmente. La técnica de pesca con cerco implica mantener un extremo de la red en el suelo mientras un bote de remos la coloca en un semicírculo con la concavidad hacia la playa hasta que el otro extremo vuelve a la tierra. Para recoger el pescado, dos equipos de pescadores tiran la red hasta la orilla.

Transporte del pescado.

El pescado está contenido en la canasta característica, llamada panè.

Uno de los dos caminos laterales a la Piazza XX Settembre

Conocida hasta 1895 como Largo dello Scalo, la Piazza XX Settembre fue nombrada en ese año a la fecha de la toma de Roma.
A sus lados, en un espléndido entorno arbolado, en los callejones sur y norte, se asoman la iglesia de Ss. Pietro y Marone y varias calles laterales.

Corso Umberto I

Desde tiempos anteriores se llamaba Via Aprutina Superiore.
Dedicada al "buen Rey" por el interés mostrado al pueblo cuando intervino personalmente en los esfuerzos de socorro para hacer frente a la epidemia de cólera en Nápoles.

Corso Vittorio Emanuele III

Llamada Via Aprutina Inferiore hasta principios del siglo XX, esta avenida se dedicó más tarde a Vittorio Emanuele III, nacido en 1869 por el rey Umberto I y Margherita de Savoia y que se convirtió en rey de Italia en 1900.

Palacio Sforza-Cesarini

En 1862 el duque Lorenzo Sforza-Cesarini quiso construir una magnífica residencia junto al mar adosada a la antigua fortaleza, pero los ciudadanos de Civitanova, conscientes de la opresión que su familia perpetraba, le construyeron una maloliente pescadería en pleno centro de la actual Piazza XX Settembre. El duque primero alquiló el edificio a una fábrica de pasta y luego lo vendió, dejando el pueblo para siempre.

La estación de ferrocarril

Un impulso decisivo para el crecimiento del centro costero provino de las comunicaciones ferroviarias. En 1863, con la apertura de la línea Ancona-Pescara, se inauguró la estación local y se estableció la conexión con Macerata y Roma (1888). Porto Civitanova siguió creciendo gracias a las actividades pesqueras y el comercio con el otro lado del Adriático (productos agrícolas a cambio de la madera de Istria).

La plaza de la estación de ferrocarril

Foto de la estación de trenes de Civitanova y su plaza, en fecha de julio de 1890. La estación, inicialmente llamada "Porto Civitanova", en 1884, con la apertura del primer tramo de la línea para Fabriano, se convirtió en una estación de conexión.

La fábrica de botellas

En 1889, en virtud de un temprano desarrollo industrial, se abrió una grande fábrica de botellas, que a principios del siglo XX habría tenido más de 400 empleados. El primer director fue un ingeniero de Turín, Ambrogio Faccio, padre de la escritora Sibilla Aleramo, cuyo verdadero nombre era Rina Faccio.

STATUTO-REGOLAMENTO

DELLA

ASSOCIAZIONE DI MUTUO SOCCORSO

FRA GLI OPERAI

DI

PORTO CIVITANOVA

CIVITANOVA-MARCHE

TIP. EDIT. « DOMENICO NATALUCCI »

1896.

La Sociedad Obrera de Mutuo Socorro "Giuseppe Garibaldi"

Se constituyó, por iniciativa de pocos voluntarios en 1871, con el objeto de mejorar moral y materialmente las condiciones de los miembros más necesitados.
Suspendida por algunos años, luego fue reabierta el 24 de mayo de 1883 y lleva el nombre de Giuseppe Garibaldi, fallecido el año anterior, con el siguiente nombre: Sociedad Obrera de Mutuo Socorro "Giuseppe Garibaldi" para hombres y mujeres.

Apéndice fotográfico

Ensenada - Buenos Aires (Argentina) entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX

Desembarque en el puerto de Buenos Aires

Los vapores se detenían a grande distancia de la costa. De estos, las cargas y pasajeros se transbordaban a botes de poco calado, que se acercaban a la orilla y luego a carretas, tiradas por caballos, con ruedas altas que podían atravesar ese tramo fangoso que se extendía hasta la tierra firme. La mayor capacidad de estos vagones, sin embargo, no garantizaba que la carga llegara a su destino sin sufrir los efectos del agua durante el penoso trayecto, luego de ser bajada del barco.

Hotel de La Rotonda

Así dice la hija de uno de nuestros primeros emigrantes:
"... mi padre llegó a Buenos Aires en 1889 a bordo del vapor "Frisca". Su mejor amigo y otras treinta personas murieron en el viaje.
Lo metieron en el Hotel de La Rotonda, una enorme choza de madera, donde los migrantes estaban hacinados como sardinas junto con los piojos y el hedor. Podían quedarse hasta cinco días, el tiempo para encontrar trabajo en la ciudad o en el campo. El olor acre del ácido carbólico no pudo superar el hedor nauseabundo que emanaba del piso viscoso y sucio..."

La Llegada de los migrantes

Una vez llegados al Hotel de Inmigrantes, se estaba así, parados en silencio y en fila, cargados con maletas de cartón y ropa usada, en un bulto.
Algunos habían sido robados recientemente por los dueños de lanzas que transbordaban a los emigrantes en barcazas y luego de éstas a carros de ruedas altas, tirados a tierra por caballos, a precios tres o cuatro veces superiores a la tarifa establecida y ya no tenían ni siquiera ese poco dinero que habían traído con ellos para sus primeras necesidades en Argentina.

Conventillos

El conventillo era el primer alojamiento de muchos inmigrantes recién llegados a la Argentina durante la Gran Inmigración Europea entre fines del siglo XIX y la segunda década del siglo XX.
En estos lugares se mezclaban idiomas y nacionalidades, profesiones e ideologías; convivían lenguas como el lunfardo, el cocoliche y el idish y cocinas típicas de cada país.
Las historias de vida en el conventillo enriquecieron la cultura popular dando origen a textos de tango, novelas, ensayos, obras de teatro y farsas.

El enlace ferroviario

En 1857 la Provincia de Buenos Aires decidió construir un ferrocarril para conectar Buenos Aires con Ensenada, que estaba construyendo un puerto importante por su capacidad y desarrollo comercial.
La elección recayó en Ensenada por estar cerca de La Plata, que se convertiría en la capital de la Provincia.
BA&E, como se llamaba la línea, llegó a Ensenada el 31 de diciembre de 1872, cuando Domingo Sarmiento era presidente de Argentina.
En 1882 la ciudad de La Plata fue declarada capital de la provincia y el gobierno decidió que La Plata debía estar conectada por tren con el resto del país.

La primera estación de ferrocarril de Ensenada

Juan José Dardo Rocha: el fundador

A los 25 años, en 1863, obtuvo el título de abogado, pero permaneció en la Armada Argentina y durante la guerra de Paraguay, en 1866 fue herido en la batalla de Curupaity.
En 1873 fue elegido para la Cámara de Diputados de Argentina y en 1874 para el Senado de Argentina. De 1881 a 1884 se convirtió en Gobernador de Buenos Aires, período que dedicó a la fundación de La Plata, la nueva capital de Buenos Aires.
Se dice que Rocha ya tenía en mente el sitio adecuado: las alturas de Ensenada.
En 1882 colocó la primera piedra. Todavía se dice que, una vez iniciada esta gran obra, se convirtió en un incansable vigilante de la construcción, viajando asiduamente a Ensenada y de allí a caballo o sobre rieles, hasta los cerros.
Rocha construyó una ciudad colosal.
En 1897 fundó la Universidad Provincial que más tarde se convertiría en la Universidad Nacional de La Plata. También en este año los bomberos voluntarios de Ensenada adquirieron una bomba manual y en esta ocasión, Rocha y la esposa del doctor Cristofoletti, fueron los padrinos de la ceremonia.

El 14 de marzo de 1882 el Dr. Dardo Rocha envió un mensaje a la Legislatura Provincial, acompañado de un proyecto en el que se declaraba capital de la Provincia de Buenos Aires La Municipalidad de Ensenada. El proyecto fue aprobado con algunas reformas, la más importante de las cuales se refería al nombre de la futura ciudad. La tradición atribuye a José Hernández la idea de bautizar la nueva ciudad con el nombre de "La Plata".
El 1 de mayo de este mismo año se promulgó la ley que declara al Municipio de Ensenada capital de la Provincia de Buenos Aires y ordena la fundación de una ciudad que tomaría el nombre de "La Plata".
Finalmente, el 19 de noviembre de 1882, el Dr. Dardo Rocha colocó la primera piedra de lo que sería la ciudad costera de "La Plata", al sureste de Buenos Aires y con esto se declara fundada esta ciudad, que será la futura capital provincial.

GRAN REMATE

DE

TERRENOS

EN EL

PUERTO DE LA PLATA

SOBRE EL DIQUE NUMERO UNO

Se avisa al público que el dia 29 de AGOSTO de 1886, se procederá á la venta en remate público de varios lotes de terrenos ubicados sobre el Dique N. 1 bajo las siguientes condiciones.

Quinta parte al contado y el resto en uno, dos, tres y cuatro años de plazo con el interés del 7% por cuatro años.

LA VENTA SE PRINCIPIARA EL

29 DE AGOSTO

A LA 1 P. M

Sobre el mismo terreno

Lotes de terreno en venta en El Dique

Gran liquidación de terrenos en el Puerto de La Plata, en el Dique 1.
Informamos al público que el 29 de agosto de 1886 se venderán en liquidación pública varios terrenos ubicados en el Dique 1, en las siguientes condiciones:
la quinta parte al contado y el resto, a plazos, en uno, dos, tres, cuatro años, con el interés del 7% anual.
La venta comenzará el 29 de agosto a las 13 horas, en el mismo terreno.

Según lo dispuesto en el Decreto de 23 de julio de 1886, se liquidaron 199 solares, ubicados en 23 caseríos, situados en torno al inicio de El Dique número 1.
Desde ese año, el pueblo de El Dique celebra el aniversario de su fundación el día 29 de agosto.

Trabajos de excavación en el Puerto

1885. Es una foto de gran valor testimonial.
Ha llovido mucho y el mal tiempo de este día exige más chaquetas y abrigos de lo habitual.
Este no es un buen momento para darle un buen ritmo al trabajo.
No obstante, todos están listos para comenzar a trabajar, incluso si es probable que el mal tiempo les impida ganar el salario de ese día.

Pala inglesa
Construcción a pala del Puerto La Plata Ensenada - 1884/1890

Artefacto de gran testimonio histórico, que muestra los precarios elementos utilizados por quienes participaron en esta epopeya de construcciones: sólo picos, palas y carretas.
Para moverlos, los músculos de los hombres con una voluntad incansable.

La Plata 1887

Ilustración descriptiva, inspirada en fotografías de la época, cinco años después de su fundación el 19 de noviembre de 1882.
En su momento se llamó una nueva puerta abierta al mundo. Se dice que Juan Josè Rocha, fundador y gobernador de Buenos Aires, ya tenía en mente el sitio propicio para fundar la nueva capital porteña: las alturas de Ensenada.
Vigilante incansable de la construcción, viajó asiduamente a Ensenada y de aquí, a caballo, a las alturas.
Se puede apreciar la notable actividad que reinaba cerca de la estación de trenes, hoy "Pasaje Dardo Rocha".
Al fondo se puede ver el pórtico del Senado.
La gente de Ensenada miraba con asombro este milagro que se producía en sus cerros.

El Saladero San Luis

Luis Berisso [1841-1902] fue el fundador del distrito de Berisso en Ensenada.
Su fábrica "San Luis", en Berisso, ofreció mucho trabajo en la zona de Ensenada. Para obtener el permiso él lo solicitó a la Corporación Municipal de Ensenada el 10 de febrero de 1879, informando al mismo tiempo al Consejo Provincial de Higiene.
Las obras de construcción fueron encomendadas exclusivamente a su hermano Juan Berisso, quien ya había iniciado el saladero "San Juan" en Entre Ríos en 1871. Recibió autorización el 1 de enero de 1881. Cada día se sacrificaba una media de 1000 animales.
En el saladero se instaló la primera escuela primaria de Ensenada.

Criollos Salvajes

Tienen su origen en la palabra "criollo" que identificaba a los sudamericanos de origen español. De hecho, estos caballos son descendientes de los caballos traídos por los españoles a Sudamérica, especialmente en el Cono Sur.
Se dice que, en el saqueo y posterior incendio de Buenos Aires a mediados del siglo XVI, cientos de caballos árabes, bereberes y andaluces escaparon a la pampa y se reprodujeron allí libremente, seleccionados durante cuatro siglos por las duras condiciones ambientales, determinando el tipo criollo.
Actualmente, junto a los criollos que nacen y viven libres y son poco a poco "tomados" por los gauchos para su trabajo, también existen los criadores de criollos. Los criadores argentinos afirman criar al criollo más salvaje.
Es un caballo de silla con una resistencia excepcional. La altura a la cruz suele variar entre 140 y 150 cm. Se utiliza en América del Sur como caballo de trabajo para los gauchos y en las fincas para trabajos agrícolas ligeros. Puede soportar temperaturas muy frías y sobrevivir con muy poca comida y agua. Extremadamente dispuesto en carácter.

Bolas

La Pampa

El ganado común en la pampa no tiene establos: vive al raso toda su existencia. Aquí y allá, diseminados por la inmensidad de la estancia, hay abrevaderos y algunos doseles de modestas dimensiones. Por lo demás, el ganado vive disperso sobre vastas superficies, en estado salvaje.
El espectáculo del llano argentino es, pues, no sólo de cosechas, sino de bestias esparcidas tranquilamente en los pastos y también de raros hombres a caballo.

Gauchos en la pampa

Los gauchos (similares a los vaqueros americanos del Norte) se caracterizan por su capacidad de montar caballos criollos y también por el uso de bolas, pelotitas de piedra que, enrolladas o atadas a cordones de cuero, se hacen girar sobre la cabeza y, una vez puestas en marcha, se enrollan alrededor de las patas de la presa.

La primera escuela primaria de Ensenada

La construcción del puerto, que requería mucha mano de obra, era un incentivo constante. La convivencia de familias de diferentes nacionalidades, con hijos menores implicaba y requería una integración social y cultural de los niños que hablaban idiomas diferentes. La primera escuela primaria, perteneciente al distrito escolar de Ensenada, donde ya existía una para niños y otra para niñas, fue la de Berisso, dentro del saladero. Esta fue de carácter mixto, porque reunía a las clases de ambos sexos.
Esta foto es de 1886 y es el documento más antiguo del primer distrito escolar de Ensenada.
Retrata a 44 alumnos con su maestra en la escuela Berisso. Entre ellos cuatro son hijos de Luis Berisso, el dueño de saladero.

Calle Ortíz de Rosas

Calle histórica de Ensenada, dedicada a Juan Manuel José Domingo Ortiz de Rozas,
militar argentino, gobernador de Buenos Aires, equivalente a presidente en ese momento de su país de 1829 a 1832 y luego de 1835 a 1852.
La calle hospeda la sede institucional de la Dirección de Cultura y el monumento histórico al Cuerpo de Bomberos Voluntarios.

Nueva Estación Ferroviaria La Plata

En diciembre de 1872 la ciudad quedó conectada con Buenos Aires por la vía férrea. Diez años después el gobernador Dardo Rocha convirtió a Ensenada en la capital provisional de la provincia de Buenos Aires.

Edificio de la Compañía de Gas

Fue instalado en 1887, en la calle 126, en el actual barrio El Dique de Ensenada, para mantenerlo lejos del centro de La Plata, en virtud del peligro que implicaba la fabricación del fluido.
Durante varios años prestó el servicio de alumbrado público, aunque en menor escala.

Primera instalación del Cuerpo de Bomberos

El primer antecedente en Ensenada, relativo a los bomberos voluntarios, tuvo lugar el 8 de diciembre de 1860, en el que, por decreto provincial se dispuso la fundación de una Compañía de Bomberos para la Boca y Barracas, ya que la mayoría de las casas eran de madera y fáciles de incendiarse.
Cinco décadas después, en 1884, se lee "para colaborar con las autoridades", nacieron
los "Bomberos Voluntarios de la Boca", de exclusivo origen italiano, cuyo fundador y primer presidente fue Vicente Calzetta.
En 1887 la Policía de la Provincia dio origen a un "cuerpo oficial", que aún existe en la actualidad.

Buenos Aires. Embarque para Italia

Entre 1876 y 1900 más de cinco millones de compatriotas abandonaron Italia. De estos, 35% regresaron. Los demás se instalaron definitivamente en el exterior (65%) sin volver jamás.
La principal causa de la emigración italiana fue la pobreza, debido a la falta de tierra para trabajar, especialmente en el sur de Italia.
Otras razones fueron problemas políticos internos, incluso la aversión del estado italiano hacia los anarquistas, tanto que muchos de ellos decidieron emigrar.
Otras dificultades surgían de los contratos agrícolas en uso en el siglo XIX, especialmente en el noreste y el sur, que no eran convenientes para los agricultores, muchos de los cuales se vieron obligados a abandonar Italia en busca de mejores condiciones, debido a la inseguridad causada por el crimen organizado.

Bibliografia argentina

Asnaghi, Carlos A., *Ensenada, una lección de historia, 1882-1891*, Gobierno Municipal de Ensenada, Ensenada 1996.

Autori Vari, *Cuadernos del Muntref*, Universitad Nacional de Tres de Febrero, Museo de la Immigración, Buenos Aires 2018.

Autori Vari, *Hechos y logros en La Plata*, in "Todo es historia", n. 330, Ed. Raúl Chaves, Belgrano, Buenos Aires 1995.

Autori Vari, *Mis antepasados ensenadenses, Bicentenario de Ensenada 1801-2001*, Asociaciòn Abruzzese de Ensenada, Ensenada 2004

Autori Vari, *Rio de la Plata, Rio de la discordia*, in "Todo es historia" n. 24, Ed. Raúl Chaves, Belgrano, Buenos Aires 1969.

Korn, Francis, *Los italianos en la Argentina*, Fundación Giovanni Agnelli, Buenos Aires 1983.

Nascinbene, Mario, *Los italianos y la integración nacional, Historia evolutiva de la colectividad italiana en la Argentina*, Selección Editorial, Buenos Aires 1988.

Ochoa de Eguileor, Jorge - Eduardo, Valdes, *¿Dónde durmieron nuestros abuelos? Los hotels de inmigrantes en la capital federal*, Fundacion Urbe, Buenos Aires 1991.

Scarzanella, Eugenia, *Trigo y plate, (Grano e soldi): l'emigrazione italiana e l'agricoltura argentina (1870-1914)*, Associazione per gli studi delle migrazioni internazionali, Marseille 2012.

Bibliografia italiana

Aleramo, Sibilla, *Una donna*, Feltrinelli, Milano 2002.

Andruetto, Maria Teresa, *Il viaggio di Stefano*, Mondadori, Milano 2015

Buonasorte, Dentoni, Valenti, *Memoria & Migrazioni: Dalla III classe ai barconi*, Museo del Mare, Europa sas Genova, Genova 2014.

Buonasorte, Dentoni, Valenti, *Memoria & Migrazioni: Le migrazioni italiane oltreoceano*, Museo del Mare, Europa sas Genova, Genova 2014.

Cavalieri, Pier Luigi, *La Società Operaia di Mutuo Soccorso "Giuseppe Garibaldi" di Civitanova Marche*, Civitanova Marche 1985.

Id., *Le condizioni igienico-sanitarie di Porto Civitanova nell'ultimo decennio dell'Ottocento*, in "Civitanova. Immagini e storie", n. 11, Comune di Civitanova Marche, Civitanova Marche 2004.

Id., *Sibilla Aleramo. Gli anni di una donna. Portocivitanova 1888-1902*, Cattedrale, Ancona, 2009.

De Amicis, Edmondo, *In America*, Carlo Delfino Editore, Sassari 2016.

Id., *Sull'Oceano*, Garzanti Editore, Milano 1996.

Devoto, Fernando J., *Storia degli italiani in Argentina*, Donzelli, Roma 2007.

Frenquelli, Tiziana, *Donne di terra, donne di mare, il lavoro invisibile tra 800 e 900*, Edizioni Simple, Macerata 2011.

Grassano, Matteo, *La prosa parlata. Percorsi linguistici nell'opera di Edmondo De Amicis*, Franco Angeli, Gorgonzola (MI) 2018.
Guarnieri, Mariano – Guarnieri Angelo - Recchioni, Primo - Baiocco, Nazzareno, *La lancetta e il vecchio ambiente marinaro civitanovese: un mondo scomparso*, Cassa Rurale ed Artigiana di Civitanova Marche e Montecosaro, Macerata 1982.
Iacolina, Eugenio, *Una via, un nome, una storia*, Comune di Civitanova Marche, Civitanova Marche 2015.
Nitti, Francesco Saverio, *I primi anni della Riforma sociale*, Einaudi, Torino 1986.
Sori, Ercole, *Le Marche fuori dalle Marche: migrazioni interne ed emigrazioni all'estero tra XVIII e XX secolo*, Proposte e ricerche - Università di Ancona, Ancona 1998.
Tosi, Angelo, *Sul mare con i migranti. Diari di viaggio 1887-1888*, Stefano Termanini Editore, Genova 2018.

Archivos consultados

Archivo de la Autoridad Portuaria de Génova
Archivo Estatal de Génova
Archivos de la Prefectura de Macerata
Archivos Estatales de Macerata
Archivo de Registro del Municipio de Civitanova Marche
Archivo Histórico Municipal de Civitanova Marche
Archivo de la Parroquia de San Pablo, Civitanova Marche
Archivo Superior de la Parroquia de San Pedro, Civitanova Marche
Archivo Histórico de Ensenada, Argentina
Archivo Histórico de La Plata, Argentina
Archivo Histórico de la Parroquia de La Merced, Ensenada, Argentina

Sitografía

A.S.E.I.it - archivo histórico de la emigración italiana
CISEI.it - Centro de Estudios de la Emigración Italiana
Pietroichino.it - víctimas de la inmigración - de te fabula narratur
Altreitalie.it - Las listas de desembarco en Argentina
Focus.it - historia de la emigración italiana
Infoberisso.com.ar - Una obra en construcción en pico y pala
Quitrieste - Los primeros barcos a vapor
Arconbuenosarires.com.ar
Es.Wikipedia.org - Centro Cultural Pasaje Dardo Rocha
It.wikipedia.org - el gaucho

Histamar.com.ar – Storia e archeologia marittima
Memoriaemigrazioni.it
Pietroichino.it – vittime dell'immigrazione – de te fabula narratur
Altreitalie.it – Le liste di sbarco in Argentina
brigantaggio.net - Sull'emigrazione in Argentina, Alberto Sarra
huffingtonpost.it – Il gaucho argentino
museoemigrazionemarchigiana.it
storiaefuturo.eu -"E il viaggio non finiva mai" note sull'emigrazione transoceanica
Idiariraccontano.org
fausernet.novara.it
lasprugola.com
untref.edu.ar
http://www.terzaclasse.it/documenti/leggecrispi.htm
http://www.ensenada.gov.ar/
http://www.peronlibros.com.ar/sites/default/files/pdfs/belinche-panella-postales_de_la_memoria.pdf
https://en.wikipedia.org/wiki/Plaza_de_Mayo
https://es.wikipedia.org/wiki/Ferrocarril_Buenos_Aires_al_Puerto_de_la_Ensenada
https://elarcondelahistoria.com/los-mateos/
https://miloghe.wordpress.com/storia/storia-del-tango/
https://www.gauchonews.it/cultura-argentina/teatro-colon-buenos-aires-migliore/
https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Viaducto_del_Ferrocarril_a_Ensenada.jpg
https://milangotango.com/un-po-di-storia/
https://enteculturaltucuman.gob.ar/mercado-del-norte/
https://piandeitass.files.wordpress.com/2012/12/libretto-dellemigrante.pdf
https://www.patriaindipendente.it/persone-e-luoghi/servizi/migranti-italiani-una-drammatica-epopea/
https://cemla.com/
https://www.informazioneambiente.it/emisfero-boreale/
http://www.naviearmatori.net/eng/foto-86263-4.html
https://www.academia.edu/34589912/Limmigrazione_italiana_in_Argentina_una_narrazione_al_femminile
https://www.statoquotidiano.it/14/05/2015/quando-a-morire-per-mare-erano-i-nostri-emigranti/333118/
http://www.instoria.it/home/emigrazione_italiana.htm
http://www.museoemigrazionemarchigiana.it/preparazione-alla-partenza/
http://www.fausernet.novara.it/~iccarpi/emigrazione/pag5.htm
https://www.3rotaie.it/3r_Documenti/Ferrovie_Italia.htm
https://it.wikipedia.org/wiki/Storia_delle_ferrovie_in_Italia
https://d.repubblica.it/attualita/2013/10/30/foto/emigranti_italiani_ame-

rica_vintage-1866425/1/#1
https://www.altreitalie.it/Pubblicazioni/Rivista/Numeri_Arretrati/N_7/Saggi/Le_Liste_Di_Sbarco_Degli_Immigrati_In_Argentina.kl
http://paolomarzi.blogspot.com/2016/10/lincredibile-viaggio-degli-emigranti.html
http://ceraunavoltagenova.blogspot.com/2014/05/porto-di-genova-dal-1850-al-1900.html
http://www.terzaclasse.it/luoghi/hotel.htm
http://ancestrositalianos.com/
http://www.adsic.it/2007/10/30/emigrazione-italiana-in-argentina/
https://gondrano.blogspot.com/2013/11/limposta-fondiaria-e-la-crisi-agraria.html
https://cronologia.leonardo.it/storia/a1884a.htm
http://www.centrostudiportorecanati.it/potentia/potentia_16/inargentina.pdf
http://www.emigrati.it/Emigrazione/Emiamerica.asp
http://www.emigrati.it/Emigrazione.asp

Fotos y postales

Fotos y postales
Museo de la Inmigración de Buenos Aires, Argentina
Archivo Histórico de Ensenada, Buenos Aires, Argentina
Museo Municipal de Ensenada, Buenos Aires, Argentina
Muntref –Museo de la Inmigración, Buenos Aires, Argentina
Parroquia de la Merced, de Ensenada, Buenos Aires, Argentina
Museo de la Marche emigración - Recanati
Museo Galata-Emigración, Génova
Archivos del Estado de Génova,
Colección privada Enzo Mosca

Agradecimientos

Un agradecimiento muy especial va a mi hijo Claudio, que desde un principio expresó interés en mi investigación y me ayudó a realizar mi sueño de la verdad, ofreciéndome un viaje a Buenos Aires, La Plata y Ensenada y ayudándome en la búsqueda y comprensión de los documentos históricos, así como en la traducción del libro al español, con su eficaz apoyo lingüístico.
También quiero agradecer al Dr. Lucio Favaro quien constantemente me documentó sobre las infecciones y sobre los conocimientos de la medicina oficial, así como sobre los remedios terapéuticos y fitoterapéuticos de finales del siglo XIX.
También estoy agradecida con el Sr. Enzo Mosca quien, una vez más, se puso a disposición y me permitió examinar y utilizar varias postales de la época de su incomparable colección.

Índice

Presentación de Pier Luigi Cavalieri 7
Prefacio de Andrea Rebichini 9
Introducción 11

Marzo 1892
20.03.1892 Noche en el vapor 15

Recuerdos
1870 - 1884 La edad del desencanto 21
16.12.1884 El regreso de Nicola 27
28.12.1884 La declaración 33
31.12.1884 El compromiso 39

Año 1885
06.01.1885 La crisis agraria en Italia 43
08.01.1885 Las dificultades y la Diócesis de Fermo 51
13.01.1885 El juramento complementario 55
19.01.1885 El matrimonio 57
30.04.1885 Vida conyugal y dificultades 59
18.08.1885 Un bebé en camino 63

Año 1886
Año 1886 Problemas y privaciones 67

Julio 1887
14.07.1887 La gran decisión 69
20.07.1887 Esperanza en el extranjero 73

Agosto 1887
21.08.1887 Preparativos 79
28.08.1887 La salida 83
31.08.1887 Estación Marítima de Génova 87

Septiembre 1887
01.09.1887 El "Perseo" en ruta a Argentina 95
04.09.1887 La vida, flotando entre el agua y el cielo 101
08.09.1887 En ruta hacia el Océano Atlántico 105
13.09.1887 Los días en el "Perseo" 107
16.09.1887 La zona tórrida 111
18.09.1887 El Trópico de Cáncer 113

19.09.1887 El Ecuador 117
20.09.1887 El viaje continua 121
26.09.1887 La tormenta 123
26.09.1887 En tercera clase 127
27.09.1887 La voz del océano 131
29.09.1887 Río De La Plata 135

Octubre 1887
03.10.1887 Hotel de los Inmigrantes San Fernando 139
06.10.1887 La construcción del Puerto de Ensenada 143
10.10.1887 El trabajo de Nicola 145

Diciembre 1887
01.12.1887 El incendio 149
06.12.1887 La llegada de Máximo 151

Diciembre 1888
30.12.1888 La carta 157

Enero 1889
24.01.1889 La solicitud de pasaporte 159

Mayo 1889
28.05.1889 El pasaporte de Luigia 161

Octubre 1889
03.10.1889 La salida 165
04.10.1889 El barco de vapor "Regina Margherita" 171
08.10.1889 El polizón 175
13.10.1889 Una pelea 177
19.10.1889 Un atardecer inolvidable 179
22.10.1889 El desconcierto 181
28.10.1889 Una muerte inocente 189
31.10.1889 La monotonía 195

Novembre 1889
01.11.1889 La perspectiva de desembarcar 199
02.11.1889 Llegada a Montevideo 203
02.11.1889 Llegada a Buenos Aires 209
03.11.1889 El viaje continúa 213
04.11.1889 Ensenada 217
04.11.1889 Aroma de vida 221

08.11.1889 Vida argentina 225
09.11.1889 La tienda de Luigia 229
20.11.1889 La decisión 233

Diciembre 1889
10.12 1889 Un viaje inesperado 237
24.12.1889 Nochebuena 245
31.12.1889 El año Nuevo 251

Enero 1890
11.01.1890 La enfermedad de Nicolás 255

Marzo 1890
25.03.1890 La inauguración del Puerto 259

Mayo 1890
08.05.1890 Una experiencia diferente 263

Agosto 1890
17.08.1890 Los gauchos y el tango 267

Octubre 1890
13.10.1890 Alrededores de Buenos Aires 273

Febrero 1891
16.02.1891 Aprensión y asombro 277

Junio 1891
22.06.1891 Vida y muerte 281
25.06.1891 La vida que muda 287

Octubre 1891
18.10.1891 Alegría borrosa 289

Diciembre 1891
20.12.1891 La crisis económica y el mutualismo 293

Enero 1892
05.01.1892 La decisión 297

Marzo 1892
02.03.1892 Sobre la *Duquesa de Génova* 303

12.03.1892 La epidemia 305
22.03.1892 El dolor 309
29.03.1892 El suelo nativo 315

Apéndice fotográfico Puerto de Civitanova
entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX 321

Apéndice fotográfico Ensenada Buenos Aires (Argentina)
entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX 331

Bibliografía Argentina 349

Bibliografía italiana 349

Archivos consultados 350

Sitografía 350

Fotos y postales 352

Gracias 352